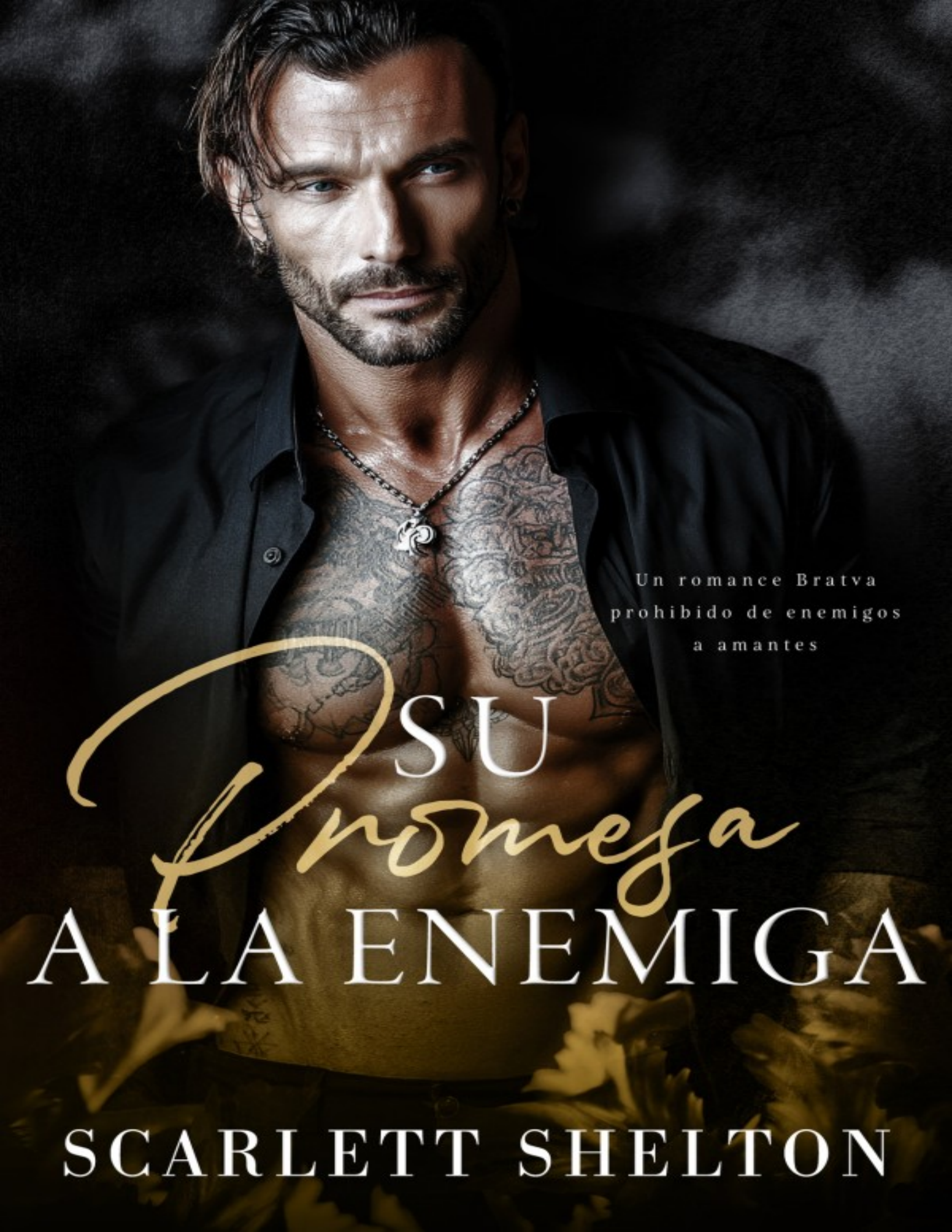

Un romance Bratva
prohibido de enemigos
a amantes
Su Promesa
A LA ENEMIGA
SCARLETT SHELTON

SU PROMESA A LA ENEMIGA

SCARLETT SHELTON

Copyright © 2026 por Scarlett Shelton

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, salvo el uso de citas breves en una reseña literaria.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Andre
2. Sofia
3. Andre
4. Sofia
5. Andre
6. Sofia
7. Andre
8. Sofia
9. Andre
10. Sofia
11. Andre
12. Sofia
13. Andre
14. Sofia
15. Andre
16. Sofia
17. Andre
18. Sofia
19. Andre
20. Sofia
21. Andre
22. Sofia
23. Andre
24. Sofia
25. Andre
26. Sofia
27. Andre
28. Sofia
29. Andre
30. Sofia

31. Andre
32. Sofia
33. Andre
34. Sofia
35. Andre
36. Sofia
37. Andre
38. Sofia
39. Andre
40. Sofia

También por Scarlett Shelton

SINOPSIS

Vine a su casa porque **hice una promesa**.

No a él, sino al diablo que es dueño de la sangre de mi familia.

Prometí robar sus secretos y vender su nombre,

cambiar su ruina por la vida de mi primo.

Andre Orlov es el enemigo al que me enviaron a destruir.

Un príncipe de la Bratva con ojos fríos y manos violentas.

Pero cuando sangra, me quedo. Cuando cae, lo sujeto.

Y en ese momento, hago añicos mi primera promesa.

Cada día miento mejor. Cada noche recuerdo sus caricias.

Él jura que no se enamorará de una enemiga como yo.

Yo juro que no me enamoraré del hombre al que estoy traicionando.

Ambos fracasamos. En silencio. Por completo.

En su mundo, el amor es una baza. La traición se paga con sangre. En el mío, el silencio mantiene vivo a mi primo.

Si descubre quién soy, me destruirá.

Si cumplo mi promesa, podría destruirlo a **él**.

Nunca debí ser su salvación.

Nunca debí ser su debilidad.

Pero ahora llevo algo que podría desatar una guerra…

su secreto… y la promesa de su enemigo.

Nota de la autora: *Un romance oscuro y prohibido de enemigos a amantes, ambientado en el mundo de la Bratva, con identidad oculta, obsesión, traición y un secreto que lo cambia todo. Puedes esperar una tensión que se cuece a fuego lento, dinámicas de poder peligrosas y un héroe que no perdona con facilidad. Sin cliffhanger. Final feliz garantizado.*

1

ANDRE

El coche dio un tirón hacia delante al frenar de golpe. Frenar con suavidad no entraba en los planes. No con el humor en el que me encontraba cuando llegamos al segundo almacén que visitábamos esta noche.

Mi estado de ánimo no hacía más que hundirse y oscurecerse con cada segundo que pasaba.

Miraba a través del parabrisas hacia el cielo oscuro, que rozaba la escena de los muelles y el agua al fondo del aparcamiento.

La impaciencia hervía en mi sangre. La frustración aceleraba mi pulso. La rabia me invadía mientras me quedaba allí sentado, ceñudo, durante un minuto.

Esta mierda ya empezaba a oler a rancio.

O yo lo hacía.

—Menuda faena que Sergei tenga que estar de luna de miel ahora mismo —se quejó Oleg, uno de mis soldados de mayor confianza, desde el asiento del copiloto.

Apoyé la cabeza en el reposacabezas del asiento del conductor y entorné los ojos en su dirección. Estaba harto de lo que tardábamos en dar con el topo que saboteaba nuestro negocio de drogas, pero *no* estaba perdiendo mi toque. Probablemente Oleg no insinuaba eso, pero no iba a pedirle que lo aclarara.

Mi primo, Sergei, era un maldito experto localizando la raíz de los problemas dentro de la organización. Implacable. Tenaz. Letal. Pero desde que conoció y se casó con Natalie, tenía una vida más completa y tardaba más en recurrir a la violencia—dentro de un límite. Esa parte nunca la perdería. Ninguno de nosotros podía. Al haber nacido en la Familia Orlov, estábamos condenados a ser siempre asesinos y hombres peligrosos que no se detenían ante nada para proteger a nuestra familia y hermanos.

Pero no me habría importado contar con su ayuda en ese momento. Sobre todo porque parecía que estaba dando vueltas en círculo—en el mejor de los casos—con todos los problemas que amenazaban nuestras operaciones de droga.

—Se ha ganado un descanso —respondí con sequedad.

A decir verdad, Sergei apenas se tomaba tiempo libre. Ninguno de nosotros lo hacía cuando las amenazas y los peligros eran constantes. Mi padre, Mikhail Orlov, apenas había descansado dirigiendo la familia después de que naciera mi medio hermano, Owen, hace apenas unas semanas.

Oleg soltó una risa irónica. —Desde luego, Sergei se ha ganado un descanso después de aguantar a los malditos Popov así.

Asentí, observando la quieta superficie del agua a través de la ventanilla. Éramos el único coche aparcado en este lado del almacén, mientras que los demás y los camiones usaban la parte oeste. Los mozos de carga y conductores iban de un lado para otro como abejas obreras, preparando el reparto de la última remesa de mercancía para nuestros camellos. Un alijo como este no era nada fuera de lo habitual, pero con la frecuencia con la que últimamente

teníamos problemas en nuestras operaciones habituales, parecía fundamental supervisar y controlar hasta el más mínimo detalle. Por más que hiciera, parecía que nunca iba a dar con el topo que pasaba información a nuestros enemigos, los mismos que después atacaban o entorpecían a nuestros camellos y transportistas. El tráfico de drogas era un negocio lucrativo, pero también despiadado y muy competitivo.

—Si Niko Popov sabe lo que le conviene —repliqué—, no se meterá con nosotros en una buena temporada. Sergei había sido clave en la caza y eliminación de varios miembros de la familia Popov, acabando con los hombres responsables de secuestrar a Maisie, la joven hija de Natalie.

Oleg asintió, frotándose la barbilla. —¿Pero cuándo ha sabido ese cabrón lo que le conviene? —preguntó en tono irónico y burlón.

Sonreí con complicidad. Desde antes de que yo naciera, Niko Popov había sido una mosca molesta con la que mi padre tenía que lidiar al frente de nuestra organización. Si no teníamos que vérnoslas con Popov como rival ansioso de nuestro poder, riqueza y territorio, entonces Roberto Giovanni y su familia mafiosa nos hacían la vida imposible. Y si esos idiotas italianos estaban entretenidos, aparecían los cárteles mexicanos. Motoclubes del Medio Oeste. Otras bandas emergentes. Políticos y el mercado negro que respaldaba el ejército.

Como ya dije—estaba harto de esta mierda, sin final ni respiro a la vista.

Buscar al topo que vendía información sobre nuestras rutas y envíos de droga estaba llevándonos demasiado maldito tiempo. Hasta hace poco me había reído de la idea de que el traidor pudiera estar *dentro* de la familia Orlov, pero ahora tenía que aceptar esa posibilidad. Llevaba tiempo cazando, espiando, siguiendo el rastro y persiguiendo. Cada pista acababa muriendo sin dar ningún fruto. Cada indicio que encontraba no me acercaba ni un ápice a descubrir quién nos estaba jodiendo.

—Cuando pille a este puto topo, deseará no haberlo intentado nunca —gruñí.

Todo este tiempo que la rata andaba suelta, echando a perder una de nuestras mejores fuentes de ingresos, era tiempo y dinero que seguíamos perdiendo. Y también hombres, porque nuestros camellos y transportistas quedaban atrapados en el fuego cruzado cada vez que acababan en el sitio equivocado en el momento equivocado, con los Giovanni "casualmente" allí para robar nuestras ventas, o con los polis y capullos de la DEA intentando hacer arrestos.

Oleg estaba igual de mosqueado. Se frotó la barbilla de nuevo y soltó un hondo suspiro. —Tiene que ser alguien de dentro. Sé que no quieres ni plantearlo, pero joder, Andre, hemos mirado *en todas* partes menos ahí.

Me estremecí. No era por orgullo que me resistía a pensar que alguien de la organización Orlov estaba detrás de las mentiras y la filtración de información confidencial. Era por la rabia de estar equivocado. Mi padre confiaba en los responsables de lo que hacíamos —supervisores como Sergei, mi otro primo, Roman, y yo —. Por eso mismo, nosotros dábamos la cara por los hombres y soldados que juraban lealtad. No *quería* dudar de nadie ni empezar a cuestionar a los hermanos y luchadores que siempre debían ser fieles a la familia.

Una vez se siembra esa duda, es malditamente difícil quitarse la costumbre de no confiar jamás en nadie. Y yo ya era bastante escéptico de por sí, siempre a la defensiva, sin permitir que nadie se acercase demasiado o permaneciese demasiado tiempo en mi vida.

—Sabes, estaba convencido de que pillaríamos al maldito topo en el último almacén —dijo con cansancio.

—Yo también.

Habíamos difundido una pista falsa sobre un envío que debía llegar al almacén que acabábamos de dejar. La intención era poner la

carnada a cualquiera con ganas de robar producto. Oleg y yo fuimos para vigilar desde la distancia, confiando en que la información falsa se vendería y difundiría. Esperábamos una emboscada y teníamos guardias preparados para cazar a los que intentaran atacar.

Pero no pasó nada.

Aquello estaba muerto. Todo seguía su curso. Nada sospechoso.

Que esa información falsa no se hubiera vendido ni compartido desmontó todas mis suposiciones, y ya no sabía qué intentar después. Atraer al topo con cebos y pillarle debería haber sido infalible. Ahora, sólo me sentía un imbécil por fallar.

—Lo mejor será entrar y asegurarnos de que aquí todo va como debe, ¿eh? —Dijo mientras cogía la manilla de la puerta.

—Eso, será lo mejor. —Intenté sacudirme el malestar, esa inquietud que llevaba demasiado tiempo persiguiéndome. Todo este tiempo al mando de la búsqueda del topo y enfrentándome a los problemas que Giovanni causaba a nuestro negocio, sólo había conseguido enfadarme cada vez más.

¿Qué me estoy perdiendo?

¿Quién coño le está pasando información a Roberto maldito Giovanni?

¿Por qué cojones no soy capaz de resolver esta mierda?

Salí del coche junto a Oleg, negando con la cabeza y pensando cómo podría rebajar la frustración que me recorría. Qué hacer para mantenerme cuerdo y afilado, sin dejar que este mal rollo me distrajera. En cuanto terminara de revisar este almacén, lo mejor que podía hacer para liberar tensiones sería entrenar en mi edificio y después repasar todos los informes y hallazgos recogidos por los espías.

Voy a *encontrar a ese cabrón.*

Aunque tenga que cambiar de estrategia y mirar dentro de la familia.

Nos alejamos del coche. El agua seguía tranquila, como un espejo que reflejaba la luz de la luna. No llegaban sonidos de la ciudad, estando tan lejos del centro. Junto al agua y a estas horas, no teníamos que soportar el bullicio de la vida, ni el tráfico ni los peatones atascando la zona.

Pero era…

Fruncí el ceño, mirando a Oleg.

—Está silencioso —murmuré.

Demasiado silencioso.

La maquinaria se movía dentro del almacén. El zumbido de los motores nos llegaba a través de las paredes. Faltaba el bullicio. Las charlas entre compañeros y los gritos de órdenes de los supervisores.

—No es normal —asintió Oleg, manteniendo esa expresión de preocupación.

Nada era normal. Esa era mi opinión y tenía derecho a ella. Nada iba bien en mi investigación para descubrir quién era el topo. Ese silencio me ponía de los nervios. Tenía los sentidos a flor de piel. El corazón me latía deprisa. Sin pensarlo, fui directo a coger mi pistola justo cuando Oleg y yo aceleramos el paso al acercarnos.

Él también sacó su pistola de la funda bajo la chaqueta.

Cuando llegamos a la puerta trasera, con los ojos bien abiertos y los oídos tensos tratando de escuchar, ya era demasiado tarde.

Alguien nos había estado vigilando, probablemente desde el momento en que aparcamos y dudamos antes de salir del coche.

El silbido fugaz de una bala surcó el aire, rozándonos por muy poco.

Francotiradores.

Oleg reaccionó al instante, cubriéndome y empujándome para que yo entrara primero en el edificio. Disparó de vuelta hacia donde habían salido los tiros del francotirador.

La rabia encendió una mecha dentro de mí y rechiné los dientes. Habían cortado la luz en el almacén. Apenas había trabajadores de los Orlov dentro, moviendo paquetes y preparando camiones para la distribución.

Hombres yacían en el suelo de cemento, amontonados en pilas de muertos o heridos.

—Es una puta emboscada —gruñí a Oleg. Llevando una mano hacia atrás, le agarré de la manga y lo tiré hacia delante. Al entrar conmigo, se vio forzado a dejar de disparar hacia cualquiera que nos siguiera con balas dirigidas a nosotros. Cuando tropezó conmigo hacia dentro, giró sobre sí mismo y apuntó hacia adelante. Evaluando nuestro entorno, escudriñamos en busca de la primera amenaza.

Había demasiados esperándonos. Hombres enmascarados salieron en tropel de sus escondites. Desde detrás de cargamentos apilados y estanterías de paquetes, se delataron. Armas en alto. Máscaras ocultando sus rostros. Vestidos de negro y claramente aquí para asesinar y matar, estaban preparados.

Pero yo también lo estaba.

Había nacido para matar. Para defender. Para hacer todo lo necesario para servir a mi padre y a la familia de la que siempre estaría orgulloso.

Apretando los dientes, me aparté de Oleg y busqué cobertura parcial. En cuanto nos separamos, disparamos contra los hombres que se acercaban.

Expulsado de la quietud excesiva del exterior, donde había aparcado, y arrojado al caos y violencia, me sumé a la refriega de decisiones de vida o muerte.

Protegiéndome como podía tras una unidad doble de contenedores, fui abatiendo a los hombres según intentaban acorralarnos. Oleg se defendió por sí mismo. No necesitaba mirarle para saber que seguía a mi lado. El fuego cruzado y constante de su arma demostraba que luchaba a mi lado.

Sin balas, hice una pausa para recargar. Pedir refuerzos no habría sido un esfuerzo en vano, pero un hombre se abalanzó sobre mí y me tiró la pistola al suelo.

—Te vas a arrepentir de eso, cabrón —gruñí al lanzarme al combate cuerpo a cuerpo.

En la pelea, a puñetazos y patadas defendí mi posición. Luego, con la pistola recargada, eliminé a cualquiera que se atreviera a mostrarse. Imbéciles presuntuosos, todos ellos.

No me detuve. No pensé. Oleg y yo respondimos a la emboscada con toda la letalidad de la que éramos capaces.

Sólo cuando estuvieron todos muertos bajé el brazo.

—¿Andre? —jadeó Oleg tras dirigirse a mí con una exhalación áspera.

Entrecerré los ojos, levanté la cabeza y miré hacia mi derecha. Había pensado que él había ido a la izquierda.—Sí.

Salió tambaleándose de entre el polvo levantado por los disparos. Esquivando los cadáveres, carraspeó y me repasó de arriba a abajo con la mirada.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza. Me habían alcanzado. La sangre en su camisa demostraba que él tampoco había salido ileso. Pero seguíamos vivos. De pie y respirando.

—No voy a estar bien hasta que toda esta mierda se acabe —gruñí.

Mientras recuperaba el aliento, escuché vagamente cómo Oleg pedía refuerzos.

Mientras él organizaba que más hombres de los Orlov vinieran a encargarse de la limpieza, me agaché y arranqué la máscara a uno de los muertos.

Giovanni.

La rabia más amarga casi me ahogó mientras soltaba la tela y dejaba que el hombre cayera de nuevo al sucio suelo.

Seguro que todos estos eran esbirros de Roberto Giovanni. Todos y cada uno—otra vez. Él no había hecho ningún secreto de su empeño en acabar con nuestro negocio de drogas.

Pero, ¿quién te está pasando la información, maldita sea?

Me estremecí al incorporarme, mientras nuevas oleadas de dolor me atravesaban bajo la piel. Me habían alcanzado y estaba dolorido, pero el tormento de las heridas no era nada comparado con la furia abrasadora de saber que alguien de la familia tenía que haber estado implicado en esta emboscada de esta noche.

Te encontraré.

Y nada *te salvará.*

Lo juraría, pasara lo que pasara.

2

SOFIA

La luz de la luna se filtraba por la ventana mientras yo fregaba el suelo.

Sola en este tramo del pasillo del edificio de Andre Orlov, cada vez estaba más convencida de que no servía para esto.

Empecé mi primer día como la nueva doncella de la casa siguiendo el paso a una encargada de hogar imperturbable y gruñona, Renee, una vieja carca de manual. Seguro que creyó que solo sabía inglés o español con ese alias de Sofia Gonzalez. Probablemente era la única razón por la que tantas veces cambiaba al ruso, quejándose de mí a cada paso mientras me daba una vuelta por la residencia de Andre Orlov.

Si no caminaba lo suficientemente rápido, se quejaba de lo fuerte que era mi desodorante.

Si me atrevía a mirar por la ventana más de la cuenta al pasar, era una cría tonta y soñadora.

Cuando confundí una puerta de la primera planta de ese edificio enorme con la de la cocina, yo era una descerebrada que no prestaba atención.

Aparte de sus lamentos sobre lo pésima doncella que sería yo, un claro fracaso para el personal de la casa, también se tomaba la libertad de criticarme por lo bajo.

Que si tenía demasiadas curvas, que seguramente me habría operado para tener ese pecho.

Que si era demasiado baja, que así no podría llegar nunca donde hay que limpiar de verdad.

Que si tenía la piel demasiado morena, lo cual probaba, según ella, que era una vaga inútil que se tumbaba en los rayos UVA y malgastaba el dinero.

Conseguir la aprobación de Renee solo importaba por mantener este trabajo.

La mujer no tenía por qué caerme bien. De hecho, dudaba que le gustara nadie; era una de esas personas amargadas que odian el mundo por sistema.

Pero tenía que llegar a un punto en el que pudiera pasar el corte y quedarme en plantilla.

Ser doncella no era mi sueño. Pero hasta que mi tío estuviera conforme, me tocaba aguantar este "castigo".

Fregué más fuerte, apreté los dientes y me tragué un gruñido de frustración.

Había tirado un jarrón con el codo y el recipiente de cristal se estrelló contra el suelo. Un error sin importancia, que parecía perdonable dado el susto de ver a un guardia casi oculto en un hueco del pasillo, cerca de las puertas del despacho de Andre.

—Vas a tener que acostumbrarte a ellos —gruñó Renee. Había hecho un gesto desdeñoso hacia el guardia fornido y ceñudo. Con el rostro huesudo, sin mostrar la menor emoción cuando yo pegué un brinco al encontrarle ahí parado como una estatua, parecía una gárgola de interior. Y con el carácter a juego.

—En la residencia Orlov siempre hay guardias —arqueó Renee una ceja plateada—. Siempre están atentos.

Yo tragué saliva y asentí, fingiendo ser una doncella obediente.

Tener guardias y soldados cerca no era nada nuevo para mí. Yo también había vivido en una vivienda bien protegida. A pesar de que Renee se creyó mi mentira de que era Sofia Gonzalez, la bajita, curvilínea y descerebrada, yo me guardé el secreto de mi verdadera identidad.

Los guardias y los soldados *eran* el pan de cada día para mí. Ser la sobrina mayor de Roberto Giovanni significaba tener escolta desde que tengo memoria.

Por eso sabía exactamente lo que murmuraba en ruso. Mi padre había insistido en que mi prima Esmeralda y yo aprendiéramos inglés, español, italiano y ruso. Aunque no fuéramos los hijos fuertes que ellos esperaban—el hecho de ser chicas nos condenó a ser princesas de la Mafia—teníamos que dominar todos los idiomas que las familias del crimen pudieran utilizar.

—Solo me ha asustado, nada más —le dije a Renee cuando el guardia escondido en las sombras me hizo pegar un respingo, lanzar el brazo y tirar el jarrón al suelo por accidente.

—Eh. —Renee torció el labio—. Procura que Yusef no te "asuste" otra vez. Luego me ordenó limpiar el jarrón roto y las flores. Recoger el agua y eliminar cada trozo de cristal. Ya que estaba, añadió que debía pasar la aspiradora por las alfombras mullidas de alrededor, fregar la zona a mano y después abrillantarla. Toda el ala parecía impecable, pero la alegría retorcida en su sonrisa evidenciaba lo mucho que le gustaba mandar sobre las nuevas, tratándolas como esclavas.

Disfrútalo mientras puedas.

Entrecerré los ojos mientras fregaba de rodillas.

Porque no voy a estar aquí mucho tiempo para que me des órdenes.

Otro fragmento brilló a la luz de la luna y suspiré antes de recogerlo y tirarlo en condiciones.

Me marcharé en cuanto pueda.

Sin embargo, me preocupaba si eso sería verdad.

El tío Roberto me había dicho la semana pasada que esperaba que "remediara el desbarajuste".

Desbarajuste no era una palabra que yo usara para definirme. Le cocinaba, ayudaba a que los pequeños de la familia aprendieran ruso, estaba volviendo a la universidad para acabar la carrera de enfermería. Y casi siempre estaba a tope ayudando a Esmeralda cuando estaba demasiado enferma para hacer nada.

En absoluto era una vaga, pero él había encontrado una ocupación aún mejor para mi tiempo. Una manera más eficiente de servidumbre, ya que se suponía que era el líder respetado y querido de la Familia Giovanni.

Hace apenas unos días, me había ordenado que me disfrazara de doncella y consiguiera trabajo en la residencia de Andre Orlov. Me había reprochado por ser una sobrina mimada y perezosa. Luego me había amenazado con un ultimátum que ni en sueños habría podido ignorar.

Ser doncella y recopilar información para él de Andre Orlov. O dejaría de financiar los tratamientos y cuidados médicos que Esmeralda necesitaba para seguir viva. No para prosperar, solo para vivir.

Conteniendo otro grito de frustración, froté el suelo con más fuerza. Más rápido. Como si al frotar un agujero en este suelo pudiera liberar lo mucho que detestaba a mi tío. El miedo profundo que sentía de perder a mi dulce prima. Y el pavor que me daba estar aquí, siendo una mentirosa y espía.

No era ninguna maldita espía. Me había formado para ser enfermera.

No tenía ni idea de cómo indagar o husmear. Siempre había crecido con el propósito de ocuparme de mis propios asuntos.

Y no estaba nada cómoda aquí, viviendo con una identidad falsa.

Solo podía esperar que este ultimátum tuviese fecha de caducidad. El tío Roberto no podía pretender que me escondiera y espiara aquí para siempre, de manera indefinida. Aunque yo fuera "solo" una chica y no uno de sus adorados y fieles soldados o hombres, hasta yo era consciente de cómo llevaba tiempo tramando una campaña brutal e intensa contra los Orlov. La enemistad y rivalidad entre los Giovanni y los Orlov existía desde antes de que yo naciese, y probablemente duraría décadas después. Mi tío estaba afinando su antagonismo y el enfoque de la lucha a través del negocio de las drogas. Su plan era vencer a los Orlov en la distribución de drogas, pero para ir un paso por delante, tenía que contar con obtener información sobre sus rutas y envíos.

Su antigua espía, Emilio, había muerto recientemente, y ahí entraba yo en juego.

—Busca en su despacho. Haz fotos de todo lo que encuentres sobre sus drogas. Y mándamelo. ¿Tan jodidamente difícil es eso, Sofia? — el tío Roberto negó con la cabeza, asqueado, cuando le pedí que me aclarara exactamente qué quería de mí—. Andre Orlov es quien negocia la mayoría de sus acuerdos, y tendrá acceso a los detalles que necesito.

Por lo que podía deducir, espiar así no era algo que me fuera a llevar mucho tiempo.

Aquí estaba.

Cerca del despacho de Andre.

Y podía colarme fácilmente, sacar unas fotos, enviarlas y marcharme.

Renee podría quejarse a otra nueva doncella.

Yo podría volver a casa y seguir ayudando a mi prima.

Entrar y salir.

¿Verdad?

Dejando que los nervios me subieran por dentro, detuve la tarea de fregar el suelo. Estaba sola en este pasillo débilmente iluminado. La oscuridad se extendía a lo largo del corredor, y solo los rayos de luna de fuera me permitían ver que no había nadie al acecho.

Por supuesto habría guardias cerca, pero ninguno patrullaba por aquí en ese momento. Según los horarios que ya había memorizado y observado, tendría al menos media hora ahora, ya que la última pareja de patrulla había pasado hace unos minutos, burlándose de que me había dejado una mancha sin limpiar.

Renee estaba en la cama, fuera de turno, con la advertencia de que revisaría mi progreso sobre este suelo cuando se despertara.

Andre y cualquier otro miembro de la familia Orlov probablemente estuvieran fuera o durmiendo.

Así que hazlo de una vez.

Entra ahí. Encuentra algo para fotografiar. Y mañana por la mañana podrás irte a casa.

Me mordí el labio, nerviosa. Si no fuera por la amenaza que pendía sobre la salud de Esmeralda, no habría tenido el coraje de llevar a cabo esta maniobra sigilosa.

Entra ya en ese despacho. ¡Acaba de una vez!

Dejé la estropajo en el suelo. Otra mirada de un lado a otro confirmó que no había nadie por allí. Manteniendo una apariencia sencilla y

asegurándome de que no fuera evidente que estaba espiando—por si había cámaras controlando mis movimientos—me incorporé tranquilamente y me sacudí el delantal.

Después, con una expresión de autoridad como si de verdad perteneciera a ese lugar, me acerqué a la puerta del despacho de Andre. El metal del picaporte estaba frío al tacto, pero ignoré el escalofrío. Reprimí el miedo a que me descubrieran.

Tras abrir la puerta y entrar, me apoyé en la parte trasera de la puerta cerrada y solté un suspiro largo y contenido.

Ya estoy dentro.

Lo he conseguido.

Estoy aquí.

Abrí los ojos y eché un vistazo a la oscura suite de despacho, encogiéndome al instante.

Era un espacio enorme, lleno de estanterías y montones de papeles y trastos desordenados, con polvo y suciedad acumulándose por todas partes.

¿Por dónde empiezo?

¿Cómo voy a poder rebuscar entre todo esto sin dejar rastro?

¡Si muevo algo, se notará que ha sido manipulado!

Me separé de la puerta y avancé despacio por el cuarto oscuro. Tomando nota mental de dónde estaban los montones y echando un vistazo rápido a las palabras escritas en alguna de la correspondencia, empecé a temer que me haría falta más de una visita furtiva para encontrar algo que mi tío quisiera.

Además, tampoco es que vaya a dejar información importante tirada a la vista.

Me encogí al ver la marca pegajosa de un aro marrón donde una taza de café había estado demasiado tiempo sobre la madera del escritorio.

Quizá toda su correspondencia importante y notas estén en formato digital. Y entonces, ¿qué?

El tío Roberto podía darme el ultimátum de espiar como doncella y sacar fotos de cualquier cosa tangible. Pero no llegaría muy lejos si esperaba que yo hiciera de espía y pirateara un ordenador.

No. No pienses así.

Preocupada porque esto me fuera a llevar más tiempo del que pensaba en un principio, hice una mueca y aguanté las punzadas en el estómago.

No seas negativa.

Pero, siendo realistas, aquí estaba buscando una aguja en un pajar proverbial.

No te rindas.

Mi determinación para seguir con este ejercicio de espionaje se basaba en el cuidado hacia mi prima. No lo hacía por mi tío. No lo hacía por lealtad a la familia de mierda a la que tenía la desgracia de pertenecer. Solo estaba aquí y daría lo mejor de mí para que Esmeralda pudiera seguir viviendo y, ojalá, sin sufrir.

Solté un suspiro profundo, devanándome los sesos en busca de un plan de acción. Revolver entre el desorden y la suciedad no me llevaría lejos. Necesitaba orden. Pasos. Un esquema, un mapa para organizarme y que, al terminar, supiera que había hecho todo lo posible y no había dejado ningún cabo suelto.

Empieza por la esquina del escritorio y revisa los objetos que hay encima.

Luego pasa a los cajones, primero el lado izquierdo y después el derecho.

Después de eso—

El sonido de la puerta abriéndose me sobresaltó.

Me quedé rígida, la mano en el aire antes siquiera de poder tocar nada.

Las bisagras chirriaron un poco y el pesado panel de madera giró hacia dentro.

¡Yusef!

¡Mierda!

Me agaché rápidamente y me escondí detrás de la enorme silla de cuero pegada al escritorio.

—Voy a encontrar ese puto mapa aunque sea lo último que haga —gruñó para sí mismo al cerrar la puerta tras él.

Temblando de terror, rodeé mis piernas con los brazos y traté de hacerme la bola más pequeña que pudiera. Escondida bajo el escritorio y fuera de la vista. Tiritando de miedo ante el riesgo de que me descubrieran.

O que me trataran de otra manera. Parecía que Yusef también planeaba espiar, para encontrar algo a lo que seguramente no tenía acceso. Las disputas internas de la Familia Orlov no tenían nada que ver conmigo. Yo solo estaba allí para espiar y conseguir una copia de lo que quería mi tío—cualquier documento con detalles sobre negocios de drogas que sirviera a sus intereses.

Yusef no era ni silencioso ni ordenado mientras rebuscaba entre los papeles del escritorio de Andre. Resoplaba y gruñía. Las hojas se agitaban y arrugaban. Un libro cayó sobre la superficie justo encima de mi cabeza. Me tensé, agachándome aún más por el fuerte golpe.

El tiempo se diluyó en una nube de ansiedad mientras permanecía oculta. Pero no pasó mucho antes de que alguien más entrase en la habitación.

—¿Pero qué—? —un quejido de dolor interrumpió el saludo del recién llegado. Unos pasos tambaleantes avanzaron más hacia el interior—. ¿Pero qué *coño* crees que estás haciendo?

—Andre. ¿Estás bien? —Yusef ya no tenía el gruñido que se le había escapado mientras buscaba el mapa. Sus pies dieron media vuelta, lo único que alcanzaba a ver desde mi escondite bajo el escritorio.

Oh, mierda.

¿Andre?

¿Andre Orlov está aquí?

¿Y yo estoy escondida en su despacho?

El terror se condensó y se volvió pánico puro. Tiritando ante el nuevo y más peligroso riesgo de ser descubierta, contuve la respiración y me quedé observando sus pies.

Las piernas de Andre se detuvieron junto a la puerta. Sus pies permanecían quietos, pero su respiración agitada no presagiaba nada bueno.

—No, no estoy nada bien, joder —gruñó Andre.

Yusef no replicó. Echó un par de pasos hacia atrás—. Te han disparado.

—No estoy nada bien con mi puto guardaespaldas husmeando entre mis cosas —gritó Andre.

—No, jefe. No. Yo no— —Yusef volvió a retroceder.

Tragué saliva con dificultad. El corazón me retumbaba en el pecho mientras fijaba la mirada en sus pies al otro lado del escritorio.

—¿Tú eres el puto topo? ¿Eres tú quien vende secretos a los putos Giovanni? —acusó Andre.

—Yo—

Un disparo apagado interrumpió lo que fuera que Yusef intentaba decir. Andre le había disparado. Una sola vez, con silenciador. El típico sonido ahogado era inconfundible, pero la verdadera prueba fue el acto mismo cuando Yusef cayó. Se desplomó hacia delante, de cara al suelo. Su cuerpo alto quedó tendido en la alfombra y su cabeza giró lo justo para que su mirada vacía se quedara fija en mí. El orificio limpio entre sus ojos muertos brillaba y sangraba a escasa distancia de donde estaba escondida.

Me tensé. Todos mis músculos se prepararon para el impacto. El shock me atravesó ante el horror de lo que acababa de suceder tan cerca.

Pero antes de que pudiera dejar que el miedo y el pavor me consumieran, me volví para ver cómo Andre también se desplomaba.

Gimiendo y sujetándose a un sillón para mantener el equilibrio, el líder de los Orlov se arrodilló primero sobre una rodilla. Luego sobre las dos. Más parte de su gigantesco y musculoso cuerpo se hizo visible según yo seguía acurrucada, oculta bajo su escritorio.

Llevaba el traje desordenado. Un reguero de sangre manchaba la camisa blanca que llevaba puesta.

Otro quejido profundo escapó de sus labios cuando soltó finalmente el respaldo de la silla.

—Joder —gimió tras dejarse caer en la alfombra, apretando una mano sobre el hombro—. Eso ha dolido.

Me atreví a soltar un respiro entrecortado, observando cómo intentaba reincorporarse después de desplomarse.

Esto es todo.

Con él en el suelo, dolorido y con los ojos cerrados, podría marcharme. No me vigilaba. Era vulnerable, herido y demasiado lento para detenerme.

Esta tenía que ser mi ventana de escape de este despacho lleno de muerte y sangre.

No había conseguido encontrar nada para mi tío, y con Esmeralda como el chantaje que él usaría contra mí, seguía atada a espiar.

Simplemente no esta noche.

Tendría que quedarme y volver a intentarlo en otra ocasión.

Mordiéndome el labio, salí arrastrándome de mi escondite. Vigilé a Andre como si fuera capaz de levantarse de un salto y pillarme in fraganti. Seguía vivo. Continuaba despierto, con el pecho subiendo y bajando mientras apretaba la mano sobre la herida.

Esta noche no.

Hoy había fracasado, pero podría intentarlo de nuevo más adelante.

Deslizándome despacio, me estremecí por el ruido y el aspecto que presentaba él, completamente dolorido.

Podría volver cualquier otra noche…

—Joder —gruñó de nuevo Andre.

Tanta agonía y desesperación cabían en esa única palabra. Y eso bastó para evitar que me marchara. El instinto de cuidar y ayudar era demasiado fuerte para ignorarlo. Oírle jadear y gruñir de dolor me retuvo.

Ay, maldita sea.

Me mordí el labio con más fuerza mientras me incorporaba sobre mis temblorosas piernas.

Seguía con los ojos cerrados. El dolor se marcaba en los surcos de su rostro.

Al menos tengo que ayudarle…

Mi corazón compasivo siempre sería mi mayor debilidad.

Tras una mirada a Yusef, muerto en el suelo, y otra fugaz a la puerta cerrada, rechiné los dientes y me apresuré a acercarme a este mafioso, dejándome llevar más por mi instinto de enfermera que por el de espía.

3

ANDRE

Respiré aliviado. Me invadió una sensación que contradecía el punzante dolor de la herida sangrante en mi hombro. Las punzadas ardientes que irradiaban desde el corte en mi costado no conseguían empañar la profunda paz que sentí al saber que todo había terminado.

Ya estaba hecho.

Había encontrado al cabrón que vendía información... y lo había matado.

Me jodía que fuera uno de los nuestros, que el responsable de vender secretos e información confidencial a Roberto Giovanni perteneciera a la organización Orlov, pero me encantaba haber puesto fin a su vida. Me aseguré personalmente de que no pudiera traicionarnos nunca más.

Maldito imbécil...

Si hubiera tenido fuerzas, habría negado con la cabeza tendido en el suelo.

Yusef llevaba en la familia muchísimo tiempo, al menos veinte años. Cuando empecé a interesarme en serio por el negocio—tendría yo unos diez años—él era un guardia de poca monta. Siempre hemos sido mi padre y yo, más mis dos primos, un club de chicos muy cerrado, un cuarteto en el que mi padre nos enseñaba todo lo que sabía desde pequeño.

Va a cabrearse de verdad. Se va a poner hecho una furia cuando le cuente que el topo era uno de los nuestros.

No tendría ningún derecho a ocultarle la noticia. Además, en cuanto reuniera las fuerzas para ponerme en pie y limpiar toda esta sangre, el hallazgo del cadáver de Yusef saldría a la luz. Llamar a un par de los hombres de patrulla sería el inicio de la limpieza. El personal disponible, o el que estuviera en los otros edificios de la manzana, empezaría el proceso de devolver el orden a mi despacho. No sería una escena del crimen durante mucho tiempo.

Prefiero ser yo quien le dé la noticia a mi padre sobre esta traición. Quizá así el golpe fuese menos duro que si se lo dijera cualquier otro de la organización.

Asumir que uno de los nuestros había resultado un traidor era un trago amargo. Y como Mikhail Orlov era un líder tan implacable como justo, se tomaría la traición como algo personal.

Gruñí, intentando reunir energías para levantarme. Pero un letargo cansino se me metía en los huesos. El alivio me adormecía, invitándome a bajar la guardia. La inquietud de perseguir al topo se había difuminado. Ahora que todo había terminado, ahora que sabía que había pillado al topo con las manos en la masa mientras Yusef rebuscaba entre los papeles de mi escritorio, ya no necesitaba apresurarme. Ni estar en tensión. Ni estar siempre alerta y al pie del cañón.

No. Debería ir a decírselo ya.

El dolor me mantenía lento, sin embargo. Aquella pelea en el almacén había sido una carnicería. Me aseguré de dejar a Oleg en el edificio de mi padre, donde Claire tenía su consulta médica. Mi madrastra—un término que no le hace justicia, teniendo en cuenta que la esposa de mi padre es más joven que yo—seguramente estaría acostada, o intentando irse a la cama. Owen apenas era un bebé, y ella era una madre de las que no delegan nada. También era doctora de vocación, y por eso dejar a Oleg allí tenía sentido. Él sangraba más rápido que yo y apostaría a que Daria, una de las nuevas residentes, estaría de guardia para coserle las heridas.

Espera.

Si iba a informar a mi padre de que Yusef era el topo, Claire vería lo malherido que estaba. Y se levantaría y se molestaría en ayudarme, cosa que precisamente quería evitar.

Evitar a mi padre y a su nueva esposa se había convertido en otro hábito molesto del que no podía deshacerme. Los quiero. Pero ver a mi padre tan asentado y verdaderamente feliz por primera vez en su vida me resultaba difícil de asumir. Me sentía... celoso de esa paz y serenidad que habían hallado el uno en el otro.

En vez de quedarme tumbado aquí, gimiendo de dolor, podía arrastrarme hasta el baño y, al menos, intentar asearme. Haciendo una mueca al presionar mi hombro, traté de balancearme para impulsarme hacia arriba.

El dolor volvió y gruñí con más fuerza.

—Déjame ayudarte.

Entrecerré los ojos ante la voz suave y femenina. Una nota de temor permanecía al final de su ofrecimiento, pero la morena arrodillada sobre mí actuaba con autoridad. Con conocimiento. Decidida a ayudar. Sin pedir permiso ni esperar a evaluar la situación, tomó una bayeta y la presionó contra mi hombro. No la puso al azar, sino que apretó justo donde ayudaba a detener la hemorragia.

Parpadeé, atónito ante la aparición de este ángel caído del cielo. ¿Y en mi despacho? Fruncí el ceño y abrí más los ojos. —¿Quién demonios eres t...— No me molesté en terminar la pregunta. El uniforme negro y blanco ocultaba su exuberante silueta. Los ribetes de encaje en su delantal de doncella parecían demasiado recargados para la expresión seria y decidida con que la mujer me curaba las heridas.

—Soy... la doncella. Hoy es mi primer día.

Está claro que era la doncella, vestida de esa forma. Desde luego no era la estirada de Renee, que llevaba años a cargo del edificio. Esta belleza joven debía de ser la nueva incorporación de la que Renee me había hablado de pasada, una muchacha de la agencia de personal que iba a empezar pronto.

Mientras me desplomaba en el suelo y aceptaba su ayuda, intenté restar importancia al alivio que me daban sus manos delicadas al comenzar a desabrocharme la camisa y apartar la tela. Sentir la punta de sus dedos sobre mi piel desnuda bastó para sacarme del dolor total, pero no era suficiente para excitarme. Ella parecía demasiado seria. Su toque resultaba demasiado clínico.

—¿Una doncella? —hice una mueca al ver cómo enrollaba mi camisa para limpiar la sangre de la herida en mi costado—. ¿O una enfermera?

—Solo soy la doncella —frunció el ceño mientras examinaba mis heridas, demasiado analítica en su inspección. Había algo más en su mirada, un destello que se me escapaba. No era *solo* una doncella.

—Bienvenida a la casa —contesté con ironía, concentrado en respirar entre el ardor de las punzadas—. Pero ¿qué demonios haces en mi despacho?

Alzó la vista y me desarmó con su preocupada mirada castaña. —Estaba... estaba... —tragó saliva y vi cómo desviaba la atención

hacia Yusef, tendido muerto. —Estaba limpiando en el pasillo y oí...— Volvió a tragar saliva, apurada.

—¿Has oído qué…? —fruncí el ceño al mirarla—. ¿Tienes nombre?

Ella asintió mientras yo intentaba incorporarme.— Despacio. Ve tranquila y poco a poco. O mejor aún, quizá deberías quedarte tumbado un poco más hasta—

—¿Un nombre? —insistí de nuevo.

—Sofía. Sofía González.

—Sofía, ¿qué has oído?

Se humedeció los labios, su rostro era el reflejo de una preocupación absoluta mientras yo intentaba ponerme derecho. No iba a desangrarme. No aquí. No así. Pero cuanto antes me limpiase, antes podría descansar lo que quedaba de noche. Porque a primera hora de la mañana, habría que informar a mi padre de todo lo que había pasado esta noche.

—Estaba limpiando el pasillo—

—¿A estas horas?

Ella asintió.— Renee me dio instrucciones…

Asentí con una mueca al incorporarme para ponerme de pie. La mano de Sofía seguía sobre mí, presionando mis heridas y ayudándome a levantarme.

—Y oí a alguien en esta habitación. Me asusté por ese hombre y me escondí bajo el escritorio. Luego, luego… —se encogió, lanzando una mirada a Yusef muerto sobre la alfombra.

No necesitaba que me explicase nada más. Yo estaba allí. Lo recordaba. Había matado al topo que se había escondido demasiado cerca.

—Y después eso —terminé por ella.

Ella se estremeció y asintió, esforzándose visiblemente por no mirar hacia donde estaba Yusef.

Al menos no se alteró al ver un cadáver tan de cerca. Ni lloró. Ni intentó huir para esconderse, histérica por el trauma. No. No me dejó solo. Seguía aquí, con las manos manchadas de mi sangre mientras me ayudaba.

Juntos, conseguimos ponernos en pie. Manteniéndola cerca, logré el equilibrio suficiente para erguirme del todo, aunque en cuanto di un paso hacia delante, me tambaleé hacia un lado y solté un quejido.

—Tranquilo. Poco a poco, señor Orlov —no dudó en sujetarme, encajando sus hombros bajo mi brazo y sosteniéndome contra ella.

¿Tranquilo?

Eso sí lo tenía claro. Aceptar su ayuda no suponía ningún reto para mí. Y no estaba para prisas, ni para forzarme. Salir trastabillando de la oficina me dejó sin fuerzas, y de no ser por ella, no habría llegado muy lejos.

—¿Puedes coger mi móvil? —le pedí, respirando con dificultad mientras me apoyaba en ella en el pasillo. Mi costado herido quedaba al lado opuesto y apenas podía moverme para sacar el aparato del bolsillo.

No dudó ni un momento, demostrando que estaba hecha de otra pasta. No se alteraba ni se asustaba al ver la sangre. No se echaba atrás pese a mi herida ni a que acabase de matar a un hombre. Algunos empleados no aguantaban la vida dura de la Mafia, pero Sofía no tenía miedo. Estaba dispuesta a ayudar.

Cuando consiguió sacarme el móvil, le indiqué qué debía hacer, y pronto sostuvo el aparato junto a mi oído. La llamada fue directa al jefe de seguridad de la casa, a quien di instrucciones para que se encargase del desastre de mi despacho.

—Avisaré a mi padre de esto —le dije.

—Sí, señor. —Cortó la llamada mientras yo seguía avanzando trabajosamente hacia mi habitación.

Sofía no se apartó de mí hasta que estuvimos allí, en mi cuarto.

—Por allí —le indiqué, señalando con la barbilla la dirección del baño, y ella asintió.

Aunque la idea de que se quedase conmigo mientras me duchaba era tentadora, sospechaba que eso anularía por completo su consejo de ir despacio. O de ir poco a poco. Dejarle tocarme más era un pensamiento demasiado sugerente. No sería fácil mantener la distancia. Ni me apetecería que fuese despacio entre nosotros.

Después de soltarme para que pudiera sentarme en una butaca del baño, un espacio de señor de la casa con sitio de sobra, ella cogió una toalla y la humedeció para traérmela.

—No —negué, fijándome en ella bajo la luz más intensa. El maquillaje casi ocultaba la leve marca de un moratón en su rostro, pero lo noté.

Lo noté y despertó aún más mi curiosidad.

—Abre el agua para mí —le pedí en su lugar.

Apretó los labios, preocupada, pero se giró y abrió los grifos de la ducha en la espaciosa mampara. Al activar sin querer la maneta de la segunda alcachofa, se sobresaltó y apartó de un salto para esquivar el agua.

Muy ligeramente, la comisura de mis labios se curvó.

Una sonrisa.

Casi.

Y de nuevo, negué con la cabeza. Me divertía pensar que podía sonreír ante esta criada joven y atractiva, y empecé a quitarme la chaqueta y la camisa ensangrentadas.

Ahora no.

Aquí no.

No así.

¿Con una criada?

Nunca me había interesado tirarme al servicio. Pero era innegable que algo en ella me atraía por completo. Era plenamente consciente de su presencia al acercarse para ayudarme a quitarme la ropa manchada de sangre. Me intrigaba la firmeza de sus dedos. Tenía curiosidad por la prudencia de su mirada, tan esquiva mientras me obedecía evitando el contacto visual directo.

Es porque es nueva.

Es solo porque es alguien que no había visto antes.

No es más que eso.

—Puedo arreglármelas solo desde aquí —le avisé tras volver a ponerme en pie. Odiando lo que me costaba recuperar el aliento con ese esfuerzo, la vi retroceder. Alzó las manos como si quisiera prevenirme por si caía, y frunció el gesto preocupada.

—A menos que pienses mojarte —añadí, bromeando, con una mirada significativa a la ducha.

Un precioso rubor encendió sus mejillas, sacándome de golpe de mi agotamiento.

Se retiró más, negando con la cabeza y aún más tímida. —Puedo esperar cerca. Si necesitas ayuda con tus heridas…

No respondí, desabrochándome los pantalones antes de que saliera casi huyendo del baño. La idea de verme desnudo era demasiado para su delicadeza.

Solté una risa entre dientes, cargada de ironía.

¿Delicada?

No había nada frágil en ella. Cualquier otra criada habría gritado al ver el desastre de sangre. Renee nunca había querido ocuparse de mí como doncella.

Al meterme bajo la ducha y apretar los dientes por el agua en mis heridas, inspiré hondo y me obligué a apartar todo pensamiento sobre la nueva criada hasta que lograra descansar y estar presentable para dar a mi padre la mala noticia de que uno de los nuestros era el topo.

No era una buena noticia, pero sí algo cerrado. La preocupación por el espía se acabó. El problema estaba solucionado. Zanjé el asunto matando a Yusef, y punto.

Quizá ahora pueda darme un "descanso" después del trabajo bien hecho.

Dejé que una sonrisa maliciosa se dibujara en mi cara, pensando en permitirme el lujo y el tiempo de conocer un poco mejor a mi doncella con instinto de enfermera que lo poco peculiar que había sido nuestro primer encuentro esta noche.

4

SOFIA

Mientras Andre se duchaba, hice todo lo posible por no imaginarlo. No, no de *esa* manera. Solo llevaba unos minutos con mi nuevo "jefe", pero bastaron para apreciar lo atractivo que podía ser un hombre tan peligroso. Alto, de aspecto recio y en forma, con una musculatura atemporal que irradiaba masculinidad y desprendía testosterona. Tenía ese tipo de presencia inmediata. Ese magnetismo irresistible.

A pesar de su respiración entrecortada por el dolor y de que sangraba por dos heridas, no pude evitar notar lo mucho que podría llegar a atraerme.

En otras circunstancias.

En circunstancias que no incluyeran mi preocupación constante de que resbalara en la ducha, estuviera aún más mareado y desorientado de lo que él suponía.

O que sangrara más y sus heridas necesitaran más ayuda para cerrarse y empezar a curar.

¿Y si se desploma y se golpea la cabeza?

¿Y si se cansa y no puede pedir ayuda?

¿Y si entra alguien y tiene que disparar, pero no puede?

Este juego de suposiciones me revolvía el estómago, y cuanto más tiempo pasaba sentada al borde de una silla en su enorme dormitorio principal, más movía la rodilla con ansiedad. Esperar no era precisamente mi fuerte. Y me resultaba aún más angustiante no poder ayudar a alguien cuando estaba en mi mano hacerlo.

—¿Sofia?

Me puse alerta al oír cómo me llamaba. Enredada entre preocupaciones y pensamientos, ni siquiera había notado que había cerrado el grifo de la ducha. Aunque, bien mirado, aquí las paredes no eran finas, como las de la casa de mi tío. Él había perdido tanto dinero que ni siquiera quedaba presupuesto para mantener ese viejo edificio. Me incorporé y giré hacia la puerta abierta del baño.

—¿Sí, señor Orlov?

—¿Todavía tienes ganas de ayudar?

¿Ayudar en qué sentido?

Ahora se me vinieron a la mente todas esas otras imágenes de él en la ducha. El agua resbalando por su cuerpo esculpido—un cuerpo que ya había tocado al ayudarle a caminar hasta aquí. Su melena rubia, gruesa y revuelta, aún mojada por el agua. Y esos ojos oscuros, tan intensos, el azul de sus pupilas tan poderoso que era capaz de sujetar mi mirada.

—Sí, señor Orlov. —Me levanté de un salto justo cuando él aparecía en el umbral. Solo llevaba atada una toalla peligrosamente baja en la cintura, se apoyó en el marco de la puerta y dejó escapar un suspiro profundo.

Joder.

Cualquier tentación de mirarle se esfumó de mi cabeza. Escucharle soltar ese suspiro ronco era suficiente prueba de lo que le había costado ducharse solo estando herido.

El deseo no tenía cabida entre nosotros. Ni aunque no estuviera herido. Seguía siendo un rival mortal que, sin duda, se enfurecería si descubría que le estaba espiando y mintiendo.

—Quizá puedas ayudarme a vendar esto antes de que empiece a sangrar otra vez. —Bajó la mirada hacia la herida de su costado. La piel a su alrededor estaba enrojecida y furiosa, pero no sangraba en exceso.

—Sí, puedo. Pero antes necesitas unos puntos. —Le hice un gesto para que se sentara en la silla donde había estado esperando y me puse manos a la obra limpiando los cortes y cosiéndolos, para después aplicarles pomada a las dos heridas. El botiquín tenía de todo, quizá lo habitual para un hombre peligroso acostumbrado a una vida violenta. Hacía tiempo que no tenía que usar una aguja con alguien en ese estado, pero la memoria muscular volvió sola. No quedaría bonito, quizá le quede alguna cicatriz, pero había quedado apañado. Satisfecha, empecé a colocar la gasa y las vendas. Al menos, él había tenido la previsión de coger el botiquín antes de salir del baño.

Todo el tiempo, él me observaba. Y todo el tiempo, yo hacía todo lo posible por evitar cruzar la mirada con él.

No era lo normal. Las criadas no eran enfermeras. Pero entre nosotros había algo en común. Una comprensión tácita de que la violencia era parte natural de esta vida mafiosa.

—Hoy es tu primer día trabajando aquí. —Debería haber sido una pregunta, pero me lo dijo como una afirmación cuando terminé de atenderle las heridas.

Asentí, mirándole de reojo y esforzándome por no dejar que el peso de su mirada me afectara.

—¿Por qué se te da tan bien esto? —preguntó, haciendo un leve gesto con la cabeza hacia el abultado vendaje que había sujetado en su hombro.

Me encogí de hombros. —Primeros auxilios básicos.

—¿Saber coserle heridas a un desconocido es algo básico?

Abrí la boca y la cerré. —Podría serlo.

Él gruñó, escéptico ante mi respuesta. —Tampoco es básico no asustarse al ver un muerto en mi despacho.

Le sostuve la mirada y me eché atrás, sentándome sobre los talones para alejarme un poco. —Renee me explicó que esta podría ser, eh... una casa peligrosa.

Esperaba que sirviera como frase genérica que no me metiera en problemas. *Eso espero.* Renee, en realidad, no me había explicado nada, solo me había ladrado que lo que pasaba en este edificio se quedaba en este edificio.

No necesitaba consejos suyos sobre cómo funcionaba una familia mafiosa. Yo provenía de una.

La quemazón de la mirada de Andre me intimidaba. Permanecer en su cuarto así no podía ser sensato desde el principio. Pero lo que realmente me inquietaba era la posibilidad de que le diera por preguntarse por qué apenas había reaccionado ante *su* asesinato. Tener que dar más explicaciones sobre qué hacía en aquel despacho era lo último que quería soportar.

Porque, a pesar de esa atracción innata y automática hacia su aura peligrosa, a pesar de ese impulso de disfrutar de su presencia y de la atención que me prestaba de cualquier forma, tenía que completar esta misión. Tenía que entregarle algo a mi tío, o si no, pondría la vida de mi prima en juego.

Tenía que hacerlo.

Tenía que aguantar.

Y si eso implicaba quedarme aquí como doncella algo más de tiempo hasta que pudiera echar un vistazo a esos papeles en ese despacho caótico, pues eso era lo que tendría que hacer.

—Tiene razón —dijo Andre por fin, mientras yo me ponía en pie y me sacudía las manos en el delantal—. Esta es una casa peligrosa.

¿De una sola persona? ¿Siendo tú el único que vive aquí? Sí, ya lo tengo más que claro.

—Y fuera también es un mundo peligroso —añadió con sequedad, incorporándose.

Di un respingo al notar lo poco que nos separaba. Con él de pie y el cansancio reflejado en su rostro agotado, era absurdo de mi parte centrarme en lo cerca que estábamos, casi de manera íntima.

Retroceder un paso me salió instintivo, pero me costaba apartarme y comportarme como una criada corriente. Debía mantener la distancia y pasar desapercibida, como una simple empleada.

—Gracias por tu ayuda —dijo él, observándome atentamente.

Asentí, intentando recordar si debía hacer una reverencia o algo así. —No ha sido nada —respondí, rezando para que no notara lo nerviosa que estaba, sola en su habitación y con él tan interesado en mí, aunque fuera mínimamente.

—Buenas noches, Sofía —dijo, dándome la espalda mientras se dirigía a la cama. Me lo tomó como la señal definitiva de que debía irme, y no lo dudé ni un segundo.

—Buenas noches, señor Orlov.—Aunque una parte de mí quería preocuparme por sus heridas, no era tan tonta como para involucrarme en una situación donde no me necesitaban realmente. Lo más importante era pasar inadvertida y mantenerme lejos de la atención de este hombre mientras intentaba espiarle.

Sin embargo, cuando regresé a mi pequeño cuarto de doncella, esa diminuta habitación justo en la planta de arriba de la suya, me duché y me preparé para acostarme con una inquietud que no lograba quitarme de encima.

Había matado a su propio guardia por pillarle husmeando. Pero eso no hacía que Andre pareciera el villano. Yusef tenía esa actitud negativa y maliciosa que lo envolvía. Andre había actuado con decisión, sí, pero no le tenía miedo.

Por supuesto que no me asusta. Rodé los ojos mientras estaba tumbada en la cama mirando el techo. Me había criado rodeada de hombres Giovanni y soldados; no era una ingenua que no supiera cómo funcionaban esos mafiosos despiadados.

Recordar cómo había ayudado a Andre me hacía sentir calor. Cada vez que volvía a pensar en lo tersa y suave que era su piel, en lo duros y rígidos que estaban sus músculos, tensándose mientras yo le curaba las heridas… Esa mirada fría y peligrosa que me dedicó, como si necesitara averiguar quién era yo.

Basta ya, Sof.

Andre Orlov no se había ganado el derecho a ocupar tanto espacio en mi cabeza ni mi interés.

Era solo un medio para conseguir un fin. Tío Roberto me había encomendado espiar a Andre y conseguir copias de sus documentos sobre los negocios de drogas. Y como Esmeralda era la única persona que me importaba y su vida dependía de que consiguiera hacerlo, tenía que mantener a Andre Orlov en su sitio.

Como un objetivo.

Como alguien que no debía significar nada para mi vida ni para mis acciones.

Cerré los ojos con más fuerza y me obligué a dormir para que las cosas no parecieran tan complicadas mañana.

Con algo de suerte, Andre no estaría y yo tendría otra oportunidad para espiar.

Pero la suerte no estaba de mi parte, porque en cuanto bajé a la planta principal, donde estaba la cocina, le vi sentado en la mesa del comedor, terminando de desayunar demasiado temprano.

—Buenos días, Sofía —levantó la vista hacia mí, y odié cómo, mentalmente, me dejé llevar por su sola presencia.

—¿Sofía? —Renee se detuvo, cargando una pequeña pila de toallas. Lanzando una mirada inquisitiva entre Andre y yo, entrecerró los ojos—. ¿Desde cuándo te sabes el nombre de alguna empleada?

—Desde que quiero, *Renee* —respondió él con sequedad, con esa familiaridad que dejaba claro que jamás dejaría que olvidase quién mandaba.

Renee frunció el ceño, examinándome.

—Déjanos —le ordenó.

El corazón me latía a toda velocidad. ¿La estaba despidiendo? ¿Por qué? ¿Se suponía que debía quedarme? Mientras Renee se marchaba, me moví para seguirla.

—Sofía.

Cerré los ojos, encogiéndome con la espalda dirigida a él. Maldita sea. Seguía interesado en mí, ¿verdad?

—Ven, siéntate conmigo. Tómate un café.

Parpadeé, girándome para mirarle.—Señor… —

—No. Nada de esa mierda de *señor*. —Soltó una carcajada irónica—. Anoche me ayudaste con las heridas. Creo que eso te hace algo más que una empleada de la casa.

Mientras me acercaba, dudaba sobre cómo manejar la situación.—Pero *soy* solo una empleada de la casa.—

Negó con la cabeza, observando cómo me sentaba.—Hay algo diferente en ti.—

Maldición. Adiós al intento de pasar desapercibida. Venir aquí a espiar implicaba mimetizarse, y su comentario era justo lo contrario.

—¿Por no asustarme ante un poco de sangre? ¿Por no temer ayudar cuando alguien está herido? —Encogí los hombros—. Supongo que tengo un gran corazón.

Se removió en el asiento, mirándome.—Me sorprende más que no te asuste haber presenciado cómo mataba a alguien en mi despacho.—

Tragué saliva.—Lo… siento. No sabía que esa sala estaba prohibida ni que no debía estar allí o…—

Alzó la mano, impidiéndome entrar en pánico y soltar alguna otra mentira de forma atolondrada.

—Normalmente está prohibida. Pero lo de anoche… —Se frotó la mejilla, pensativo—. Me alegro de que estuvieses allí.—

Sonreí de lado, poniéndome en pie antes de que pudiera formarse una conexión extraña entre nosotros. Como si incluso pudiéramos llegar a ser amigos.—Seguro que habrías sobrevivido sin que estuviera yo allí para ayudarte —solté con ironía.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó, con esa chispa de curiosidad ardiendo suavemente en sus ojos azul oscuro.

¿Te estoy divirtiendo?

—Estoy aquí para trabajar. —Levanté la mano de forma vaga para señalar, bueno, al aire—. Tengo que ponerme en contacto con Renee y empezar mi jornada. —Aclarando la garganta y esperando parecer mínimamente profesional, bajé la barbilla—. Me alegra ver que parece que se está recuperando bien, señor Orlov.

Antes de que pudiera decir nada más, me di la vuelta y salí de la habitación.

No pasó mucho tiempo antes de volver a verlo. Se acercó caminando mientras yo limpiaba los cristales en una sala de estar.

—Aquí —sugirió, empujando la pata de una silla con el pie y acercándola un poco más.

Bajé la vista y fruncí el ceño, con la mano aún sobre el cristal—. ¿Y eso para qué es? —solté una breve risa—. Renee no va a estar contenta si me ve sentada, tomándome un descanso de las tareas que me ha asignado.

—Eres tan bajita.

Arrugué la nariz—. No pienso subirme ahí para limpiar las ventanas. Luego la silla se ensuciaría.

Se encogió de hombros—. ¿Cuánto mides, por cierto? —Su lento repaso de arriba abajo hizo que me sonrojara.

—Eso es de mala educación.

Sonrió—. Yo mido uno noventa.

Volví a limpiar—. Enhorabuena.

Escuché la sonrisa en su leve risa grave. Como no se marchaba—ya fuera por aburrimiento o, ejem, aburrimiento—, solté un gruñido—. Uno cincuenta y cinco —murmuré.

Después de ese encuentro tan peculiar, me libré de su presencia. Estar en la lavandería significaba que no aparecería, pero en cuanto subí a la cocina después de la hora de la comida, me volvió a seguir. Esta vez, intentó entablar conversación trivial sobre el calor veraniego de fuera.

Más tarde, se sentó cerca de donde yo barría e inició otra conversación sobre el café.

Después trató de que le contara mis manías. A lo largo de la mañana, me encontró en el invernadero, mientras quitaba el polvo, y

me preguntó qué opinaba sobre las estructuras de las cascadas de allí fuera.

Bajé el plumero a mi costado y resoplé—. ¿No tienes cosas que hacer? —pregunté.

Se acercó aún más, casi sonriendo mientras me observaba. Nos separaban solo unos centímetros, pero no podía sentirme intimidada ni asustada. Durante toda la mañana y el día, había sido una presencia molesta. Pero una presencia agradable.

—Ese hombre que estaba anoche en mi despacho era la solución a un problema en el que llevaba tiempo trabajando. —Apartó un mechón de mi pelo de mi hombro, mirándolo como si quisiera sentir las hebras entre sus dedos—. Ahora que eso está resuelto… —Alzó su intensa mirada oscura hacia mis ojos—. Parece que ahora tengo algo de tiempo libre.

Vaya, joder.

Si ahora iba a rondar por aquí más a menudo, me iba a costar mucho más escabullirme y enviar nada a mi tío.

Asentí una vez—. Ah. ¿Y tu pasatiempo favorito es hacer… esto? —Moví el dedo entre los dos, indicando cómo me venía siguiendo e invadiendo mi espacio.

—¿Esto? —Se acercó aún más, observando mis labios—. ¿Cómo llamarías a *esto*, Sofia?

Locura. Insensatez. Una emoción salvaje que no puedo permitirme en mi vida. Tragando saliva, traté de convencerme de que era imposible que él pudiera estar interesado en mí.

El miedo por el estado de mi prima me mantenía a raya. No estaba aquí para desmayarme ni coquetear con él. No debería estar sonriendo a sus visitas constantes, como si realmente quisiera conocerme.

—No soy la única que siente *esto*, ¿verdad? —Se acercó aún más, colocando el pie entre los míos y quedando casi pegado a mí. Prácticamente juntos, estaba a mi alcance. Aprovechó esa cercanía también, mareándome y despertando mi cuerpo con deseo cuando enlazó su brazo sano a mi cintura—. Esta atracción —susurró, bajando los labios hacia los míos tan despacio que podría haber temblado de anticipación.

—Yo…

—Señor Orlov.

La voz de un hombre en la puerta hizo que yo retrocediera de un salto. Al apartarme bruscamente de Andre, sorprendida por haber sido pillada en una situación tan íntima con el jefe, golpeé sin querer su brazo. El herido. Él soltó un siseo de dolor.

—Vaya, lo siento. —Le sujeté el brazo, mi mano en su codo—. Perdón. Lo siento mucho. No era mi intención hacerte daño.

Asintió, mirándome una última vez—. Lo sé. —No me conocía, pero apostaría que podía imaginar que no quería causarle más dolor cuando me había esmerado tanto en cuidarle la noche anterior.

Y en ese momento, me asaltó la idea de lo travieso que sería si llegara a conocerme de verdad. Todo de mí.

—Su padre está aquí —anunció el guardia desde la puerta.

—Gracias —respondió Andre, sin apartar los ojos de mí.

Bajé la mirada, esforzándome por no decepcionarme porque el momento—fuera lo que fuera—había terminado. El ambiente se había roto. La intimidad que habíamos compartido aquí se había hecho añicos. Al fondo de mi mente, una voz insistente y molesta me repetía que no podía de verdad querer nada con él. Que sería romper las reglas desear que se acercara así de nuevo y me besara.

Colocó un dedo bajo mi barbilla y me la alzó suavemente, incitándome a mirarle de frente.

Bajo el peso de su mirada clavada en mí, asumí que ese hombre, ese asesino, ese desconocido tan obsesionado conmigo, era una distracción para la que no tenía tiempo. Me descolocaba, y tenía que librar una batalla interna para saber si era una treta. O real.

¿Real?

Ponte seria, Sof.

Aquí no está pasando nada.

¿Con un Orlov*? ¿Estás loca?*

Debía de estarlo, porque cuando casi sonrió y se acercó para darme un casto beso en la mejilla antes de irse, tuve que esforzarme por no soltar un suspiro enamoradizo y bobo.

Sabes por qué estás aquí.

Frunciendo el ceño mientras lo veía salir de la habitación, me mordí el labio y temí lo mucho que se me iba a complicar esta supuesta misión de espía.

5

ANDRE

Me alejé de Sofia, sintiendo su mirada todavía clavada en mi espalda. Tener su atención así me hizo esbozar una sonrisa, y negué ligeramente con la cabeza.

¿Qué me estás haciendo?

¿Por qué?

¿Qué tontería es esta?

Sofia era nueva. Pero ese no era el único motivo por el que me sentía adicto a su cercanía. Claro que me había ayudado con mis heridas, y sí, había demostrado ser una trabajadora imperturbable y sin rodeos.

He estado rodeado de mujeres guapísimas toda mi vida y ella no era una excepción en eso. Pero algo más me inquietaba, me tentaba a querer descubrir todas sus capas.

Eso es.

No era simple curiosidad ni atracción física. Era un enigma.

Saqué el móvil para escribirle a Oleg de nuevo. Acababa de venir para decirme que mi padre estaba aquí, pero no podía haber ido muy lejos.

Andre: *Por favor, pregunta a Sofia.*

Su respuesta llegó de inmediato.

Oleg: *¿Sobre qué?*

Fruncí el ceño, dirigiéndome al despacho para reunirme con mi padre. *¿Todo?* Estaba atrapado con esa necesidad de averiguarlo todo sobre ella, pero tenía la intención de embarcarme solo en ese viaje de descubrimiento.

Andre: *Sobre dónde trabajaba antes. De dónde es.*

Para haber podido siquiera entrar en este edificio, tenía que haber pasado por un control de antecedentes, y la agencia de empleo que la había enviado aquí debería haber facilitado los datos preliminares sobre ella. Confiaba en que Oleg me contaría más, que me daría su impresión.

Porque hasta que no tuviera más respuestas de ella—cosas que tendría que desenterrar más allá de la charla trivial persistente que la estaba obligando a mantener conmigo hoy—debía andar con cautela.

—Siempre con cautela —murmuré para mí mismo al entrar en la sala donde mi padre me esperaba.

—¿Cautela respecto a qué? —Estaba de pie junto a la ventana, mirándome. Su mirada fue directa a los vendajes y al cabestrillo que hacían que mi hombro pareciera hinchado—. ¿Por haber recibido un disparo?

Asentí mientras tomaba asiento. Este despacho no se usaba para nada más que para mantener conversaciones privadas como aquella. Mi oficina era un infierno mucho más desordenado, donde yo sabía

dónde estaba todo, tal y como debía de ser. Pero esa habitación probablemente todavía estaría siendo limpiada tras lo de anoche.

—¿Por qué no fuiste a ver a Claire para que te ayudara? —Se sentó también, observándome de cerca. Aunque andaba ocupado con el nacimiento de Owen, ayudando a mi hermana Anya a adaptarse y cuidando de su nueva esposa, nunca me dejaba de lado. Durante toda mi vida, solo habíamos sido él y yo contra el mundo. Mi madre, Olga, nunca había estado en mi vida, y no me había perdido nada con ese arreglo.

Mikhail Orlov era el único padre que jamás necesité.

—Oleg se presentó en la clínica —dijo antes de que pudiera responder. —Daria y Anya estaban allí para ayudarle, pero dijeron que tú no estabas con él.— Y estaba al tanto de que Oleg y yo habíamos ido a los almacenes. No era casualidad que le sorprendiera que mi mano derecha hubiera llegado herido pero yo no.

—No quería ser una molestia —respondí con sorna.

Esbozó una media sonrisa de desaprobación—. No es una *molestia*. Es doctora, joder.

—Y Claire también es madre reciente. Y una madre agotada y de mal humor.—Me incliné hacia adelante en el asiento y suspiré—. De todas formas, tampoco me dieron tan fuerte.

—No es así como lo veo yo.—Enarcó una ceja.—No cuando solicitaste limpiar tu despacho.

—Eso fue más por haber encontrado al topo y matarle. No porque *yo* estuviera desangrándome ahí dentro.—Estuve a punto de sonreír al recordar el momento de sorpresa y confusión cuando Sofia se inclinó sobre mí y me dijo que me lo tomara con calma. Que fuera despacio.—Además, una nueva empleada de la limpieza estaba cerca. Me ayudó.

—¿Una sirvienta? —se burló—. Tenemos un médico, enfermeras en prácticas, una maldita clínica, y recurres a pedirle a una *sirvienta* que haga de enfermera.

—No parecía que estuviera 'haciendo de' enfermera.

Frunció el ceño. —¿Esta nueva sirvienta? —Nunca se preocupaba por los detalles de cómo gestionaba yo la casa o a quién contrataba. Normalmente, el personal se mantenía en un segundo plano, mezclándose y permaneciendo fuera de la vista, en todo caso. Sergei, Roman, mi padre y yo teníamos cada uno nuestro propio edificio en esta manzana, con el personal que considerábamos oportuno. Trabajábamos juntos, a menudo estrechamente, pero seguíamos teniendo nuestras residencias separadas.

—Sí. Sofia.

Su mirada se volvió crítica. Me evaluaba.

—¿Qué?

—¿Es *sólo* una sirvienta? —preguntó, midiendo cada palabra, con cierta preocupación.

No lo sé. Había algo diferente en ella, pero no lograba concretar qué. Quizá era la forma en la que rompía las barreras habituales al dirigirse a mí directamente, a diferencia del resto de los empleados. Quizá fue esa necesidad ardiente de ayudarme cuando me vio con dolor lo que más me impactó.

—Lo comprobaré —contesté.

—Ajá.

Volví a fruncir el ceño, molesto por el deje divertido en su mirada. —¿Qué? —repetí.

—Simplemente, ten cuidado de no dejar que te afecte demasiado.

—¿En qué sentido? —Si se refería a mantener a raya mi deseo, eso ya estaba perdido. Las morenas con curvas siempre habían sido mi

debilidad. Su empeño en mantener la distancia conmigo era, en el fondo, otra forma de hacerse la difícil—también otra de mis debilidades.

—No puedes permitirte distracciones por culpa de una mujer —gruñó—. No ahora, cuando estás intentando averiguar quién está vendiendo información sobre nuestras drogas al jodido Giovanni.

—Puedo distraerme con una sirvienta sexy todo lo que me dé la gana —repliqué—. Ya te lo dije. Lo he solucionado. Pillé a Yusef husmeando entre mis cosas en el despacho. Él era el topo, y está muerto. Se acabó el asunto.

Mi padre me clavó una mirada calculadora. —Quizá.

Puse los ojos en blanco. No solía interrogarme de esta manera.

—*Si* Yusef era el topo que estabas buscando, entonces sí, se acabó él y su relación con nuestros rivales. Pero Giovanni no va a detenerse ahí. Podría mandar a otro—. Negó con la cabeza mientras bajaba la mirada al suelo y soltaba un largo suspiro—. No estoy convencido de que Giovanni vaya a quedarse tranquilo del todo después de anoche—. Me preguntó entonces por la emboscada en el almacén, y le di detalles más precisos de cómo Oleg y yo entramos y nos sorprendieron tan brutalmente. Seguro que los equipos de limpieza seguían allí aún por la mañana, retirando los cadáveres.

—Como todo lo demás, Andre, la obsesión de Giovanni por atacarnos es una maldición con muchas capas.

Asentí. —Sí. Pero perder a un informante tiene que haberle supuesto un revés—. Yusef le servía de herramienta, y ya no estaba a su disposición. Mi padre nunca bajaría la guardia de verdad, pero yo sí tenía ánimo para permitirme una tregua. Para relajarme un poco después de la noche que tuvimos.

—¿Confío en que te tomarás un tiempo para recuperarte? —preguntó, cuando terminamos de hablar.

Asentí. —Claro. Puedo quedarme aquí y darme un respiro hasta estar al cien por cien—. Le acompañé hasta la salida del despacho, hacia la puerta por la que podía coger el ascensor para regresar a su edificio. Una vez en el subterráneo, recorrería los túneles interconectados que unían nuestras cuatro viviendas.

—¿Vas a quedarte en casa para pasar tiempo con la nueva sirvienta? —preguntó con media sonrisa.

Sonreí y me encogí de hombros con el brazo bueno. —¿Por qué no?

En cuanto se fue, comprobé el móvil por si Oleg tenía novedades. Sí. Por supuesto que sí. También él había salido herido anoche, pero no era un inválido. Probablemente se aburriría antes que yo mientras *nos lo tomábamos con calma*.

Oleg: *Es una sirvienta. No hay nada más que rascar.*

Puse de nuevo los ojos en blanco. Dudaba mucho de *eso*.

Oleg: *Padres muertos. Hizo algunos cursos de enfermería, pero los dejó. Vivía en un piso cutre con unos compañeros antes de empezar aquí.*

No podía ser eso todo lo que había que saber sobre ella.

Andre: *¿Y el moratón de su cara?*

Oleg: *Yo también lo vi. Le pregunté. Dijo que se lo hizo un baboso en un bar que intentó llevársela a casa.*

Entrecerré los ojos al imaginarme a alguien molestándola, y guardé el móvil en el bolsillo.

Era demasiado guapa para pasar desapercibida en un bar, pero no me hacía ninguna gracia. Ni imaginar que pudiera acabar con otro hombre.

¿Pero qué demonios?

¿Qué está ocurriendo?

Me froté la mejilla, ignorando que necesitaba afeitarme.

¿Cómo demonios consigue meterse bajo mi piel de esta manera?

Este brote de posesividad surgía de la nada, pero no iba a intentar frenarlo. Había algo en ella que me atraía. Algún aspecto suyo me provocaba el deseo de protegerla. No como gratitud por haberme ayudado anoche sin estar obligada a ello, sino porque la quería. Porque deseaba abrazar esta nueva conciencia y conexión que la mantenían en mi pensamiento, pese a que me había dado cuenta de su existencia hacía menos de un día.

Y como no tenía nada pendiente en mi agenda, salvo recuperarme de estas heridas que no iban a detenerme en absoluto, no veía motivo alguno para dejar de interesarme por ella.

Con la intención de buscarla, revisé todas las plantas principales de mi residencia. No estaba en la cocina ni en el comedor. Tampoco en el salón ni en las bibliotecas. Como soltero que casi nunca estaba en casa y jamás recibía invitados, sabía bien que no debía suponer que estuviera preparando una habitación de invitados para nadie.

Aquí solo estaba yo.

Sólo yo y tú, Sofia.

La idea de que estuviéramos juntos era una necesidad que no podía sofocar.

—Renee. —La detuve cuando se dirigía hacia las escaleras que llevaban a las lavanderías.

Ella giró su envejecido rostro hacia mí y levantó una ceja.

—¿Dónde está Sofia?

Bufó, dándose cuenta claramente de que mi interés por la nueva empleada doméstica era por otros motivos distintos al de su trabajo aquí.— Se supone que está quitando el polvo en la biblioteca vieja.

Fue mi turno de resoplar ante su respuesta. ¿Quitando el polvo en la "vieja" biblioteca? Vaya pérdida de tiempo. Esa habitación llena de libros era más un trastero que otra cosa, y apostaría a que Renee la había enviado allí solo para mantenerla ocupada.

—Lo que sea —murmuré para mí mismo. Fui hacia allí, deseando tener otra oportunidad de estar a solas con ella, sin interrupciones ni molestias.

Sin embargo, parecía que no era el único con esa idea. Para colmo, alguien se me había adelantado. A ella.

—¡Para! —insistió Sofia, empujando al guardia que la acorralaba contra las estanterías. Las estanterías le impedían huir, mientras el nuevo integrante del equipo de seguridad la tenía completamente atrapada. Literalmente en una esquina, con paredes a los lados y a la espalda, y el cuerpo de él presionándola por delante.

—Déjame en paz. —Acompañó su petición con un empujón con ambas manos en su pecho.

—Cállate de una maldita vez. —Él soltó una risa y trató de meter la mano bajo su falda.— Nadie puede oírte.

Una oleada roja de furia recorrió mi cuerpo al entrar en la sala.— Yo sí. —gruñí.

Sofia se quedó boquiabierta de sorpresa, sus facciones delicadas marcadas por la incomodidad.

El guardia se giró al oír mi voz, frunciendo el ceño.

No le duró mucho la expresión. Le solté un puñetazo con fuerza suficiente como para derribarlo, haciendo que cayera de espaldas y chocara contra una silla. Las patas del mueble rasparon el suelo con un ruido estridente que casi me hizo olvidar la nueva oleada de dolor que subía por mi brazo.

Le había golpeado sin tener en cuenta mis heridas. Aunque utilicé mi lado "bueno", seguía doliendo ser tan físico.

—¡Señor Orlov! —Sofia se acercó a mí, ya preocupada por el siseo de dolor que se me escapó.

—Joder —gimió el guardia mientras se incorporaba poco a poco, sacudiendo la cabeza tras el golpe.— Señor, yo solo—

Le volví a golpear. Y otra vez. Las nuevas oleadas de sufrimiento me atravesaban, pero la necesidad de ser brutal y castigar a ese imbécil no se desvanecía.

Sofia se aferró a mi brazo, intentando apartarme.

El guardia gimió y levantó las manos en señal de rendición.

Y aun así, no conseguía apartar esta urgencia de dejarle claro que *nadie* tenía derecho a molestar lo que era mío.

A esas alturas, ya veía a esta compasiva sirvienta como *mía*. No solo como empleada, sino como alguien a quien proteger. A quien resguardar. A quien compensar con cualquier buena acción que pudiera justificar por cómo se había molestado en ayudarme cuando yo estaba hundido.

—Señor Orlov —insistió Sofia, tirando de mí para apartarme del guardia cuando hice una pausa. Mi pecho subía y bajaba agitado. Me dolían los nudillos. Y la piel en torno a mis heridas protestaba al moverme de esa manera.— Basta. *Por favor*. Ya es suficiente.

Me giré para encararla, dejando de mirar al hombre apaleado en el suelo.— ¿Ya es suficiente? —le devolví.

El que decidiría cuándo era *suficiente* sería yo.

En lo que a ella respectaba, esto no había hecho más que empezar.

6

SOFIA

—¿Puedo ser de ayuda, jefe? Oleg apareció en la puerta, alzando las cejas mientras miraba al guardia que gemía en el suelo, y luego a Andre.

Tragué saliva con dificultad, tenía la boca tan seca. Al parpadear una vez ante el hombre ensangrentado y magullado en el suelo, fruncí el ceño mirando a Andre. Él seguía observándome, furioso pero preocupado.

—Él… —señalé al guardia que había intentado acorralarme y violarme. Sus amenazas susurradas de hacer conmigo lo que quisiera serían cosa del pasado. Porque Andre había aparecido y quería protegerme, esas burlas de pesadilla jamás se harían realidad. —Está manchando de sangre el suelo —dije mientras Andre me observaba, aparentemente sin palabras, evaluándome de arriba abajo. Me revisaba con la mirada y se acercó aún más.

—Me encargaré yo —dijo el otro hombre.

Debía de haber venido al oír el alboroto, pero Andre salió de su necesidad obsesiva de revisarme para ver si tenía cualquier herida.

—No, Oleg —le dijo—. Haz que Damon se ocupe de esto. Se supone que deberías estar descansando después de las heridas de anoche.

Oleg gruñó.—¿Y no se supone que tú también deberías estar descansando?

Tragué de nuevo, inquieta por la intensidad constante con la que Andre me miraba, tan preocupado. Como si le rompiera algo en lo más hondo solo *pensar* que yo había sido víctima. Él. Este rival de mi tío. Este asesino peligroso. Este… hombre fuerte que se suponía que era mi falso jefe.

Un desconocido para mí.

—Sí —contesté—. Debería tomárselo con calma —respondí a Oleg—. Muy despacio. —Fruncí el ceño y apoyé la mano en el brazo de Andre, preocupada—. Eso *no* ha sido nada despacio, señor Orlov —le regañé suavemente.

Gruñó y dirigió una mirada a Oleg al acercarse al guardia del suelo. Sin decir palabra, me condujo fuera de la habitación.

Estar cerca de él me confundía. Había venido para espiarle y marcharme. Pero cada vez que venía a buscarme y me asediaba con preguntas sobre cualquier cosa, me veía atrapada pensando en cómo podría ser todo entre nosotros.

—¿Estás bien? —preguntó mientras me guiaba por el pasillo.

—*¿Yo?* —le lancé una mirada incrédula—. Acabas de pegarle estando aún en recuperación. No deberías esforzarte si quieres que esas heridas se curen—

Negó con la cabeza.—Sofia.

—Señor Orlov.

Tirando de mí hacia su habitación, cerró la puerta y me instó a apoyarme contra ella.—No hagas eso.

—¿No haga qué? —Yo no estaba haciendo *nada*. Desde luego no estaba haciendo lo que había venido a conseguir. Ni siquiera había entrado en su despacho. Ni espionaje, ni fisgoneos, ni copiar nada.

—No me llames así.

Fruncí el ceño.

Su mirada azul oscuro me atravesó cuando alzó la mano para acariciarme la mejilla.—Ser tan formal conmigo no impedirá esto. —Se acercó más, bajando la mirada a mis labios—. Llamarme así no va a frenar esta necesidad de estar cerca de ti.

Me humedecí los labios, sin saber cómo manejar la seriedad de su interés. O cómo observaba mi rostro como si quisiera memorizar cada línea y cada rasgo para soñarlo después. Fruncí el ceño.

—Y ponerme esa cara no va a evitar que me preocupe por si ese imbécil te ha hecho daño —susurró mientras deslizaba sus dedos por mi mejilla, dándome una señal física para relajarme.

—No te incumbe si me ha hecho daño o no.

Gruñó, acercándose más.—Sí me incumbe, Sofia.

Negué con la cabeza, pero con su mano en mi mejilla, no pude apartarme del todo.—Tú eres mi preocupación. Lo quieras o no, lo eres.

—Solo soy una criada —protesté. No se suponía que fuera nada para él. ¡Ni siquiera tendría que haberle conocido nunca!

—No después de anoche. —Clavándome su mirada azul, me mantuvo anclada en el sitio, deseando aún más sentir el calor de su cuerpo a mi alrededor—. No después de que tú te preocuparas por *mí*.

—Oh —exhalé, enderezando los hombros, como si quisiera salir de ese momento—. Ya lo entiendo. Intentas compensarme. Yo te ayudé

anoche y tú me has ayudado ahora. Vale. Estamos en paz. —Intenté esquivarlo, pero no se movió.

—Entre nosotros no hay cuentas que saldar.

—Entre nosotros *no hay nada* —rebatí, desesperada.

Este deseo que recorría mi cuerpo era una auténtica locura. La atracción era lo último que debía permitirme cuando estaba aquí para espiar para mi tío.

—Mentirosa —me retó suavemente, acariciando mi mejilla con el pulgar. Muy cerca de donde mi tío me había abofeteado hace poco, donde casi había desaparecido el moratón. No me aparté, pero él sí reaccionó. Sus ojos se oscurecieron de rabia. La preocupación lo tensaba más.

—¿Qué has pasado para ser tan fuerte? —preguntó en voz baja, como si se maravillara de mi presencia. Me buscó en el rostro—. ¿De dónde vienes para aparecer y hacer que yo…? —Negó con la cabeza.

Esperé, colgada de sus palabras. Yo no le obligaba a nada.

—¿Quién demonios eres, Sofia? —volvió a acariciarme la mejilla—. ¿Quién eres tú para aparecer y hacer que quiera matar a ese imbécil por meterse contigo?

Abrí la boca para protestar que solamente era una criada. Pero era la mayor mentira del mundo y, como había pensado ayer, que no podía con esto, ahora temía que realmente fuera a fracasar. Cuanto más sucumbía al calor del momento y pasaba tiempo con Andre, más tiempo perdía para encontrar algo que enviar a mi tío. Y si no cumplía, mi prima pagaría las consecuencias.

—Tú eres mi preocupación —repitió—. Mientras estés aquí, *protegeré* mi casa. Nadie tiene mi permiso para acosarte.

Escuchar esas palabras, esa promesa, derritió mi corazón. ¿Sería mi protector? ¿Le importaba realmente que no me pasara nada?

Desde que mis padres murieron cuando yo tenía cinco años, nadie había ocupado ese lugar. Ni una sola persona salió en mi defensa ni veló por mí. El anhelo de que alguien *me cuidara*, de sentirme protegida, despertó en mi alma un deseo tan agudo como inmediato.

—Y mientras estés aquí…

Me estremecí al oír de nuevo esa expresión.

¿Mientras estuviera aquí? Se suponía que solo debía quedarme el menor tiempo posible—todo para robarle información.

—¿Qué? —frunció el ceño, al notar mi gesto de incomodidad—. ¿Qué ocurre?

—Esto —respondí—. *Esto* es lo que está mal, señor—

Usó el pulgar para levantarme la barbilla.—Nada de formalidades.

Debilitada ante su preferencia por la cercanía, cedí con un suspiro.—Andre…

Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro.—Otra vez.

Fruncí el ceño.

—Dilo otra vez.

Joder, ¿qué me estás haciendo? El calor que brillaba en sus ojos me tentaba a seguirle el juego. Solo la idea de que me oía pronunciar su nombre era tan… excitante.

—Andre, yo—

Acortando la distancia entre nosotros, posó sus labios cálidos sobre los míos. Una oleada de calor se expandió en mi interior. Mi corazón latía más deprisa, y el torrente de emoción me inundó con tal intensidad que no pude evitar jadear.

—Señor Orlov —dije cuando él se retiró.

Entrecerró los ojos, observándome.

—Andre —me corregí—. Esto no está bien.

—Para mí es perfecto. —Y volvió a besarme. Una y otra vez. Me embriagaba. Me torturaba. Instigaba a que dejara de lado todo recato y le respondiera.

Escalofríos recorrieron mi piel. Cada terminación nerviosa vibraba, encendida por la caricia de sus labios cálidos y hambrientos sobre los míos. Temblorosa pero aferrándome a las razones por las que estaba aquí, me permití saborear la efímera dicha de besar a ese hombre que quería protegerme.

No podía hacerlo, en realidad.

No lo haría.

Si Andre supiera que yo era Sofia *Giovanni*, me mataría.

Si quería fingir que era mi caballero salvador, no podría ayudarme con Esmeralda. No podría rescatarme del destino de ser la sobrina de Roberto Giovanni.

Pero ahora, mientras me hundía en él y saboreaba el calor prohibido de su beso, quise ser egoísta. Solo por un instante. En este breve momento, me era imposible rechazarle.

¿Perfecto?

Eso dijo. Porque la sensación de su boca posesiva sobre la mía, animándome a dejarle entrar, era increíblemente deliciosa. Besar al rival de mi familia, a mi supuesto jefe, era tan incorrecto también.

Y era justo lo que necesitaba recordar antes de apartarme. Sin aliento, echando de menos el calor que emanaba, le miré con el ceño fruncido.

—Yo… —negué con la cabeza, maldiciendo el hambre de sus caricias y sintiéndole inmovilizarme entre sus brazos, arrinconada contra la puerta—. No voy a dejarme seducir, señor Orlov.

Apretó los dientes, sin duda molesto porque volvía a imponer distancia apelando a la formalidad de su nombre.

—No voy a dejarme seducir. —Lo repetí para grabármelo también a fuego.

Coquetear y besuquearme con Andre Orlov no era mi trabajo. No formaba parte de ninguna expectativa que pudiera cumplir, y cuanto antes consiguiera alejarme de él, más cuerda me sentiría.

No me detuvo cuando le empujé suavemente. En el mismo movimiento, me agaché para esquivarle, deslizándome bajo su brazo fuerte y apartándome de la puerta.

Mientras él retrocedía, aproveché para darme la vuelta y escabullirme por la puerta.

Maldita sea. ¿En qué estaba pensando? Me encogí y cerré los ojos unos segundos mientras huía de esa parte de la casa.

No pensaba en absoluto, arrastrada por el deseo cuando nunca le había permitido dominarme.

Durante la semana siguiente, hice todo lo posible por no caer de nuevo en esa trampa.

Andre complicaba ese propósito.

Ahora estaba en casa todo el tiempo, y siempre aparecía allá donde yo estuviera limpiando.

Cuando fregaba el cuarto de la colada, se me acercó por detrás y me impidió resbalar. De alguna manera, en sus brazos, terminé besándole otra vez antes de que la lógica regresara.

Otro día, mientras intentaba alcanzar un recipiente en la estantería más alta, apareció y me alzó para compensar mi falta de estatura. Al volverme a dejar en el suelo, nuestros labios se alinearon y me besó hasta que me sorprendí frotando mis caderas contra las suyas. El sonido de Renee acercándose me salvó de ceder aún más.

Blindar mi corazón contra él era una hazaña. No cuando mi pulso me traicionaba y se desbocaba cada vez que estaba cerca. Especialmente cuando tenía un lapsus y le devolvía el beso para revivir esa magia vertiginosa del afecto prohibido.

No importaba cuándo apareciera, siguiéndome claramente por el edificio. Sencillamente, era incapaz de apartarle. Todos esos pequeños encuentros suyos iban consiguiendo convencerme para dejarme llevar—solo una vez. Para aceptar su interés—una última vez. Para devolverle el beso y comprobar cuánta avidez guardaban su boca y sus manos—solo por un minuto.

Nunca apretaba demasiado. Siempre se detenía en cuanto me dejaba sin aliento, con los labios hinchados de sus besos robados. Acumular estas oleadas de deseo solo hacía que le deseara más. Que anhelara mucho más.

Imposible.

Sentada en la cama del cuarto de doncellas, saqué el móvil—el desechable, en el que tenía los números de mi tío y mi prima bajo contactos cifrados—sabiendo que desear algo con Andre era una estupidez.

Los mensajes de mi tío lo dejaban claro.

Será mejor que me consigas algo ya, zorra.

Su mensaje no era más que un recordatorio cruel de lo que me exigía.

Mañana tienes que mandarme alguna novedad.

O si no…

Las lágrimas ardían en mis párpados. La letra minúscula de sus mensajes de texto se emborronaba.

¿Necesito recordarte lo que pasa si te niegas?

¿Si fallas?

No era una amenaza vacía. Había adjuntado un vídeo de Esmeralda durmiendo, o intentándolo. Su leucemia la debilitaba tanto. Otros problemas crónicos se sumaban a la amenaza grave para su salud. Verla toser y luchar por respirar me destrozaba.

No aguantará mucho sin sus tratamientos.

Cerré los ojos con fuerza, sintiéndome una impostora horrible.

A Andre, por desearle pero ser incapaz de entregarme a él por completo.

A Esmeralda, por perder el tiempo que debería dedicar a calmar a nuestro tío con información robada de la oficina de Andre.

Y a mí misma—atrapada entre el deber y el deseo. Entre la promesa de seguridad y dicha de ese hombre peligroso al que mi tío consideraba rival… y el remordimiento lacerante y la certeza de que mi prima acabaría pagando el precio de mis errores.

7

ANDRE

Hacía dos semanas de la noche en que disparé a Yusef y manché la alfombra de mi despacho con mi sangre, esa noche en la que Sofía irrumpió en mi vida, cuando tuve que admitir a regañadientes que algunas de esas frases manidas sobre el mundo eran ciertas.

—Las cosas buenas les llegan a quienes saben esperar —dije, sentado junto a mis primos después de la fiesta de cumpleaños que habíamos celebrado para Claire.

Roman resopló y negó con la cabeza mientras cogía su copa.—Pues *yo* no pienso esperar.—Terminó su copa y abrió la mano libre hacia nosotros.—No pienso quedarme esperando y lamentándome porque no me toque hacer una tontería como enamorarme. Y sentar cabeza. —Soltó una risotada.

Hasta ahora, la noche había ido bien. Una cena, y después simplemente estábamos en la amplia terraza. Claire insistió en que no quería que nadie montase nada especial por su cumpleaños. Mikhail le hizo caso. Pero mi hermana, Anya, no se enteró de la nota. Ella fue la responsable de que la noche fuera, en realidad, una fiesta, aunque estuvo todo bastante contenido. No era ni mucho

menos un gran baile, ni nada de lo que la sociedad esperaría de nosotros, siendo tan ricos y poderosos. Aquella noche era para la familia. Solo estar juntos.

No estaba seguro de cómo la conversación había derivado en molestar a Roman por ser tan mujeriego, pero así fue.

—No hay nada de estúpido en dejar que una mujer importe en tu vida —dijo Sergei mirando a Maisie, que bailaba con Anya al otro lado de la sala. Luego arrastró la mirada hasta Natalie, esbozando una sonrisa mientras esta charlaba con Claire.

Había regresado de su luna de miel hacía unos días, y no parecía estar sufriendo por el "error" de enamorarse de una mujer.

Mi padre pasó a nuestro lado, llevando a Owen en brazos.—Lo único estúpido de eso es cuando te pasa te guste o no.—Me lanzó una mirada severa.

Sergei se encogió de hombros.—Ninguno de nosotros se despistaría tanto como para no servir a la familia —contestó.

Mi padre no respondió, limitándose a observarme.

—No entiendo por qué os metéis *conmigo* —protestó Roman. Me señaló.—Metéos con él, que será el siguiente en renunciar a su libertad y dejarse atrapar.—

Sergei puso los ojos en blanco. Mi padre negó la cabeza ante la actitud despreocupada y poco comprometida de Roman.

—Él ya está en ello —dictaminó mi padre con sequedad.

—¿Qué? —Roman se volvió hacia mí de golpe.—¿Has conocido a alguien? ¿Cuándo?—Soltó una carcajada.—Has estado tan empeñado en encontrar a ese topo que no has hecho otra cosa. Creía que seguías en casa, recuperándote—*oh*…—Dibujó una sonrisa maliciosa.—¿La doncella bajita y descarada? —aventuró.

Le sostuve la mirada.

—Sabía que había algo más ahí —se rió.—No podías dejar de mirarla ayer cuando estuvimos en tu casa.

Culpable. Era incapaz de dejar de necesitar saber dónde estaba Sofía en todo momento. Cuanto más cerca la sentía, disfrutaba de ese aumento eléctrico de necesidad. Y cuanto más lejos estaba de mí en la casa, más me sumía en la desesperación por tenerla cerca.

Por eso llegué a la conclusión de que la paciencia era la clave del juego que debía jugar con ella.

Las cosas buenas les llegan a quienes saben esperar.

Y aguantaría a Sofía hasta que fuese ella la que quisiese rendirse a mí.

—¿Una doncella, eso sí? —Roman se encogió de hombros con una sonrisa lasciva mientras miraba a mi padre.—No es como si no nos hubiésemos aprovechado todos del servicio alguna vez. Están ahí. Es cómodo.—Otro encogimiento de hombros.—No es como si fuese a casarse con ella.

Aparté la mirada, sin decir nada.

Por supuesto, no pensaba casarme con mi puñetera doncella. Eso sería pasarse. Pero tampoco pensaba renunciar a *algo* con ella.

Sofía aún no había tomado la iniciativa conmigo. Cada vez que la encontraba, me devolvía el beso. Cada ocasión que tenía de hablar con ella, mantenía la conversación sin pedir más. Era cautelosa, se reprimía y no llegaba a entregarse, y sí, eso estaba empezando a volverme loco.

Pero no hasta el punto de algo duradero como insinuaba Roman.

Estaba encaprichado de ella.

Estaba enganchado al reto de conquistarla.

Y *ni hablar* de comentar nada de eso con ellos. Tarde o temprano, ella cedería. Acabaría rindiéndose ante la tensión lenta y constante

que se creaba entre nosotros dos. Entonces sabría lo que era tenerla y por fin descifraría ese enigma.

—Lo que quería decir es que a quien espera, todo le llega —dije para cambiar de tema—. Todos me habéis reprochado ser un adicto al trabajo para encontrar a ese topo. Y lo hice. Supe esperar mi momento y lo cacé. —Levanté mi copa. Eso sí que era motivo para brindar.

—Quizás —dijo mi padre antes de llevarse a Owen hacia Claire.

Le lancé una mirada de disgusto mientras se alejaba, molesto porque seguía dudando de si Yusef había sido el topo responsable de vender información. Yusef había estado rebuscando entre mis cosas. Tenía que haber sido él. Quizá podría haberle interrogado, pero estaba seguro y actué en consecuencia.

Además, la interferencia con nuestras rutas y envíos de droga había cesado. Sin que nuestra información llegase a Roberto Giovanni, él estaba perdido intentando entrometerse en nuestros asuntos.

—Oye, había escuchado algunos rumores de que Emilio Ricci estaba hackeando nuestra base de datos —dijo Roman—. Yo pensaba que era él el topo.

Negué con la cabeza. —No. Sorprendí a Yusef revisando mis cosas. Y desde que ha muerto, no se ha filtrado ninguna información.

Roman esbozó una sonrisa burlona. —Ya. Pero casi nunca dejas papeles con información a la vista, de todos modos.

Ahí tenía razón. No solía manejar papeles incriminatorios. Las fotos a veces eran necesarias, pero también se podían digitalizar y guardar. Casi toda mi correspondencia era digital, y hace un par de meses yo mismo había pensado que el topo probablemente estaba hackeando mi sistema de alguna forma.

—Mira, mientras el cabrón esté muerto y el problema resuelto —dijo Sergei, asintiendo en mi dirección.

De acuerdo.

Hasta donde yo sabía, *ese* problema estaba solucionado. Ya nadie podía reprocharme que Sofia me distrajera.

Me marché de la fiesta poco después y fui a buscarla en mi edificio. Como era soltero y tenía la costumbre de trabajar más que de relajarme, me parecía una tontería tener a una empleada de la limpieza a tiempo completo en el edificio. Renee podía encargarse de la limpieza, y rara vez ensuciaba lo suficiente las habitaciones o plantas de mi residencia como para justificar una segunda empleada.

Eso se notaba en lo poco que tenía que hacer Sofia. Se la veía ociosa, a menudo recurriendo a excusas para limpiar cosas que no necesitaban limpieza.

No me voy a quejar.

Cuanto más tiempo libre tuviera, más atención podría prestarme *a mí*.

Al encontrarla en el balcón que da al comedor, cerré las puertas tras de mí al salir para acompañarla.

Ella dio un respingo, levantando la vista del móvil al notar mi presencia. Había descubierto lo mucho que le gustaba ese rincón hace unos días, y como seguía volviendo para relajarse allí, interpreté que no le molestaba mi compañía.

El móvil se le cayó en el regazo y tuve que reprimir un gemido al ver que ya se había cambiado de ropa. En vez del uniforme de doncella en blanco y negro, llevaba ropa cómoda y ligera. Unos pantalones cortos mínimos y una camiseta que no dejaba nada a la imaginación.

Vaya, ahora sí que estoy perdido.

Me senté a su lado y suspiré, preguntándome cuánto aguantaría allí con ella antes de rendirme, irme a duchar y dejar volar la imaginación con sus recuerdos.

Cuando levanté el brazo para rodearla por los hombros, ella negó con la cabeza y se levantó. Al pasar de un lado a otro, me dejó a la vista su trasero, provocándome cruelmente.

Se acomodó a mi lado bueno, consciente de que levantar el brazo del todo seguía doliéndome por las heridas en el otro hombro.

—¿Qué tal ha ido tu día? —pregunté, casi riéndome de lo patético que sonaba para romper el silencio.

Este juego de andarnos con rodeos se estaba haciendo cansino, pero no aburrido. Sabía que me deseaba. Era experta en recordármelo con descaro después de cada beso robado, insistiendo en que no se iba a dejar seducir.

Así estábamos, atrapados entre la tensión y la frustración, aguantándonos las ganas mutuamente.

—Mi día no ha cambiado desde hace unas horas, cuando viniste a la despensa.

Sonreí al recordar su indignación al verme seguirla incluso allí para besarla. No me había apartado. Más bien había gemido contra mis labios y hasta levantado la pierna para rodearme la cintura.

Mi polla se animó al recordar cómo se frotaba contra mí.

—Aun así, pareces cansada —me giré para admirar su perfil en vez de fingir que miraba la ciudad.

—Gracias —replicó con sarcasmo.

Esa había sido mi excusa para seguirla hasta la despensa. Le pregunté por qué se veía cansada y contestó con desparpajo que no era de buena educación decirle a una mujer que parecía cansada. Eso desembocó en que le preguntara si sería educado besarla como ansiaba hacer, justo antes de hacerlo. Y ella me contestó con voz sugerente que no era correcto, pero era justo lo que quería—hasta que la razón regresó y logró escaparse.

—¿O es que estás estresada? —pregunté.

Frunció el ceño. —¿Quién no está estresado alguna vez?

Ajá. Tenía mi respuesta. Algo *sí* la preocupaba, dándole ese gesto tenso en el rostro.

¿Pero qué será?

La necesidad de arreglar sus problemas me quemaba por dentro.

Aunque mantuviera las distancias conmigo, habíamos hablado en las dos últimas semanas. No me costó mucho deducir que debía estar pasando apuros económicos y que no venía de una familia estable. Había mencionado su deseo de volver a estudiar enfermería. Se había mordido la lengua para no seguir contándome lo mucho que le gustaba poder ayudar a los demás.

—He estado pensando —le dije, acariciando con el pulgar la curva de su hombro mientras estábamos sentados juntos. No tocarla de algún modo era simplemente imposible.

—No voy a dejarme seducir —afirmó con frialdad, anticipando que estaba a punto de proponerle algo.

—¿Por qué negar esto? —pregunté.

Antes de que pudiera jugar su turno en este juego predecible, donde me haría definir qué era *esto*, sujeté su barbilla y la giré hacia mí para atraparla en un beso ardiente.

Esto.

Esta maldita necesidad que no podemos parar.

Esta atracción loca que nos arrastra el uno al otro.

Esta jodida perfección que me hace sentir un dios cuando te rindes y me devuelves el beso.

Dejó escapar un suspiro tembloroso al separarse de mí. Sus ojos seguían cerrados, pero al abrirlos despacio y atravesarme con su hipnotizadora mirada color caramelo, sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Roman podía reírse de que todos nosotros hubiésemos tonteado antes con alguna empleada. No era diferente de pensar que podíamos tener a cualquier bailarina, stripper, escort o prostituta que quisiésemos.

Pero una sola mirada profunda de Sofia tenía tanto poder, que sentía que haría cualquier cosa por ella.

Cualquier cosa para que me eligiera a mí.

Para que me deseara.

Porque conquistarla se había convertido en la misión de mi vida. Estaba seguro.

—Déjame ayudarte.

Frunció el ceño, mostrándose desafiante y preocupada.

—Puedo darte los medios para que vuelvas a la escuela de enfermería. —Aparté de su rostro expresivo su largo cabello castaño, tan rico y brillante.— Libertad para no tener que trabajar si no quieres. Ganar dinero trabajando como te plazca. Puedo conseguirte una plaza de aprendiz con mi madrastra, que tiene una clínica—

—No.

Se puso en pie de un salto, lista para salir corriendo.

—¿Por qué? —Atrapé su muñeca.— ¿Por qué te intimida tanto la idea de que te ayude?

Se quedó, dándome la espalda mientras negaba con la cabeza. Aquellos mechones ondulados de marrón oscuro le caían sobre los hombros. —No voy a dejarme seducir.

Mierda.

Apreté los dientes, molesto conmigo mismo por lo mucho que me importaba que ella eligiera quererme. No podía obligarla. Ella significaba demasiado. Era una recompensa demasiado valiosa para manipularla.

—Tómalo como una muestra de mi agradecimiento —tiré de su brazo, y poco a poco se giró hacia mí.— Como un gracias por ayudarme sin necesidad.

Frunció el ceño.— Lo único que sé es que, si me convierto en tu *cosa*, tu amante, tu mujer, tu querida, nada *jamás* volverá a ser igual para mí.

Fruncí el ceño, intentando descifrar el enigma de sus palabras.— ¿Qué?

—No, Andre. Te lo dije una vez y voy a repetírtelo hasta que me quede sin aliento. No voy a dejarme seducir.

Y ahí estaba.

No podía mentirse a sí misma ni a mí sobre sus deseos. Su reiterado empeño en no dejarse seducir sólo podía significar que no confiaba en mí.

Solté los dedos, observando cómo bajaba el brazo. Su negativa a confiar en mí, a entregarse, me irritaba. Aunque no me ayudase en nada, su desafío encendía mi deseo de conquistarla. Su resistencia me empujaba a caer aún más en el hechizo de la obsesión.

Quería poseerla. Tenerla hasta que gritase mi nombre. Adorarla hasta dejarla exhausta y completamente vulnerable ante mí.

No así.

Era demasiado fuerte, demasiado orgullosa, demasiado decidida. Y yo no iba a ser el imbécil que apagara su fuego.

Forzarla no era lo que me atraía.

Esperar a que cediera, sí.

Me puse en pie y di un paso hacia ella. Aún no había salido corriendo ni abandonado la terraza. Apasionada hasta el final, incluso ahora, al desafiarme con la mirada, me fascinaba. Tenía que admirar su tenacidad para defender lo que creía.

—Nada volvería a ser igual si decidieras confiar en mí y someterte — dije despacio.

Alzó un poco más la barbilla, pero capté el temblor en su labio inferior, el ligero brillo de lágrimas contenidas en sus ojos.

Me humedecí los labios y me incliné para susurrarle al oído.— Tal vez ese sea el sentido de todo esto.

Dejándola con esas palabras de despedida, me metí las manos en los bolsillos y la dejé en la terraza.

Nada sería igual si nos rindiéramos a esta conexión que burbujea entre nosotros.

Era una premonición de la que no pensaba desdecirme.

Estaba convencido de que la vida sólo sería *mejor*, más plena y más digna de vivirse si ella pudiera entregarse a mí. Si pudiera tragarse su orgullo o ignorar sus miedos el tiempo suficiente para ver que yo la mantendría a salvo y satisfecha en todos los sentidos.

En ese espíritu de esperar que las cosas buenas de verdad llegan a quien sabe aguardar, solté un largo y hondo suspiro camino a mi habitación, preguntándome cuándo se atrevería al fin a estar de acuerdo conmigo en esa pequeña filosofía.

Te dejaré ver cuánto tiempo puedes negarnos lo que queremos, Sofia.

Te estaré esperando.

8

SOFIA

La tarde siguiente, me sentía como una bomba a punto de estallar. Una y otra vez, las palabras de despedida de Andre me rondaban y me pinchaban la cabeza.

¿Quizás de eso se trata?

Apreté los dientes mientras pasaba el aspirador sobre la alfombra cerca del comedor—otra vez. Seguía tan impoluta como el día anterior, apenas desgastada, y tenía la sensación de que no hacía nada que tuviera realmente importancia aquí. Andre no era desordenado y nadie entraba en su enorme edificio para ensuciarlo y que necesitase una asistenta a tiempo completo.

¿Aceptar someterme a ti y dejar que mi vida se ponga patas arriba es el motivo*?*

Negué con la cabeza, dejando que la frustración se acumulara y resonase dentro de mí. La presión de mi irritación no tenía ninguna posibilidad de salir.

No tenía ni idea de lo que hablaba. No estaba en posición de opinar sobre mi vida.

Que simplemente llevaba la contraria por el simple hecho de rechazarle.

Que me comportaba como una tonta, haciéndome la difícil porque sí.

No necesitaba inventar emociones baratas para entretenerme.

Tenía que encontrar de alguna manera esa determinación que me había traído hasta aquí. Esa necesidad de espiar para mi maldito tío para poder alargar la vida y el bienestar de mi prima todo lo posible.

Si cedía ante ese hombre tan atractivo, si permitía que Andre me sedujera, me debilitara y me hiciera adicta a que me complaciese, todos mis esfuerzos por Esmeralda acabarían siendo una broma.

Andre me mataría si supiera quién soy.

Me odiaría si llegase a saber por qué estoy aquí.

Evitar cualquiera de esos destinos era, simplemente, lo que más me convenía—aunque me pusiera a mil cuando me drogaba con esos besos robados y me hiciera sentir necesitada cuando me sonreía y escuchaba lo que tuviera que decir.

Gruñí, harta de darle vueltas a todo ello.

No. No *hay debate posible.*

Él y yo no tenemos ninguna posibilidad de llegar a ser nada.

Fruncí los labios, mirando con fastidio el ruidoso aspirador mientras luchaba contra los pensamientos acerca de él.

Sin camiseta cuando salió de la ducha aquella primera noche.

El interés sincero que brillaba en sus ojos cuando comíamos juntos cada día, tratándome como a una invitada y no como a una sirvienta.

Todas esas caricias cálidas en las que me apretaba a él y me mareaba con sus besos.

Cada mirada incendiaria que me lanzaba al pasar, como si *supiera* lo excitada que me ponían las insinuaciones que se le escapaban en sus sonrisas de pillo.

Tan absorbida estaba en mi rabia, frustración, anhelo y deseo, que no me di cuenta de que se había acercado hasta que sus zapatos bloquearon el aspirador, impidiéndome avanzar.

Levanté la cabeza de golpe y le miré con el ceño fruncido.

—Hola. —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón de chándal.

Inspiré hondo, deseando poder odiarle sin más, y apagué el aspirador.—Hola.

—Estás despedida.

Abrí mucho los ojos. La boca se me quedó abierta. Un gritito de alarma se escapó por mis labios entreabiertos, y juraría que el corazón se me detuvo en seco.

¿Despedida?

No.

¿Qué?

¿Ahora?

¡Pero aún no había hecho lo que necesitaba hacer!

No podía despedirme.

Todavía no.

Había venido aquí sabiendo que no estaba hecha para ser una maldita sirvienta y siendo consciente de que sólo estaría el tiempo necesario para robar la información que mi tío ansiaba.

Pero—

—Por el amor de Dios —reprochó una mujer a sus espaldas mientras entraba con paso rápido—. No la asustes así, Andre.

Parpadeé al ver a Claire Orlov entrar en el amplio vestíbulo.

Andre carraspeó, sonriendo con autosuficiencia y mirándome como si fuera el propio diablo.—Estás despedida y readmitida.

—¿Qué? —Le miré frunciendo el ceño y me obligué a tranquilizar mi corazón acelerado por el pánico. Sentí que la piel se me erizaba por todo el cuerpo ante el impacto de sus palabras. Sorpresa. Temor. Un miedo que me encogió el estómago. Todo junto. Su anuncio de que me había despedido—y que ya no tenía un motivo para estar aquí, engañando por mi tío—me había asustado de verdad.

Mikhail Orlov entró en la estancia tras su esposa. Me dedicó una mirada grave y seria, como siempre. No era como la forma en que mi tío me miraba, como si siempre estuviera a falta de algo, pero sí con recelo. Estos dos no solían venir mucho al edificio de Andre, pero cuando lo hacían, yo me sentía como una intrusa en la familia.

—No estás haciendo nada como mi asistenta —dijo Andre.

Volví a fruncir el ceño.

Claire suspiró y se llevó la mano a la cara.—Un poco de tacto, Andre. Por favor.

—Serías mucho más útil como mi asistente de oficina —decidió Andre.

—¿Y—yo? —Demonios, su despacho *era* justo donde necesitaba estar para espiar para mi tío. Sólo que... no con Andre allí.

—Allí dentro hay un caos, y tú podrías ayudarme a ordenarlo —dijo Andre—. Mi, eh, excedencia en el trabajo no va a durar para siempre —añadió, echando un vistazo a su padre—. Así que, ¿por qué no te traslado allí para ayudarme antes de que termine mi permiso?

Mikhail alzó las cejas, observándome como si esperara ver mi reacción ante la propuesta.

Tal vez era solo por ser rival de mi tío y el hecho de que era un mafioso despiadado, el Pakhan de esta Bratva. Pero Mikhail Orlov conseguía infundirme un miedo saludable sólo con sus miradas severas.

Me había dado cuenta de que me vigilaba atentamente cada vez que venía. Había percibido esa falta de confianza hacia mí.

¿Se sentiría cómodo él conmigo cerca de su hijo en cualquier despacho?

Tuve que preguntármelo. Porque a veces, me resultaba imposible convencerme de que Mikhail Orlov estaba tan engañado como Andre y los demás. Que, de algún modo, ese poderoso jefe de la Mafia sabía que yo no era quien decía ser.

—Dale una oportunidad para que lo piense —dijo Claire, dedicándome una pequeña sonrisa—. No tengo mucho tiempo para revisar tus heridas. —Aplaudió y le indicó a Andre que actuara como un paciente, no como un familiar.

Asentí una vez a la británica de voz dulce.—Lo... lo pensaré —le dije a Andre mientras sacaba la aspiradora de la habitación.

¿Pensarlo?

Contuve la respiración al pasar por la escrutadora mirada de Mikhail. Disculparme mientras sacaba la aspiradora era como huir de la propuesta de Andre.

No, no era una propuesta.

Y no había nada que pensar. Por la forma en que lo había dicho, era una orden. Un hecho establecido.

¿Me estaba "despidiendo" solo para volver a contratarme como "asistente de oficina"?

Es absurdo.

La rabia me corroía ante el hecho de que estaba haciendo todo lo posible por desgastarme.

Le molestaba que no aceptara su oferta de acostarme con él y disfrutar de la caridad de una vida cómoda, con los gastos pagados y mis metas más cerca de cumplirse.

¿Así que ahora intentaba con otra estratagema que yo fuera algo más que una "criada innecesaria"?

Reprimí un gruñido mientras intentaba imaginármelo. Mientras él no me echara y me obligara a irme, supuse que aún podía intentar cumplir lo que me había traído aquí. Si seguía empleada y dentro de esta casa, todavía podía intentar conseguir lo que necesitaba mandar a mi tío.

Quizá esto juegue a mi favor.

Si me llevaba a su despacho, ese refugio caótico en el que no había estado en dos semanas, estaría mucho más cerca de conseguir algo útil—fuera lo que fuera. Yusef había estado allí buscando un supuesto mapa de algún tipo. Mientras guardaba la aspiradora en el armario donde debía estar, lo visualicé.

Podría estar en el despacho, sin llevar este uniforme rígido y almidonado, y ordenar los papeles para Andre. Ese mapa, o cualquier otro documento oficial, podría estar por allí y yo podría sacar el móvil, fingiendo mirar un mensaje o algo, mientras en realidad le hacía una foto. Luego podría enviársela a mi tío y sentir que al menos había hecho algo. Todo este tiempo que llevaba aquí, él me había estado atosigando cada día por no darle nada. Supuse que mi presencia aquí era prueba de que *podía* espiar para él, y eso le calmaba por el momento.

Tarde o temprano, sin embargo, esperaría que le entregara alguna pista o detalle que pudiera usar contra los Orlov.

Deteniéndome con la mano en el pomo de la puerta, me ausenté y me perdí más aún en mi imaginación.

En lugar de verme sentada en el despacho de Andre organizando su desorden, lo imaginé inclinándose sobre mí al pillarme con las manos en la masa. Entonces sería el objetivo de su pistola alzada, muerta de un disparo por traicionarle.

¿Y de qué me serviría eso?

No podría ayudar a Esmeralda si estaba muerta.

Al pensar en traicionar a los Orlov, no pude evitar recordar el rostro de Andre torcido por el dolor aquella noche.

Si le doy al tío Roberto algo que pudiera usar para hacerle daño...

Inspiré hondo, inquieta y ansiosa por ser una colaboradora indirecta en hacerle daño a Andre. O a cualquiera de ellos. En realidad, no llegué a conocer a muchos, y Andre era más bien un solitario que no traía a nadie. Pero Oleg parecía un gigante bonachón. Roman era claramente un ligón, pero amable conmigo. Sergei era rudo pero educado, pareciendo un padre feliz con esa niña pequeña, Maisie, que le había cogido la mano cuando vinieron una vez a comer.

La familia de Andre me mostró lo que era una *familia de verdad*. No esa maraña rota en la mía, con mi tío como jefe, gobernando con mano dura, tomando demasiadas drogas para funcionar como un adulto racional, y propenso a maltratar tanto a mí como a mi prima.

¿De verdad quiero verles sufrir?

Tragué saliva, sintiéndome partida en dos.

No. Pero tampoco puedo soportar ver a Esmeralda sufrir.

Con la decisión tomada, cerré la puerta del armario y me pregunté cómo y cuándo empezaría mi "nuevo" trabajo para Andre. Cuanto antes despachara la expectativa de espiar, antes podría dejarlo atrás.

Para bien o para mal.

Más tarde, en la cena, donde Andre insistió en que estaba fuera de mi horario y que me sentara con él, me preparé para estar cerca de él sin la barrera de mi "trabajo" detrás de la que esconderme. Estos episodios, en los que me trataba no como a una criada ni a una empleada, eran los más difíciles de soportar.

Si voy a ser su asistente en su despacho, me será mucho más difícil evitarle. Estaré mucho más cerca del hombre peligroso al que he venido a ayudar a arruinar para mi tío.

—Puedes empezar mañana —dijo, justo cuando empezamos a comer.

—¿Esto le parece justo a Renee? —pregunté sinceramente—. Ella será la única que limpie por aquí.

Renee pasó en ese momento, llevándose su bandeja de comida a su cuarto.—¿Limpiar el qué? —replicó.

—Bueno... eh... —Fruncí el ceño, buscando una respuesta.

—Puedo encargarme hasta que contratemos a otra chica —dijo Renee riendo—. Tú sustituiste a la señorita Susana, y solo se jubiló porque ya no podía más con la artritis. —Se encogió de hombros—. Aquí estoy en la gloria. —Miró a Andre, que sonrió—. No envidio al personal del señor Roman —soltó una risotada—. Todas esas fiestas y los líos que se organiza con su vida social… y la cantidad de mujeres que vienen. No, yo puedo con este gruñón solitario adicto al trabajo. Aquí casi no hay nada que limpiar con lo ermitaño y soltero que es.

Andre esperó a que ella saliera de la habitación para arquear una ceja en mi dirección.—Mañana.

Fruncí el ceño, perdiendo el apetito bajo su atención intensa.—¿Por qué yo?

Se limitó a sonreír.

—¿Por qué eres tan insistente?

—Te estoy dando opciones, Sofía. Aún puedes aceptar mi primera propuesta. Sé mía. Déjame entrar. Y no tendrías que trabajar en absoluto.

Negué con la cabeza, enfadada ante la imposibilidad de que lo que decía fuera verdad. No podía estar simplemente con él. No podía tener una vida fácil y hacer lo que quisiera por una vez.

Él arrojó la servilleta sobre la mesa.—¿Por qué eres tan orgullosa?

Me quedé boquiabierta.—¿Orgullosa? —Sentía que apenas aguantaba la cordura cerca de él—. ¿Y él pensaba que era difícil por mi *orgullo*?

—¿Por qué tienes que ser tan condenadamente independiente? —exigió.

—¡No lo soy! —Era tan cruel y tristemente dependiente de mi tío, el que pagaría el tratamiento de mi prima. Dependiente de la supervivencia de mi prima para tener a alguien a quien llamar familia.

Cuando ella faltase, no me quedaría nadie, y era un destino demasiado desgarrador para aceptarlo aún. Era inevitable. No le quedaba mucho tiempo, pero yo me esforzaba en convencerme de que estaba haciendo todo lo posible para que sus últimos días fueran lo mejor posible.

—No estoy...— Parpadeé rápidamente para contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Él no tenía ningún derecho a acusarme así. —No me conoces, Andre.

Se levantó, rodeando la enorme mesa hacia mí. Yo también me puse en pie de un salto, preparada para correr. Para esconderme. Que le dieran a cenar con él y fingir que no era la criada de esta casa, que podía ser alguien a quien él viera como algo más.

—Quiero conocerte, Sofia. Joder, *quiero* conocerte. Quiero que me dejes entrar.— La frustración crecía en cada palabra que gruñía. Alzó

la mano para sujetar la nuca con firmeza mientras me suplicaba que cediera. —Quiero...— Expulsó el aire pesadamente y me atrajo más, rodeando mi espalda con el otro brazo. —He estado luchando con las ganas de tenerte desde el primer segundo en que me dijiste que me calmara.

Negué con la cabeza, atormentada por ese impulso de abrazarle, esconder el rostro en su pecho y rendirme a este deseo. Dejar que me consumiese y me llenara de felicidad sólo para volver más tarde a mis preocupaciones y responsabilidades.

—He estado deseándote desde el mismo instante en que me miraste frunciendo el ceño cuando estaba desangrándome en mi despacho. — Esta vez, su confesión fue más áspera mientras bajaba las manos para recogerme y sentarme al borde de la mesa. De un manotazo apartó los platos de la mesa y me recostó, juntando sus labios con los míos. Ese mismo hambre y desesperación me fundían con él.

Dios mío.

Madre mía.

Andre…

Cerré los ojos y me aferré a él besándole con fuerza. Quería mostrarle, con esa energía frenética que no podía disimular, cuánto lo deseaba también. Cómo esa necesidad de abrazarle y dejar que algo diferente a la política mafiosa y la rivalidad familiar ardiese tan intensamente entre los dos.

Ay, Andre.

Le quería también, aunque no pudiera decirlo, aunque no pudiera mantenerme firme en mi deseo por él.

—Joder.— Separó su boca de la mía y apoyó su frente contra la mía. Jadeando, respiraba con tal fuerza que parecía un animal salvaje a punto de perder el control por mí. —Sofia. Quiero que te rindas ante mí.

Fruncí el ceño, manteniendo las manos alrededor de su cuello y sintiendo cómo le latía el pulso. —Quiero borrar cada maldito motivo al que te aferras que nos impide explorar todo lo que podríamos ser. — Mientras me agarraba el culo, me deslizaba hasta el mismísimo filo de la mesa y volvía a devorar mi boca con la suya.

Bajo sus labios me deshice, gimiendo de necesidad y besándole con tal fuerza que sentía que me disolvería si paraba.

Con sus manos deslizándose bajo mi falda, me rendí a la misma necesidad. Abrí las piernas, dándole más acceso para inclinarme sobre la mesa. Y le recibí con el peso entero de su cuerpo sobre mí, mientras me mareaba con sus labios, su lengua, incluso sus dientes al morderme.

—Mira lo que me haces,— gruñó tras un beso hambriento.

Gemí cuando sus dedos apartaron mi ropa interior con brusquedad. Cerré los ojos ante lo atrevido y prohibido de rendirme así ante él, apartando cualquier pensamiento de lo incorrecto que era.

No podía serlo, cuando sus dedos hundiéndose en mi coño palpitante me producían tanto placer.

Tenía que estar bien, cuando su boca me dejaba sin aliento pidiendo más de sus besos urgentes.

No había nada malo en que subiese mi vestido y embistiese con sus dedos dentro y fuera de mi humedad.

—Mira cómo encajamos. Cómo tú...— Gruñó mientras yo volvía a gemir, tan cerca ya del dulce clímax. Entre su mano grande allí donde no debía, sus largos dedos acariciando mi sexo y su lengua persiguiendo la mía en cada beso, estaba a punto de estallar. Toda la frustración acumulada llegó por fin al extremo. Cada segundo negando lo que sentía se convirtió en pura combustión.

Lo estaba. Me rompí en mil pedazos cuando presionó todavía más mi clítoris. Oleadas de alivio me recorrieron, ahogándome mientras

sentía que volaba. Esa banda de tensión se rompió. La ansiedad y la urgente necesidad de correrme desaparecieron.

Temblando bajo su contacto, me acurruqué. Le abracé. Necesitaba aferrarme a algo mientras me estremecía y convulsionaba con ese placer tan agudo y exquisito, y llené los pulmones de aire apretando mis brazos sobre él.

Antes de que pudiera recuperar del todo el aliento, él se inclinó hacia arriba y me miró. Su sonrisa satisfecha me encendió una chispa. En vez de mirarle con dulzura, me endurecí en una defensa llena de arrepentimiento.

No era mi primer orgasmo. Era virgen, sólo tenía veintiún años y mi tío nunca me había permitido tener realmente una vida, pero sí me había dado placer yo misma antes. No era el primer hombre que me hacía sentir así con sus caricias.

Pero sí era la primera vez que veía la sonrisa autosatisfecha de un hombre que había tomado algo que yo no estaba lista para entregar.

No lo había hecho por afecto real. Ni por amor.

Si lo hubiese sentido, no me miraría así, como si hubiera "ganado" en este juego. Como si fuese el vencedor, demostrándome lo fácil que era convertirme en arcilla en sus manos.

No *significaba* nada, y justo en este momento de fuego y deseo, caí en la cuenta de cuánto había querido que importase. Que significara algo para él más allá de un simple reto físico.

Las lágrimas me escocían en los ojos y maldije mi debilidad. Me desprecié por haber cedido, porque ahora que había probado semejante placer, tal éxtasis de su parte, me sentía rebajada al saber que para él solo era un juego más, una necesidad a saciar.

Ninguna mujer quiere ser algo que conquistar. No soportaba el recordatorio de que los hombres de mi vida siempre querrían dominarme o intentarlo.

—Quítate de encima.— Le empujé, deseando huir cuanto antes.

Avergonzada y odiándome por lo fácil que le resultaba hacerme olvidar el motivo de que estuviera aquí, me incorporé de un salto y bajé de la mesa, tirando del vestido para cubrirme.

El pegajoso rastro de su semen cubría mis muslos, y cerré los ojos ante ese recordatorio físico de hasta dónde había caído en sus trampas. De lo mucho que había fallado en mi esfuerzo por cuidar de mi prima.

—Sofia—

Alcé una mano, incapaz de dirigirle la palabra ni de oír una sola de sus excusas y bromas taimadas.

Sin mirar atrás, salí corriendo del comedor, arrastrando la vergüenza y el arrepentimiento tras de mí.

9

ANDRE

Por la mañana siguiente apareció tras una noche de pésimo sueño. Aunque conseguí que Sofia se corriera, apostaría a que solo se permitió disfrutarlo unos segundos. Con una absurda mezcla de fastidio, me levanté esperando que a ella también le hubiera costado dormir bien.

¿Por qué tienes que luchar contra mí?

¿Por qué te empeñas en ponérmelo difícil?

Mientras me vestía con ropa cómoda e informal para pasar el día en mi despacho de casa —seguía oficialmente de baja por las lesiones leves que sufrí hace más de dos semanas— traté de apartar de mi mente los recuerdos del coño de Sofia apretando mis dedos mientras jugaba con ella sobre la mesa del comedor. Luego, de camino a la cocina para desayunar, intenté ignorar los gemidos y suspiros tan jodidamente sensuales de ella que no paraban de repetirse en mi cabeza. Pasar junto al comedor ponía a prueba mi autocontrol. Fruncí el ceño. Cuando parecía que iba a echarse a llorar, me atravesó un profundo dolor en el pecho. Me había levantado para acercarme a consolarla, sin intención alguna de llegar tan lejos en demostrarle lo bien que podríamos encajar juntos. Lo mucho que

podríamos tener sentido si dejáramos de negar esta tensión y química entre nosotros.

¿Cuánto tiempo más vas a mantenerme alejado?

No era inmune a mí. Su dulce y reacio orgasmo lo demostraba. Ahora jugábamos a otro nivel de atracción reprimida.

¿Intentará esconderse de mí ahora?

Di un sorbo al café que me había preparado.

¿Llegaría al extremo de renunciar y escapar?

Fruncí el ceño ante la posibilidad.

Si huyes, te encontraré, cariño. Atrévete. Lo haré.

Pero buscarla no estaba previsto, desde luego. Porque, después de llevar mi café al despacho —donde se suponía que debía reunirse conmigo en cinco minutos— vi que la puerta ya estaba abierta.

Entré, alzando las cejas al encontrarla a cuatro patas, apresurándose a ordenar lo que parecía un montón de papeles que se habían caído y desparramado por el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

Se sobresaltó con un jadeo, levantando los ojos y mirándome con expresión de sorpresa.

¿Qué demonios es eso?

Fruncí el ceño, sintiendo un pellizco de sospecha por su expresión de miedo. ¿Miedo a *mí*, o miedo a que la hubiera pillado aquí sin mi permiso?

¿Por qué se habría asustado tanto?

No quería ni pensar que tuviera algo que ocultar, algo que justificase que se pusiera así de nerviosa. Jamás, ni una sola vez, me había mirado con terror en la mirada. Ni siquiera cuando le disparé a Yusef

en esta misma sala. Cuando le di una paliza a ese guardia que la molestó, solo me dedicó una mirada de desaprobación, pero nada parecido al miedo.

O a la culpa.

—Estos papeles se han caído y se han esparcido por todo el suelo, así que estaba intentando recogerlos y apilarlos en un montón —seguía de rodillas, y un rubor le coloreó las mejillas.

¿O está incómoda por lo de anoche?

Tan descarada y segura como es a veces, parecía poco probable que estuviera avergonzada por ello. El sexo es sexo. Era *joven*, pero su forma de besarme con tantas ganas y entregarse en nuestros momentos robados no me daba la impresión de que fuera ninguna mojigata.

—Oh —dejé el café y me dirigí a mi silla. Decidí que iba a pasarle por alto el hecho de estar aquí antes de que yo se lo dijera, así que apoyé los pies en el borde del escritorio y saqué el móvil del bolsillo —. Puedes seguir.

Ella agachó la cabeza y me echó una mirada incrédula.—¿Cómo?

Le hice un gesto mientras seguía leyendo los correos en mi teléfono. —Sigue. Adelante.

—¿Adelante con qué? —preguntó.

—Bueno, teniendo en cuenta que fuiste asistenta antes de empezar como mi ayudante de oficina, suponía que serías más rápida en captar las prioridades.

Ella frunció el ceño.

—Venga, recoge. Organiza. Haz montones y pon un poco de orden.

—¿Eso es todo? —Alzó las cejas y apoyó una mano en la cadera.—¿Solo tienes la expectativa general de que haga que esta sala parezca menos un vertedero? ¿Eso es lo que quieres de mí?

Dejé que una sonrisa lenta se dibujara en mi rostro.—Tú *sabes* lo que quiero de ti.

Ella frunció el ceño de inmediato y entornó los ojos.

—¿Has reconsiderado mi oferta?

—¿La de ser tu mujer mantenida y fingir que me encanta ser tu juguete sexual?— Me enseñó el dedo corazón.—No. No he *reconsiderado* nada.

Uy. Cuidado, cielo. Ese fuego solo va a conseguir que me vuelva aún más adicto.—Entonces sigue.— Bajé la mirada de nuevo y le hice un gesto para que organizara los papeles.

—¿Así, sin más?

Asentí sin mirarla.

—Perdona si me estoy extralimitando al hablar con tanta libertad.

La miré de reojo.—¿Y enseñarme el dedo no era hablar con libertad?

Ella hizo una mueca.—Eh... Sí. Solo que, eh…— Recorrió la sala con la mirada, nerviosa.—Sé que tú y tu familia estáis, ya sabes, al mando de una peligrosa organización criminal.

Ahora sí había captado mi atención.—Ajá.

—Simplemente me preocupa que, si recojo y ordeno este caos, pueda ver algo que no debería.

Negué con la cabeza.—No te pondría en peligro así. No hay nada importante a la vista. Son sobre todo recibos y cosas que los contables querían que aprobara.—Me encogí de hombros para demostrar cuánto me daba igual esa habitación, y volví a leer correos y mensajes. Como no se movía ni decía nada, levanté el dispositivo para remarcar mis palabras.—Prefiero los registros digitales. Así que, una vez más, adelante.

Y lo hizo. Sin decir una palabra más, dio a entender que mi explicación bastaba para calmar sus temores sobre ver algo comprometedor.

Intenté desconectar de su presencia mientras organizaba los papeles en montones más ordenados y luego iba a por una bolsa de basura para recoger los envases y envoltorios viejos de cuando mis primos y yo usábamos esta sala para comer y trabajar a la vez. Yo seguía en mi sitio y atendía lo más urgente en el móvil. Estaba "desconectado", por así decirlo, pero nunca dejaba de estar al tanto de todo lo que ocurría. No podía permitírmelo. Ser un Orlov exigía ese nivel de dedicación.

Con Yusef muerto y sin nuevos informes de interferencias de los Giovanni con la operación de drogas, sentía que no había realmente nada urgente de lo que preocuparme.

Lo que me llevaba a volver a pensar en esa idea demasiado ociosa de esta mujer terca y atractiva, empeñada en devolverle el orden a esta sala.

Pensar en Sofia era mi pasatiempo favorito, pero estar aquí con ella mientras limpiaba despertaba mis sospechas.

Se había puesto los auriculares para escuchar música, pero eso no me impedía observarla mientras trabajaba.

Me di cuenta de que había organizado los papeles por idioma, lo que me hizo preguntarme si sería multilingüe, y por qué razón.

Observé cómo evitaba la parte de mi escritorio donde Yusef había caído muerto por mi disparo, y me preocupó que pudiera estar asustada o nerviosa tras ese contacto tan cercano con la violencia.

Pero sobre todo, mientras la vigilaba de reojo, procuraba no dejar que mi frustración creciera aún más ante su resistencia.

No cedería.

Ni siquiera me miraba ni sostenía la mirada el tiempo suficiente para que pudiera adivinar si esperaba que estuviéramos pasando ese rato juntos de otra manera. Ese flujo de deseo aún no se había cortado. Chisporroteaba, latente bajo la superficie, pero estaba decidida a no sucumbir.

Cautivado por su rebeldía, renuncié al juego de adivinar por qué era tan difícil de conquistar, de impresionar.

Solo un mensaje de Oleg logró desviarme de mi constante vigilancia.

Oleg: *¿Dónde estás?*

Andre: *Despacho.*

Oleg: *¿Has vuelto al trabajo?*

Rodé los ojos. Aunque me hubiera saltado esa supuesta baja en la que Claire insistía que debía estar, en realidad no tenía ahora nada importante por lo que estresarme.

Andre: *No. En realidad no. Solo estoy supervisando a mi nueva asistente de oficina mientras limpia mi despacho.*

Oleg: *Pensé que habías aceptado que debías intentar alejarla.*

Podía seguir pensando lo que quisiera. Una noche la semana pasada habíamos tomado unas copas y puede que le diera a entender que Sofia me estaba volviendo loco de ganas. Repitió la advertencia de mi padre, recordándome que haría bien en no distraerme demasiado con una mujer.

El problema era que no podía evitarlo. Alejar a Sofia era algo que simplemente no podía lograr. No cuando su mera presencia equivalía a que me arrastraran hacia una tentación prohibida.

Dejé el móvil y suspiré, mirándola mientras seguía dándome la espalda. Su larga coleta castaña se balanceaba con cada movimiento de un lado a otro, organizando archivos de informes de años atrás, aburridos temas de finanzas de algunos de nuestros restaurantes.

¿Cuánto puede durar esto?

No tenía claro cuánto más aguantaría sin tenerla, cuánta tortura más debía soportar mientras continuara con la decisión de esperar a que ella viniera a mí en vez de forzarla a ceder.

10

SOFIA

Una semana como asistente de oficina de Andre pasó en un abrir y cerrar de ojos. Eso era lo que ocurría cuando estaba ocupada haciendo algo útil. O intentándolo. En vez de hacer insignificantes tareas de limpieza para Renee cuando los suelos de la residencia de Andre ya estaban relucientes, estaba dejando mi huella en su despacho.

Las pilas de papeles daban la impresión de que la sala estaba ordenada. La ausencia de marcas de taza y envoltorios arrugados sugería que la estancia no se utilizaba como un vertedero. Y todas esas horas matadoras quitando el polvo de las persianas mejoraron la calidad del aire y la luz en el oscuro despacho.

Cada día me esforzaba en limpiar un poco el lugar. Y a mediodía, Andre me ordenaba que me uniera a él para una "comida de trabajo". Pero lo cierto es que nunca trabajábamos de verdad. Solo "trabajaba" por la mañana mientras él se sentaba allí y pasaba el rato mirando el móvil o atendiendo alguna llamada. A efectos prácticos, él estaba "fuera de servicio". Sin embargo, después de que el reloj de pie diera las doce, me hacía almorzar con él, y eso se prolongaba hasta que acabábamos simplemente sentados juntos,

charlando. Compartiendo café y él haciendo una maldita buena imitación de un hombre que quería hacerse mi amigo.

No quería.

No podía, con esas miradas cargadas de deseo que no lograba esconder lo bastante rápido cuando le miraba de frente.

Además, si supiera qué más estaba haciendo yo en su despacho, cualquier interés o deseo que pudiera tener por mí terminaría de golpe.

Veía el progreso de mi trabajo al limpiar su habitación. Se veía más ordenada y organizada.

Pero también sentía que estaba consiguiendo algo al hacer fotos de cosas que parecían algo importantes y enviárselas a mi tío.

La mayoría parecía estar en clave. Muchos de los papeles tenían pinta de anticuados. Pero lo intentaba lo mejor que podía.

Él no opinaba lo mismo.

R: *¿Por qué demonios piensas que quiero un recibo borroso de una compra de comida para su restaurante de hace siete años?*

Ese fue el mensaje que me envió mientras me duchaba una noche.

Me mordí el labio y puse una mueca. Realmente no parecía que hubiera nada relacionado con asuntos de drogas que enviarle. Cuando Andre admitió que prefería la correspondencia digital, se lo conté a mi tío. Y desde luego, no le hizo gracia.

R: *No fastidies, claro que depende de la tecnología. Por eso tenía a Emilio espiándole.*

Sofia: *Vale. Entonces no soy la persona adecuada para esto.*

Nunca lo fui. Mi propósito en la vida era ayudar, no hacer daño. Ser enfermera, no una espía suplente.

Sofia: *No soy una hacker.*

R: *Solo esfuérzate más. No sirvas para nada.*

Había añadido otra foto de Esmeralda, que parecía más débil que nunca, pálida y frágil.

Sofia: *No es culpa mía que no encuentre nada. No es tan estúpido como para dejar cosas a la vista.*

R: *Pues averigua cómo acceder a su puto móvil o algo así.*

Mi tío claramente empezaba a hartarse de las cosas de poca calidad que le enviaba, pero no era como si pudiera sacar de la nada algo que le satisficiera. Andre ni siquiera hablaba de negocios, así que tampoco tenía oportunidad de enterarme de nada.

En el fondo, pasarle retazos de información sin importancia era todo con lo que me sentía cómoda, la verdad. No quería que me pillasen. La culpa que me corroía desde dentro no ayudaba nada en el esfuerzo de compaginar esa doble vida aquí.

Cada vez me preocupaba más que Andre estuviera empezando a sospechar algo de mí. De alguna manera. Y la mera posibilidad de que se volviera contra mí y me tratara como a Yusef me intimidaba.

Si muero, nadie cuidará de Esmeralda.

—Pareces preocupada por algo —dijo Andre mientras yo terminaba de meter cajas de documentos antiguos en un archivador.

—¿Ah, sí? —Le miré por encima del hombro mientras se incorporaba y se comprobaba el aspecto en el espejo de cuerpo entero. En vez de las camisetas de algodón suaves y vaqueros o pantalones de chándal que solía llevar para estar en casa, hoy se había arreglado. Sin corbata, pero se veía mucho más "activo" y listo para presentarse. El motivo de su cambio de atuendo era una reunión con su padre y sus primos en el edificio de Mikhail y Claire.

Aún no entendía por qué tenía que ir con él como su supuesta asistente. No es que fuera a estar *en* la reunión con ellos.

—Sí, lo pareces —me lanzó una mirada expectante.

—Solo pensaba en la primera vez que estuve en esta sala.

Dejó de observarse para analizarme con el ceño fruncido.

—Yusef estaba aquí, refunfuñando porque buscaba un mapa —dije —. Pero no recuerdo haber encontrado ni un solo mapa en todo lo que he organizado.

Ya está. Lo había hecho. Estaba fisgoneando activamente.

El feo nudo en el estómago demostraba lo mucho que lo odiaba.

—Estaba buscando un mapa de los cambios propuestos en una ruta de drogas; información que pretendía vender al enemigo —contestó él, sin rodeos.

Asentí, bajando la mirada.

—Y no habría encontrado ningún mapa —añadió—. Nunca dejo papeles con detalles críticos y confidenciales a la vista.

¿Entonces qué demonios hago yo aquí?

Solté un suspiro y me puse en pie. —Eso está bien. —Me aclaré la garganta—. Es inteligente por tu parte ser tan prudente.

Se encogió de hombros. —Hasta que alguien intenta hackear el sistema y robar la información así.

—Supongo. Pero apostaría a que tenéis muchas defensas cibernéticas y cortafuegos y todo eso.

—Sí, las tenemos.

Sí, nunca voy a conseguir nada que haga pensar al tío Roberto que puedo volver a casa.

Fuimos al edificio del padre de él, y no lograba quitarme de encima esa tensión de sentirme una farsante, una espía, una mentirosa en las casas de esta gente. Cuanto más tiempo pasaba con los Orlov, más perdían ese aspecto de ser *mis* enemigos. O de ser villanos, en absoluto.

Andre no perdió el tiempo en reunirse con su padre y sus primos, dejándome con Claire, Anya y Natalie mientras preparaban la comida.

—¿Puedo ayudar? —me ofrecí, sintiéndome fuera de lugar—. Ni siquiera sé por qué Andre me dijo que viniera.

—Porque le gustas —saltó Maisie.

Las mujeres se detuvieron en mitad de sacar cosas a la encimera.

Me quedé paralizada mirando a la niña, que parecía estar probando cómo era hablar sin filtro.

—¿Le gusto? —dije, sonriendo—. Eso suena muy anticuado.

Natalie superó su sorpresa y soltó una risita.

—Pero es verdad. Se lo pregunté.

—¿Andre ha confesado que le gusta la señorita Sofia? —preguntó Claire, usando un tono escandalizado, como si no pudiera creerse semejante cotilleo.

Maisie asintió, de lo más tranquila—. Le pregunté por qué.

Dios mío.

Ahora mismo no me vendría mal que se abriera el suelo bajo mis pies.

—Y dijo que le gusta su culo.

Siguiente instante de puro shock. Nos quedamos todas inmóviles. Tenía las mejillas ardiendo.

—Eh... Maisie —dijo Anya. La hija de Mikhail de su primer matrimonio parecía solo un par de años menor que yo. Abrió mucho los ojos y me lanzó una mirada de pánico—. Eso no es lo que dijo.

—Sí. Sí lo dijo —Maisie me dedicó un pulgar en alto.

Me tapé las mejillas—. Ehm...

—Bueno, no puedo culparle —bromeó Claire con una carcajada—. Yo mataría por tener un trasero así.

—Claire, que *acabas* de tener un bebé —le reprendió Natalie—. Se tarda un poco en recuperar el cuerpo de antes.

—No. Hay mujeres que simplemente nacen con él —Claire me guiñó un ojo.

—Tu tío Andre *no* dijo eso —insistió Anya con voz severa y una mirada regañona dirigida a la niña—. Yo lo oí. Dijo que le gustaba su *descaro*.

Maisie hizo un mohín—. Eso he dicho yo.

Natalie soltó una risita, pero carraspeó al recordar de pronto que no debía resultarle gracioso algo así—. Casi, pero no exactamente.

Claire acudió a mi rescate, preguntando a Maisie si quería ayudar a poner la mesa. Natalie se llevó a su hija, pero Anya se quedó—. También ha dicho que estudiaste Enfermería.

Alcé las cejas—. ¿Sí? ¿Lo ha dicho?

Claire asintió mientras preparaba una ensalada conmigo—. Sí. ¿Por qué te sorprende? Si casi vives con el listo solitario y bocazas.

—Es que no sabía que... ¿hablaba sobre mí? No sé si por mi genio o por mi trasero —me encogí de hombros.

Nos reímos todas.

Claire me preguntó más sobre mis objetivos como enfermera. Anya también mostró interés. Aprendí que Claire fue doctora y ahora tiene una clínica en el propio edificio. Anya y Daria, la antigua niñera de Maisie, estaban formándose con ella.

Ojalá pudiera aprovechar yo también esa oportunidad.

Cuando preguntaron por qué había dejado las clases, les conté que había sido por motivos económicos. Principalmente porque mi tío me había dicho que dejara de perder el tiempo y que debía estar en casa para limpiar y prepararle la comida.

Pero no terminé ahí. Quizá Claire supiera de recursos que podría aprovechar más adelante. Cuando mi tío decidiera que podía volver a casa, esperaba usar el dinero que estaba ganando aquí para dar una entrada y dejar a Esmeralda en una residencia donde recibiera mejores cuidados de los que yo puedo darle.

Claire y Anya escucharon y preguntaron por el estado de mi familiar.

—Conozco un par de sitios que estarían más especializados para ayudarla —dijo Claire.

En ese momento, los hombres salieron de la oficina de Mikhail, riendo y pareciendo bromear con Roman sobre algo.

—Me muero de hambre —dijo Sergei.

—Siempre dices eso, papá —se burló Maisie.

—Porque gasto toda mi energía persiguiéndote —se agachó, como si fuera a perseguirla para hacerle cosquillas en los costados.

Mientras ella chillaba por la habitación, todos hicieron sitio para que jugaran. Nos acercamos a la mesa, y volví a preocuparme por lo impostora que era.

Actuando como si perteneciera aquí, como invitada de esta familia.

Fingiendo que podía hacer esto, interpretando el papel de asistente que acompaña a una reunión y una comida.

Andre se acercó sigilosamente a mí, inclinándose lo suficiente para susurrarme al oído.

—Yo también me muero de hambre.

Tragué con dificultad, sabiendo que la manera en que apoyó su mano en mi cadera insinuaba otro tipo de hambre. Uno que no estaba lista para aceptar.

—Estoy hambriento por probar tu dulce coño, Sofía —me apretó el costado con los dedos y me atrajo más hacia él.

Mis mejillas volvieron a arder.

Joder.

No jugaba limpio, provocándome con *esa* imagen justo antes de sentarnos con su familia.

—Estoy famélico por *ti*, de la forma que sea, cariño —me pegó a él y se inclinó hacia atrás apenas lo justo para mirarme con deseo ardiente en sus ojos azul oscuro.

Obligué a mi garganta a tragarse el nudo y me negué a dejar que viera cómo sus palabras picantes, lanzadas así, eran capaces de descolocarme de esa manera. Nada de andarse con rodeos con él. Tenía la confianza y maestría suficientes para decir lo que pensaba, sin importar lo inapropiado que fuera en este lugar.

Sin embargo, me llevaba más de diez años. Quizá era algo que se ganaba con la edad, esa habilidad para ser tan atrevido y directo con sus deseos.

Yo no era así—ni atrevida ni directa.

Pero sí estaba distraída, llevada de inmediato a la fantasía de que volviera a ponerme sobre su mesa del comedor antes de complacerme como imaginaba.

—Yo... no estoy en el menú —susurré.

Él me regaló una lenta y casi sonriente curva de los labios, tan malvada y traviesa que sentí mi corazón acelerarse y el pulso latir entre las piernas.

Maldito seas.

Eso era todo lo que hacía falta. Una mirada ardiente y mi máscara se resquebrajaba.

—¿Andre, estás admirando el culo de la señorita Sofía otra vez? —gritó Maisie desde la mesa.

Mikhail escupió el sorbo de agua que acababa de tomar. Sergei se tapó la cara y Roman soltó una carcajada.

—*Sass* —corrigió Anya, con una mueca—. Su *sass*.

Me mordí el labio, sin saber si estaba conteniendo una risa o un gemido.

—Oh, por supuesto —respondió Andre, tomándome la mano y guiándome hacia esa cena familiar en la que nunca encajaría—. El *sass* de la señorita Sofía es parte de lo que la hace tan intrigante.

Junté los labios, deseando poder abanicar mis mejillas.

¿Intrigante? ¿Eso es lo que lo llamas ahora?

Mientras me apartaba una silla y me ponía la mano en el trasero para indicarme el sitio, le lancé una mirada de advertencia y reproche para que se comportara.

11

ANDRE

Mi padre nunca necesitó convocar una reunión de manera formal. Los cuatro—mi padre, Sergei, Roman y yo—siempre estábamos cerca y nunca nos costó hablar de negocios.

Cuando me dijo que fuera a una reunión y, de paso, a comer, supe que pasaba algo.

—Trae también a tu supuesta asistente —dijo él.

Su insistencia en que Sofia estuviese allí debía significar algo. Y después de la reunión, supe exactamente qué era.

Seguía desconfiando de ella, sin fiarse de que estuviera en mi despacho. Ni siquiera en mi vida. Jamás le importó qué mujeres quería tener en mi vida. Pero, claro, ninguna había conservado mi atención tanto tiempo como llevaba obsesionado con Sofia.

Se había vuelto cínico, eso sin duda. Mi madre no quiso saber nada de él tras su matrimonio concertado. Vivía en Rusia con Anya y jamás se comportó como su esposa. Cuando conoció a Claire, ella se resistió a estar con alguien de una familia mafiosa, su polo opuesto. A él le costó que ella *quisiera* formar parte de su vida y aún más cuando su seguridad se vio comprometida.

Y sí, estuvo distraído cuando se enamoró de ella. Vimos lo mismo entre Sergei y Natalie. El hecho de meter a una mujer en nuestro círculo no era tan sencillo como presentarlas y esperar que las cosas fluyeran como en cualquier otra pareja. Nuestra familia estaba arraigada en generaciones de dramas, sangre y poder.

Mi padre velaba por mí, naturalmente precavido y receloso de cualquiera que pudiera acercarse a nosotros. Nuestro círculo era pequeño por algo.

Pero parecía que su resistencia a aceptar a Sofia como alguien que se quedaría tenía que ver con esa necesidad de proteger a la familia. Y al negocio.

—Se está filtrando información —empezó diciendo en cuanto inició la reunión—. Y se está filtrando desde *tu* despacho.

Negué con la cabeza, rechazando automáticamente su acusación.—Ni siquiera he estado haciendo nada. No he trabajado ni he estado en la oficina.

Roman frunció el ceño.—Pensé que dijiste que tu asistenta sexy quería convertirse en la nueva secretaria.

Contuve un gruñido al oír cómo la llamaba sexy. Que otro hombre notara su belleza me molestaba profundamente.—Lo es. Ha estado limpiando mi despacho para cuando pueda dejar esta estupidez de estar de baja.

—Entonces eso lo simplifica —dijo mi padre—. *Ella* está filtrando la información.

Me tensé, apretando los dientes y enderezándome.—¿Cómo? ¿Qué coño se está filtrando? —bufé, soltando una carcajada incrédula por lo absurdo—. No hay nada que *filtrar* en ese despacho. Es un vertedero de los contables de mierda a los que solíamos contratar. Todos los documentos son antiguos y no valen para nada que un enemigo pudiese utilizar.

—Si tú lo haces todo digitalmente —dijo Sergei—. Casi todo.

Asentí.—Así es. Por eso, cuando nuestro equipo de seguridad descubrió que Emilio Ricci estaba hackeando mi sistema, hice que Oleg se encargara de él.

—Y eso coincidió con el fin del filtrado de la información relacionada con las rutas de droga —señaló Roman.

—Exactamente. Y además pillé a Yusef fisgoneando en mi despacho. Sofia contó que, cuando le vio allí, él dijo que buscaba un mapa. Lo maté en el acto. —Extendí las manos—. Así que, se acabó la fuga de información.

Mi padre me señaló.—Eso. ¿Por qué estaba ella en tu despacho en primer lugar?

Me estaba cansando de este tercer grado. Tenía derecho a ser tan estricto y precavido, pero joder, Sofia no estaba haciendo nada.

—No lo sé. Era su primer día y seguramente estaba perdida. Renee le hacía hacer chorradas, seguramente para ponerla a prueba y ver si aguantaba las tonterías.

—Bien —mi padre asintió y se recostó—. Pillaste a Yusef con las manos en la masa y lo mataste. Tenías las pistas para dirigir la atención sobre Emilio Ricci y encargaste a Oleg que lo eliminara. *Parte* de la información dejó de filtrarse, todo lo relativo a las drogas. Pero otra información *sigue* filtrándose. Puede que no sea nada especialmente relevante, pero solo proviene de cosas que tú tendrías en tu despacho. —Se inclinó hacia adelante—. Siempre has sido mi negociador, Andre. Mi mano derecha de confianza. Los rumores que nuestros hombres escuchan, que los Giovanni saben qué candidatos políticos vamos a apoyar, o que Roberto Giovanni está investigando algunos de nuestros movimientos de inversión… Esa información proviene de ti y de lo que tú gestionas.

Fruncí el ceño. Los patrocinios políticos y las inversiones ni siquiera eran turbios. Habíamos hecho crecer nuestra fortuna tanto por

medios legales como ilegales. Pero no parecía probable que Roberto Giovanni o cualquier otra familia rival del crimen quisiera preocuparse por nuestros negocios legales y decisiones económicas.

—¿Así que estás diciendo que Sofía espía? ¿Que ha estado en mi despacho fisgoneando y compartiendo información con enemigos? —No pude evitar soltar otra carcajada absurda—. He estado en el despacho con ella. No ha estado allí sin mi supervisión. Si intentara hacer algo, lo sabría.

¿Pero de verdad lo sabría?

Estaba en el despacho, pero era por mi necesidad de estar cerca de ella. Mientras me sentaba allí y la dejaba ordenar durante las pocas horas de la mañana en las que realmente trabajaba, yo solía estar con el móvil—ya fuera con llamadas o atendiendo correos y mensajes. No estaba encima de ella ni vigilando todos y cada uno de sus movimientos.

—Piénsalo —concluyó mi padre con severidad—. Considera la posibilidad de que *podría* ser una amenaza.

—Piensas que todas las mujeres son una amenaza —bromeó Roman.

Él le dirigió una mirada fulminante—. Es el resultado muy real y evidente de vivir y aprender —replicó con sequedad. Volviéndose hacia mí, suspiró—. No cometas el error de dejarte llevar por la polla, hijo. Usa la cabeza y asegúrate de que esta criada o asistente tuya no vaya a darte problemas.

Hablamos de algunos otros asuntos, y después salimos a comer con las mujeres. El error de Maisie, al confundir *ass* con *sass*, ayudó a relajar el ambiente, pero después de la comida y de volver a mi edificio, me sentía agotado por las preocupaciones persistentes acerca de si mi padre estaba siendo paranoico o si tenía razón sobre confiar en Sofía.

Tal vez mi deseo por ella me cegaba.

Quizá no estaba pensando con claridad ni siendo lógico sobre su irrupción en mi vida.

Sin embargo, la posibilidad, por pequeña que fuera, de decepcionar a mi padre me carcomía. La idea de que una mujer pudiese estar engañándome me enfurecía.

No quería ponerla a prueba, pero lo haría. Me aseguraría de que Sofía no fuera una espía ni nada por el estilo.

Mi hermana se puso en contacto conmigo, diciendo que quería hablar con Sofía esa noche, y fue la oportunidad perfecta para tender una pequeña trampa.

Anya: *Si Sofía está libre, voy a pasarme a hablar con ella sobre ese programa de enfermería.*

Andre: *Claro. Adelante.*

Después de comprobar que Anya—y Daria, que se había apuntado—estaban ocupadas hablando sobre estudios de enfermería con Sofía en la cocina, fui a mi despacho a preparar unos documentos falsos y mentiras acerca de un envío de drogas inventado. Hacía ya tiempo que no encendía el portátil ni usaba la impresora, y la verdad es que no tenía muchas ganas de volver a ponerme con ese tipo de tareas.

Todos tenían razón sobre mí. Trabajaba demasiado. Muchas de mis funciones como negociador consistían en hablar con gente y cerrar tratos. Eso lo hacía por teléfono, correo electrónico o reuniones presenciales. Nunca dejaba que me agobiaran las tareas administrativas, pero imaginaba que, si expandía nuestras actividades legales, necesitaría una oficina de verdad, con personal de verdad.

De momento, mi única tarea era inventar una correspondencia sobre un falso envío de droga y dejarla escondida entre papeles que Sofía probablemente organizaría y pondría en orden mañana, cuando viniera aquí a “trabajar”.

A la mañana siguiente, me desperté con inquietud sobre cómo saldría todo esto. Poner a prueba la lealtad de Sofía era necesario. Lo sabía. Pero también me fastidiaba tener que hacerlo.

Si ella simplemente se rindiera ante mí y fuera mía, no dudaría de ella.

Si dejara de jugar a mantenernos a distancia, *sabría* que podría acallar cualquier sospecha que tuvieran sobre ella.

—¿Te molesta el hombro? —preguntó mientras caminábamos juntos hacia mi despacho.

Con otro conjunto de falda y blusa de manga corta, estaba semiformal pero informal a la vez y, como siempre, con ese aire fresco y tan apetecible. También seguía siendo tan observadora como siempre, y notó que me había estado frotando el hombro. Los quince minutos que pasé anoche con el portátil fueron suficientes para que volviera a sentir molestias. Mis lesiones no habían sido *tan* graves, pero no iban bien con mi postura, que reconozco que es una mierda cuando me pongo frente al ordenador. Por eso prefiero trabajar moviéndome, con el móvil.

—Estoy bien —mentí. Probablemente estaba siendo idiota al rechazar masajes, como los que Claire me recomendó para acelerar la recuperación y suavizar cualquier rigidez de la cicatriz.

Entramos en mi despacho, como de costumbre.

Dejé mi café en el borde de mi escritorio, como de costumbre.

Ella suspiró y cogió un posavasos para meterlo bajo la taza, como siempre hacía.

En vez de contener una sonrisa por su atención al detalle en cosas así, me senté y saqué el móvil.

—¿Has tenido una buena conversación con Anya y Daria anoche? —pregunté sin levantar la vista.

Así funcionábamos nosotros. Ella ordenaba y yo me sentaba allí y «trabajaba». No podíamos negar nuestra presencia mutua, pero cada uno iba a lo suyo.

—Sí. Anya está muy interesada en convertirse en enfermera. Parece una joven muy decidida.

Encogí los hombros. —Sí, parece que lo está.

—¿*Parece*?

Sentí el ardor de su mirada al echarme un vistazo, pero no levanté la vista, atrapado en la expectación de verla encontrar los papeles falsos que había dejado preparados.

—Lo dices como si no conocieras a tu propia hermana.

—No la conozco. En realidad no. —Suspiré mientras ella se acercaba a otra pila de papeles, lejos de los que yo había dejado como cebo. No podía decirle que fuera a por esos. Tenía que encontrarlos y mostrarme su reacción—si es que había alguna.

—Anya estuvo distanciada la mayor parte de mi vida. —Mientras revisaba mensajes antiguos de alguien que quería vendernos una propiedad en Florida, posible ubicación para envíos internacionales, le conté cómo mi hermana había vivido en Rusia, cómo mi madre la había manipulado para que viera a mi padre como un villano y un criminal, y nada más. Después de explicar que Anya estaba cambiando y que nos estábamos conociendo mucho mejor desde que se mudó aquí, Sofía me sorprendió contándome acerca de una prima que había estado distanciada de forma intermitente por largos periodos debido a una enfermedad.

El modo automático—ella limpiando y yo revisando mensajes—parecía darnos una neutralidad que nos permitía hablar de nosotros mismos con más libertad.

—¿Esa prima está cerca ahora? —pregunté, preguntándome si tal vez era esa la razón por la que Sofía había empezado—y dejado en

pausa—una carrera de enfermería.

Como no contestó, levanté la vista.

Había encontrado los papeles falsos. Los que yo había preparado la noche anterior. Mientras charlábamos, ella se había movido por mi escritorio y había dado con los documentos señuelo.

Permaneciendo quieto y observándola de cerca, noté cómo fruncía el ceño al ver los papeles. Sus preciosos ojos marrones iban de un lado a otro mientras hojeaba rápidamente el contenido. Eso no era, en sí mismo, preocupante. Al menos tenía que repasar lo que tenía delante para ordenar la morralla de alguna manera. Si veía un recibo de restaurante, no lo iba a mezclar con otros documentos que no tuvieran relación, como la pila de antiguos recibos de donaciones benéficas de la familia.

—¿Sofía?

Ella frunció el ceño todavía, parecía estancada leyendo las líneas del papel, que daban la falsa impresión de que el producto se enviaría a un muelle prácticamente abandonado.

—Sof—

—¿Hmm? —Alzó la cabeza de golpe, disimulando enseguida el gesto de excesiva curiosidad—. Perdona. No te estaba escuchando.

¿Porque algo más te ha llamado la atención? Sonreí en vez de incidir en ello. —Te pregunté si tu prima sigue cerca.

—Ah. Eh. Sí. Lo está. Está cerca de mí. Bueno, no aquí ahora. —Dejó el papel y lo colocó encima de una pila de papeles varios—. Ella, eh... —Negó con la cabeza y carraspeó—. Ahora está con otro familiar.

Aunque no retomamos la charla sobre su prima o mi hermana, no hubo oportunidad para que el silencio incómodo se instalara entre nosotros. Me rugió el estómago, y me levanté para decirle que debíamos salir a comer algo.

¿Ves?

Metí las manos en los bolsillos, dejando que mi deseo y admiración por Sofía se hundieran aún más en mí.

No ha pasado nada.

No está robando información ni nada por el estilo.

Puede que le llamase la atención ese papel, pero eso no significaba que quisiera apropiarse de él para venderlo. Seguro que estaba confundida y no sabía en qué categoría poner ese papel.

No es una amenaza.

Mi padre estaba equivocado.

Y, con esa convicción firme en mi mente, solté un profundo suspiro y deseé que *yo* estuviera en lo cierto. No sobre ella, sino sobre que las cosas buenas llegan para quienes saben esperar.

Hasta ahora, había superado mi prueba de lealtad.

¿Pero llegaría alguna vez a superar la prueba de entregarse a mí y dejar de fingir que no existe esta atracción que chisporrotea entre nosotros?

12

SOFIA

Un latido palpitante entre las piernas me despertó. Al despejarme del sueño en el que Andre me acariciaba con la boca y volver a la realidad de estar sola en mi pequeña cama, me mordí el labio.

No.

No.

Por favor, no.

No. ¡Solo un par de minutos más!

Haciendo una mueca sin abrir los ojos, intenté aferrarme a los frágiles bordes del sueño cuando se desvanecía de mi mente.

Casi todas las noches, él me atormentaba en la cama. En cuanto me dormía, *él* era lo único que veía. La huella de su caricia en mi piel. El roce insinuante de su boca sobre mis labios. El sonido áspero y grave de sus gruñidos mientras me provocaba prometiendo todas las maldades que quería hacerme y cebándome con lo que no haría si no me portaba bien y me rendía a él. A *nosotros*.

Exhalé un hondo suspiro de frustración al abrir los ojos. Volver a ese sueño era imposible. Ya estaba despierta. Ya estaba en la realidad. Pero la pérdida cruel de otro sueño erótico sobre el rival de mi tío, sobre el mafioso rudo al que se suponía que debía espiar, era demasiado para soportarlo.

Aun así, no pensaba ceder. No podía.

En el momento en que me rindiera y confesara a Andre que no podía seguir fingiendo que no sentía esa atracción entre los dos, estaría traicionando a Esmeralda. No podía elegirle a él y seguir complaciendo a mi tío. Estaría metida hasta el fondo—si no lo estaba ya.

Dividida entre dos mundos, atrapada por dos lealtades, sentía que me partía en dos.

La vergüenza me invadió mientras me removía incómoda en la cama, tratando de volver a ponerme cómoda. Tenía demasiado calor. Estaba demasiado alterada, inquieta y completamente despierta tras ese sueño en el que él se arrastraba sobre mi cuerpo, bajando para acercar su boca a la parte interna de mi muslo mientras abría mis piernas de par en par.

Dios mío.

Los fragmentos de aquella imagen traviesa aún no se habían ido.

Juraría que todavía sentía las caricias fantasmas de sus labios y sus dedos ásperos.

Al bajar la mano, sentí la evidencia de lo húmeda que estaba.

Volví a soltar otro suspiro.

Simplemente, no era justo. Que pudiera meterse así bajo mi piel. Que pudiera llegar a fantasear siquiera con la posibilidad de tenerlo para mí, aunque solo fuera una vez.

No. No puedes. Mantente firme y no caigas.

Mis ingenuos pensamientos de que esto sería un trabajo rápido para mi tío ahora me parecían una broma patética.

Llevaba aquí casi un mes. Todo lo que le enviaba a mi tío era inútil, y su disgusto con mi pésimo rendimiento como espía se notaba en todos los mensajes horribles que me mandaba.

Probablemente su mal humor se debía más a la pérdida de todos los hombres del almacén. Después de atar cabos entre lo que dijo él y lo que dijeron Andre y Oleg aquí, me di cuenta de que la noche en la que Andre apareció herido tuvo que ser la misma en la que él y Oleg fueron emboscados y respondieron a tiros. Mi tío podía quejarse todo lo que quisiera por perder más hombres de los Giovanni, pero, en fin, eso es el destino. Si quiere ser tan insensato como para jugar sucio contra otros, que se prepare para recoger tempestades. Si mi tío alguna vez supiera salir adelante por sí solo, sin apuntar a lo que tienen los demás, quizá no estaría siempre en esta situación.

Negué con la cabeza, descartando cualquier pensamiento sobre el tío Roberto.

Preferiría soñar o fantasear de nuevo con Andre, porque al menos eso me hacía sentir bien.

Nada podría hacerme sentir bien al rendirme a él. No a la larga. Lo sabía. Porque yo era una Giovanni, entre nosotros nunca podría haber nada permanente.

Sin embargo, con cada día que pasaba, la tentación de ese hombre tan sexy se hacía más fuerte.

Cada vez que me miraba como si fuera una mujer a la que deseaba y codiciaba, no una simple pieza que utilizar, me derretía el corazón.

Cada momento en su presencia en el que me apartaba bruscamente para robarme un beso me tentaba a traicionar a mi tío y aceptar el cariño de Andre.

No puedes.

Desafiar a mi tío no me destrozaría. Despreciaba al hombre que se había adueñado de mi vida desde que murieron mis padres.

Pero no hacer lo que él decía provocaría que Esmeralda muriese aún más pronto, y con sufrimiento.

Cerré los ojos y luché contra los pensamientos horribles.

No quería tener a mi tío en la cabeza. No quería obsesionarme con cómo acabaría perdiendo inevitablemente a mi prima.

Volviendo a lo que recordaba de mi sueño más travieso, alargué la mano hacia la mesilla de noche y saqué mi vibrador. No lo había metido conscientemente en la bolsa al aceptar este trabajo. Simplemente se encontraba en un compartimento cerrado. Pero, con mi empeño en resistirme a Andre, desde luego me había venido de perlas para apaciguar este deseo.

Volviendo a pensar en Andre en mi sueño, lo imaginé besando una senda por mi abdomen. Pasé el vibro sobre mi piel.

Lo imaginé presionando sus dedos contra mi coño y abriéndome. Al mismo tiempo, separé mis labios con los dedos.

En mi mente, él se cernía sobre mí y alineaba su polla grande conmigo. Y, en este pequeño dormitorio, acerqué la punta del vibrador a mi húmeda entrada.

—Por favor. Lo necesito —susurré en voz baja, frunciendo el ceño mientras apretaba los ojos cerrados.

Empujando el vibrador dentro, fantaseé con que era él quien me llenaba y me abría. Que era mi jefe, mi enemigo, quien deslizaba su miembro duro dentro y fuera de mi coño.

—Oh, Andre. Sí. *Sí*. —Dejándome llevar por las imágenes traviesas en mi cabeza, intenté que la fantasía se fundiera con la realidad. Que no era yo quien se estaba dando placer, sino que *él* me estaba follando.

—Oh. Oh, Dios mío.

No podía quedarme callada. Mientras mis jugos y mi excitación producían ruiditos húmedos al compás de las retiradas y embestidas de mi vibrador, caía aún más profundo en la ilusión de que era Andre empujándome al borde del orgasmo. La suma de mis caricias indecentes borraba todos los demás pensamientos. Las preocupaciones dejaban de importar. Solo el placer físico y la tensión ardiente para alcanzar el clímax contaban. La certeza mental de que era Andre quien me embestía.

Antes de poder aguantarlo más, gimiendo y sollozando, me desbordé. Un salto súbito al abismo me hizo gritar. El alivio me inundó. Olas de placer me recorrieron de dentro afuera. Desde el útero hasta los pezones duros, descargas de euforia se apoderaron de mí.

—Oh… —Bajé el brazo, dejando que el vibrador húmedo cayera sobre el colchón. Mi lubricación manchaba mi muslo, pero ni siquiera eso podía arrancarme del sopor que se apoderaba de mí mientras suspiraba y saboreaba el placer de correrme tan intensamente.

Por él.

Antes de poder entregarme por completo al sueño, demasiado satisfecha para mantenerme despierta mucho tiempo, una fugaz punzada de inquietud cruzó mi mente.

¿Qué ha sido eso?

El sonido de alguien caminando por el pasillo al otro lado de mi puerta hizo que abriera los ojos de nuevo.

Se proyectaban sombras en la pequeña rendija donde la puerta se une al suelo.

Joder.

Había alguien ahí fuera. Alguien me había oído.

La vergüenza volvió de inmediato y me mordí el labio.

Joder…

Renee no estaría despierta a estas horas.

Los guardias patrullaban siempre por el edificio.

Pero yo lo sabía.

Simplemente *sabía* que era Andre.

Tenía que serlo.

Se quedaba ahí fuera, haciendo una pausa y escuchando claramente. Las paredes finas como el papel no podrían haber ocultado mucho. El motivo por el que estaba allí no importaba. Solo sabía que era él. Que me había oído.

Dios mío.

Me cubrí la cara con la mano y tragué un gemido. No estaba horrorizada. Estaba… nerviosa.

Ahora sabía que me había masturbado pensando en él. Y eso no haría más que complicar esta resistencia.

Cerré los ojos y fruncí el ceño, una vez más insegura de cómo podría sobrevivir a este juego tan turbulento y prohibido de negar algo tan ardiente y apasionado con un hombre tan peligroso y tentador como Andre Orlov.

Mi jefe. Mi enemigo.

El único que deseo.

13

ANDRE

El recuerdo de haber oído a Sofia dándose placer es algo que me llevaré a la tumba. Pasar junto a su habitación y captar sus jadeos entrecortados, escuchar cómo gemía *mi* nombre, bastó para que apoyara la frente contra la puerta cerrada, cerrara los ojos con fuerza y me aferrara a todo mi autocontrol para no irrumpir en su cuarto y ayudarla de verdad.

Solo estaba despierto porque los guardias enviaron un aviso sobre un posible intruso en el edificio de Roman. Todos estábamos conectados en esta manzana, y jamás nos la jugábamos con alguien colándose en una propiedad de los Orlov. Resultó ser una examante despechada que quería más de lo que mi primo ligón estaba dispuesto a darle. Él se encargó, o más bien, los guardias lo hicieron. Pero ya que estaba despierto, me reuní igualmente con el equipo de seguridad.

Pasar delante de la habitación de Sofia no era, en realidad, necesario, pero bendito el momento en que lo hice.

Oírla así era una prueba más de que me deseaba.

Con desesperación.

Yo estaba en su cabeza—en sus sueños—probablemente tanto como ella lo estaba en los míos.

Y joder, si eso no conseguía sacarme una sonrisa imborrable.

A la mañana siguiente, sin embargo, me pregunté cómo podría aprovecharme de este descubrimiento.

Mientras removía el café en la cocina, solté un profundo suspiro y empecé la cuenta atrás hasta que ella apareciera. Cansada y de mal humor, como siempre, porque estaba claro que no era precisamente una persona matutina.

Iba a ser todo un reto enfrentarme a ella y controlarme. Un puto mes llevaba aquí, metiéndoseme bajo la piel.

—Buenos días.

Fruncí el ceño y me giré al ver a Claire entrar en la cocina.

Ella sonrió. —Así que no es que ignores mis mensajes. Es que ni siquiera los ves, ¿eh?

Saqué el móvil del bolsillo y puse una mueca. —Ah.

Soltó una risita y se sirvió café. —¿No has dormido bien? —preguntó, echándome una mirada y sin duda notando lo destrozado y poco descansado que debía de parecer.

Dormí de maravilla en cuanto me corrí pensando en Sofia. Dos veces.

Me encogí de hombros.

—No te importa que hable con Sofia, ¿verdad? —preguntó, haciendo alusión a los mensajes sin responder que me había enviado. Venía para hablar de un par de centros para la prima de Sofia.

—No, no, adelante. —Sí que me importaba. Quería a Sofia solo para mí. Pero si era algo importante para ella, no iba a ser un cabrón y ponerme en su camino.

—No habló mucho, pero se notaba lo preocupada que estaba por su prima. —Soltó un largo suspiro triste mientras se preparaba el café —. Leucemia. Infecciones crónicas. Problemas inmunológicos continuos por haber tenido sepsis. Pobre mujer…

Joder. Eso no sonaba nada bien. Sofia me había contado algo, pero no los detalles médicos.

—Debe de costar un dineral —murmuré.

Asintió mientras me observaba por encima de la taza. —Por eso he venido un poco antes. Para hablar contigo.

Le sostuve la mirada, expectante.

—¿La pagas bien, verdad? Ya sé que el sueldo de una empleada de hogar no da para mucho, pero parecía tan agobiada por el tema económico... Es admirable que quiera estudiar para encontrar un trabajo mejor. Y aunque no parecía del todo convencida, yo le ofrecería un puesto en la clínica para que no tenga que pelear después por conseguir un trabajo decente cuando termine los cursos.

Resoplé. —Ya le ofrecí pagarle los estudios. Le pregunté si quería dejar de ser mi criada y quedarse solo conmigo, para que estuviera sin estrés y pudiera estudiar. Pudiera hacer lo que quisiera.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué? —fruncí el ceño—. ¿No es suficiente?

—Tú y tu padre. Os sobra el dinero para ir repartiéndolo por ahí. —Suspiró—. Nadie quiere aceptar caridad.

—No era una oferta de caridad.

—¿Ah, no? —Alzó una ceja—. Entonces, ¿cómo se suponía que iba a *ganarse* ese billete gratis?

Aparté la mirada y esbocé una sonrisa ladina. —Desde luego, se lo ganaría—.

—Ya veo. Quizá sea mi deber recordarte que, aunque nadie quiere ser compadecido ni aceptar caridad, ninguna mujer que se respete querrá que le ofrezcan dinero por su cuerpo—.

La miré con el ceño fruncido.

—Cónquistala. Impresiónala. Trátala con cariño, Andre. Así es como la conquistarás—.

Resoplé. —No soy un patán encantador como Roman—.

—No lo seas. Ya hay suficientes hombres así por ahí—. Alzó las manos en gesto de tregua. —Me detengo aquí. Dios no quiera que empiece a sonar como una madrastra dándote consejos—.

Sonreí con ironía. Mi madrastra, *más joven* que yo.

—Y yo procuraré no cometer el error de pensar que agradeces mis sugerencias sobre problemas con mujeres—.

Me encogí de hombros. —No hay problema. Ahora es mi asistente, no mi doncella. Y ese ascenso vino con una buena subida de sueldo. Ya le iré agregando alguna que otra bonificación y haré lo que pueda sin enfadar a la señorita Independiente—.

—Bien—.

—O simplemente pásame cualquier factura de su primo. Qué más da. Haré una donación anónima y así no tendrá que enterarse—.

Me dedicó una mirada escéptica. —Claro, como si eso no le resultara sospechoso *ya*—.

—Pienso cuidar de ella, Claire. Esté preparada para ello o no—.

—Habló como un Orlov—murmuró—. Solo voy a darle los recursos para valorar. Si decide trasladar a su primo a las instalaciones de cuidados paliativos, quizá podamos apoyarla entre todos—económicamente y como una… amiga de la familia—.

Asentí, agradecido de que mi padre hubiera apostado por enamorarse de una mujer atenta como ella.

—Hablad todo lo que queráis—. Podría aprovechar para ir a un par de sitios con Oleg, revisar algunos asuntos que dejé pendientes antes de que me hirieran en aquel almacén asaltado.

No fue hasta el día siguiente cuando me encontré cara a cara con Sofia.

—¿Qué tal fue ayer?—le pregunté cuando apareció en mi despacho.

Con una falda aún más corta y una camisa blanca sin mangas, estaba absolutamente irresistible. Su escote amenazaba con desbordar la tela pulida que cubría sus pechos. El contorno de sus caderas resaltaba unas curvas que me moría por agarrar entre mis manos. Cada paso que daba, esa suave falda se balanceaba, tentándome con el leve destello de la piel tersa de sus muslos.

—Fue bien. No sabía que Claire también quería enseñarme las instalaciones. Ella, eh…—Nerviosa, se apartó el pelo detrás de la oreja—. Se le ocurrió a última hora y mandó a unos guardias para acompañarnos, así pude hacer algunas visitas—.

—Bien—. Asentí con la cabeza.

—Siento lo del día libre—.

—No pasa nada—.

Sonrió. —Estoy aquí para lo que necesites a continuación—. Mirando las pilas de papeles y el desorden que aún le quedaba por organizar, no se daba cuenta de lo hambrienta que era mi mirada.

¿Lo que necesito?

Muy bien.

Ponte de rodillas y acércate arrastrándote, por favor.

—Necesito que me acompañes a otra visita, en realidad—. Me puse en pie, dándome cuenta de que tal vez había llegado el momento de subir el nivel. De seducirla en serio, porque esa distancia entre nosotros me estaba poniendo de los nervios.

Sabía que me deseaba.

Oía lo desesperada que estaba por mí.

Después de lo que dijo Claire, me di cuenta de que el vínculo jefe-empleada era el mayor obstáculo entre nosotros. Tal vez cambiarla de entorno me daría ventaja.

—¿Visita?—

Asentí. —A una oficina. Estamos ampliando con distintos negocios de consultoría y yo no me voy a encargar de la puesta en marcha. Sin embargo, Roman ha encontrado un sitio en el centro y debería ir a verlo—.

Era una excusa. Una excusa burda para sacarla de esta casa conmigo. Pero no cuestionó mi decisión.

—¿Debería… eh…?—Frunció el ceño y miró a su alrededor—. ¿Qué hago?—

—Ven—.

En mi polla. En mi mano otra vez. ¿Qué tal en mi lengua?

—Ven conmigo—corregí después de que un rubor delicioso tiñera sus mejillas.

Sí, ya has venido *para mí, ¿verdad?*

Sola en tu cama.

Será mejor conmigo, preciosa.

—¿Pero qué puedo hacer? ¿Tomar notas o…?—

—Solo ven conmigo—. Me encogí de hombros—. Ayúdame—.

—¿En ver un edificio?—

Asentí, indicándole que saliera de la oficina.

No dijo una palabra durante el trayecto al centro, pero me pareció bien. El silencio y dejarle su espacio también formaba parte de ganármela. Usar la fuerza bruta no lograría que se rindiera ni que estuviera bajo mi control. Contenerme y no perseguirla alimentaría su frustración, y tarde o temprano acabaría rindiéndose.

Durante el trayecto, atendí llamadas de Oleg y de un par de hombres más. El conductor tampoco dijo nada, pero miró a Sofia varias veces, lo cual me puso de mal humor.

Es mía, cabrón.

Lo será.

Un asistente inmobiliario nos recibió en el local, pero el joven no se quedó. Nos dejó para que inspeccionáramos la propiedad, así que paseé por el espacio vacío con Sofia siguiéndome o caminando a mi lado.

Como se trataba de un negocio legítimo de consultoría de inversiones, sin relación alguna con actividades ilegales, no me preocupó hablar con ella sobre el proceso de contratación y otros detalles del negocio. Escuchó y me hizo algunas preguntas cuando mencioné que ya había algunas celebridades interesadas en convertirse en clientas. Políticos también.

No podía estar seguro de si se estaba relajando conmigo por estar fuera de mi casa y de mi despacho, pero sentí ganas de arriesgar para ver cómo reaccionaba.

Al girar una esquina y entrar en una enorme oficina con una pared de ventanales por donde se colaba el sol, la seguí mientras se acercaba al cristal para apreciar la vista.

—Qué vistas —dijo con una pequeña sonrisa.

—Yo prefiero esta —respondí, girándola para que su espalda quedara pegada al cristal mientras la acorralaba entre mis brazos.

Robarle besos se había convertido en lo nuestro. Pero empezaba a cansarme de esos arrebatos intermitentes de deseo que iban sumándose uno encima de otro. Cada vez, ella cedía y me devolvía el beso. Hasta que el sentido común volvía y se apartaba, volviéndome a llamar *señor Orlov*.

Le sujeté la barbilla para levantarle el rostro hacia el mío, tomé aire, entrecortado, y deseé devorarla.

—La vista me gusta mucho más contigo en ella.

Tembló cuando pasé mi pulgar suavemente por su barbilla. Sus labios carnosos dejaron escapar una exhalación inestable. En sus ojos, el puro deseo encendía ese marrón suave en el que podría perderme hasta el fin de los días.

—Preciosa —susurré antes de besarla.

Deliberadamente suave, rocé su boca con la mía y disfruté del sonido de su gemido sutil. De necesidad. De duda.

Cuando rodeó mi cuello con los brazos y me atrajo más cerca, me aparté para provocarla con solo esas pequeñas caricias. Me contuve, sin meter la lengua, dejando que fuese ella quien ansiara el resto y se quedase esperando mis gruñidos.

—Andre… —susurró, levantando una pierna y apoyando el pie contra el cristal. Se abrió más para mí, pero aun así volví a contenerme y no me pegué a ella.

Quería que ella me deseara, joder. No conformarme con lo fácil.

—Solo hay una cosa que mejoraría esta ‘vista’. —Besé su cuello, acurrucándome en aquel sitio dulce y sensible bajo su oreja.

—¿Y cuál es? —susurró, abrazándome con más fuerza.

—Si estuvieras aquí delante de mí completamente desnuda. —Le di un mordisquito en la piel, arrancándole un jadeo.

—Si te desnudases para mí y sacases mi polla para que pudiera follarte justo aquí, contra los ventanales, para que toda la ciudad viese cuánto te gusta que te abra y te llene de mi semen.

—Andre. —Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Si te aferrases a mí mientras te hago correrte una y otra vez, empapada y dolorida. —Bajé la mano a sus braguitas y acaricié sobre el tejido húmedo. Solo mis palabras ya la llevaban medio camino.

—Oh… —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cristal. Dejando las piernas abiertas, me daba vía libre para acariciar su coño sobre la tela fina.

—¿Lo quieres? —La besé, forcejeando para no correrme en los pantalones.

Frunció el ceño sin responderme.

—¿Quieres rendirte y admitirlo? —la provoqué.

Bajó la barbilla. —Yo… no puedo.

¿No puedes? ¿O no quieres?

Me quedé quieto. Mis dedos se detuvieron y solté el aire de golpe.

—No puedo simplemente… —Abrió los ojos y me miró con el ceño fruncido. —Yo…

Lo harás.

Fuera lo que fuese que la frenaba, no podía ser un problema para siempre. Claire tenía razón al decir que no quería caridad. Sofia estaba decidida a ganarse la vida. Tenía como objetivo mejorar la vida de su prima.

Tenía que haber algo más. Alguna condición que la obligara a mentirse a sí misma al negar ese deseo de estar conmigo, cuando era evidente que me quería.

Serás mía, cariño.

Tenía que ser mía, porque no existiría jamás otra mujer en el mundo capaz de hacerme sentir como si me faltara la mitad de mí cuando no estaba cerca.

La besé una vez y luego me aparté.

—Creo que ya hemos visto todo lo que necesitábamos aquí —dije, dándole la espalda.

No iba a presionar. No iba a forzarla. Porque cuando finalmente llegase a su límite y admitiera que me necesitaba, yo recogería el fruto de haber esperado su rendición. Y lo haría sabiendo que ella me había escogido a mí, por encima de cualquier obstáculo que la retuviera.

14

SOFIA

Podía.

Podía admitir lo mucho que deseaba a Andre. Ceder ante él y dejar que este deseo me dominara era una opción perfectamente posible. Solo tenía que abrir la boca y decirle *sí*. Asentir. Encogerme de hombros y seguirle el juego.

Eso era algo que podía hacer.

Decirle *no puedo* era, en realidad, una mentira.

Pero sólo me aferraba a la pura verdad cuando pensaba en aclarar que *no quiero*.

Intentando explicárselo a Esmeralda cuando me arriesgué a llamarla la noche después de que Andre me llevó a aquel despacho, me costaba encontrar las palabras.

—Déjame ver si lo he entendido —susurró ella. Su tono bajo era casi un murmullo, sólo porque quería evitar que alguien escuchara nuestra charla de chicas. La verdad es que resultaba cómico pensar que alguien fuese a espiar a Esmeralda. Desde que me enviaron aquí para espiar a Andre, el tío Roberto la había trasladado al sótano.

Estaba al otro extremo de la casa respecto a los calabozos, pero los gritos de los prisioneros torturados se oían a lo lejos. Nadie iba a visitarla. Un guardia se presentaba sólo dos veces al día para tirarle un poco de comida y dejarle una botella de agua nueva. Muchos ni se molestaban en desenroscar la tapa, así que pasaba mucho rato forcejeando con ella.

Su voz era apenas un susurro porque estaba demasiado débil para vocalizar o hablar más alto.

—Estás trabajando para un hombre sexy, que está bueno hasta decir basta, que te desea desde el primer minuto que te vio y, aun así, ¿*sigues* sin permitirte un poco de alegría y dejarte querer?

Su sonrisa pretendía ser bromista, pero mi corazón se resquebrajaba al ver lo débil que estaba.

—No *quiero* —dije.

—¿Pero por qué? —frunció el ceño—. Necesito saber que vives por las dos, ya que yo no puedo.

—No digas eso. —Un sollozo amenazó con salir de mi garganta, pero lo reprimí—. No hables como si ya tuvieras un pie en la tumba.

Ella suspiró.—Es un decir, Sof.

—Lo sé. Pero... —Negué con la cabeza—. Está condenado al fracaso. ¿Para qué intentarlo? Me mataría si supiera quién soy en realidad. Me odiaría si descubriera por qué estoy aquí y qué he estado haciendo.

Bufó, aunque su risa seca se transformó enseguida en tos. Cuando pudo recuperar el aliento, añadió: —¿Qué *estás* haciendo? Nada. No encuentras nada útil para él porque tu hombre sexy sólo hace las cosas en digital. No *estás* haciendo nada malo.

Eso podría haber sonado a reproche, pero entendí lo que quería decir. Y me alegraba estar fracasando como espía. No quería ver a

mi tío alzarse victorioso ahora que sabía cómo eran Andre y los Orlov.

Me había convertido en traidora... en mi corazón.

Pero sentía que debía intentar apaciguar al tío Roberto, por ella.

—Voy a quedarme aquí e intentar que crea que sí —le dije—. Tengo que hacerlo. Porque es la única forma de que sigas recibiendo atención y…

Cuando negó lentamente con la cabeza, fruncí el ceño.

—No. —Más tos—. Me tratan como a una rata de sótano; me lanzan sobras y me dejan sola.

—Pero aún tenías medicación cuando me fui. Deberías estar a punto de someterte a la última sesión de radioterapia y…

De nuevo, negó con tristeza.—Se llevó las pastillas, Sofia. No he recibido ni medicación ni tratamientos desde que te mandó aquí para espiar.

—¡Ese cabrón! —Intenté no alzar la voz, pero la rabia me quemaba por dentro, demasiado intensa y afilada para contenerla—. Se suponía que no debía quitarte nada. Me dijo que mientras yo estuviera aquí e intentara hacer lo que me pedía, no terminaría con los cuidados paliativos que conseguí para ti hasta que yo volviera.

—Te mintió, Sofia. Te mintió porque te está utilizando. —Encogió sus delgados hombros—. No le sirvo para nada salvo como moneda de cambio para obligarte a cumplir sus deseos.

Yo ya lo sabía. Esa verdad tan fea estaba clavada en mi corazón desde hacía tiempo. Nunca le había importado Esmeralda. Ni siquiera yo. Por eso había estado mirando cuánto dinero podría reunir para llevarla a un centro mejor. Y cuando por fin descubriese cómo sacarla de su casa, podría mudarla y despedirme del todo de él.

—Me mantiene con vida con lo mínimo porque sabe que soy lo único que puede usar en tu contra.

Las lágrimas se me escaparon y las aparté de un manotazo, furiosa. Estaba perdida hiciera lo que hiciera. Si no hubiera venido, la habría hecho disparar. O la habría tirado a la calle cualquier noche. Porque, como había dicho ella, no veía ningún valor ni utilidad en ella.

—Y por eso *necesito* saber que estás ahí fuera viviendo tu vida lo mejor posible, Sof. —Su sonrisa triste y diminuta me rompió el corazón aún más—. Sé que mi final se acerca. Lo he sabido. Pero hasta que llegue ese momento, por favor, vive por las dos y experimenta algo mejor que el infierno al que nos ha sometido el monstruo Giovanni siendo sus sobrinas.

Negué con la cabeza. —Voy a sacarte de ahí, Esmeralda. Lo haré. Y no tendrás que sufrir hasta el final.

Ella suspiró y me miró con tristeza y desesperanza. —Ya no importa.

—¡Sí que importa! Tú importas. Eres lo único que me importa. —Las lágrimas me ardían en los ojos mientras escapaban.

—Eso no es verdad. *Él* podría importarte. Andre podría ayudarte a ver el lado bueno de la vida, aunque solo fuera por una noche.

Me pasé la lengua por los labios para borrar el sabor salado de las lágrimas. —No. No funcionaría así. Si cedo, si me rindo, una sola vez no sería suficiente. Siempre tendría miedo de que descubriera quién soy. Nunca podría ilusionarme con el amor, con un futuro ni con nada tan poderoso como eso. —Me encogí de hombros y bajé la mirada—. Creo que lo odiaría más—saber lo que es estar con él y no volver a tenerlo jamás, que permanecer en la ignorancia y perderlo por completo.

Ruido fuerte llegó desde su extremo. Gritos y disparos. Luego golpes sordos y el caos de cosas estrellándose en la planta de arriba.

—Debo irme —susurró.

Asentí, odiando tener que cortar la comunicación con ella. Cada vez que lo hacía, temía que fuese la última vez.

—Te quiero —articulé con los labios, demasiado asustada para decirlo en voz alta por si alguien se acercaba a su habitación.

Ella asintió y me respondió de la misma forma antes de desconectar la llamada.

Cerré los ojos con fuerza y abracé las rodillas contra el pecho. Hundiendo la cara en los brazos cruzados, contuve las lágrimas que se habían ido acumulando.

No iba a llorar por ella.

Me negaba a hacer algo tan trivial e inútil.

Las lágrimas no iban a arreglar nada.

Pero estaba decidida a intentar ayudarla como fuera.

Ya tenía suficiente dinero ahorrado en mi cuenta secreta. Había guardado todo lo posible cuando mis padres y los de Esmeralda murieron en aquel accidente absurdo hacía tantos años. Con lo que Andre me estaba pagando, tenía que poder permitirme la entrada para una residencia u hospicio para ella.

Si el dinero es un problema…

Fruncí el ceño al levantar la cabeza, sabiendo que si le pedía a Andre, él pagaría cualquier cosa que yo necesitara. Tenía los recursos. Tenía el poder, la fortuna y la influencia para hacer que "la magia" ocurriera así.

Sin embargo, no era tan sencillo. Yo sola no podría sacar físicamente a Esmeralda del sótano de mi tío. Él me detendría. Sus guardias me detendrían. Necesitaría pedirle ayuda a un Orlov para liberar a mi prima Giovanni.

Eso implicaría explicar que aquí era una espía y una mentirosa, y eso acabaría con cualquier tipo de bondad que Andre quisiese tener

conmigo.

Tenías que joderlo todo, ¿eh?

Tenías que venir aquí y enamorarte del imbécil.

Agotada por el estrés y la tristeza al ver lo mal que estaba mi prima, me balanceé hasta sacar las piernas de la cama y me puse en pie. No podía *quedarme sentada* aquí lamentándome. No iba a cambiar nada escondiéndome en mi habitación y dejando que esta ansiedad y esta angustia me devorasen por dentro.

Después de comprobar en el espejo que no se notaba demasiado que había estado llorando, me limpié las mejillas una vez más y salí para ir a por un vaso de agua a la cocina. Suelo llevar uno encima, pero ya me lo había bebido todo. Nadie más debería estar levantado ni entorpeciendo, así que estaría a salvo y no tendría que preocuparme porque alguien me viese alterada.

No sabía qué haría si Renee me veía y realmente quería preocuparse por mí. Desde que me convertí en la asistente de Andre en la oficina, ella no parecía tenerme manía, casi se comportaba de forma maternal conmigo ahora.

El silencio llenaba el pasillo mientras caminaba hacia la cocina. Me serví un vaso de agua y bebí un poco apoyada en la encimera. El líquido fresco deslizándose por mi garganta me enfrió, pero en vez de animarme y espabilarme, me hizo estremecerme y apretar los dientes.

—¿Tienes frío?

Me sobresaltó la voz de Andre. Me giré en redondo, casi se me cayó el vaso antes de dejarlo sobre la encimera cuando él se acercó a grandes zancadas. Vestido solo con un pantalón de pijama calado bajo en la cadera, parecía un depredador acorralando a su presa. Estaba tan alterada, tan perdida en mis pensamientos, que ni siquiera le había oído entrar en la habitación.

—No es de extrañar llevando *eso* —bromeó él, repasándome de arriba abajo con la mirada mientras apreciaba mi pijama: unos shorts cortos y una camiseta fina, nada adecuados para abrigar.

Pero cuando arrastró la mirada hasta mi rostro, mientras me quitaba el vaso de la mano y lo posaba en la encimera, el deseo desapareció de sus ojos y frunció el ceño.—¿Qué te pasa?

Mierda. Adiós a disimular que no he llorado. Resoplé y puse los ojos en blanco, apartando la mirada.—Nada. ¿Por qué estás acosándome en la cocina a estas horas?

Se metió en mi espacio, acorralándome contra la encimera con su cuerpo caliente a centímetros de mí. Mientras apoyaba una mano en el borde de la losa de mármol, terminó de encerrarme sujetándome la barbilla para que le mirase de frente.—No mientas.

—No estoy mintiendo —repliqué—. *Eres* tú el que está acosándome en la cocina a medianoche.

—He venido a por agua —respondió sin rodeos, fijando en mí una mirada intensa.

Cogí mi vaso y se lo ofrecí, pero el movimiento solo consiguió que me rozara contra él, sin que retrocediera ni me diera un mínimo de espacio—. Toma.

Lo tomó y lo dejó de nuevo sobre la mesa sin siquiera mirarlo. Era imposible arrancar su atención de mi cara, visiblemente enrojecida y con los ojos hinchados. —¿Qué te pasa, Sofia?

Negué con la cabeza, mintiendo sin palabras. Tenía que hacerlo. Porque la preocupación real y la inquietud en el tono severo de su voz casi me hacían venirme abajo. Oírle preocuparse por mí era demasiado.

—Sofia… —Apretó un poco más el agarre sobre mi barbilla y se acercó aún más. Como si el hecho de imponerse sobre mí pudiera obligarme a responder. Estoy harta de que los hombres controlen mi

vida, pero esa queja tendría que dirigirla a mi tío y a la fuerza Giovanni, no a Andre.

Él *no* me controlaba. Él *no* me presionaba.

El único poder que podía ejercer sobre mí era este deseo y ansia que surgió en cuanto nos conocimos.

Recordando el consejo de Esmeralda, que debía vivir mi vida al máximo aunque ella no pudiera, miré a Andre con una perspectiva nueva.

Ya no fijaba mi atención en las facciones angulosas marcadas por la molestia, el desprecio o la impaciencia por rechazarle. Esta vez, vi las líneas de preocupación y la seria angustia en sus ojos tormentosos.

Le importo.

De verdad le importo.

Después de aquella vez en la que me hizo llegar al clímax sobre la mesa, me había inquietado que él me viera como algo conveniente con lo que jugar. No como a una persona para apreciar.

En la oscuridad de la cocina, a solas con él en mitad de la noche, me sentí vista como nunca antes. Sentí la maravilla de ser cuidada y de que alguien se preocupara por mí, algo que no había experimentado en tanto tiempo—si es que alguna vez lo había hecho.

—Yo…

—¿Qué ocurre? —insistió, casi desesperado por arrancarme una respuesta. Llevó su otra mano a mi rostro y, enmarcándolo entre ambas, me atrajo hacia él—. ¿Qué pasa? —Presionó sus labios contra mi frente antes de apartarse un poco para escrutar de nuevo mi expresión—. Joder, Sofia, ¿qué *te pasa*?

El simple roce de sus labios sobre mi frente me rompió por dentro.

No fingía nada conmigo. No intentaba seducirme. No había venido a provocarme ni a flirtear—quizá al principio sí. Pero sus ojos me abrasaban de preocupación, no de deseo.

—Estaba pensando en algunas cosas. Cosas oscuras y pesadas. —La inevitable muerte prematura de Esmeralda ya sería bastante dura. Pero saber que sufría en sus últimos días… era demasiado cruel. Demasiado horrible. Y con Andre aquí, tan preocupado y dispuesto a animarme, me dejé llevar por el anhelo de necesitarlo.

De necesitarle.

De lanzar todas mis penas y temores a un lado solo para abrazar algo *bueno* por una vez.

—Y… —solté un suspiro tembloroso, grabando este punto de inflexión en mi memoria. La profundidad de sinceridad en sus ojos azul oscuro. Las sombras en su rostro curtido y el principio de la barba que lo hacía parecer más rudo.

El apretón de sus manos sobre mí me hizo recuperar el equilibrio, y descubrí que *no puedo* no tenía por qué significar *no quiero*.

—Y ya no quiero que nada oscuro y pesado me siga agobiando. —Tragué saliva con fuerza, plenamente consciente de que, una vez tomara este camino, no habría vuelta atrás—. Quiero… algo bueno. Por una vez. El tiempo que pueda. Quiero… —Fruncí el ceño y me incliné para besarle.

El calor me atravesó con el contacto. Sus labios ardientes se abrieron para mí. Un gruñido bajo, visceral, escapó de él, y lo absorbí en mi boca.

Besándole como si fuera mi salvavidas, me atreví a pensar que podría ser así de fácil. Que rindiéndome—por fin—podría tener una vía de escape para dejar de sentirme una mentirosa y una traidora. Que podía tomar este atajo para dejar de angustiarme por Esmeralda y de odiar a mi tío.

—Te enseñaré algo bueno —murmuró con voz ronca cuando nos separamos para tomar aire.

Me aferré a él, besándole de nuevo antes de que pudiera retirar su ofrecimiento.

—Te necesito, Andre. Por favor, no quiero luchar más contra esto. No quiero luchar contra ti. No quiero luchar contra *nosotros*.

Volvió a gruñir antes de estrellar sus labios hambrientos contra los míos. Mojado y dominante, presionó su boca sobre la mía e insistió en que la abriera para él. Así lo hice, recibiendo su lengua, persiguiendo su sabor, mientras él rodeaba mi cuerpo con sus brazos y me apretaba con fuerza.

La lujuria me llenaba las venas. La adrenalina hacía latir mi corazón más deprisa. El subidón y la dicha de dejarme dominar por él—corazón, mente y cuerpo—eran la triple escapatoria que llevaba necesitando todo este tiempo.

—Por favor —suplicaba—. Necesito… quiero… a ti, Andre. Yo…

Me cortó con otro beso áspero, posando su boca sobre la mía con tanta fuerza que me echó la cabeza hacia atrás y me hizo arquear el cuello mientras me apoyaba contra el borde de la encimera. Sus brazos bajaron, y cuando sus manos atraparon mis caderas, solté un jadeo contra su boca abierta al sentir cómo me alzaba.

Sobre la encimera. La superficie fría me heló los muslos, pero no me dejó allí mucho tiempo. Apenas tuve medio segundo para enroscar mis piernas alrededor de su cintura antes de que me levantara y me llevara lejos de allí.

Cerrar los ojos me permitía saborear el calor de su beso. Aferrarme a él con fuerza acentuaba la presión de sus dedos hundiéndose en mi trasero. Y con cada paso que daba al sacarme de la habitación, el abultamiento duro de su erección rozaba mi centro.

Anulada por el deseo, incapaz de pensar o hablar, *le sentía*. Y era justo lo que necesitaba. Todo lo que podía soportar.

Sus manos mientras me llevaba en brazos. El retumbar de sus pasos al atravesar la casa. El calor de sus besos y la mordida de sus labios al deslizar su boca por mi cuello.

Una vez que me llevó a su habitación, dio una patada a la puerta para cerrarla y se encaminó hacia la cama.

No había estado aquí desde aquella primera noche. Cuando me senté aquí, tan nerviosa, empeñada en darle todos los primeros auxilios que pude.

—Te voy a dar algo bueno, cielo —gruñó mientras me bajaba a la cama. Se tumbó encima de mí, trayendo consigo todo ese delicioso calor de su cuerpo duro.

—¿Cielo? —intenté reírme, porque me negaba a llorar—. ¿No es un poco pronto para eso?

O bien le daba igual que intentase bromear, o no estaba de acuerdo. Tirando de mi camiseta hacia arriba, negó con la cabeza y me lanzó una mirada ardiente y abrasadora que consiguió derretirme—. De acuerdo. Esperaré hasta la próxima vez para ser dulce contigo.

—¿*Próxima* vez? —pregunté, inspirando con fuerza cuando me subió la camiseta lo suficiente para enganchar su boca caliente a mi pezón —. Oh—

—La próxima vez —contestó. Mientras su mano deslizaba mis pantalones cortos hacia abajo y su cabeza se movía para succionar mi otro pecho, demostraba lo necesitado que estaba de mí. De *mí*, la mentirosa y rival enviada para espiarle—. Y todas las que vengan después.

Levanté las caderas para ayudarle a quitarme los pantalones. Sujetando la nuca para mantener su boca en mi pecho, gemí al

sentir cómo destellos de calor encendían y marcaban el camino hacia mi entrepierna, caliente y palpitante.

—Esta vez —dijo mientras se echaba hacia atrás para quitarse los pantalones, observándome mientras yo me quitaba la camiseta— va a ser rápida y dura. Te voy a dar algo bueno, cielo —siguió con voz ronca y desesperada.

Ya había metido la pata dejando escapar ese apelativo. Pero no me importaba. No podía. Solo era capaz de separar las piernas para que él pudiera volver a bajar sobre mí. Lo único en lo que soñaba con concentrarme era en abrir los brazos para abrazarle, mientras se apoyaba encima de mí.

Cada centímetro de su cuerpo duro me abrasaba mientras se tendía sobre mí. Su polla larga, rígida y gruesa me dejó sin palabras al frotarla, desnuda y húmeda por el pre-semen, sobre mi entrada resbaladiza.

El juego previo llevaría demasiado tiempo.

Las semanas de miradas ardientes, besos robados y provocaciones veladas bastaban para hacerme arañar su piel buscándole ahora.

—Esta vez —dijo mientras colocaba su polla en mi sexo— no va a durar lo suficiente. De un empujón de caderas, introdujo la ancha cabeza de su polla en mí. Estirándome. Jadeé en voz alta y arqueé el pecho hacia él.

—Una maldita eternidad no será suficiente —amenazó entre dientes, embistiéndome con fuerza.

Mis labios se separaron cuando me llenó. Hasta el fondo. Llena con su enorme polla, encajada en mi coño empapado. En vez de jadear por el escozor de la apertura, por la quemazón de sentirme tan llena, sujeté su nuca y acerqué su cabeza a la mía. Besándole como si necesitara su boca con tanta urgencia, acallé cualquier cosa que pudiera haber dicho.

Como que acababa de darse cuenta de que yo era virgen.

O que me estaba entregando a él como nunca lo había hecho con ningún otro hombre.

Pero lo sabía. Lo notaba, de alguna manera, porque mientras bailaba con mi lengua y me acostumbraba, en apenas un segundo, a tener su miembro entero dentro de mí, pasó los brazos por mi cintura y me abrazó con tanta fuerza que parecía que necesitaba un momento para asimilarlo. Como si la sensación fuese demasiado buena y no quisiera correrse todavía.

Seguía besándole, gimiendo de deseo mientras la tensión seguía apretada dentro de mí, y noté cómo retrocedía. Y volvía a embestir. Una y otra vez. Se movía rápido y sin concesiones, aplastándome contra el colchón, sin pausa alguna, sin titubeos.

No hacían falta palabras. Los preliminares ni el tomárselo con calma hubieran cambiado nada tampoco.

Rápido y duro, sin remedio y desesperado, me folló hasta hacerme pedazos. Demostrándome que tenía razón.

Lo hizo bien.

Me dio algo tan de otro mundo y perfecto que el éxtasis de mi orgasmo me envolvió en cuestión de segundos. Las olas de alivio me hacían temblar. Los espasmos de mi clímax me dejaron sin aliento, sin fuerzas para pensar.

Libre y flotando, inundada por la euforia de abandonarme, le agarré la espalda y le retuve con fuerza. Le abracé. Le retuve contra mí hasta que se puso rígido y soltó un gruñido. Succionó con fuerza mi cuello mientras su gruesa polla se estremecía dentro de mí, llenándome de su semen.

Permanecimos tumbados, recuperando el aliento pero sin movernos. En ese silencio, con nuestras respiraciones entrecortadas, me mantuve el máximo tiempo posible en ese momento de felicidad.

Para saborear la oleada de endorfinas. Para acoger la laxitud adormecida.

Pero él tenía que estropearlo.

—¿Qué te ha parecido eso de algo bueno? —preguntó, presuntuoso, antes de besarme el hombro.

Bueno.

Había sido bueno. Justo como sabía que sería.

Pero al darme cuenta de cuánto deseaba más, la culpa volvió a devorarme.

Cedí. Me rendí.

Y no podía dejar de pensar en lo terrible que sería cuando tuviera que acabar.

Porque acabaría.

Estaba condenada por la maldición de ser una Giovanni, y él tenía la fortuna de ser un Orlov.

No podía haber un *nosotros* mientras nuestras familias fueran rivales. Por muy perfectos que encajásemos en este affair prohibido.

15

ANDRE

Despertarme con Sofia desnuda y pegada a mí se había convertido en mi nueva adicción, una de la que no quería desprenderme.

Ni siquiera lo intentaba.

Cada amanecer en el que abría los ojos y recordaba que ella se había abandonado al deseo irrefrenable que los dos compartíamos, dejaba que una sonrisa se me dibujara en la cara.

Lujuria. Eso era todo esto. Esta danza desbocada, electrizante y salvajemente adictiva de perderme en su interior no era nada más que pura lujuria.

Primal. Sucia. Imparable.

Tarde o temprano, tendría que recordar que tenía un trabajo. Que no podía girar mi vida en torno a ella y a cuándo volveríamos a estar desnudos y juntos.

Una semana con ella en mi cama me parecía demasiado corto y demasiado largo a la vez. Era como si sólo hubiese pasado una noche desde que la encontré tan alterada en la cocina, cuando ver

sus lágrimas me desgarró el alma. Pero, por otro lado, era como si encajáramos tan perfectamente, tan de forma natural, que lleváramos toda la vida juntos. Una vida de la que no quería despertar.

Es lujuria.

Un vínculo oscuro y hambriento con ella. Eso era todo.

Y pensaba aprovechar hasta el último segundo antes de que la obligación de volver a ser un adicto al trabajo para mi padre pudiera conmigo.

Deslizándome hacia abajo en la cama para despertarla, sonreí y acaricié su suave piel sedosa. Un recorrido perezoso de mis manos por su vientre, sus caderas y sus muslos no logró arrancarla aún del sueño. Las sábanas nunca permanecían ordenadas después de que arrasábamos la cama, pero mientras gateaba sobre ella para acomodarme entre sus piernas, la manta se deslizó y me dejó al descubierto.

Temblando por el aire más frío sobre su piel, comenzó a moverse. Al mismo tiempo, acerqué mi boca a su sexo. Se sobresaltó ante la sorpresa.

—Buenos días —murmuró somnolienta.

La lamí y la acaricié con la nariz, captando la sonrisa en su voz. Ella deslizó los dedos por mi pelo corto, incitándome a quedarme ahí abajo como su despertador particular. Si quería seguir durmiendo, por mí perfecto. Pero yo estaba insaciable, necesitaba probarla una vez más antes de intentar empezar *mi* día.

Entre mis labios, sentí deslizarse sus dulces jugos. Con la presión de mi lengua, cada vez más impaciente, quería llegar cuanto antes a ese clímax al que yo la llevaba poco a poco.

Pero antes de hacerla correrse, me perdí en la curiosidad de descubrir hasta dónde podía llegar conmigo.

Toda la semana, había usado esta nueva intimidad como una forma de doblegarla a mi voluntad, a mi mundo. Su sumisión era el regalo con el que había soñado. Hasta ahora, nada de lo que hicimos la había asustado. Ni los juguetes, ni nuestros primeros juegos anales. Sofia estaba demostrando ser una amante entregada, leal y dispuesta a explorar hasta dónde podíamos llegar con este deseo abrasador que nos unía tan intensamente.

—¿Qué haces? —preguntó, con un leve quejido en la voz mientras yo me apartaba de sus piernas para buscar el vibrador en la mesilla de noche.

Estábamos en mi cama —donde se había quedado toda la semana en vez de irse a su habitación—, pero cuando confesé haberla oído masturbarse una vez, se sonrojó y reconoció que usó su juguete pensando en mí. Lo había traído aquí a petición mía, y comprobar que llevarla al límite le ayudaba a no recaer en esa tristeza que le vi una noche en la cocina, cuando se rindió ante mí.

No le contesté, cogí el eje alargado y la observé mientras lo introducía en su sexo. Lo lubriqué con su propia excitación, teniendo el privilegio de presenciar toda la gama de emociones que pasaban por su precioso rostro. La necesidad. La impaciencia. El placer. La emoción.

—Eres jodidamente preciosa, cariño —le susurré, embriagado por lo receptiva que estaba ahora que había dejado de resistirse a la atracción entre nosotros.

Su respuesta fue un gemido.

Saqué el juguete, brillante y cubierto de sus jugos, y lo llevé hacia su trasero para comprobar hasta dónde podía llegar esa mañana.

Sonidos aún más roncos y absolutamente perversos escaparon de sus labios mientras jugueteaba con su orificio trasero. Bajando de nuevo mi boca a su sexo, volví a devorar todo ese néctar ácido que

ella me ofrecía. Impulsando el vibrador en su trasero al ritmo en que succionaba su clítoris con mis labios, lo conseguí.

—¡Andre! —Se arqueó. Gritó. Apretó las sábanas y chilló tan alto que era una melodía diabólica para mis oídos.

Recorriendo su cuerpo con besos, me detuve en sus pechos, saboreando y mordisqueando esas curvas exuberantes.

—Más. Por favor, más. —Nunca tenía que suplicar, pero cuando llevé la mano para sacar el juguete de su culo, donde aún estaba parcialmente dentro, ella negó con la cabeza—. No. Déjalo.

Sonreí, besándola con fiereza mientras empalaba su coño empapado con mi polla. La presión era increíble, aún más intensa con su culo medio lleno, más apretada y ceñida. Apenas podía aguantar unos cuantos envites antes de que se desmoronara para mí en un segundo orgasmo. Sus paredes me rodearon, contrayéndose y apretándome, exprimiéndome hasta dejarme seco mientras la seguía hacia el éxtasis.

No importaba—mañana, tarde o noche—, siempre estaba dispuesta a jugar conmigo. A abrazarme. A descubrir cuánto podíamos darnos el uno al otro de la manera más prohibida y sensual en que dos personas podían unirse.

Equilibrando el aumento de las exigencias laborales y pasando tanto tiempo como podía con ella, sentía que vivía dos realidades distintas. Quería estar con ella, conocer cada centímetro de su cuerpo, pero respetaba que mi padre necesitara que volviese a mis responsabilidades como su principal negociador y mano derecha.

—¿No se aburre? —le pregunté a mi hermana una tarde, cuando estaba atrapado en una reunión con Oleg.

Dejar a Sofía en casa sin nada que hacer me parecía mal. Pero encontramos una solución sencilla al pasar tiempo con mi hermana, comentando la posibilidad de ser compañeras en un programa de enfermería. Su incipiente amistad era otro paso más para

asegurarme de que Sofía quisiera quedarse conmigo el mayor tiempo posible.

—¿Aburridas? —Anya soltó una risita—. No, no estamos aburridas.

Me recosté en mi asiento, esbozando una sonrisa mientras miraba por la ventanilla.

—¿Y esa sonrisita? —preguntó Oleg.

—¿Hmm? Por nada en particular.

Rodó los ojos—. ¿Sofía?

Sonreí abiertamente, sin importarme que me acusara de estar completamente colado por ella. Lo estaba, maldita sea. Y me sentaba bien. Liberador. Como si fuera el destino—. Es perfecta.

—No la conoces desde hace mucho —me hizo notar.

—Quizá no necesito más tiempo.

—¿Vas tan en serio con ella? ¿Lo sabe tu padre?

Le lancé una mirada fulminante—. Mi padre no importa. No necesito su permiso para estar con una mujer como ella.

Se encogió de hombros—. Sólo te señalo que fue todo un misterio cuando apareció, así de repente.

—Sofía fue contratada por una agencia para sustituir a Susana cuando esta se jubiló. No apareció de la nada.

Oleg no respondió, pero entendía que estaba siendo precavido ante lo profundamente que caía yo bajo el hechizo de esta bondad recién encontrada en mi vida.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, pero su actitud fue un aguijón constante en mi mente. Siempre que cualquiera de nosotros en la cúpula encontraba a alguien a quien aferrarse, surgían sospechas. Duda. Vacilaciones y escepticismo. Mi padre, mis primos

y yo representábamos poder e influencia. Y riqueza. Muchas mujeres matarían por estar en la posición de Claire, reclamando al Pakhan de la Bratva Orlov. Y otras tantas envidiarían a Natalie por sacar a Sergei del mercado.

Incontables personas codiciarían también el lugar de Sofía.

Y, sin embargo, fue a ella a quien encontré. Aquella por la que sentí esa atracción tan instantánea como afilada. La única con la que todo encajaba, pese a la férrea resistencia que puso al afirmar que nuestra unión era demasiado prohibida para funcionar.

Una inquietud persistente me roía mientras avanzábamos despacio por la ciudad.

¿Cómo es que nadie la había atrapado antes?

No podía creer mi suerte de que hubiese acabado en mi vida de esa forma, apareciendo como mi doncella aunque no se la notaba precisamente entusiasmada con el trabajo. Resultaba demasiado casual que estuviera disponible justo para que *yo* la encontrara y necesitara.

No es tan difícil de creer, en realidad. Ha estado trabajando y estudiando. Cuidando de su prima. Seguramente no ha tenido tiempo de sobra para salir, tener citas y socializar.

En parte por eso quería desvivirme por mostrarle lo bien que podía hacerle la vida. Sin preocupaciones por el dinero. Aunque, como decía Claire, no estaba dispuesta a aceptar caridad.

No, eso no es cierto.

Si la cuestión fuese el dinero, el salario o algo por el estilo, ya me habría rechazado por la subida absurda de sueldo, o por las flores y el vestuario y otras mil cosas con las que la mimaba.

Pero hay algo más.

Sabía que tenía que ser así. Nunca me explicó su tristeza aquella noche ni por qué se rindió a buscar una distracción traviesa conmigo.

Fruncí el ceño mientras miraba por la ventanilla, sintiendo que mi sospecha sobre Sofía y quién era se agudizaba.

Él también dudó de ella.

Las primeras advertencias de mi padre sobre dejar que mi doncella me distrajese, al principio, sólo me parecieron fruto de su típico cinismo. Pero ahora... tenía que preguntarme si Sofía ocultaba algo, si es que ocultaba algo.

¿Cómo entró en mi vida?

¿Una simple casualidad, buscando trabajo de doncella justo cuando yo necesitaba una sustituta?

Dejé escapar un suspiro inquieto, deseando poder ahuyentar todos esos pensamientos inoportunos que no quería.

Dudar de ella y no poder confiar plenamente no encajaba con lo fácil que era que formara parte de mi vida y de mí como amante. Como alguien a quien podía considerar amiga.

Es demasiado valiosa para perderla, maldita sea.

Me obligué a apartar esa idea de mi mente, sacudiendo con terquedad la sombra de la duda y la preocupación.

16

SOFIA

Andre empezó a retomar más responsabilidades. Sin dejar de tomárselo con calma, avanzando poco a poco, volvió a ocuparse de lo que hacía por su familia. Reuniones. Llamadas. Revisar correos. Era quien orquestaba la estructura de los acuerdos, un papel más administrativo para su padre, pero no estaba *en* la oficina.

Eso debería haber hecho mi nuevo puesto como su asistente de oficina más ajetreado también. Pero no fue así. Ahora salía del edificio más a menudo, casi siempre acompañado de Oleg como guardaespaldas y apoyo.

Sin embargo, no me faltaba nada que hacer. Renee estaba más simpática y yo le ayudaba con el mantenimiento general de la casa. Cuando no estaba con ella, me dedicaba a lo que realmente sentía como mi vocación: la enfermería.

Claire solía pedirme que fuese a su edificio. A veces para ayudar en la clínica con pequeñas cosas y otras simplemente para charlar y pasar tiempo con ella y los demás.

Anya se había convertido en la mejor amiga que no sabía que necesitaba. Aunque era casi de mi edad, era algo más joven, y había

empezado a mirarme con admiración, permitiéndome relajarme y simplemente *ser*.

Natalie estaba siempre liada, sobre todo con Maisie y su embarazo según avanzaba, pero también se dejaba ver de vez en cuando.

Una tarde, di un respingo al oír el tono firme y ordenado de Claire al llamarme. Contesté al teléfono con el ceño fruncido, dejando a medias una partida de cartas con Renee porque el día iba lento.

—Necesito tu ayuda ahora mismo—.

Con esa sola y tajante frase, Claire sonó exactamente como imaginaba que debe sonar una médico de urgencias en plena crisis.

Me apresuré, lista para atender a unos hombres ensangrentados que habían sido víctimas de un tiroteo desde un coche. Cada vez que estaba cerca de más miembros de la fuerza Orlov, mis nervios crecían. Tío Roberto me había protegido tanto que nunca estuve "ahí fuera". La posibilidad de que algún soldado Orlov me reconociera era nula, pero estar entre el "enemigo" me resultaba inquietante.

Sin embargo, ayudarles con sus heridas no me resultaba extraño. Mi corazón compasivo no hacía distinciones. Si podía ayudar, lo haría.

Anya, Daria, Claire y yo, junto con un par de guardias que habían empezado a recibir formación para echar una mano en la clínica, nos organizamos para comprimir las heridas y evaluar las lesiones. Claire se encargaba de las imágenes, y como yo tenía más experiencia, me ocupé del paso de suturar las laceraciones.

Más tarde, cuando todo se calmó, Claire se acercó a mí. —Has perdido tu verdadera vocación—.

Acepté el café con hielo que me tendió. —Si me bebo esto tan tarde, esta noche no pego ojo—.

Alzó una ceja. —¿Ah, que Andre no te mantiene despierta igualmente?— Guiñó un ojo, demostrando que también sabía ser juguetona y bromista.

Me sonrojé y le di un sorbo a la bebida fría y azucarada, un lujo al que nunca me acostumbré durante mi vida con mi tío.

Vive por las dos. Eso era lo que mi prima deseaba para mí. Y pensaba cumplirlo, incluso con cosas tan pequeñas como ese café.

—Eres muy hábil, Sofia—. Claire asintió con aprobación. —No entiendo cómo puedes ser sirvienta, o asistente, en vez de trabajar como enfermera o auxiliar—.

Porque mi tío nunca me deja salir de casa mucho tiempo. Porque mi tío necesita utilizarme para lo que él considere. Porque soy una Giovanni y se espera que le sirva a él*, y a nadie más.*

—Algún día me gustaría—, respondí. Era la verdad, aunque admitir que quería llegar a ser enfermera titulada era poco más que uno de mis sueños descabellados. No un objetivo realista.

Aquella noche, salí de la clínica y regresé al edificio de Andre. Aún no había vuelto y estaría fuera hasta tarde en una reunión con Oleg. Ya me lo había dicho por mensaje. Sin él allí, podría colarme en su despacho y sacar más fotos para mi tío. Pero no tenía sentido. No había nada incriminatorio. Ahora casi todo estaba ordenado y organizado, todos los papeles realmente antiguos apilados y listos para archivar.

Además, mientras subía en el ascensor hasta la planta de Andre, no *quería* hacerlo. No tenía fuerzas para ser *tan* hipócrita—espiar y entregarle a mi tío información robada el mismo día que me había pasado horas cosiendo heridas y ayudando a los soldados Orlov.

Dividida de nuevo—una vez más—fruncí el ceño y me dirigí a la cocina para prepararme una cena ligera. Ni siquiera Renee estaba aquí, ya que había planeado terminar una novela de misterio que había empezado esa semana.

Con una ensalada y la mitad de un sándwich que había guardado de sobra del día anterior, me senté en la barra y comí sola. Realmente

nunca estaba sola aquí. Había guardias patrullando. Cámaras vigilando.

Sin embargo, bajo el peso de la culpa y la vergüenza de estar aquí como una farsante y una espía, mis sentimientos tampoco me dejaban en paz. Empezaba a detestarme por verme obligada a estar aquí de una forma tan engañosa.

Los Orlov no eran malos, no como mi tío.

Mi teléfono vibró con la llegada de un mensaje.

Hablando del rey de Roma…

Fruncí el ceño mientras masticaba, leyendo la línea de notificación del mensaje. Mi tío me estaba llamando, y despreciaba el control que aún tenía sobre mí.

Su orden era que le llamase *ya*, así que con un suspiro pesado, tiré la comida que no me había terminado y dejé los platos en el fregadero. Total, ya se me había quitado el apetito al recordar que Roberto Giovanni era mi dueño.

Al pasar junto al ramo de flores que Andre había mandado traer para mí, sonreí con melancolía y regresé a la habitación de servicio que ya no sentía *mía*. Prácticamente me había instalado en la suite principal de Andre. Allí tenía la ropa nueva que me había comprado. Tenía un lado de la cama, una almohada favorita.

Por muy bien que me sintiese perteneciendo a esa habitación junto a él, no podía coger una llamada de su rival estando él presente.

En la antigua habitación, me senté al borde de la pequeña cama y exhalé un largo suspiro antes de marcar el número falso de mi tío.

—¿Qué coño haces ahí? —espetó nada más responder. Sin darme siquiera la oportunidad de contestar, comenzó una larga, retorcida arenga. Despotricando contra mí. Humillándome. Acusándome de no servir ni para esto, ni siquiera para hacerle el "favor" de conseguirle algún dato.

Le había ido enviando cualquier tontería que pudiera. Cosas sin importancia. La mayoría de los días ni siquiera estaba en la oficina con Andre. Estaba demasiado ocupada siendo su novia, o él estaba fuera del edificio. Un par de veces, incluso me había inventado alguna cosa absurda para mandarle por mensaje, engañándole, con la esperanza de que eso fuera mejor que traicionar abiertamente a Andre.

Ya le estaba traicionando, pero intentaba andar con pies de plomo en ese equilibrio de no hacer daño y, a la vez, apaciguar al hombre que decidía el destino de mi prima.

—Te lo he dicho antes —respondí, agotada, cuando me ordenó que le diese por una vez un informe detallado de verdad y que no le hiciese perder el tiempo—. No hay nada que encontrar y darte. No hay notas, ni papeles.

—Pues busca mejor, puta estúpida. —Soltó una risa cruel—. Si no, será ella la que lo pague.

Entrecerré los ojos, canalizando mi rabia hacia él en una ira concentrada—. Ya la estás haciendo sufrir.

Gruñó, dejando claro lo poco que le importaba dejar que la hija de su hermana fallecida se debilitase cada vez más.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes que hacerle pasar por esto? No se lo merece. No ha hecho nada para que le hayas retirado el tratamiento y—

—Exacto —gruñó—. No ha hecho nada. Para mí no vale nada.

Me tapé la cara con la mano—. Entonces déjame ir a por ella y llevármela. Puedo encontrarle un sitio más adecuado. Uno donde pueda descansar tranquila y no sea una carga para ti.

—¿Carga? —Volvió a reírse, con crueldad—. ¿Cómo va a ser una carga si lo único que hace es morirse despacio ahí abajo?

Apreté la mandíbula, odiándole por tener un corazón tan frío—. Déjame llevarla a una clínica.

—¿Y por qué coño debería *dejarte*, eh? Como no estás haciendo lo que *yo* te pido, pues no, puta estúpida, no pienso hacer nada de lo que *tú* me pidas.

Colgó la llamada con esa frase final.

El tono de llamada cambió.

Mirando al frente, perdida, apreté el móvil con tanta fuerza que casi podría haber rajado la carcasa.

Una sola lágrima ardió y resbaló por mi mejilla.

17

ANDRE

—¿Estás listo? —preguntó Oleg cuando el conductor detuvo el coche en el restaurante donde íbamos a reunirnos con miembros de la familia Rossi para un breve intercambio de información sobre intereses comunes. Mantener la buena relación con la antigua mafia italiana era una de las responsabilidades que recaían sobre mis hombros como representante principal de mi padre para este tipo de negociaciones. Habían pedido verse aquí, después de cerrar el negocio. Ir a hablar con ellos en su propio terreno nos ponía en desventaja, pero desde hacía ya una década veníamos llevándonos bien, y a la vez eran adversarios.

Le lancé una mirada de fastidio. —¿Listo? —bufé—. No es la primera vez que hago esto.

Hablar con los Rossi era algo que hacía cada trimestre.

—Me refería a si estás listo para actuar, si tienes la cabeza donde debe estar, que no estés pensando en ella —aclaró.

Si estaba receloso con ella y partía de la base de que velaba por mí, me parecía bien. Este hombre me había salvado la espalda demasiadas veces como para desconfiar de él ahora.

Pero si su animadversión hacia ella nacía de cualquier otro motivo banal, entonces no, gracias. Eso no me sentaría nada bien.

—Sabré arreglármelas —le respondí, alargando la mano para coger el tirador de la puerta.

Empezaba a parecer un disco rayado con sus comentarios sobre lo obsesionado que estaba yo por pasar cada minuto posible con Sofia. Era evidente para todo el edificio y toda mi familia que ella ya no trabajaba para mí. No mucho, al menos. Ya no era una asistenta, y eso que realmente nunca había necesitado a otra persona para ese puesto. Casi había terminado de organizarme el despacho, aunque apenas pasaba por allí. Solo entraba para dejar cosas sobre el escritorio con la intención de ocuparme de ellas más tarde.

Si no era Oleg el que me hacía algún comentario o me lanzaba una mirada de reojo sobre lo de empezar algo con Sofia, era porque tenía que aguantar preguntas de mi padre sobre ella. Roman sólo se molestaba en bromearme con que —otra más que cae—. Sergei no decía nada, quizá porque había pasado hace poco por lo mismo, trayendo a una mujer a nuestro pequeño grupo.

Sofia no era una distracción. Sabía compartimentar mi vida. Pero se había convertido en una fuente de motivación real para mí. Cuanto antes terminara con esos asuntos, antes podría volver a casa y disfrutar de la perfección de su presencia en mi vida.

Por eso caminé hacia el restaurante de los Rossi con confianza. El paso ágil y decidido, ansioso por terminar cuanto antes y poder regresar a casa.

A ella.

Me acompañaba Oleg. Un par más venían detrás, llegando en un segundo coche. Normalmente no hacía falta escolta para hablar con los Rossi. Había pedido que vinieran solo porque daba imagen de fuerza. Parecía apropiado presentarse con fuerzas igualadas, como si así dejásemos claro que no estábamos en peor situación que ellos.

—Vamos a terminar con esto —dije a los tres soldados Orlov que venían conmigo.

Los guardias de la puerta asintieron al vernos llegar. Reconocidos como invitados esperados, nos permitieron pasar detrás de ellos y entrar por la puerta lateral. Una escalera corta nos condujo a las salas privadas, el espacio sobre el restaurante donde los Rossi podían celebrar fiestas, contentar y tranquilizar a quienes quisieran un salón de juego exclusivo, o tramar otros planes turbios.

Con el acceso concedido, subimos las escaleras y llegamos al segundo piso. Un patio semiabierto sobre una amplia terraza estaba iluminado con unas luces colgadas del toldo.

—Andre —me saludó amablemente uno de los líderes—. Me alegro de verte—

Un tiroteo estalló de repente, cortando la frase. Los cuerpos cayeron al suelo al lanzarse los agentes al espacio abierto. Descendieron por las cuerdas hasta el hueco, todos armados, disparando, y protegidos por chalecos.

DEA, ATF, NYPD. Una trinidad infernal.

Órdenes a gritos para que bajáramos las armas. Voces que exigían a los agentes moverse en formación. Y las demandas para que nos tiráramos al suelo.

Todo sucedió tan de repente que casi tardé en reaccionar. Oleg y los otros dos que habían venido ya me estaban flanqueando, formando un círculo protector para evitar que hubiera algún tiro limpio hacia mí.

¿Pero qué coño?

¿Pero qué puta locura es esta?

Se suponía que era una reunión rutinaria. Nada ilegal ni extravagante. ¿Y las malditas agencias del abecedario venían a

irrumpir y tendernos una emboscada de este modo? ¿Ahora? Si no fuera tan absurdo, no habría creído que era real.

Que estos cabrones se presentaran así era lo último que habría esperado.

Mientras yo buscaba mi pistola, Oleg y los otros dos hacían lo mismo; parecía que todo nuestro entrenamiento y experiencia en situaciones tensas como esta no servía de nada.

Nos rodeó el fuego cruzado. El caos lo impregnaba todo mientras agentes y policías rugían órdenes para atraparnos. La confusión reinaba mientras los Rossi se lanzaban a la represalia. Tenían a todos sus guardias y soldados preparados. A diferencia de mí, que solo había venido con Oleg y dos hombres, ellos tenían toda su organización. Era su territorio, y fieles a su carácter violento, respondieron a la defensiva.

Devolviendo el fuego. Entrando en combate. Amenazando con guerra.

Cada una de nuestras familias tenía que soportar el "orden y la ley" de la sociedad civil. Sus normas no se aplicaban a nosotros. Nos regíamos por nuestro propio sistema de justicia.

Y esta noche no sería diferente.

Arrojado a la emboscada y al fragor de la lucha, velaba por mis hombres. Por Oleg y los otros dos.

La familia, siempre lo primero. Pero salir de ahí no era nada fácil.

Ayudar a los Rossi a frenar el asalto de los agentes también era de esperar. Hicimos lo que pudimos, devolviendo los disparos, pero al final, tras la oleada de violencia y pánico, ellos se retiraron. Se fueron, escabulléndose con sus chalecos antibalas y arrastrando a sus heridos fuera de la terraza del segundo piso. Debían de tenerlo todo planeado, porque huyeron con demasiada eficacia.

El humo quedaba suspendido en el espacio que habíamos defendido. El polvo se elevaba fruto de la destrucción por todas partes. Los cristales estaban rotos. Las mesas, volcadas y destrozadas. La sangre formaba charcos resbaladizos en el suelo. Un zumbido sordo de un cable de luz roto chisporroteaba con carga eléctrica a un lado.

Recuperando el aliento mientras más Rossi salían al exterior, persiguiendo a los polis y agentes, recorrí la sala con la mirada para evaluar los daños.

Seguía con vida. Había recibido algún golpe y aguantaba el escozor de heridas recientes, pero pasé por alto haberme quedado atrapado en el fuego cruzado. No tenía nada roto. Todo seguía en su sitio.

Oleg estaba ensangrentado, pero seguía en pie.

Uno de los hombres de Orlov sangraba por un tajo feo en la frente. Hacía una mueca y entrecerraba los ojos mientras la sangre le corría. Me detuve para sacar el pañuelo de mi americana y se lo ofrecí. Lo aceptó en silencio. El otro cojeaba mientras ayudaba a un Rossi herido a sentarse. Se quejaba de una herida en la pierna.

—¿Pero qué coño ha sido eso? —exigí mientras el Rossi de más rango negaba con la cabeza, soltando una larga retahíla de palabrotas gruñidas al ver el panorama.

Estábamos todos atónitos.

Pero yo también estaba molesto.

—¿Pretendes tenderme una puta trampa?

Él gruñó, acercándose a mí—. ¿Yo? ¿Yo? —Se dio un golpecito en el pecho con el dedo mientras se acercaba—. ¿De verdad piensas que te he traído aquí para tenderte una jodida trampa en mi propio territorio?

No, no habría tenido ningún sentido.

Oleg me agarró de la manga—. Iban a por ellos.

El jefe de los Rossi gruñó—. Y no lo van a conseguir. —Le dio una patada a una silla rota cercana, desahogando su rabia. Otra letanía de improperios en italiano llenó el aire. Sus hombres atendían a los heridos. Mi soldado ayudaba también. Nos reorganizamos todos tras ese desastre colectivo.

—Ese hijo de puta… —gruñó el jefe, paseando la mirada por las ruinas.

—¿Quién?

—¿Quién? —Bufó, pasándose una mano por el cabello y manchándose aún más de sangre la frente—. ¿Quién si no? Solo Giovanni sería capaz de hacer una puta jugada como esta.

Comprendía su razonamiento. Roberto Giovanni también había sido una espina en mi costado, entrometiéndose en nuestros negocios de droga. Ya no conseguía adelantarse a nosotros ahí. No desde que Emilio desapareció. No desde que eliminé al soplón que encontré en mi despacho cuando Yusuf fisgoneaba buscando el mapa de rutas.

Giovanni era ese tipo de cabrón capaz de montar una emboscada y una redada así. Era un enemigo mayor para los Rossi que para los Orlov.

Sin embargo, mientras analizaba cómo demonios podríamos largarnos de aquí, me preocupaba si estaba siendo demasiado rápido sacando conclusiones.

Esto apestaba a una trampa. Pero, ¿eran los Rossi el objetivo, o lo éramos nosotros?

Nos quedamos solo el tiempo suficiente para que el Rossi y yo nos comunicáramos la necesidad de reprogramar. Y para mantenernos informados sobre lo ocurrido. Estaba furioso, fuera de sí y lejos de calmarse. No podía culparle. Yo sentiría lo mismo si le hubiese invitado a mi casa y nos hubieran pillado desprevenidos en una emboscada así.

Antes de que me fuera con Oleg y los otros dos, Rossi me dio las gracias por ayudar. Por estar ahí. No éramos verdaderos aliados. Mi padre siempre gobernó con el principio de ser cordial, pero sin establecer alianzas o amistades oficiales. Los Rossi estaban en la categoría general de "no enemigos", y eso siguió igual esta noche.

No me acusó de traer problemas a su puerta. No me echó la culpa por la aparición de esos agentes y policías.

Sin embargo, durante el trayecto a casa, mientras todos nos retorcíamos y hacíamos muecas por las heridas, Oleg expresó lo contrario.

—Alguien lo sabía.

Fruncí el ceño mirándole mientras volvíamos a toda prisa hacia mi edificio, apretando una mano sobre un feo corte en mi antebrazo.

—¿Qué sabía quién?

—Alguien sabía que íbamos allí esta noche —gruñó—. Alguien tuvo que tener esa información.

Negué con la cabeza.—¿Pero cómo? ¿Estás sugiriendo que los Rossi tienen una fuga? ¿Un topo?

Me dirigió una mueca seria.—No lo sé. Pero nosotros también hemos tenido problemas con eso.

—En pasado. Yo me encargué de nuestro traidor.

—A menos que haya alguien más espiando en tu edificio.

Rechinando los dientes, respondí:—¿Quién? Por el amor de Dios, ¿quién? Emilio estaba hackeando. Encontraron pruebas del ataque a mis sistemas y le rastrearon. Maté a Yusuf.

Sacudió la cabeza.—Algo no cuadra.

—Desde luego que no —solté. Nada podía ir bien cuando dos familias distintas habían sido atacadas esta noche.

—Quizá los Rossi tengan una fuga. Pero quizá no. Lo único que digo es que esto podría haber venido por nuestro lado.

Negué otra vez, deseando que el coche fuera más deprisa y nos llevase de vuelta a mi edificio.

—Ni siquiera sé cómo. Jamás envío mensajes ni correos sobre las reuniones trimestrales con los Rossi. Siempre se confirma por teléfono. —Le miré con gesto torvo—. Me oíste hacer esa llamada. Nadie más estaba en el edificio en ese momento.

Si se atrevía a insinuar que tenía otro topo que cazar...

Contuve un gruñido ante el posible quebradero de cabeza. ¿Quién podría estar espiando aún? ¿Renee? ¿Sofia? ¿Los cocineros? ¿Alguno de los guardias? Era de risa. Había hecho que todos los miembros de seguridad pasaran tres revisiones tras lo de Yusef.

No quería tener que buscar y ejecutar a otro mentiroso o traidor. Acababa de pasar meses en ello, desenmascarando la fuente de la información que Roberto Giovanni usaba para fastidiarnos.

Otra amenaza en mi edificio, alguien cercano a mí, era lo último en lo que pensaba. La última pizca de basura que me apetecía abordar.

Eso me alejaría de Sofia. Complicaría el poder explorar este nuevo vínculo con ella y, ahora mismo, eso era lo único bueno en lo que podía permitirme pensar.

Ella no era solo la tentación que me costaba resistir.

Estaba convirtiéndose en mi salvación. Mi recompensa más preciada.

Porque cuando empezaron los disparos y me invadieron los instintos de pelea o huida en el restaurante de los Rossi, un temor crucial se apoderó de mí.

Que vería a mis hombres heridos o muertos.

Que capturarían a uno de los nuestros.

Que... podría haber muerto.

Después de toda una vida de peligro, estaba acostumbrado y endurecido frente a la violencia y las amenazas de muerte. Así de profundamente habíamos jurado nuestra lealtad a mi padre, a nuestra Bratva, al legado de los Orlov.

Por primera vez, sin embargo, no pensaba en la pérdida que supondría para mi padre, mis hermanos de armas o mi familia.

Pensaba en Sofia.

Me aterraba que lo nuestro se acabara si no conseguía volver a casa con ella. Y ese pensamiento desgarrador dejó claro cuánto había llegado a significar para mí.

Cuánto estaba convencido de que no podíamos perdernos, porque media alma sin su otra parte era una injusticia que no podía permitir.

Mirando al frente, soporté el dolor de mis heridas recientes y conté los segundos hasta poder abrazarla de nuevo.

Hasta poder respirar su aroma y sentirme completo otra vez tras un incidente tan inesperado y cercano a la muerte.

18

SOFIA

No me parecía bien ir a la habitación de Andre y meterme en su cama sin que él estuviera allí. Aún no había regresado de una reunión en Giardino's, un restaurante de lujo en el centro.

Los terribles efectos secundarios de haber hablado con mi tío seguían aferrados a mí. La ansiedad me devoraba por dentro. Estaba irritada y desanimada por sentirme controlada y atrapada. Frustrada y triste porque no me dejaba ayudar a mi prima.

Estaba desesperada.

Impotente.

Con el corazón roto.

Como Andre siempre conseguía distraerme y levantarme el ánimo, quería estar disponible para él en cuanto regresara. Quedarse en mi antigua habitación de doncella ya no tenía sentido. En su lugar, fui a anestesiar mi mente con la tele. En el gran salón, encendí un extraño programa de telerrealidad, una especie de competición con reposteros y retos de tartas. Era el favorito de Esmeralda.

Lo era.

Solía ser su programa preferido.

Desde que su imbécil de tío la había trasladado al sótano, ya no tenía el montaje de entretenimiento habitual que yo le había preparado. Allí abajo no tenía televisor en absoluto, por lo que vi en las escasas videollamadas que nos atrevimos a hacer.

Te odio.

Apretando los dientes, estaba demasiado enfadada para prestarle atención al programa que tenía puesto en silencio. Esta rabia hacia mi tío era una fuerza palpable que me iba a consumir por completo si no averiguaba cómo plantarle cara. Cómo sacar a Esmeralda de sus garras, eliminar cualquier baza que tuviera sobre mí y, por fin, vivir *mi* vida como yo quisiera. A tope, por una vez, sin que me usaran como una marioneta ni me protegieran en su maldita casa. Quería conseguir que mi prima también pudiera vivir el resto de su vida al máximo, le quedaran los días que le quedaran.

Dios. ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

La vida era demasiado cruel. La pérdida era inevitable, pero soportar tanto dolor era demasiado. Primero se fueron mis padres—el mismo día que los de Esmeralda. Todavía no me creía que el tío Roberto no los hubiera mandado matar convenientemente para reinar a su antojo en la familia.

Después llegó aquella terrible noticia de que Esmeralda estaba enferma, condenada a sufrir y morir demasiado pronto.

Andre era lo único bueno a lo que había logrado aferrarme en mi vida, pero ni siquiera él era una garantía.

No querría saber nada de mí si descubriese que soy una Giovanni. Por ese miedo, sabía que este romance que compartíamos—en su cama, en su casa—no podía durar. No podía ocultar quién era para siempre. Era una locura. Tarde o temprano, mi tío me obligaría a regresar y me usaría para otra cosa. Probablemente para limpiar y cocinar para él, como una sirvienta más.

La puerta del ascensor se abrió con un leve silbido. Si hubiese tenido el volumen puesto en la tele, me lo habría perdido. Pero llevaba un buen rato aquí impaciente, esperando a que Andre volviera a casa. Animándome y levantándome del sofá, me giré hacia el recibidor por donde daba el ascensor.

—Andre— Un jadeo sustituyó cualquier otra parte del saludo que pudiera haber querido decirle.

La visión de él entrando cojeando me dejó paralizada. Un hilo de sangre le corría por la mejilla. Su traje estaba rasgado, desaliñado, sucio y ajado. Mientras se acercaba a mí, con una ira sobria ardiendo en su mirada acerada, de su ropa emanaban olores a pólvora y humo.

—Dios mío.— Tragué la amargura del shock.

No era ni mucho menos la primera vez que veía a un hombre herido y maltrecho. Tampoco era la primera vez que le veía a *él* en mal estado. En el fondo daba igual, porque odiaba la idea de Andre Orlov sufriendo cualquier dolor.

—Ven a la consulta conmigo —dijo Oleg, saliendo del ascensor tras él. Su rostro también reflejaba severidad, con una expresión adusta y rígida. Al intentar sujetarle del brazo, Andre le dio la espalda. Como si estuviera enfrascado en su propio túnel, Andre me miró fijamente y siguió avanzando hacia mí. Levantó la mano en señal de desdén hacia su mano derecha. —Sofia puede ayudarme.

—Por supuesto. Sí, te voy a ayudar. Andre, ¿qué ha pasado?— Me apresuré hacia él, con el corazón encogido sólo de pensar que hubiese resultado herido.

¿Por qué?

Dijiste que solo era una reunión. Para hablar. No debería volver a casa así después de una simple charla amistosa.

—¿Y a ti qué te parece que ha pasado?— soltó Oleg de malas maneras.—Le han—

Andre se detuvo en seco, se dio la vuelta y le fulminó con la mirada. —No le hables así. Vete. Vete a limpiarte—le ordenó con dureza antes de acercarse a mí.

—A lo mejor deberías venir al baño mejor—sugerí, guiándole hasta allí.—No quería hacer una pregunta tan tonta—dije disculpándome.—Veo que estás herido. Solo quería saber si te han disparado. O apuñalado. O de dónde sangras…

Cogió mi mano y la apretó mientras le acompañaba de camino a su habitación. Caminaba. Respiraba sin demasiada dificultad. Las lesiones internas siempre eran preocupantes, por eso quería averiguar *cómo* había resultado herido.

—He ido a casa de Giardino para hablar con los Rossi. En cuanto llegamos, aparecieron los malditos polis.—

Fruncí el ceño, analizando lo que acababa de contarme. Nunca pedía detalles. Cuanto menos supiera, más segura me sentía. Era una especie de ignorancia cobarde, una felicidad ignorante tras la que prefería esconderme. Si no sabía nada que mi tío pudiera querer como información, entonces no podría contarle nada y Andre no saldría perjudicado.

Pero él *sí* había resultado herido.

Y era una ilusa si pensaba que podría mantener este desequilibrio—haciendo este trabajo de espía a medias para proteger a Andre, solo por estar cerca de él.

—No necesito saberlo. No *quiero* saber todo lo que… haces.—Me encogí, preocupada, mientras entraba en su habitación conmigo.—Solo quería saber *cómo* te han herido. Si tienes una herida de bala que ha atravesado o—

—No.—Se dejó caer en la silla del baño principal, recostándose mientras intentaba quitarse la chaqueta rota.—No me han dado de esa manera. No creo que fuera yo el objetivo.—Gruñó mientras le ayudaba a quitarse la ropa para ver sus heridas.—Vinieron en masa y aparecieron por los Rossi, pero nosotros quedamos atrapados en medio del tiroteo.—

—¿La familia Rossi?—pregunté mientras buscaba toallas y las mojaba para cubrirle las heridas. Tenía razón. No presentaba señales de impactos directos de bala, pero había sufrido bastante. Rozaduras cubrían su piel. Ninguna parecía profunda, pero necesitaba cerciorarme de que no ocultaba una herida peor, siendo tan duro como era.

—Sí.—Cerró los ojos, apoyando la cabeza contra la pared.—El objetivo era su local.—

—No sabía que los Rossi eran los dueños de ese restaurante.—Tío Roberto nunca me trató como a una soldado. Sabía poco, pero conocía el nombre. Los Rossi y los Giovanni *no* se mezclaban. Si se había organizado una redada o emboscado a alguien en una propiedad de los Rossi, mi primera suposición era que mi tío estaba detrás. Su odio hacia la banda italiana rival era casi tan acérrimo como el que tenía por los Orlov. Tío Roberto no soportaba a nadie y jamás quiso intentar ser amable ni cooperativo.

—Sí,—gruñó Andre mientras le limpiaba las heridas.

—Alguien tuvo que enterarse de esta maldita reunión, pero no sé cómo.—Abrió los ojos apenas, mirándome mientras limpiaba sus cortes y presionaba los que aún sangraban.

Ignorando la intensidad de su mirada sobre mí, sabía que no era el momento de saborear su atención como solía hacer. Centrada y recurriendo a la formación que había recibido, me concentré en asegurarme de que no tuviera lesiones graves. Había estado en una pelea, evidentemente, como le solía ocurrir. Pero mi diagnóstico extraoficial era que iba a sobrevivir.

—Oleg piensa que todavía tenemos un puto topo aquí. Que alguien de los nuestros sabía lo de esta reunión.—Suspiró largo, agotado.

—¿Un topo?—El miedo me oprimió el corazón. Bastante magullado lo tenía ya. Entre la rabia hacia mi tío, la pena por mi primo, y ahora esta preocupación por que Andre pudiera estar en peligro por cualquiera, sentía que me rompía en pedazos. Aguantaría. Me mantendría firme por este hombre. Pero el desgaste de este dilema pesaba sobre mí más que nunca.

No quería que le hicieran daño. Quería salvarle la vida, protegerle de problemas, y librar a sus amigos y hermanos de cualquier peligro. No deseaba ningún mal para Claire, Natalie ni Anya.

Joder.

Maldita sea todo.

Mi corazón sangrante sería siempre mi maldición, pero no sabía ser de otra manera. Así era yo, deseando que todos se llevaran bien y prosperaran, aunque me hubieran criado para esperar todo lo contrario bajo la tutela de mi tío.

—Pero mataste a aquel hombre,—dije, refiriéndome a la noche en que nos conocimos.

—Sí. Y antes que él, mataron a otro espía. Alguien que estaba hackeando mis sistemas.—

Emilio. Debe de estar hablando de Emilio. No sentí ni culpa ni remordimientos. Así de claro quería elegir a Andre, y no al apellido Giovanni. Tan lejos había caído por él y tan honda era mi traición a mi propia sangre.

Pero no Esmeralda.

Tampoco podía abandonarla. Era tan inocente en esta vida caótica como yo.

Elegir a Andre significaba dejarla de lado.

No puedo.

¿Pero qué más puedo hacer?

Si me unía al bando de Andre en esta vida violenta, si le juraba lealtad y reservaba mi cariño solo para él, me resultaría mucho más difícil cuidar de Esmeralda el resto de su vida. Andre tenía los medios para ayudarme. Sabía perfectamente que podía permitirse cualquier residencia. Y, aun así, no podía pedírselo. No podía esperar eso de él. Solicitarle que ayudara a mi prima Giovanni sería como pedirle que librara una guerra por mí.

Por mí.

La antigua criada de la que se encaprichó.

—Oleg está convencido de que alguien está espiando, y me temo que tiene razón —gruñó, incorporándose mientras yo limpiaba el resto de sangre de su último corte en el costado—. Los Rossi no hubieran sido tan descuidados. Su seguridad—en su territorio—era férrea. Alguien tuvo que haber sabido de esta reunión esta noche, y esa filtración salió de *aquí*. De *mi* lado. —Agachó la cabeza y yo hice una mueca de dolor.

Pero no salió de... mí.

—Ese maldito bastardo Giovanni *aún* está sacando información de mí de alguna forma —gruñó.

—¿Giovanni? —pregunté, retrocediendo cuando él se levantó de la silla.

No me dolió escucharle usar mi apellido así. Había perdido todo el respeto por mi familia desde el día en que sospeché que el tío Roberto había acabado con sus propios hermanos.

—Sí. Solo un maldito Giovanni querría tenderle una trampa así a los Rossi —respondió.

—¿No tú? —pregunté, preocupada. No podía ocultarlo. Me importaba demasiado.

Suspiró y suavizó la expresión, sujetando mi barbilla antes de besarme—. Tenía que ser un ataque contra los Rossi, no contra mí.

¿Pero cómo puedes saberlo? Seguía la lógica de cómo él asumía que mi tío estaba detrás de este ataque, pero yo no veía cómo. Había escuchado a Andre y Oleg mencionar ese restaurante de pasada. No sabía que era un local de los Rossi, ni que fuera a reunirse con esa familia. Era ignorante e incapaz de darle el soplo a mi tío, aunque siquiera hubiera estado motivada para ello, cosa que no era el caso. Nunca me lo perdonaría si realmente pusiera a Andre en peligro.

Me tomó de la mano y me llevó hacia la ducha—. Déjame asearme.

Asentí.

—Ven conmigo —pidió con dulzura mientras levantaba mi camiseta.

Exhalé profundamente, dispuesta a consolarle y ayudarle en todo lo que necesitase de mí. Aunque mi mente era un mar de inquietud.

¿Cómo podría el tío Roberto haber sabido de esta reunión?

Se supone que yo soy la infiltrada, la espía aquí. Y ni siquiera lo estoy consiguiendo.

Entonces, ¿cómo se enteró él de esta reunión?

El enigma tendría que quedarse sin resolver. Al unirme a Andre en la ducha, aceptando sus suaves besos descendiendo por mi cuello mientras me abrazaba, me di cuenta de que tenía otra cosa en mente, aparte de hablar del incidente de esta noche.

Sin embargo, atrapada por las preocupaciones, no conseguía meterme de lleno en el ánimo para tener sexo bajo la ducha.

No puedo seguir así.

No puedo vivir una doble vida como esta.

Pero no podía rendirme con Esmeralda.

Apoyando la cabeza contra el pecho duro de Andre mientras me rodeaba con sus brazos, con el agua caliente corriendo sobre nosotros, me pregunté si podría sacar a Esmeralda lejos de mi tío por mi cuenta. Quizás si mentía a mi tío y le daba una distracción, para que se obsesionara con algún ardid en el que creyera poder acabar con los Orlov, podría colarme y sacarla fuera. Alguno de los cocineros de allí tal vez sentiría lástima por mí y me ayudaría. Podría llevar a Esmeralda a la residencia más barata de la que me habló Claire. Y después podría quedarme aquí, con Andre. Renunciar a mi tío. Desheredarlo.

Cortar oficialmente y para siempre lazos con el tío Roberto sería el acto final, la última traición definitiva.

Pero lo haría.

Por librar a Andre de más sufrimiento y de ser un objetivo.

Vamos, incluso le ayudaría a enfrentarse a mi tío para acabar con él.

¿Pero cómo puedo saber que querrás hacerlo?

Cerré los ojos y recorrí con la mano su espalda fuerte, deseando poder *saberlo*.

Encajábamos—físicamente. El deseo ardiente que había entre nosotros aún no se había apagado ni un ápice. Pero eso solo era sexo. Un rollo. Una aventura prohibida y traviesa.

Andre y yo no habíamos construido esta relación sobre nada en lo que pudiera confiar más allá de sentirme bien en el momento.

Nos faltaba un vínculo permanente, uno significativo en el que pudiera creer.

Como... el *amor*.

19

ANDRE

Aunque Sofia estaba conmigo bajo la cascada de agua caliente en la ducha, un muro de distancia la separaba de mí.

Pegada a mí, me regalaba el divino privilegio de tener cada centímetro de su piel deliciosa al alcance de mi mano. Ese ardor tan familiar de su tacto me provocaba. Esta cercanía que encogía el alma hacía que se me endureciera y elevara el miembro.

Sus pezones se endurecieron y se clavaban en mi pecho, y yo moría de ganas de saborearlos con mi boca.

Sus muslos rozaban los míos, su piel tan suave y tersa, incitándome a separarlos para poder sentirla entre mis dedos.

Sus labios permanecían cerrados, presionándose contra mi pectoral mientras suspiraba y se acurrucaba junto a mí, ofreciéndome apoyo para recostarme sobre ella y al mismo tiempo buscando que la abrazara fuerte.

Estaba aquí, conmigo. No como enfermera. Ni como amiga ni empleada. Ni siquiera como amante.

Porque aunque estaba aquí, conmigo, en realidad también estaba muy, muy lejos. Perdida en sus pensamientos. Encerrada en su propia mente.

La estaba perdiendo, y no podía soportar esa tragedia, ese horror.

—Sofia.

No se tensó. Pero tampoco alzó la mirada hacia mí. —¿Hmm?

No sabía qué decir. No tenía ganas de atosigarla con preguntas para averiguar por qué estaba tan distante. No tenía paciencia para andarme con delicadezas ni para desentrañar ese desasosiego, aunque supiera que debería intentarlo.

Sobrevivir a otra masacre más me había recordado lo especial y frágil que puede ser la vida. Tras salir con vida de esa pelea, mi única obsesión había sido volver a casa con ella. Tenerla conmigo. Recordar que tenía algo más que el deber familiar por lo que vivir.

Su distancia era lo último que quería afrontar. Ni esta noche, ni ninguna otra.

La necesitaba. Tenía que sentirla cerca antes de recuperar la cordura y saber que ese vínculo y esa conexión profunda seguían firmes entre los dos.

Y la única manera de saber que seguía conmigo, tan enganchada a mí como yo a ella, era conseguir que se entregara. Una vez más.

Al rendirme en la lucha por encontrar las palabras adecuadas, incliné la cabeza hasta rozar la comisura de sus labios con un beso. Ella reaccionó enseguida, casi como si mis labios la rescatasen de sus pensamientos. Persiguiendo mi boca, giró levemente la cabeza y me devolvió el beso.

Así sí. Eso es lo que quiero. Tenía que quedarse conmigo. Centrada en mí.

Así que desvié mis labios hacia su mandíbula. Alternando besos entre la mandíbula, el cuello y la mejilla, intercalando caricias en su dulce boca, la mantenía en suspenso, esperando a que le diera lo que deseaba.

Teniéndola en vilo.

Frenándome.

Y dándole apenas suficiente cuerda como para que ella misma se enredara, sucumbiendo ante mí por completo.

Succionaba sus labios mientras bajaba la mano, notando cómo la encontraba húmeda y resbaladiza para mí. Su entrada cedía al paso de mis dedos, pero en cuanto empezaba a moverse con mi mano, me apartaba. Volvía a besarla. Tranquilamente. Despacio. Con pereza, como si el tiempo fuera infinito para los dos.

Deberíamos tenerlo.

Deberíamos tener todo el tiempo del mundo para unirnos así.

Porque así de lejos veía yo su papel en mi vida. Formando parte de mí.

Empujándola suavemente contra la pared de la ducha, me agaché para torturarla con otro camino de placer. Tras estas semanas juntos, sabía perfectamente cómo volverla loca. Había aprendido qué botones podía pulsar, qué caricias hacían que reviviera y gritara mi nombre más fuerte.

Chupé sus generosos pechos. Lami sus erguidos pezones. Mordisqueé su tierna piel y dejé marcas en sus senos hasta que gimoteaba y jadeaba, sujetando mi cabeza contra su pecho.

—Andre… —gimió, esforzándose por tragar, el rostro convertido en una obra maestra de deseo—. Por favor…

Esa fue mi señal para retirarme de nuevo.

Arranqué mi boca de la suya y aparté la mano de su pezón, que ya estaba tan duro que podría cortar un diamante. Me incorporé y cogí sus manos para presionarlas sobre su cabeza.

Pequeños pinchazos de dolor irradiaron desde mis heridas más recientes, pero las ignoré. Tenía que hacerlo.

Contemplar la frustración en su rostro era mi único objetivo.

—Andre, estás jugando conmigo.

La silencié con un beso duro, castigador. En cuestión de segundos, sus labios respondieron con la misma intensidad. Su lengua se enroscó con la mía y me succionó con ansia.

Esto iba más allá de una simple provocación. Ya no era un juego.

Era una cruzada para demostrarle que ninguna distancia podría separarnos. No si yo quería seguir siendo un hombre cuerdo.

Era una misión para lograr que se rindiera ante mí, porque solo entonces sabría que éramos fuertes como uno solo. No dos mitades con secretos entre medias. Uno solo.

Me arrodillé y lamí su dulce coño hasta que sus piernas temblaron y se estremecieron. Antes de que pudiera correrse en mi lengua, me detuve. Entonces me puse en pie de nuevo y saboreé sus mohínes por no haber conseguido lo que quería.

La giré para frotarme contra su trasero mientras la penetraba con los dedos. Cuando se empujó hacia mí, gimiendo de necesidad, la volví a girar y suavicé el ritmo con besos sutiles en los labios, sujetándole las manos para que no se interpusieran.

—¡Andre, por favor! No puedo más. No puedo… —

La levanté, presionándola contra la resbaladiza pared mientras alineaba mi polla con su coño. Los huevos azules eran una cosa. Pero esta presión intensa por correrme estaba a punto de hacerme desmayar. Yo tampoco podía aguantar mucho más.

—¿No puedes qué? —pregunté, necesitando oírla rendirse. Que lo pusiera en palabras.

Lloriqueando en voz baja, negó con la cabeza mientras colocaba mis manos sobre las suyas, enmarcando mi rostro—. No puedo esperar. No quiero esperar ni quedarme sin esto. Sentirte. Saber que somos… —Su parloteo entre sollozos no era coherente ni tenía mucho sentido, pero en ese mar de palabras, encontré lo que buscaba.

—Te necesito, Andre. Necesito sentirte tan profundo dentro de mí para no estar sola. Para sentirme completa.

Rechinando los dientes, aguanté un minuto más.

Porque las cosas buenas llegan para quien sabe esperar.

Y jamás apresuraría el regalo de su entrega.

—¿Me necesitas?

Asintió antes de besarme.

—¿Quieres ser *mía*? —exigí, rudo.

—¡Sí! —gimió con ansia—. Sí, Andre. Soy tuya. Hazme tuya. Fóllame. Por favor.

Eso fue suficiente. O casi. Me rendí y la penetré de golpe. De una sola embestida larga y profunda, empujé mi erección furiosa hasta el fondo. Soltó un maullido, dejando caer la cabeza de lado. Su respiración se entrecortó cuando me retiré. Y mientras volvía a entrar, no estaba seguro de quién gruñía más fuerte, si ella o yo.

Follándola con fuerza contra la mampara de la ducha, aparté el cansancio y los dolores del cuerpo tras la pelea en el restaurante.

Ella era lo único importante, apretándome con fuerza cuando se corrió enseguida.

Sofia era el centro de mi mundo mientras la penetraba, bombeando varias veces más hasta que noté cómo mis huevos se encogían y

vaciaba cuerda tras cuerda de semen en su vientre.

Esto es lo que necesitaba.

Esto era todo lo que quería encontrar al regresar a casa, siempre.

Ella. Solo ella, y esta dulce entrega para volar conmigo de esta manera hasta que nada pudiera herirnos.

Mientras ella estuviese aquí para mí, y mientras siguiera entregándose y rindiéndose a mí, sería mía. De nadie más. Nada más podría interponerse entre nosotros.

Cuando recuperamos el aliento y la bajé para que pudiera mantenerse de pie, aún bajaba la mirada. Seguía evitando el contacto visual directo, de nuevo abrumada por lo que fuera que atascaba sus pensamientos y la arrastraba a esa distancia. A ese vacío.

El resplandor de haber follado con intensidad se había disipado, y ya volvía a escabullirse.

¿Qué te pasa?

¿Qué escondes?

¿Y por qué no puedes compartir tus cargas conmigo, maldita sea?

Si me lo pidiera, le daría el puto mundo o lo prendería fuego para verla resurgir de las cenizas de lo que fuera que le atormentara la mente.

20

SOFIA

Comenzó una nueva rutina en los días posteriores a la fallida reunión de Andre con los Rossi.

Él ya no estaba. Muy a menudo. Y durante largos periodos.

Estas semanas que había pasado con él, casi dos meses ya, habían transcurrido en una especie de limbo. Estaba aquí para espiar, pero me resultaba imposible hacerlo bien cuando no había nada que encontrar y, además, mi reticencia a traicionar al hombre por el que empezaba a sentir algo.

Había estado presente, día tras día. Desde sus inicios fastidiándome y persiguiéndome por su casa para robarme besos, hasta cuando sucumbí ante él en la cama, había estado disponible y siempre aquí, simplemente para *estar* conmigo. Su "excusa" era que se estaba recuperando. Claire le había aconsejado, de manera extraoficial, que estuviera de baja y diera tiempo a sus heridas para curarse.

Ese acuerdo ya no servía. Tras la emboscada y la inesperada violencia en aquel restaurante, se volcó de nuevo en su antiguo papel dentro de la familia.

Vestido con traje y en modo trabajo, había terminado sus vacaciones. Su periodo de descanso se había acabado. Su nuevo horario consistía en marcharse por la mañana, ponerse en contacto conmigo durante el día cuando podía y regresar por la tarde a casa. Ausente para investigar lo ocurrido en aquel ataque, me dejaba sin demasiado propósito.

No entraba en su despacho, ya que no tenía ningún sentido fingir ser su "asistente" cuando no había nada de lo que encargarse.

Tampoco volví a ser limpiadora desde que Susana regresó—harta de su jubilación y cansada de ver a su también jubilado marido todos los días.

Nadie daba por hecho que me marcharía, claro. Si todos me veían como una mujer mantenida, pues así era. Andre dejó claro que no me iría a ninguna parte. Cada noche me recordaba que le pertenecía. Que me necesitaba.

No obstante, quedarse atascada en el limbo no era agradable. No podía ir "a casa" cuando este edificio ya parecía más mi hogar. No podía volver con mi tío cuando realmente deseaba apoyar a sus rivales.

Esmeralda era la incógnita en medio que no podía dejar a un lado, y en eso centraba mi tiempo libre.

—Exactamente —comentó la representante de una de las residencias de cuidados paliativos a largo plazo—. Una vez finalizada la evaluación económica, se determinará tu elegibilidad para los distintos planes de pago.

Uf.

Me encogí ante su tono dulce, pero a la vez cortante. Me iba a endeudar para costear los cuidados de Esmeralda, pero saber que ella no sufriría compensaría todo.

—Vale. ¿Y ya tienes todo lo que necesitas de mí? —revisé de nuevo.

—Cuando mandes por correo las nóminas y la información de tus empleadores de los últimos seis meses, sí.

Me encogí de nuevo, durante más tiempo.

Seis meses. "Trabajar" aquí era el único empleo que podía acreditar, y apenas llevaba dos meses. La agencia que usamos para que yo entrara era legal, pero no tenía claro cómo justificar aquí mi papel de amante de Andre como si se tratara de un trabajo real.

Al finalizar la llamada, revisé el correo que acababa de entrar en mi móvil. Otro centro volvía a ponerse en contacto conmigo, explicando que tendría que organizar una visita domiciliaria con alguien de su equipo para evaluar mejor las necesidades de Esmeralda.

¿Una visita domiciliaria? Joder.

No podía arriesgarme a que alguien apareciera en la residencia Giovanni, donde mi tío mandaba sobre todos. Se reiría de ellos y les diría que se equivocan de dirección. Que se larguen.

En lugar de usar la dirección de su mansión, facilité una falsa. Cogí la de una de las lavanderías—un negocio tapadera para que blanqueara dinero con más rapidez—, esperando retrasar así que ese centro intentara hablar directamente con Esmeralda.

Sin embargo, ya estaban pillando mi mentira, avisando de que la dirección que les di no era correcta. Su insinuación de que se trataba de un error tipográfico me irritó.

No, no es un error tipográfico.

Y no, no podéis hacer una visita domiciliaria.

Me mordí el labio, preocupada de no ser capaz de salir de esta.

Al pasarme las manos por el pelo, hice una mueca y supe que tenía que ducharme. Estaba al borde de parecer grasienta, pero tampoco es que las dos últimas noches hubieran sido lo bastante tranquilas para permitirme una ducha.

Natalie había dado a luz a su niña. Maisie estaba encantada de tener una hermanita, aunque por desgracia tenía un resfriado y descansaba alejada del bebé y de su madre. Anya ayudaba a Maisie a adaptarse a la llegada de la pequeña Rose, lo que significaba que Claire estaba ocupada ayudando a Natalie con un pequeño episodio posparto. El pequeño Owen también se había puesto malo, con un virus estomacal, así que *todas* estaban más ocupadas de lo habitual. Entre mis intentos de aclarar el tema de mi prima, estaba allí para ayudar en lo que pudiera.

Menos mal que nadie está saliendo herido ahora mismo.

Por el momento, toquemos madera, no ha habido más ataques.

Andre no había vuelto a casa como de costumbre durante dos noches seguidas, ocupado atendiendo ciertos asuntos para Sergei, ya que él estaba con Natalie y/o Maisie. Bien entrada la noche, Andre llegaba a casa arrastrándose, se duchaba y se caía rendido a mi lado en la cama.

La locura formaba parte de la rutina con esta gente. La vida mafiosa no era para pusilánimes, pero aun así, Andre no perdía oportunidad de recordarme que era suya. Me hacía el amor por las mañanas, despertándome con besos traviesos. O se mantenía lo bastante despierto por la noche para darnos placer antes de dormir—mientras Natalie y Sergei lidiaban con el nacimiento de su bebé.

Ocupada y estresada, era propensa a apartar a Andre. Cuanto más afianzábamos nuestra vida sexual y demostraba que nuestra pasión seguía encendida, más me preguntaba si para él eso era todo. Que cuando me llamaba suya, lo hacía de manera posesiva, igual que miraría cualquier otro objeto que poseyera.

Por mucho que intentase mantenerme fría y resistirme, siempre terminaba cediendo. Nuestro vínculo—fuese únicamente físico o insinuara algo más profundo—era irrompible.

Como una adicción.

Debatiéndome entre ducharme primero o ir a comprobar si alguien necesitaba algo en el edificio de Natalie y Sergei, tamborileé los dedos sobre la mesa e intenté ignorar los sonidos de Renee y Susana partiéndose de risa por alguna broma subida de tono que acababan de contarse en la cocina. Hablaban en ruso y seguramente pensaban que no las entendía, pero sí las entendía.

Simplemente no estaba de humor para reír.

Cuando sonó mi teléfono, mostrando el número falso de mi tío, se me curvaron los labios en una mueca de asco.

Respondí, frunciendo el ceño y hablando en italiano por si acaso. Renee y Susana no me prestarían atención, y no había guardias cerca, pero prefería ser precavida.

—¿Se puede saber qué coño haces contactando con esos sitios? —exigió.

Oh, no.

Mi intento de mentir sobre el domicilio de Esmeralda ya se estaba viniendo abajo.

—Alguna zorra ha llamado y ha dicho que estabas intentando organizar una visita domiciliaria para tu prima. —Soltó una carcajada cruel—. ¿Me estás tomando el pelo? ¿Esto es tu idea de una broma estúpida?

—No. No es ninguna broma. Esmeralda merece un respiro del dolor. Debería poder descansar con comodidad, y si eso es demasiado para ti, me encargaré de—

—Tú no te encargarás de nada —gruñó—. No pienso pagar ni un puto céntimo por ella. ¿Para qué?

—La cuestión es que es familia —espeté—. Es la hija de tu hermana. Y no ha hecho nada para merecer semejante falta de cuidado y compasión.

—Exacto. No ha hecho nada por mí. —Bufó como si quisiera reírse aún más—. Y nunca lo hará. Es una excusa patética de persona y no es mi problema.

¡Te odio!

¡Te odio con toda mi alma, malnacido sin corazón!

Apreté los dedos formando un puño e intenté no saltar contra él. No serviría de nada. Perder los estribos y desahogarme solo le entretendría, porque el que tenía el poder era él, no yo.

—No va a venir nadie a hacer ninguna puta visita domiciliaria. Y tampoco va a venir nadie a trasladarla a alguna residencia carísima.

Apreté las muelas y respiré hondo para calmar la furia.

—¿Por eso no me has mandado nada? ¿Eh? Hace semanas que no sé nada de ti, mocosa. ¡Semanas! ¿Te pasas el día investigando hospicios y no haces lo que te he pedido?

—No —lo solté, luchando contra las ganas de gritar.

—¿No *qué*, imbécil?

—No, no he estado demasiado ocupada para hacer lo que me pediste. No tengo nada que contarte.

—Eso es una puta mentira.

Cerré los ojos con fuerza y me atreví a cortarle para que dejase de machacarme—. ¿Por qué no puedes dejarla marchar? ¿Por qué no puedes dejar que la traslade a un sitio donde esté cómoda?

Gruñó—. ¿Por qué? *¿Por qué?* Porque es la única baza que tengo contigo. Si mantengo a esa idiota aquí, estás obligada a hacerme caso y obedecerme.

Un chantaje. Eso es todo lo que Esmeralda significaba para él.

Lo sabía. Y yo no era ninguna actriz hábil para mentirle y decirle que seguiría espiando para él si me dejaba sacar a Esmeralda de allí. Hacía tiempo que había perdido las ganas de espiar para él. Había dejado de preocuparme por él. Si lograba sacar a Esmeralda de esa situación de rehén, me desligaría para siempre de él.

—No vas a ganarme —advertí—. No de esta manera.

—¿Ah, sí? Pues entonces la voy a matar, joder. ¿Qué te parece eso? —me desafió.

Parpadeé y tragué saliva, obligándome a tragar el nudo de emociones que tenía en la garganta—. Perfecto. Adelante. Déjame despedirme de ella antes —respondí.

—Estás faroleando.

—No, no es así. Está sufriendo. Quizá sería más compasivo dejarla ir, desgraciado.

Se rió, y supe que mi error había sido dejarle notar lo furiosa que estaba. *Seguía* teniendo el poder, el poder de herirme a través de ella.

—No, voy a pillar tu farol. Pero, si empiezas a cogerle el gusto a ese puto sitio de los Orlov y estás pensando en desafiarme, ten esto en cuenta, mocosa.

Fruncí el ceño, preguntándome si era posible odiarle aún más de lo que ya lo hacía.

—He oído hablar de una nueva droga. Estoy investigando cómo diversificar mi mercancía. Y ¿no te gustaría saber que están sacando un nuevo tratamiento para basuras enfermas como tu prima?

Me quedé boquiabierta. Podía estar mintiendo, pero si no era así...

—¿Una cura?

—Eso parece. Y si no es una cura, algo que les hace sentirse humanos —rió entre dientes.

—¿Sabes de un nuevo tratamiento y aun así le niegas la ayuda que necesita? —le pregunté.

Pregunta estúpida, Sof. Por supuesto que lo hará.

No tenía corazón. Ni rastro de arrepentimiento. Seguramente había vendido su alma al diablo para ser tan cruel con su propia sangre.

—Se la *estás* negando tú —corrigió—. Podría investigar cómo conseguir ese tratamiento. Todavía no está en el mercado para cualquiera. Pero existe. Podría preguntar cómo hacerme con algo para ella, pero ¿por qué iba a hacerlo si no vas a terminar lo que te mandé a hacer allí?

Intenté articular palabras. Quería decir algo. En vez de parecer un pez boqueando, quería decirle que se largase y dejara en paz a mi prima, o que consiguiera ya esa posible cura.

—Dale vueltas a *eso*, sobrina. Piensa en *eso* cuando te apetezca vaguear o desafiarme. Espero más informes. Ya.

Colgó, dejándome mirando a la pared en un silencio atónito.

Estoy condenada haga lo que haga.

Exhalé temblorosa, intentando resistir la tormenta de rabia que hervía en mi interior.

Y estoy condenada si no lo hago...

21

ANDRE

Me recosté en la silla y me pasé las manos por la cara.

Las reuniones no eran nada nuevo en mi vida. Como negociador de los Orlov, ahí era donde destacaba. El arte de la persuasión. El don del compromiso. Y la habilidad de cerrar un trato con maniobras astutas.

Esta reunión con los abogados no era más que una tortura lenta.

—¿Señor Orlov?

Bajé las manos y me giré hacia el jefe del equipo legal, cuya cara de tortuga era inconfundible. —Le escucho.

En absoluto.

Yo había desconectado de esta puta reunión cinco minutos después de que empezara. Así de saturado me sentía. Así de cansado estaba de estar siempre en marcha. Quizá tenía más que ver con el hecho de que acababa de volver al "trabajo" y ya no estaba acostumbrado a ser un adicto al trabajo.

Pero, en el fondo, sabía que era el hecho de echar de menos a Sofia lo que me tenía tan a la contra.

No la había perdido. Seguía atrapada en esos raros episodios de distancia, señal de que algo le preocupaba, pero no la había *perdido*. Seguía en casa, en mi edificio, y estaría allí cuando yo pudiera marcharme.

Déjala respirar un poco.

Tiene una prima enferma.

Es demasiado orgullosa e independiente para aceptar ayuda.

Deja que luche sus propias batallas y estate a su lado cuando se rinda.

Ese era el punto crucial que me hacía confiar en que lo nuestro sería duradero. Ella se rendía. Cedía. En esos dulces y gloriosos momentos en los que bajaba la guardia conmigo, tenía la rara oportunidad de verla completamente en paz y satisfecha.

Conmigo.

Tras el ataque en el restaurante de los Rossi, ambos afrontamos las consecuencias. Tener a cualquier miembro de cuerpos de seguridad respirándonos en la nuca lo exigía. De ahí, todas estas reuniones con los mejores bufetes de abogados que mi padre quería tener en nómina. Tiburones en los tribunales, no fallaban nunca, sobre todo con el dinero que les soltábamos; ahora estos abogados eran los MVP.

Ellos se encargaban de la prensa. Gestionaban todas las acusaciones y fianzas. Y en este caso, investigaban al mismo tiempo que nos defendían ante esos policías y agentes que aparecían. Yo no llevaba nada encima. Ni drogas. Ni armas sin registrar. Reunirme con los Rossi se suponía que debía ser algo limpio. Pero los cabrones de la oficina querían montar un espectáculo—salivaban solo por la oportunidad de arrestar a un Orlov.

O a un Rossi.

Ellos también estaban lidiando con cargos e investigaciones por su parte. Aunque esa noche no murió ningún agente de la ley, algunos resultaron heridos. Algunas propiedades sufrieron daños durante la persecución a toda velocidad que siguió a la aparición de aquellos agentes y policías.

Hasta donde yo sabía, por mis propias investigaciones y por lo que los Rossi me contaron, toda esa redada no era más que un intento de atrapar a los líderes buscados, aunque fuera de forma imprecisa, por otros delitos.

Y, por lo que podía ver, nunca llegaríamos a saber de dónde demonios había salido la filtración. Quién había escuchado lo suficiente como para saber que esa reunión estaba programada y dónde sería.

Yo seguía proclamando mi inocencia. No veía cómo esa información había podido salir de mi lado.

Los Rossi también juraban que no había topos ni espías moviéndose bajo sus narices. Se negaban a admitir una filtración por su parte. Lo que lo empeoraba era que los Rossi sabían que últimamente yo mismo había estado buscando un topo. Decirles que les había pillado, tanto a Emilio Ricci como a Yusef, pareció calmarles, pero yo me alegré de que al menos no llegaran a acusarme abiertamente de tenderles una trampa ni nada semejante.

—Seguro que el puto Giovanni está detrás de todo esto —me soltó uno de los representantes de los Rossi esta mañana.

Asentí sin más. —Giovanni también nos está tocando los cojones a nosotros.

El desprecio de los Rossi hacia los otros italianos me daba más razones para querer alinearme con ellos, pero hasta que averiguáramos de dónde se había filtrado la información sobre aquella reunión, íbamos a seguir tensos.

Por fin, cuando los abogados terminaron de ponerme al día, pude marcharme. En vez de ir a casa directamente, fui a ver al equipo que supervisaba Sergei. Aunque hacía unos meses habían golpeado fuerte a los hombres de Niko Popov, persistían las dudas de que los supervivientes de nuestro rival intentaran reorganizarse.

Hablando con los espías de la calle que vigilaban la actividad de Popov, me subí al coche y pedí al conductor que me llevara a casa.

Oleg estaba en el vestíbulo cuando llegué. Solía estar por allí, pero yo esperaba ver a Sofia antes de visitar a Sergei para ponerle al tanto de lo que pasaba en su parte de la ciudad.

—Una palabra —dijo Oleg, indicándome que me dirigiera a mi despacho con él.

Reprimí un gruñido. *No más. Ya basta.* Hablar con él me quitaría tiempo que podría estar pasando con Sofia.

Entramos en mi despacho y me senté. Una vez más, me froté la cara, odiando el dolor de cabeza que tensaba mis sienes.

—He descubierto pruebas de que alguien está espiando en tu casa.

Bajé las manos y entrecerré los ojos mirándole. —¿Mi *casa*? —Sonreí con sarcasmo—. Es una forma bastante elegante de referirse a mi edificio. Solo estoy yo. Y Sofia.

Asintió, imperturbable y serio. —Tu padre ha pedido a George que revisara a todos los guardias que patrullan. También le encargó buscar micrófonos. Para rastrear todos los dispositivos que están en uso.

¿Y ni se molestó en contármelo antes a mí*?*

Reprimí el gruñido de fastidio.

Mi padre era el jefe. Si quería desconfiar de todos y revisarlos, tenía todo el derecho a hacerlo. Pero dolía. Mi padre y yo éramos cercanos. Sí, nos habíamos distanciado algo desde que dio prioridad

al regreso de Anya, luego cuando Claire trastocó su vida, y después al recibir a un bebé en la familia. Nos habíamos alejado aún más desde que encontré a Sofia en mi edificio y empecé un lío con ella.

Aun así, éramos cercanos. Si no confiaba en mí o en cómo hacía las cosas, debería habérmelo dicho directamente.

Odiaba la posibilidad de que pudiera estar dudando de mi valía y lealtad.

—¿Y bien? —pregunté.

Oleg me estaba sacando de quicio con su escepticismo hacia Sofia, pero no era un mentiroso. No le gustaba el drama ni crear problemas innecesarios. Siempre era práctico y directo.

—Y algo está emitiendo una señal en esta planta —Oleg carraspeó —. No era una señal clara, así que esta noche vendrá un rastreador mejor.

Apreté los dientes. —Puedo confiar en ella.

No reaccionó, quedándose completamente inmóvil.

—Confío en Sofia —enfatizé. Tenía que estar pensando en ella, en que estuviese espiando. Era la única anomalía en el edificio.

—Allá tú —respondió con ironía—. Yo no la he mencionado. Solo te transmito los hechos.

Gruñí y golpeé el escritorio con el puño. Ahora podía hacerlo, ya que Sofia había organizado tan bien este cuarto que la superficie ya no estaba irremediablemente desordenada.

—Pero crees que es ella —dije.

Asintió.

—Joder —me llevé las manos al pelo y aparté la mirada.

—Es la única persona nueva que ha estado aquí.

—No, no es la única. Hemos tenido dos conductores nuevos recientemente.

Levantó las manos en gesto de tregua. —Vale. Estoy de acuerdo. Sofia no es el *único* personal nuevo aquí. Lo que me llama la atención es que este micro parece estar dentro. No está en los coches ni en el garaje.

Apreté la mandíbula.

—Tampoco ya es personal, Andre. Hace tiempo que dejó de ser doncella. Ni siquiera trabaja en tu despacho. Ella es…

—Mía —afirmé con decisión—. Es *mía*. ¿Te queda claro?

—¿Oficialmente? —retó él—. ¿La has reclamado? ¿Has hablado con tu padre de ello?

No necesitaba que él escarbase en mi vida. Trabajaba para *mí*, no al revés. Yo no le daba explicaciones a *él*.

—Lo haré. Ultimamente parece distraída. Joder, yo también lo estoy. Tengo a los Rossi haciéndome preguntas sobre aquella noche. Ahora la policía. Sergei acaba de tener un hijo y… —solté un largo suspiro —. No he tenido tiempo de hablar con mi padre sobre Sofia. Aunque lo tuviera, no sabría qué decirle. Porque, sinceramente, no puedo quitarme de encima la sospecha de que hay más en ella de lo que aparenta. Tiene secretos. Estoy seguro de ello. Joder, yo también tengo secretos. Todos los tenemos.

—No puedo dejar de pensar en lo poco que ha contado sobre su pasado —admití a regañadientes.

—¿Cuando la contrataron, quieres decir? —Asintió—. Pedimos más información a la agencia.

—Lo sé. —Me froté la mandíbula—. Pero no es suficiente. Todavía hay un poco de misterio en torno a ella. Al principio lo descarté como parte de lo terca que era, o por aparentar estar fuera de mi alcance.

Ahora, sin embargo, estaba decidido a descubrir la verdad y arrancar cualquier secreto que quisiera ocultarme. *Tenía* que aceptar ese nivel de sinceridad y vulnerabilidad si quería permanecer en mi vida.

—Si piensas quedártela, entonces—

—No se va a ir. No puede —negué con la cabeza, irritado por lo urgente que parecía necesitar esa respuesta—. No puedo dejarla marchar. Ni ahora ni nunca.

Al mismo tiempo, sería un necio si ignorase mi instinto con ella. Más aún últimamente, con lo distante que se estaba volviendo.

—¿Has dicho que buscarán el micro esta noche? —pregunté.

Asintió. —Entonces mañana por la mañana tendremos respuesta. Sabrás que Sofia no está aquí para espiar ni robar información.

Como no replicó, lo tomé como una pequeña victoria: no discutió conmigo ese hecho.

Mañana por la mañana tendré mis putas respuestas sobre ella.

Esta noche la tendría en mi cama, sumisa y necesitada, como siempre. Pero esta vez, quería su confianza, su honestidad, incluso si tenía que engañarla para que me revelase por qué tenía esa mala espina sobre su identidad y el motivo de que hubiese aparecido en mi edificio.

22

SOFIA

Me duché para matar el tiempo hasta que Andre volviera a casa. Dos noches ayudando con el bebé nuevo habían pasado factura a lo limpia que me sentía. Pero no era una incomodidad superficial de la que intentara librarme.

Me sentía sucia y pegajosa hasta lo más profundo de los huesos. Eso era lo que me producía una llamada con mi tío.

Quería borrar la mancha de haberle conocido alguna vez. Quería enjuagar la suciedad asquerosa de su trato horrible para poder sentirme entera y bien de nuevo.

Andre sí podía. Él conseguía que me sintiera completa y cuidada. Deseada y valorada. Respetada y apreciada.

Solo que… no amada.

Quizá un hombre tan duro y astuto como él no pudiera amar a una mujer. O tal vez las cosas que hacía conmigo y por mí eran fruto de lo que podría considerarse su "forma de expresar el amor".

O quizá el sexo es tan bueno que querría adorarle y venerar su polla pasara lo que pasara.

Puse los ojos en blanco y salí de la ducha. Por instinto, revisé el móvil para ver si me había llamado o enviado algún mensaje. El teléfono desechable estaba de vuelta en el cuarto de la antigua criada, porque desde luego no quería tener ese aparato cerca de mí otra vez. No quería estar cerca de la única manera que tenía mi tío de contactarme.

Ningún mensaje. Ninguna llamada perdida. Ningún buzón de voz.

Se presentaba otra noche larga y tarde para Andre, pero jamás se lo reprocharía. A diferencia del tío Roberto, todo lo que hacía Andre era *por* su familia. Especialmente por su padre, pero nunca era por un motivo egoísta.

Después de vestirme, mi móvil sonó con un mensaje y me ilusioné pensando que quizá sería Andre. No lo era. Anya me pedía ayuda con los deberes. Como había cursado una asignatura similar a la que ella estaba haciendo en su programa de enfermería, igual que Daria, me había convertido en especie de compañera de estudio o tutora suplente.

Le dije que iría a ayudarla y salí del edificio de Andre. Al principio me parecía rarísimo pasar por el túnel subterráneo que conectaba los edificios. Pero ahora que lo utilizaba tanto, ya me parecía lo más normal. En cuestión de minutos, ya estaba en casa de Mikhail. Claire tenía los pies en alto con un Owen dormido sobre el pecho. Mikhail se llevó un dedo a los labios para indicarme que guardara silencio. Estaba en la cocina, preparando la cena.

La ironía casi me hizo reír.

Mi tío era un jefe y no se dignaba a hacer *nada* por sí mismo.

Y aquí estaba el temible líder de los Orlov, preparando un plato de pasta para su mujer agotada.

Me acerqué y le susurré que Anya había pedido por mí.

—Está en el salón de baile —respondió en voz baja.

Fui a buscar a la adolescente en la gran sala donde solía tocar el piano.

—¡Es que no lo entiendo! —se lamentó al verme.

—¿Otra vez química orgánica? —pregunté.

Gruñó a modo de afirmación—. Ni siquiera sé por qué esto es obligatorio.

Me reí—. Yo dije exactamente lo mismo. Sentándome con ella en la mesa lateral, empecé a contarle cómo había dominado esa parte del programa. En realidad era sencillo: memorización mecánica. Le hice algunas preguntas sobre el temario que tenía que repasar para su próximo examen, y luego pasamos a otra cosa: quería que le revisara un trabajo para otra asignatura, esta vez sobre filosofía médica. Tras leer lo que llevaba escrito, le di algunos consejos para mejorar o cambiar cosas.

—Debías de sacar sobresalientes —dijo Claire, entrando en la sala detrás de nosotras. Se la veía radiante, demostrando que una buena siesta puede devolverle el alma a cualquiera.

—Así era —admití con un puntito de orgullo, esperando que no pensaran que estaba presumiendo.

—¿Por qué no has vuelto a terminar la carrera? —dijo Claire—. Si no te importa que te lo pregunte.

Oh, ya sabes, lo típico. Mi prima muriéndose. Esclava de mi tío para mantener su casa. Y luego esta mierda de venir aquí y ser una espía…

—Quiero —respondí, porque era la verdad, eludiendo dar una respuesta real.

—Solo te faltan un par de asignaturas para terminar la carrera, ¿verdad? —preguntó cuando se sentó a mi lado, con ganas de charlar.

—Joder —soltó Anya, poniéndose de pie de un salto y mirando el móvil—. He perdido la noción del tiempo. Le he dicho a Sergei que le ayudaría a bañar a Maisie. —Recogió sus cosas precipitadamente, dejando los papeles de la escuela esparcidos—. ¡Gracias, Sof!

Ella se marchó y yo, distraída, recogí sus papeles. La presencia de Claire me impulsó a decir algo para evitar el silencio ahora que Anya se había ido. —Voy a volver para terminar mi carrera—. Bajé la mirada. —Algún día. Después de…

Puso su mano sobre la mía y me dio un apretón comprensivo. Con lo que ya le había contado acerca de Esmeralda, Claire era respetuosa y consciente de cómo había asumido la inevitable pérdida de mi prima, que no tardaría en llegar.

Aunque, sobre eso…

No lograba liberarme de las preguntas que me atormentaban desde la llamada de mi tío. Seguramente mentía sobre ese medicamento, inventándose cosas para hacerme sufrir y darme falsas esperanzas, pero Claire era doctora. Quizá ella sabría algo.

—Oye. ¿Has escuchado algún tratamiento nuevo que pudiera ayudar a una paciente como mi prima?

Frunció el ceño. —¿Un tratamiento? Bueno, hay técnicas que evolucionan constantemente y una infinidad de becas de investigación en el sector farmacéutico. Pero para una paciente con leucemia como tu prima…— Frunció el ceño de nuevo, parecía incómoda.

—¿Ha habido algún avance importante?

—Sí. Y no—. Me miró con el ceño aún más fruncido. —No hay una cura, pero sí algo que ha demostrado provocar remisiones más largas. Podría ganarse tiempo, pero…— Torció el gesto, claramente incómoda con el tema. —No está en el mercado. Ni siquiera lo ha aprobado ninguna junta médica. De lo poco que he escuchado sobre ello, es, eh…

—¿Riesgoso? Cualquier medicamento puede tener efectos secundarios, lo sé.

—Sí, claro. Pero además es algo que sólo está disponible ilegalmente.

—¿En el mercado negro?

Asintió. —¿Algún representante de los centros que te mencioné te ha hablado de ello? Porque, en serio, a estas alturas es como mucho experimental. Y no aprobado. Y, bueno, es, eh… lo patrocina un grupo terrorista reconocido. Algo así como una rama que sospechan salió de una línea de investigación en guerra biológica.

Por supuesto. Tenía que ser así. Si mi tío podía "enterarse" de un tratamiento nuevo para una prima que le traía sin cuidado, desde luego sería a través de algo turbio como eso.

—¿Pero existe, entonces?

Encogió los hombros, con claro malestar incluso por hablar del tema. —¿Dónde lo has oído?

—Nada, ya sabes, buscando en Google y apareció en un hilo por ahí.

—Si necesitas ayuda para ingresarla en el hospicio, estaré encantada de ayudarte a trasladarla y empezar con un nuevo plan de cuidados.

—¡No!— Me arrepentí al instante de mi exclamación. Imaginar a Claire conociendo a Esmeralda o sabiendo que la iban a sacar de una propiedad de los Giovanni sería desastroso.

Sentía que mis mundos chocaban. —Gracias—, dije, viendo sus ojos sorprendidos por mi grito. —Pero lo estoy gestionando yo. He encontrado a algunos amigos y sé cómo hacer que el traslado le resulte fácil…

—Vale—. No parecía convencida. Parecía debatirse interiormente si preguntarme más sobre ese fármaco de mercado negro.

Al mirar la hora, me di cuenta de que llevaba mucho rato allí. —Debería volver. Andre puede llegar en cualquier momento. Ha estado muy ocupado y la verdad es que hoy casi no le he visto. En realidad, nada—. Añadí una risa ligera al ponerme en pie.

—Oh, sé cómo es eso. Esos Orlov son demasiado propensos a ser adictos al trabajo.

Le agradecí su consejo y me marché.

Nada más entrar en la planta de Andre en su edificio, empecé a llamarle.

—¿Andre?

Nadie respondió.

Hmm. Seguro que ya está en casa.

Fui a su habitación y, por el vapor que salía del baño abierto, supe que le había encontrado.

O más bien, él me encontró a mí. Nos cruzamos justo en el mismo instante. Salió del baño, la toalla colgando peligrosamente baja de su cintura, y yo entré en el dormitorio.

—Ahí estás—. Sonreí, bajando la mirada a los tatuajes y cicatrices que cubrían su cuerpo esculpido. El agua resbalaba por los relieves y huecos de sus músculos. Con solo mirarle, aquel hombre poderoso y sexy, me daban ganas de babear.

—Y ahí estás tú.

Fruncí el ceño, alzando la vista a su rostro. No lo había dicho en tono juguetón como yo, sino como si lo esperara.

—Estaba ayudando a Anya con los deberes y hablando un rato con Claire—. Odiaba tener que lanzarme a dar una explicación. Es algo que solía hacer con mi tío cuando me ordenaba justificarme.

Andre no es como él.

No me está interrogando. Ni nada por el estilo.

Pero no parecía contento.

Se acercó a mí con paso decidido, soltando el nudo de la toalla y dejándola caer.

—Vaya—. Parpadeé, riendo con incredulidad. —Eso es, eh...— Me llevé la mano a la camiseta para quitármela. —¿Así va a ser?

—Te voy a decir yo cómo van a ser las cosas—, dijo, aún sonando tan diferente. ¿Enfadado? ¿Impaciente? No sabría decirlo. Pero no me dio opción a averiguar su actitud.

Ya estaba sobre mí, besándome, sujetándome fuerte y volviéndome loca con la presión insistente de su polla rozándome el vientre.

A veces éramos lentos y perezosos. Otras noches, lo que queríamos era un polvo rápido y salvaje.

Esta vez tocaba la segunda opción. En cuestión de segundos, me empujó sobre la cama. Mi ropa desapareció. El deseo mojaba mi sexo y su polla era un eje duro y enfadado.

No iba a haber preliminares, pero eso no significaba que fuera a dejar que esto fuera fácil entre nosotros.

Mientras yo intentaba seguir el ritmo de sus besos hambrientos, sacó un plug anal de la mesilla—un juguete que había comprado solo la semana pasada para explorar conmigo—y lo lubricó con mi flujo.

—Andre. No sé si estamos preparados para—

Me corté a mí misma con un jadeo, seguido de un gemido necesitado cuando él rodeó mi entrada trasera, introduciéndolo aún más.

No me hizo daño. No creía que lo haría nunca. Pero esta introducción más rápida a nuevas prácticas me excitaba.

Claramente, estaba en ese estado de ánimo. Quizá había tenido un día largo y estresante y quería desahogarse conmigo.

Si era eso, bien. Yo estaba dispuesta. Quería darle lo que quisiera de mí porque nunca me utilizaba. Me valoraba. Milagrosamente, me apreciaba pese a la realidad de por qué había acabado aquí.

—¿Es demasiado? —gruñó, deslizando besos ardientes por mi cuello mientras me lo metía con el plug puesto. Incluso así, con sus dedos abriéndome, era rápido. Brusco. No apresurado, sino algo distinto.

—No.

Me fulminó con la mirada.—Dime la verdad.

Fruncí el ceño, intentando pensar lo suficiente para mantener una conversación mientras él jugaba conmigo de esa forma. Tenía cada terminación nerviosa encendida. El corazón me latía desbocado. El coño me palpitaba y dolía, y los pezones se me pusieron duros anhelando su boca.

—¿Sobre el—?

—Dime la verdad, Sofia.

Por poco me sobresalto, esperando de verdad que me llamase *cariño*, como solía hacer cuando follábamos.

—Lo hago. *¿Habla del plug, del sexo y lo que sea? ¿O de otra cosa?*

—¿Quieres que me crea que siempre dices la verdad?

Un escalofrío helado me recorrió las venas. Seguía ardiendo y deseando estar con él, pero luchaba contra el efecto paralizante del miedo.

Si dudaba de mí.

Si sospechaba de mí…

Me ha calado.

Está dudando de mí.

Y no necesitaba preguntarme por qué.

—¿Juras que eres sincera conmigo? —sustituyó sus dedos por su polla. La embestida en mi agujero apretado fue tan rápida que literalmente me dejó sin aliento. Sin habla. Sin pensamientos.

Estaba tan dentro. Me sentía tan llena. Estirada y colmada.

Desgarrándome de la mejor manera posible, mientras me machacaba con su polla.

—¿Lo eres? ¿Eres sincera conmigo? —gruñó, follándome con fuerza.

Cerré los ojos ante el placer. Y el dolor. Me llevaba en volandas hacia un orgasmo potente, y el éxtasis que seguiría podría perfectamente dejarme dormida al instante. Pero el dolor de que descubriera mis mentiras me dolía de otra forma.

Como si el corazón se me rompiera.

—Yo… Andre… Ni siquiera puedo *pensar* con esto que me haces… —un gemido sucio escapó de mis labios cuando aceleró, follándome como nunca antes.

Dios mío.

Dios mío.

No puedo con esto.

Es demasiado.

Es tan bueno.

Es—

—¿Has venido aquí para espiarme?

Me tensé, entregándome a la explosión del orgasmo. Me arrasó, impidiéndome procesar lo que me estaba acusando y qué podría

contestar.

Las piernas se me tensaron y temblaron a la vez. Oleadas de placer abrasador me atravesaron, dejándome sin fuerzas y sin palabras. Ya habíamos follado duro antes. Nos habíamos hecho perder el sentido al unirnos así. Pero esto era demasiado. La presión intensa. La euforia que hormigueaba bajo la piel. El manto de alivio y bienestar.

No duró.

Volví a la realidad aún corriéndome, mientras él seguía embistiéndome, frotando mis paredes internas con el plug aún dentro y su polla como una fuerza de la naturaleza.

—¿Estás aquí para espiarme? —exigió de nuevo.

Sí, le había escuchado la primera vez. No me había imaginado esa pregunta que tanto temía.

Su pregunta directa me mató. Me rompió el corazón y destruyó mis esperanzas de que me amase.

No merecía su amor, no cuando *sí* estaba aquí de manera tan falsa.

No le merecía, enviada aquí para ser una farsante, una mentirosa enviada por su enemigo.

Rugió al correrse. Embistiendo tan fuerte, se esforzó en mantenerme en su sitio mientras me llenaba de su semen. Sus dedos se clavaron en mis costados. Sus muslos se apoyaron en los míos. Durante largos segundos, su polla palpitó dentro de mí mientras vaciaba su descarga en mi útero.

—¿Eres—?

Negué con la cabeza, buscando agarrarle para atraerlo hacia mí.

Suspiró, mostrando alivio en el rostro al tomar mi gesto silencioso como una respuesta.

No le estaba diciendo *no*. No estaba respondiendo a su pregunta. Negar con la cabeza era lo único que podía hacer en esa situación, deseando que no ocurriera, negando que me estuviese cuestionando y deseando no estar atrapada así.

No podía admitirlo, no así. No cuando seguía dentro de mí, cuando yo estaba atrapada entre el placer y el dolor.

Solo había una forma en la que podía responder. Una acción que podía hacer.

Tengo que irme.

Estaba completamente inmersa, mezclando sentimientos y esperanzas de amor con la imposibilidad de un futuro con mi rival.

Ya me había enamorado, y me negaba a destrozarme el corazón al confesar que había venido aquí no para quererle, no para dejar que me dominase con tanto fuego y pasión, sino para espiarle.

23

ANDRE

Sofia se desmayó. Parece que le había dado tanto placer que la dejé sin sentido, lo cual no era lo mejor si quería sacar una maldita respuesta de ella.

Aunque verla me había hecho perder los papeles, llevándome a un nivel de ira primitivo.

Cuando la veía aquí conmigo, siempre tentándome, encajando perfectamente conmigo como si hubiéramos nacido para estar juntos, odiaba de verdad la mínima posibilidad de que pudiera traicionarme.

Mientras sentía cómo respondía a mis caricias perversas, sensual y sumisa como siempre, me encolerizaba aún más pensar que pudiera desear hacerme daño.

Engañarme.

Me senté a su lado, viéndola dormir, maldiciendo estos sentimientos contradictorios.

Ahora mismo, o muy pronto, los especialistas en seguridad que tenemos contratados rastrearían todo mi edificio hasta encontrar el

micrófono. Tenía que ser un dispositivo de grabación. Algo oculto y traído aquí a escondidas que permitiera a un enemigo escuchar mis conversaciones. Es la única explicación lógica para que alguien hubieran descubierto los detalles de mi reunión con los Rossi. Porque no se había escrito ni compartido por correo o mensaje; lo único que se mencionó fue en una breve charla que Oleg y yo tuvimos caminando por la casa. Lo más probable es que alguien hubiera dejado aquí un aparato para escuchar de alguna forma.

A pesar de las medidas de seguridad. A pesar de los guardias y de los controles a todo lo que llegaba aquí, algo había conseguido colarse.

¿O alguien?

Exhalé un suspiro largo, mirando a Sofia dormida a mi lado.

No *quería* pensar tan mal de ella.

No *quería* ni considerar algo tan horrible sobre ella.

Pero no era momento de pensar con la bragueta. No era momento de dejarme engañar por una mujer y dejarme llevar por la polla. Demasiadas cosas jugaban en su contra, y ya iba siendo hora de hacer los deberes y asegurarme de que no suponía una amenaza en mi casa.

Habría sido más sensato saber que podía confiar en ella antes de acostarme con ella, pero bueno. Al final, solo soy humano, ¿no?

Fruncí el ceño conmigo mismo al levantarme, me duché otra vez y me puse algo de ropa.

Antes de meterme en la cama con Sofia para ensayar cómo iba a preguntarle de nuevo, esta vez más claro, si tenía alguna doble intención conmigo o con mi familia por la mañana, eché un vistazo al móvil y vi que mi padre me pedía que fuera a hablar con él.

Claro. Por supuesto.

Reprimí un gruñido y me dirigí a su edificio.

Preguntar a Sofia si estaba espiando era un riesgo. Si lo estaba haciendo, ya le había dado el aviso. Sin embargo, no me preocupaba que intentara irse. Si lo intentaba, los guardias la detendrían. Y *entonces* tendría aún más dudas y sospechas sobre ella, dudas a las que tendría que responderme con algo más que un débil movimiento de cabeza durante una follada intensa.

Mi padre estaba en su despacho cuando llegué. También vestía ropa cómoda, como si acabara de levantarse, y me observó entrar y sentarme.

Solté un suspiro, dejando caer la nuca sobre el respaldo del sillón.

—Oleg me ha dicho que estamos lidiando con otra rata.

La ira me recorrió por dentro como un incendio. *¡Joder!* —No debería haber hecho eso.

—¿Ahora intentas esconderme cosas? —preguntó.

—No. Iba a hablar contigo. No tendría que haberse saltado mi autoridad y hablarte él del tema.

Bufó. —Qué curioso. Me dijo que le preocupaba exactamente lo mismo. Pero también admitió que le daba miedo que estuvieses tan enganchado a esa criada, esa "asistente" tuya, que ni siquiera lo dijeras.—

Me froté la mandíbula, con ganas de gritar. Si lo hacía, despertaría a Owen, y eso no sería justo para ninguno de nosotros. —No es mi criada. No es mi asistente. Y tiene un nombre —dije con tranquilidad —. Sofia es una persona importante en mi vida.

—¿Ahora mismo?

Le lancé una mirada de disgusto. —¿Me estás preguntando si voy en serio con ella?

Se encogió de hombros. —Parece imprescindible asegurarse de que no es una maldita espía antes de que creas estar enamorado de ella, ¿no te parece?

Amor me parecía una palabra tremendamente peligrosa. Rara vez se quedaba en mi vocabulario, probablemente porque mi madre se largó y no quiso saber nada de mí en toda mi vida. Mi padre se quedó. Él me crió, pero me llevó mucho tiempo entender que traerme al negocio y formarme para ser su mano derecha era su forma de demostrarme cariño. Brusco y centrado en los negocios y el poder, me educó no para ser un hijo blando y consentido, sino como un soldado y guerrero que vería como un compañero de armas.

No estaba seguro de saber lo que era el amor aunque me diera de bruces con él. No podía negar que algo fuerte estaba afectando mi forma de ver a Sofia. Por ahora, me conformaba con dejarlo estar. Que nos conociésemos y nos acercásemos mientras ella se entregaba a mí.

Ella tenía problemas de confianza. Era reservada, demasiado terca, descarada e independiente.

Casualmente, yo admiraba esas características, aunque yo tampoco era fácil de tratar.

—Admito que ella se ha convertido en mi debilidad —dije con seriedad y calma, sin rastro de enfado. Era una declaración. Un hecho que podía compartir con él y con nadie más, porque me conocía demasiado bien—. Estoy obsesionado con mantenerla a mi lado porque me completa como nadie antes lo ha hecho.

—Bien, pero…—

Levanté la mano para interrumpirle. No muchos podrían salirse con la suya haciendo eso, pero yo era su hijo. Su amigo. Su refuerzo.

Su soldado.

—No voy a admitir que haya ningún peligro en mantenerla en mi vida. *Todavía.* Tampoco estoy intentando evitar la posibilidad de que haya cosas en ella que no encajan. Están peinando mi edificio ahora para localizar el micro, y cuando lo encuentren, lo investigaremos a fondo —le miré con total sinceridad—. No creo que ella me traicionara. No lo digo porque la quiera. Lo digo porque de verdad he hecho bien mi trabajo. Emilio fue eliminado. Yusef ya no está. *Ellos* sí eran espías. Topos. Y ya no están.

—Lo entiendo. Pero los detalles de tu reunión con los Rossi *se filtraron* de alguna forma. Así que si no es Sofia, entonces es otra persona y lo pagará.

Asentí, tomándolo como un acuerdo, aunque en realidad no lo era. Aun así, parecía casi el inicio de una comprensión tranquila.

—Sin embargo, me preocupa que Sofia pueda tener conexiones.

Fruncí el ceño. —¿Cómo? ¿Con quién? Sus padres están muertos y tiene una prima enferma —negué con la cabeza—. Es muy delicada con el dinero. ¿Estás sugiriendo que tiene deudas con alguien? ¿Que fue prometida a alguien?

Se encogió de hombros. —Claire me comentó algo y me lleva rondando desde entonces.

—¿*Claire*?

—Sí. Estuvo hablando con ella sobre un tratamiento que está en el mercado negro. Cuando le preguntó a Sofia dónde había oído hablar de él, tuvo la impresión de que Sofia se cerró en banda. Como si tuviera conexiones con otra familia quizás.

—¿Un tratamiento para su prima? —pregunté, preocupándome de nuevo por ella. Eso era Sofia. Cuidar. Tener compasión. Un corazón generoso que no quería ver sufrir a nadie. ¿Cómo podría alguien tan altruista querer engañarme?

—Eso parece —se recostó y suspiró, aparentando estar más cansado que antes—. No es nada concreto, pero es algo a tener en cuenta —su mirada seria me caló hasta el fondo—. Si ella es… —puso los ojos en blanco, nunca le gustó hablar de tonterías cursis—, "la indicada"—hizo el gesto de las comillas en el aire y esbozó una mueca—, para ti, entonces bien. Es "la indicada". Muchos hombres dudaron cuando quise casarme con Claire. Lo recuerdas.

Asentí.

—Pero ella me completó, igual que dices que Sofia te completa a ti. Si has llegado tan lejos por ella, si significa tanto para ti, me dará muchísima rabia verte perderla. Si resulta que está relacionada, y tal vez con una familia o grupo con el que no podemos ni queremos permitir la más mínima alianza…

Entonces tendría que renunciar a ella.

—Lo entiendo —afirmé con frialdad y embotamiento.

Todo habría terminado.

Familia y deber antes que… ¿el amor?

Me humedecí los labios e intenté resistir los dolorosos latidos de mi corazón. Cada golpe de mi pulso era una grieta más, resquebrajándolo hasta que acabaría hecho pedazos que nadie podría juntar ni reparar.

24

SOFIA

Me desperté sola.

Después de aquella escena tan intensa en la cama anoche, con Andre tan salvaje que me hizo correrme y me empujó a superar mis límites con esas cosas atrevidas a las que aún me estaba acostumbrando y aprendía a digerir, me había dejado sola para dormir.

No.

Eso no era verdad.

Me desperté a mitad de la noche, y entonces él seguía en la cama. Dormía, pero no me abrazaba como solía hacer. Aquello era una señal de que algo estaba cambiando entre nosotros. Su pregunta airada había sido el detonante de este distanciamiento que no podía apartar de mi mente.

Esta mañana no estaba en la cama.

Mientras me tumbaba allí y me frotaba los ojos para espantar el sueño, supe que no se había ido. No lo haría con lo que me había preguntado y cómo yo había esquivado la respuesta. Debí de

quedarme dormida —y rendida— después de que él terminara. Pero conociéndole, volvería a insistir y me preguntaría de nuevo si estaba espiando. Así era él: un hombre meticuloso y un soldado leal de la familia Orlov.

No puedo quedarme.

Aguantar el dolor de que sospechara de mí era demasiado horrible para soportarlo.

No había hecho nada para herirle. Mi lealtad hacia el tío Roberto solo había llegado hasta el punto de fingir lo justo para que pusiera un techo sobre la cabeza de Esmeralda.

Eso era lo mínimo que él había cumplido. Y ahora, yo ya no estaba dispuesta a dejar que siguiera jugando conmigo, usando mi compasión y buena voluntad como moneda de cambio.

Me largo de aquí. Odiaba ese desgarro en el pecho solo de pensarlo, sin querer perder a Andre ni estas amistades que estaba forjando.

Y tú también saldrás de ahí, E. No sería fácil sacar a mi prima de la casa del tío Roberto, pero estaba decidida a intentarlo.

Hoy es el día.

Dejaría a Andre para ahorrarle el odio que podría llegar a sentir por mí. No le obligaría a mirarme sabiendo que le había traicionado. Le quería demasiado para soportar eso.

Hoy tiene que ser el día.

Cuanto más permitía que Esmeralda siguiera en ese sótano, sufriendo, más la estaba fallando yo también.

Antes de conseguir una distracción, una mentira que obligara a mi tío y a sus soldados más fieles a salir de la casa el tiempo suficiente para sacarla de allí, tenía que enfrentarme *a esto* otra vez.

—Uf.

La náusea estalló en mi estómago. No solo me incomodó. Me provocó un pánico inmediato.

—Otra vez no… —gemí.

Mi boca tenía una sensación extraña. La saliva espesa se acumulaba en mi lengua. Me aferraba un impulso irrefrenable de vomitar.

—No, no, no.

Ayer llegué al váter a tiempo para vaciar el estómago.

El día anterior, había dejado todo el suelo del baño perdido, agradeciendo que Andre no estuviera allí para presenciarlo.

Hoy…

Me estremecí, tapándome la boca con la mano mientras apartaba las sábanas. Seguía desnuda tras lo de anoche. Solo las marcas de mordiscos y otras huellas de cómo Andre me había follado tan bien quedaban en mi piel mientras corría hacia el baño.

Esta vez también llegué. Alcancé el lavabo y me aferré a él mientras perdía el contenido de mi estómago. Un estómago ya casi vacío. Apenas había comido la noche anterior porque este raro virus estomacal también me había quitado el hambre.

—Ugh… —me aferré al váter y cerré los ojos, respirando a través del dolor y los calambres musculares de vomitar tan fuerte. Echarlo era todo un esfuerzo físico.

Recordando lo que había cenado la noche anterior y cuándo empezó el malestar estomacal, una punzada de realidad me golpeó de lleno.

—Espera. —lo susurré para mí misma.

No había perdido el *apetito* por completo. Me había zampado esa tarta de queso que Renee no había querido. No una porción, sino dos. Incluso le había echado queso parmesano por encima. La ensalada que preparé para comer no me apeteció, pero, de alguna forma, la tarta de queso ácida y el parmesano seco sí que me

entraron. También le eché un poco de sal, porque tenía un antojo de algo salado.

—Oh, no.

¿Podría ser esto malestar matutino?

¿Combinado con antojos extraños?

Y esas siestas que he estado echando por las tardes. Tampoco son normales. Solo duermo la siesta cuando estoy enferma.

Abrí los ojos de par en par mientras el corazón me latía a toda velocidad. Sentí como si un tren de mercancías se me viniera encima mientras hacía cálculos mentales sobre cuándo me había bajado la regla por última vez.

Dios mío.

¿Estoy… embarazada?

Me puse en pie, temblando.

Todo cuadraba. Iba tarde, y Andre y yo no habíamos usado protección.

Antes de poder alterarme más, me duché y me vestí. Había visto pruebas de embarazo en un armario de limpieza en el edificio de Natalie. Seguramente tenía una porque la había usado hace poco para saber que esperaba a Rose. Tenía que coger una y hacérmela. Tenía que saberlo antes de dejarme llevar por un sinfín de posibilidades que podrían cambiar toda mi vida.

No podía pedir una prueba de embarazo, no a Andre cuando estaba tramando marcharme. No podía salir a comprar una. Aunque nadie lo había dicho abiertamente, se daba por hecho que debía quedarme aquí. Hasta ahora, no había tenido ningún motivo para ir a una tienda o a cualquier otro sitio, contenta de ser la mujer de Andre y quedarme aquí con él.

No como espía.

Sino como *suya*.

Bueno, eso no duró mucho.

Tragué saliva con dificultad y fui deprisa al otro edificio. Sorprendí a Natalie apareciendo de la nada, pero mentí y le dije que Anya me había comentado que quizá necesitaría ayuda con Maisie.

—Oh, no. Ella está bien —Natalie acunaba a Rose, sonriendo mientras la miraba dormir en sus brazos—. Sergei acaba de irse para revisar algo con Andre, y Maisie está entretenida leyendo por ahora. Pero gracias.

—Ah, qué bien. Apostaría a que las mañanas tranquilas no abundan —bromeé.

Se rió de buen humor—. No lo gafes.

—Oye, ¿puedo usar el baño? Creo que he bebido demasiado café y me está pasando factura —puse cara de disculpa.

—Claro, claro —suspiró y me dejó entrar—. Ya sé que dicen que una taza de café no es muy peligrosa mientras das el pecho, pero echo muchísimo de menos la cafeína.

Yo no. Esa era otra pista que había pasado por alto. El aroma del café, que normalmente me encantaba, ahora me revolvía el estómago y me resultaba insoportable. Ayer no fui capaz de tomarme el café.

Cogí una prueba y regresé deprisa al edificio de Andre para hacerla.

Y, efectivamente, mi destino apareció como dos líneas rosas.

Positivo.

—Mierda —me relamí los labios e intenté no llorar.

De miedo.

De alegría.

De terror, de pánico, de asombro y de sobrecogimiento.

Tantas emociones mezcladas, y no tenía ni idea de cuál debía poner en primer lugar.

Sorpresa.

Sin duda, sorpresa.

Estaba más que sorprendida de que esto pudiera estar ocurriendo ahora.

Que fuera a tener un hijo de Andre Orlov. El rival de mi tío.

El único hombre con el que quería estar, al que quería amar y con el que soñaba formar un futuro sólido. Pero, al mismo tiempo, el único hombre con el que sabía que jamás podría dejarme llevar de verdad de esa manera.

Estoy embarazada.

La alegría que anhelaba abrazar fue anulada por el miedo al sentarme en el suelo del baño y quedarme mirando el test. Como si al quedarme absorta en él, el resultado fuera a cambiar.

El terror se apoderó de mí, porque aunque deseaba maravillarme con la idea de que iba a ser madre y que podía tener el regalo de un hijo propio al que querer y criar lo mejor posible, sentía que llevaba una bomba de relojería entre las manos.

Este secreto no sería una buena noticia. Ni para el tío Roberto ni para nadie de la familia Giovanni. Ni para Andre ni para ningún miembro de la organización Orlov.

Ambas familias verían esta unión y su consecuencia como una maldición. Una traición de las grandes.

Poniendo la mano sobre mi vientre, cerré los ojos y me obligué a ser fuerte.

Puedo con esto.

Lo haré.

Me había despertado sabiendo que tenía que huir y escapar de las sospechas de Andre, pero ahora tenía que hacerlo antes de que alguien pudiera descubrir que llevaba a su hijo dentro. No sabía adónde ir. No sabía cómo iba a lograrlo y conseguir, además, que mi prima estuviese a salvo. Pero lo lograría. Tenía que lograrlo.

Apartándome del suelo, empecé a trazar un plan.

Comer algo, lo que sea que pueda retener en el estómago.

Meter en la maleta algo que no se estropee.

Buscar información sobre casas de acogida para mujeres en la ciudad antes de irme, porque quién sabe cuándo volveré a tener acceso a Wi-Fi.

Recoger mi ropa e irme antes de que Andre regrese de donde haya ido con Sergei.

Puedo inventarme algo y mentir a los guardias sobre por qué necesito salir de la casa. Aquí no soy una rehén, no como en casa del tío Roberto.

Apresurándome hacia la habitación de mi anterior doncella, cogí la bolsa con la que había llegado aquí. La comida podía esperar. El desayuno no era lo ideal con lo mareada que me sentía, pero quizá si bebía un poco de agua y me mantenía en movimiento, podría comer algo ligero antes de marcharme.

El móvil desechable estaba bajo la enorme bolsa de deporte que había colocado en una estantería del armario, y cogí eso también.

Había recibido una serie de mensajes de Tío Roberto desde la mañana de ayer.

—Que te jodan —murmuré, borrándolos todos. Cada uno era igual, una insistente exigencia de conseguirle algo que pudiera usar contra

los Orlov. Parecía decidido a freírme el teléfono hasta la tarde. Fue entonces cuando dejaron de llegar los mensajes.

Puse los ojos en blanco y metí el teléfono en la bolsa, junto con la ropa que tenía allí. Llevaba puesto algo más nuevo y bonito que me había regalado Andre, pero me parecía mal llevarme sus regalos al marcharme así, teniendo en cuenta cómo había terminado aquí en primer lugar.

Con la bolsa en la mano, salí apresurada de la habitación y me dirigí otra vez a la de Andre, para recoger mis cosas.

Cepillo de dientes, pasta, mi crema. Deso—

Me detuve en seco. Sin mirar hacia arriba, y sin fijarme por dónde iba, estuve a punto de chocarme con Oleg. Solté un jadeo de sorpresa y maldije mi falta de atención al entorno, al tiempo que levantaba la vista hacia el hombre mayor y hosco.

—¡Oh! Perdón. —Quise hacer una mueca al ver lo fácil que salía mi disculpa de mis labios. Lo tenía tan interiorizado por mi tío y los Giovanni que siempre era mi culpa. Que siempre era mi error, y que yo no era lo suficientemente valiosa como para que alguien más estuviese en mi *camino*. Yo era la que estaba en medio de todos los demás.

Pensando en el trato de mierda que había recibido toda mi vida, me sonrojé mientras luchaba contra la vergüenza.

—¿Tienes prisa? —preguntó. Su tono era tan seco como siempre, pero su curiosidad me molestaba.

—Oh. No. Solo llevo algo de ropa para lavar junto con otras cosas. —Carraspeé, deseando ser una mentirosa más convincente.— ¿Necesitas que haga algo? ¿Puedo ayudar en algo?

Negó con la cabeza, pero su mirada permaneció un instante, llena de escepticismo.

A veces era propensa a la torpeza. No debería sorprender tanto ni parecer fuera de lo normal como para que él me mirara así.

—Perdón por no mirar por dónde iba —añadí mientras pasaba a mi lado.

—No pasa nada —dijo arrastrando las palabras mientras seguía por el pasillo.

Me encogí de incomodidad.

Mierda.

Ahora se comportaba raro. Seguramente sospechaba de mí también. Ya lo hacía, siendo sincera, nunca pareció aceptar que estuviera con su jefe.

Seguí recogiendo mis cosas, pero al pasar junto al ramo de flores que Andre me había entregado hace una semana, me dieron arcadas por el empalagoso olor de los pétalos. Aún estaban frescas —más o menos—pero la fragancia dulzona me revolvía el estómago.

—Ay, Dios… —Con la bolsa colgada del hombro, cogí las flores y las llevé hacia la puerta que daba a la cocina. Ya había tirado el otro ramo antiguo que llevaba días en una mesa de paso hacia el vestíbulo. Aún no tenía tan mal aspecto. Solo un par de lirios empezaban a marchitarse, y me fastidiaba tirar algo que Andre me había regalado con tanto cariño, pero el olor casi me hizo vomitar ayer.

Lo tiré al cubo grande de basura ayer por la tarde. Al levantar la tapa, contuve la respiración para deshacerme de este otro ramo.

—¿Va a molestarme ahora cualquier olor solo por estar embarazada? —murmuré. Eso sonaba a martirio.

Cerré la tapa y me detuve a disfrutar la suave brisa veraniega que se colaba por la zona de servicio.

Apoyando la mano en mi vientre plano, suspiré.—No me puedo creer que *esté* embarazada —admití en voz baja, dejando que el secreto se escapara con el viento.

Pero tampoco era tan difícil de creer, la verdad. Con la frecuencia con la que se corría dentro de mí. La de veces que nos habíamos buscado el uno al otro físicamente. En pleno arrebato, nunca quería parar a buscar protección. La única vez que le sugerí que usáramos condón, Andre sonrió de medio lado y siguió follándome con más intensidad, como si dejarme embarazada fuera su objetivo.

Sí, claro.

Jamás estaría contento de saber que su hijo también es un Giovanni.

Negué con la cabeza, decidida a marcharme mientras pudiera y a llevarme este secreto a la tumba. Por mucho que fuera a echarle de menos y lamentar perder lo mejor de mi vida.

No creo que esto sea exactamente lo que querías decir cuando mencionaste que había que vivir la vida al máximo, E.

Pero ya era tarde para lamentaciones. Solo podía seguir adelante e intentar cuidar a tantas personas como pudiera—sin hacerles daño como se lo hice a Andre.

25

ANDRE

—¿Necesitas algo más? —pregunté a Sergei mientras salíamos del edificio donde un par de idiotas del Cártel habían intentado acosar al camarero en uno de nuestros bares. Seguridad los había retenido toda la noche en un sótano para que pudiéramos interrogarlos y sacarles información. Sergei lo habría solucionado perfectamente él solo, pero quiso «vigilarme» con todas las habladurías que corrían sobre un topo o espía que seguía en mi edificio o interfería en mis asuntos.

—¿Con ellos? —Señaló con el pulgar por encima de su hombro en dirección a los matones del Cártel, que no iban a molestarnos en una buena temporada tras la lección que les habíamos dado. Yo solo me alegré de que no hubiera sangre en mi traje—. No. Estoy bien. —Me lanzó una mirada irónica—. Solo te he pedido que vinieras para ponernos al día y charlar.

Puse los ojos en blanco—. Gracias, pero paso.

Le había dicho lo mismo que a mi padre. Y a Oleg. Defendería a Sofía. Pero no estaba dispuesto a hacerme el ciego ante las pruebas. Si ella era una espía o tenía vínculos con alguno de nuestros enemigos, mi lealtad sería a mi familia. No a ella.

—¿Qué encontró el equipo de seguridad? —preguntó—. ¿Cuando hicieron el barrido en busca de micrófonos?

Solté un suspiro y me dirigí hacia mi coche—. Nada. —Y menuda gracia, vamos—. Detectaron una leve señal de un aparato, pero no provenía del interior de la casa.

—¿Entonces la lectura era incorrecta?

Negué con la cabeza—. No. La señal se está captando fuera de mi edificio. No dentro. Puede ser cualquier cosa que alguien haya tirado en la propiedad de pasada.

Asintió lentamente, aún escéptico.

—Mira, no voy a hacer el tonto con esto.

Sonrió con cara de bobo—. Joder, primo. El amor nos vuelve *a todos* idiotas.

—¿Quién ha dicho que sea amor? —le desafié, sintiéndome como un mentiroso. Si supiera mejor cómo se supone que es el amor, podría decir algo. —No voy a ser un idiota con esto. Con ella. Voy a hablar con ella y averiguar qué pasa. —Siempre he sido demasiado meticuloso como para no prestar toda mi atención a este asunto.

—Bien. Y oye, si necesitas cualquier cosa…

Levanté la mano mientras se desvanecía con su oferta ambigua—. Sí, sí. Ya sé que puedo pedirte ayuda.

Subí a mi coche y volví a casa. Durante el trayecto, repetí en mi cabeza cómo había ido la noche anterior. ¿Sofía negó con la cabeza cuando le pregunté si era espía? ¿O acaso sacudió la cabeza de un lado a otro por lo fuerte que había terminado?

Nada más aparcar y entrar en la casa, inspeccioné el vestíbulo en busca de alguna pista sobre dónde podría encontrarla. No podía seguir durmiendo, pero bueno, igual sí lo hacía. La había dejado

agotada. Y Renee y Susana habían mencionado que Sofía se echaba más de una siesta esta semana.

Oleg apareció por el pasillo, frunciendo el ceño.

—¿Dónde está Sofía? —pregunté. No era el encargado de vigilarla, pero seguro que lo sabía. Siempre parecía saber qué ocurría por aquí, y cuando no era así, no tenía problema en hacer sus malditas suposiciones.

—En tu habitación. —Alzó la barbilla y soltó un suspiro hondo, como si se preparara para darme malas noticias—. Creo que está preparándose para largarse.

Abrí mucho los ojos—. ¿Qué? ¿Qué coño has dicho?

Negó con la cabeza—. Nada.

Le pasé de largo, volviendo a enfadarme—. ¿Nada? No me jodas, Oleg. Has hablado con mi padre.

—Me asignaron para ayudarte, pero él es mi jefe. Y el tuyo.

—También es mi padre. *Literalmente.* No deberías haberte saltado mi autoridad.

Levantó la mano y siguió caminando conmigo. Haría falta más que mis aires de superioridad para intimidarle. Me había visto en mi peor y en mi mejor momento, y podía soportar lo que hubiera entre medias—. No le he dicho nada a ella. Pero casi se topa conmigo y llevaba una bolsa. Como si estuviera intentando hacer la maleta e irse.

¡Joder!

Me froté la mandíbula y gruñí.—No. Eso no va a pasar ni de coña. Dile al equipo de seguridad que no está permitido que salga bajo ningún concepto.

No puedo perderla. No así.

—¿Vas a ser capaz de aceptarlo si se demuestra que es una traidora? ¿Una mentirosa?

Apreté los dientes y me giré para encararle.—Que te den. ¿Te vas a tragar tus malditas palabras cuando se demuestre que *no* lo es?

No estaba siendo obtuso ni terco por capricho. Lo que ella me hacía sentir era demasiado real. Demasiado bueno. No podía ser la mujer equivocada para mí. No cuando todo me parecía tan acertado con ella.

Él volvió a levantar las manos, como si quisiera indicar físicamente que estaríamos de acuerdo en no estar de acuerdo—por ahora.

Me apresuré a alejarme de él, encontrando a Sofía en mi habitación. No estaba haciendo la maleta. No estaba en la cama ni a la vista. Los horribles sonidos de sus arcadas llegaron a mis oídos y corrí al baño.

—¿Sofía?—Fruncí el ceño al verla incorporarse tras agacharse sobre el inodoro. El ruido del agua ya estaba a la mitad cuando ella pulsó la cisterna.

—¡Oh!—Se sobresaltó, reculando, claramente sorprendida por verme. Su rostro parecía pálido, su bronceado menos dorado de lo habitual a pesar de pasar tanto tiempo leyendo al sol en el balcón.—No sabía que volverías tan pronto.

—¿Esperabas que no estuviera?—pregunté, confuso. ¿Intentaba huir como decía Oleg, o él estaba suponiendo lo peor de ella? ¿Y por qué parecía tan enferma?

Solo se me ocurrió una cosa. Porque Claire y Natalie habían estado embarazadas recientemente y lidiaron con náuseas matutinas de vez en cuando.

—¿Estás—?

—No,—se apresuró a responder.—No esperaba que volvieras tan pronto.—Su respuesta era para la pregunta que había dicho en voz

alta, no a la que me rondaba la cabeza.—Te echo de menos en cuanto te vas. Siempre.

Frunciendo el ceño mientras ella volvía hacia el dormitorio, pasé la mano por la cabeza.—¿No te encuentras bien?—pregunté en su lugar. Aquello no era una pregunta tan comprometida o directa como preguntarle si estaba embarazada.

—No, no me encuentro bien. Comí un poco de esa tarta de queso que Renee dejó fuera ayer. Creo que estuvo demasiado tiempo fuera de la nevera y me ha sentado fatal.—Se tumbó en la cama, encogiéndose y abrazándose el costado.—Nada grave.

Entrecerré los ojos. Su respiración se entrecortó al final de su comentario.

¿Está llorando?

¿Lo está?

Estaba tan confuso, sin saber qué pensar ni qué decir, que solo pude quedarme ahí. La necesidad de consolarla luchaba con la de interrogarla. No tenía ni idea de cómo manejar esto. Cuando se recostó y abrazó una almohada, enterrando el rostro en la tela, parecía que apenas lograba mantenerse despierta y sin dolor.

No voy a sacarle ninguna respuesta así.

—¿Necesito ir a buscar a Claire?—Podría haber puesto algo más de preocupación en mi tono, pero me contuve de ablandarme demasiado con ella. Hasta no saber con certeza si era una amenaza y una mentirosa—una espía colándose justo bajo mis narices—tenía que andar con pies de plomo. Cada segundo de duda me sentía como un crimen, pero no le mentí ni a Sergei ni a mi padre. Me negaba a ser un ingenuo con esto, con ella.

—No. Por favor, no lo hagas. Solo voy a…—Soltó un profundo suspiro que casi pudo parecer un bostezo.—Solo voy a cerrar los ojos un minuto y dejar que se me asiente el estómago.

—Puedo—

—No. Por favor. No quiero molestarla ni ser una carga solo porque he comido algo que no me ha sentado bien.

La observé un momento, debatiéndome sobre cómo actuar.

—Tenemos que hablar,—le recordé.

No abrió los ojos.—Sé que quieres hablar.

Volví a entornar los ojos. Curiosa elección de palabras. Reconocía que yo quería hablar con ella, no que fuera a acceder a ello.

—Descansa, entonces. Y hablaremos después.

Salí de la habitación, odiando lo cobarde que era al darme por vencido. Por ahora solo. Realmente no tenía buen aspecto, y si la presionaba así estaba, probablemente acabaría incoherente y ni siquiera sabría lo que decía. Todos hemos pasado alguna vez por una gastroenteritis. El año pasado, Roman y yo sufrimos una intoxicación alimentaria infernal en su fiesta de cumpleaños.

Descansa. Y cuando te recuperes, vamos a llegar al fondo de por qué no consigo convencerme—ni convencer a nadie aquí—de que no hay nada sospechoso sobre ti.

Si estuviera embarazada…

No. No vayas por ahí. Aún no.

Ya me costaba bastante asumir siquiera la posibilidad de que me traicionara. Pero si le añadías un hijo—*mi* hijo o hija—no tenía claro cómo podría soportar este engaño.

26

SOFIA

El iba a preguntar. Iba a preguntar si estaba embarazada.

Vi la pregunta silenciosa en sus ojos cuando me encontró enferma en el baño.

Mientras yacía allí y cerraba los ojos con fuerza tras una breve siesta que, para mi sorpresa, sí me ayudó a calmar los nervios y el estómago, reviví cómo me había descubierto.

Ya sabía que no debía tener el estómago vacío estando embarazada. Lo había aprendido en los cursos de enfermería que había hecho, la mayoría antes de que la enfermedad de Esmeralda avanzara tan rápido y ella empeorara hasta el punto de que tuve que quedarme en casa para ayudarla con las tareas de mi tío en su casa.

Debería haber comido algo. Tal vez las náuseas no me habrían vencido tan pronto después de levantarme.

Ahora Andre sospechaba el doble de mí. Me había mirado preocupado, si quería ponerme romántica. Pero su preocupación quizá no fuera *por* mí y cómo me encontraba sino más bien por lo que pudiera estar ocurriendo.

Ya empezaba a darse cuenta de que me habían enviado aquí como espía—y yo tenía curiosidad por saber cómo había llegado a esa conclusión cuando en realidad ¡ni siquiera estaba espiando! No había nada que pudiera ofrecerle como información, y ya había dejado de buscar. Enviar a tío Roberto recibos antiguos de vajillas de alguno de los restaurantes o clubes de Orlov no era precisamente un escándalo ni secreto de estado.

Al despertarme y bostezar tras esa siesta que ni sabía que iba a necesitar tan temprano por la mañana, me di cuenta de que estaba sola en el dormitorio. No se había quedado para vigilarme ni molestarme.

Supongo que fue un detalle por su parte ofrecerse a buscar a Claire para mí.

Era lo último que necesitaba que pasara. Ella me vería y sospecharía que estaba embarazada. Y no era lo que quería cuando estaba tramando cómo salir de esta situación.

Soltando un suspiro profundo, cogí el móvil y lo revisé. Este viejo smartphone iba a morirse pronto, pero de momento, seguía funcionando. Más o menos.

Sin embargo, el teléfono desechable vibró, y me di cuenta tarde de que estaba aquí, en la habitación de Andre y ya no escondido en el armario del cuarto de la doncella.

Joder.

Me estiré por encima de la almohada que estaba abrazando y vi la bolsa de deporte en el suelo. Con razón el zumbido era tan fuerte. Era un milagro que Andre no se hubiera quedado y lo hubiera notado para cotillear.

Incorporándome con cuidado, me giré y cogí el teléfono que sonaba del bolsillo de la bolsa. Normalmente lo tenía en silencio—por razones obvias—pero debí pulsar los botones al bloquearlo y activar el timbre sin querer.

No me sorprendió ver que era el tío Roberto quien llamaba.

Contesté, echando un vistazo por encima del hombro para comprobar que Andre no estaba aquí. Que la puerta estaba cerrada.

—¿Hola? —contesté, hablando en italiano por si acaso. Apuesto a que Andre sabía suficiente italiano para defenderse de todas formas, pero tenía que ser lo más cautelosa posible hasta que lograra salir de este lío.

—Eres una estúpida, *estúpida* zorra.

Exhalé por la nariz, irritada por su saludo. Me había hablado así tantas veces que las palabras ya casi no dolían.

—¿Estás embarazada?

Me incorporé tan deprisa que me mareé.

¿Qué?

El impacto de lo que acababa de preguntarme podía ser la causa de ese mareo.

—¿Qué has dicho?

—Me has oído. Te mando ahí para que le espíes. Para que saques copias de la documentación sobre sus negocios. ¿Y te dejas follar por él? ¿Y te quedas embarazada? ¿Se puede ser más tonta?

Me quedé boquiabierta. No estaba faroleando. Hablaba como si *supiera* esto, como si pudiera demostrarlo. Pero, por Dios, ¿*cómo*? ¡Yo misma lo había descubierto esa mañana! Acababa de hacerme la prueba y ver el resultado positivo hacía apenas unas horas. ¿Cómo demonios podía *él* saberlo?

—Yo… Yo…

—¿Qué? ¿Eh? ¿Qué? ¿Qué excusa vas a balbucear esta vez? ¿Qué razón absurda vas a darme para explicar cómo has acabado embarazada? Tenías que seguir siendo virgen. Lo sabías. Se suponía

que debías mantener las piernas cerradas para que pudiera venderte.

Maldito cabrón.

Las lágrimas amenazaban con brotar.

—No era para que te lo tomaras como unas vacaciones, maldita guarra. No te mandé allí para que hicieras de puta y disfrutaras con su polla.

—Yo…

Sin palabras, furiosa, sentía que me atragantaba con mis propias palabras. —¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes…? —balbuceé, completamente perdida, furiosa y atrapada.

—Te estaba espiando, zorra. Cuando empezaste a vaguear y solo me dabas chorraditas sin ningún valor, me pregunté qué coño estabas haciendo. Hice que el florista metiera un micro en uno de esos ramos que el puto Orlov pidió que te enviaran.

¡Dios mío!

—He oído que *tú* dijiste que estabas embarazada.—

Me froté la cara, intentando comprender. Acababa de enterarme esta misma mañana. Me levanté y cogí la bolsa. Entonces Oleg me vio y se comportó de forma extraña. Volví aquí y—

No, espera. Las flores apestaban. Las saqué para tirarlas y, al abrir la tapa, olí el otro ramo que había tirado ayer.

Había puesto un micrófono allí. *Había puesto escuchas en las flores*. Tenía que haberlo hecho porque recordaba que, ahí fuera, hablando para mí misma, comenté lo sorprendida que estaba por estar embarazada.

Joder.

Había estado escuchándome. A mí y a Andre. A él y a Oleg. Todo desde que llegó ese ramo en particular. Con ese micro oculto, tuvo que oír a Andre y Oleg hablar sobre esa reunión con Rossi.

¡Él les tendió la emboscada!

Todo es culpa suya.

¡Y podía haber hecho que mataran a Andre!

—¿No tienes nada que decir ahora, eh?— gruñó. —No eres más que una zorra que se volvió traidora. Acostándote con el maldito enemigo. Con un Orlov. ¡Debería darte vergüenza!—

Negué con la cabeza, llorando por lo retorcido que se estaba volviendo todo. Todo se derrumbaba y se desmoronaba fuera de control.

—Eres una traidora—, me acusó.

En ese aspecto, tuve que darle la razón. Era una traidora. No le era leal. Pero no era porque me atreviera a buscar algo bueno, a vivir para mí y aceptar ese deseo que me unía a Andre. Era traidora para *él*, para el buen hombre que tan bien me había tratado. No para mi tío, al que deseaba muerto.

—Y por tu pecado—, continuó con un rugido grave y amenazador, —te arrepentirás envenenándole.—

Se me cayó la mandíbula. Me quedé mirando sin ver la pared de enfrente y me atraganté al inspirar.

—Me has oído. Si quieres volver a contar con mi favor. Si quieres tener un hogar al que regresar. Si no quieres que haga sufrir más a tu prima de lo estrictamente necesario. *Vas* a envenenarle, maldita zorra.—

Negar con la cabeza no era suficiente. No podía oírlo, pero la atrocidad de lo que proponía era tan absurda, tan descabellada y tan terrible de asimilar que tardé en volver a hablar.

—¿Me oyes? Vas a envenenarle. No se merece nada más. Espero que le envenenes con lo que encuentres a mano. Cuando superes esa prueba y me entere de que ha sido envenenado, empezarás a demostrar tu lealtad hacia mí.—

—*Que te jodan*.— Lo solté con toda la rabia ardiente que pude reunir en mi boca. —Que te jodan. ¿Qué te parece eso?—

—¿Tienes idea de con quién estás hablando?— rugió. —Muéstrame respeto. ¡Harás lo que te diga!—

—Te digo que te pudras en el infierno,— siseé. Ya estaba harta. No podía contener más este enfado. No lo soportaba más.

—No voy a demostrarte lealtad alguna porque nunca te la has ganado. Nunca la mereciste. Jamás me has tratado bien y estoy *harta* de la idea de que puedas vivir en este mundo y respirar el mismo aire que yo. Que te jodan, y que le den a tu lealtad. Hace tiempo que dejé de hacer "lo que tú digas", y ha sido la mejor decisión que he tomado nunca.—

Mi voz era aguda. No estaba siendo discreta ni silenciosa. No podía. Esa rabia me calaba por dentro, saliendo a borbotones con cada palabra que le escupía.

—No haré nada para hacerle daño. Ni siquiera intentaré perjudicar a ninguno de los que me han tratado mejor de lo que tú lo has hecho nunca.—

Solo se oía su respiración pesada y furiosa al otro lado de la línea. Jadeos calientes y rápidos. Como si estuviera a punto de soltar una tormenta de gritos contra mí.

—¿Entiendes lo que estás diciendo?— gruñó.

—Sí.— Alcé la barbilla. Decidida a mantenerme firme en lo que decía, a hacer lo que sentía que era justo, odiaba cómo me temblaba el labio inferior. Cómo no solo le desafiaba con mis

palabras. Estaba asumiendo que mataría o maltrataría a mi prima también.

Lágrimas abrasadoras corrían por mis mejillas, pero me negué a sollozar o a dejar que él oyera cómo esto me destrozaba por dentro.

—¿De verdad?— chilló. —¿Sabes lo que estás haciendo? Estás llamando a la *guerra*, zorra.—

Negué con la cabeza, negándome a aceptar eso.

Me iba. Iba a huir. Tenía mi distracción preparada y confiaba en que había logrado sobornar a unos cuantos sanitarios para transportar a Esmeralda a la clínica, si es que no la mataba antes.

No se libraría ninguna guerra por mí. No si yo conseguía escapar y empezar una nueva vida en otra parte.

—Te vas a arrepentir,— volvió a advertir. —No entiendes lo que estás eligiendo.—

—Sí que lo entiendo. Y jamás volveré a ser tu marioneta.—

Colgó la llamada. Sonó el tono de finalización.

Se rompió una presa dentro de mí. Llorando más fuerte, dejé caer el móvil desechable en mi regazo mientras me encorvaba y sollozaba por mi prima. Por el hombre al que quería tener la libertad de amar. Por todos los años de abuso y abandono que había padecido como su sobrina.

—¿Qué has hecho?—

Mi respiración se quedó atrapada en el pecho al oír la voz de Andre.

Me giré de golpe, mirándole mientras permanecía de pie junto a la puerta abierta, fulminándome con la mirada.

—¿Qué demonios me has hecho?— exigió.

Tragué saliva con fuerza, dándome cuenta de que había entrado y había escuchado mi conversación. Y al oírle exigir explicaciones en italiano, comprendí que había captado más de lo que nunca quise que él supiera.

Joder.

27

ANDRE

Escuché suficiente. Sus gritos me alarmaron y salí corriendo. Pero al verla temblar de hombros mientras chillaba a alguien por teléfono, comprendí que por fin estaba empezando a avanzar. Por fin estaba obteniendo las respuestas que llevaba demasiado tiempo necesitando analizar.

Tragó saliva, mirándome con los ojos desorbitados por el miedo. Como un ciervo deslumbrado por los faros, se quedó petrificada de puro shock y terror.

Ni de coña. Ni hablar. Su inocencia de cervatillo no iba a debilitarme ahora. Su cara surcada de lágrimas no iba a enternecerme.

Entré con paso firme en la habitación, cerrando la puerta de un portazo tras de mí. Oleg había querido activar un dispositivo de grabación y un micro que ya estaban aquí. Mientras Sofia dormía la siesta, habíamos comentado lo extraño que era detectar un micrófono oculto y no localizarlo con precisión. Le dije que colocara más por toda la casa para poder espiar a Sofia. Le ordené que activara los micros inactivos del edificio, un truco que ya había usado antes cuando celebraba reuniones aquí. Pero cuando le dije que siguiera adelante y escuchara hasta en mi habitación más privada,

en mi dormitorio personal, lo que esperaba era limpiar su nombre y disipar mis sospechas.

No demostrar lo equivocado que estaba respecto a ella. Por si acaso no había empezado a espiar aquí dentro, empecé a grabar con mi móvil mientras me enfrentaba a ella.

Acorrándola mientras ella estaba sentada al borde de la cama, ignoré lo asustada que parecía. Lo horrorizada que se la veía.

—Dímelo —ordené en inglés—. *Ahora*.

Si pensaba que había estado escondiendo algo por usar otro idioma, estaba equivocada. Hablaba fluidamente varios idiomas. ¿Qué negociador digno de ese nombre no lo haría?

—Yo...

—No. No quiero oír disculpas —le advertí—. Cuéntame de una vez qué coño está pasando.

Se quebró. Su rostro se retorció de dolor mientras bajaba la cabeza y sollozaba entre las manos. Antes de que tuviera que ordenarle otra vez que hablara, sorbió por la nariz y me miró de nuevo.

—No me llamo Sofia Gonzalez. Soy Sofia Giovanni, la sobrina de Roberto Giovanni.

—¡Joder! —rugí, apretando los puños tan fuerte que casi me hago sangre con las uñas.

—Él me obligó a buscar trabajo con esa agencia de empleos para entrar aquí como criada. Cuando mataron a su espía, Emilio, se desesperó por conseguir cualquier información posible sobre tus negocios de drogas y cómo funcionaban tus operaciones —volvió a sorber, con lágrimas acumulándose en sus ojos, pero siguió adelante —. Esperaba que viniera aquí a sacar fotos de todo lo que encontrara y se lo mandara por, por, por... —tartamudeó, cogiendo un modelo antiguo de teléfono barato—. Por este móvil desechable —me lo tendió, temblándole tanto los dedos que casi se le cae—. He

borrado todos los mensajes y llamadas porque fue lo que me ordenó. Pero si, si, si vuelve a llamar, puedes comprobarlo tú mismo.

Me quedé muy quieto, clavándole la mirada.—Continúa —le grité—. No te pares ahí, joder.

Después de tomar aire hondo, negó con la cabeza y bajó la mirada. Pero de nuevo, fue lo bastante fuerte como para encararme y seguir hablando.

Sabía que tenía que haber más.

—La noche que volviste a casa, esa primera noche, entré en tu despacho para buscar algo que pareciera lo que él quería. No pensaba quedarme aquí mucho tiempo. No quería. No quería hacer esto en absoluto.

—¿Por qué... —me interrumpí, gruñendo y dándome la vuelta para alejarme.

Mala pregunta.

Ella no habría tenido opción. Ningún poder. Si era hija de alguno de los hermanos de Roberto, estaría sola en el mundo. Se rumoreaba que Roberto había matado a su hermano y a su hermana para acaparar más poder y, si era cierto, este detalle de su pasado no era mentira. No tenía padres. Roberto Giovanni era un sádico retorcido y desde luego no iba a dejar que Sofia decidiera lo que quería hacer con su vida.

Pero en mi corazón ya no quedaba sitio para compadecerme de ella.

Podía entender cómo había llegado a esa situación, pero eso no la eximía de culpa, joder.

—¿Por qué? —repitió mi pregunta.

Me giré para fulminarla con la mirada. Al ver la aceptación abatida en sus ojos llenos de tristeza, lo supe. No tenía que preguntar. *Lo sabía*.

—Tu prima —respondí por ella.

No me había equivocado del todo con ella. No era una mala persona. Tenía un buen corazón. Toda esa compasión y altruismo no eran fingidos. La única manera en la que Roberto Giovanni podría haberla manipulado para que hiciera su voluntad era que tuviera alguna baza contra ella. Y la tenía.

Asintió y se secó las lágrimas de las mejillas. —Mi prima. Esmeralda sigue atrapada en su casa. Está demasiado débil para valerse por sí misma. Amenazó con retirarle todo el tratamiento y la medicación si no venía aquí a espiarle.

¡Maldita sea! ¡Joder!

—Así que no tenía elección. No quiero que sufra ni que tenga dolor durante el tiempo que le quede. No le sirve de nada, pero sabe cuánto me importa. Me obligó a venir aquí y espiar, si no ella sufriría. Entonces no te conocía. No conocía a ninguno de los tuyos. Y aunque lo hubiera sabido, aunque pudiera haberlo previsto... habría sido igualmente una causa perdida. Nunca habría podido salvarla.

Endureciendo mi corazón frente a su historia lacrimógena, la observé por si dejaba entrever algún signo de engaño. —¿Está muerta?

Alzó la cabeza y frunció el ceño. —No. No todavía. Y he estado intentando ahorrar y buscar la manera de trasladarla a otro centro, para que él ya no pueda hacerle daño.

Crucé los brazos, odiando cuánto deseaba correr hacia ella y abrazarla. Había venido aquí a espiar. Solo estuvo en mi vida para dañarme a mí y a mi familia.

—No sabía que tú y yo... que pudiera ser así.

—Ahórrame el drama —espeté. No quería escuchar su opinión sobre lo estúpidos que habíamos sido bailando alrededor de esa ilusión de lo que ella llamaba amor. Me sentía usado. Engañado. Traicionado.

—No espié. —Volvió a secarse los ojos, como si quisiera ser lo más objetiva posible—. Al principio lo intenté. Ni siquiera sabía qué buscaba, y tu despacho era tan desordenado y... —Se encogió de hombros—. Aquella primera noche, entré a escondidas con la esperanza de poder sacar una foto a algún documento que pareciera importante, y ya estaría. Podría volver a ser su cocinera y asistenta y cuidar de Esmeralda. Pero no encontré nada. Ese hombre entró y él mismo estaba espiando, buscando un mapa. Luego apareciste tú y le disparaste, y no pude soportar verte sufriendo.

—¿Pretendes que me crea eso?

Se encogió de hombros sin demasiado ánimo. —Cree lo que quieras. Más claro que nunca tengo que mi corazón blando será mi mayor debilidad y perdición.

—Creo que viniste aquí por nada más que para engañarme. Para pasarle información a mi enemigo.

Asintió. —Y es cierto. Por eso vine aquí. Pero no lo conseguí. No dejabas nada importante a la vista. Y después de que tú y yo... —Hizo una mueca—. Después de que nos acercáramos, ya no quería espiar para él. Me vi entre dos enemigos, y supe que defraudaría a mi prima, pero no quería que él tuviera nada tuyo. Porque empecé a importarme por ti. Le mandé recibos absurdos. Le envié una copia del informe de fontanería de una de las discotecas. No había nada que espiar aunque hubiera querido.

La rabia y el desamor me sacudieron por dentro. Oyéndola hablar así, sentía que ya no podía pensar ni ver con claridad.

La enviaron aquí para espiarme.

Solo estaba aquí para mentir.

Lo peor de todo era que tenía que aceptar la amarga verdad de que mi padre siempre había tenido razón. Oleg, también.

El amor me había cegado, si es que esto se podía llamar amor. Me dolía el pecho. Tenía el alma destrozada. Si esto no era amor, no quería conocer el verdadero. Esto ya era suficientemente doloroso.

Su confesión me hizo trizas. Porque si lo que habíamos encontrado era amor, se había acabado. Se había terminado. El perdón no llegaría en mucho tiempo.

—No sabía qué hacer. No podía ayudarle *a él*. Si me has escuchado en esa llamada hace un momento, eso era la verdad. No he sido leal a él desde que me importaste más tú que nada de lo que él quisiera. Y nunca lo seré. Me pidió que te envenenara y ni siquiera puedo imaginar hacerte daño.

Me burlé. —Llegas demasiado tarde para eso, cariño —gruñí.

Ella frunció el ceño. —Nunca fue mi intención. Solo quería hacer lo que creía que podía para que mi prima siguiera viva mientras le daba largas. No vine con ningún plan para involucrarme... en nada de esto contigo.

—No te sorprendas si no puedo creer ni una palabra más que digas.

Asintió despacio, alzando de nuevo el rostro hacia mí. —Entonces, cuando te explique que estoy embarazada, quizá deberías comprobar la prueba en el baño antes de fiarte de mi palabra.

Justo cuando pensaba que no podía ser más complicado, había conseguido lo imposible y me había dejado sin suelo bajo los pies.

28

SOFIA

Estoy muerta.

Soy una muerta en vida.

Viviendo con el tiempo prestado.

Voy a morir*.*

Me matará por esto, por todo esto.

Me tapé el vientre con las manos, deseando poder salvar la vida de este pequeño aunque no tuviera yo ninguna esperanza de sobrevivir.

Andre me fulminó con la mirada cargada de tanta maldad, tanta ira y una rabia feroz, que lo supe tan bien como sé mi propio nombre.

Iba a matarme.

No había ni una posibilidad de que aceptara bien la noticia y me dejara marchar.

Juega con fuego y ya verás, Sof.

No debería haber esperado que esto tuviera un final feliz.

El que juega con fuego se quema.

Y justo por eso no quería haberme implicado con él. En absoluto. Era precisamente la razón por la que me aferré a la lógica y me resistí a él, por mucho que le hubiera deseado y anhelado.

Ya lo había admitido todo. Me lo había quitado de encima. Cada gran secreto, cada una de las horribles mentiras que le había ocultado.

Excepto esa*.*

Confesarle que le quería *ahora* no serviría de nada. Además, no tenía sentido compartir esos sentimientos con él cuando ya había dicho claramente que jamás volvería a creerme.

—¿Qué?

Parecía como en estado de shock, pero no derrumbado del todo.

—Estoy embarazada. —Señalé el baño, odiando lo mucho que me temblaba el dedo al extenderlo—. Me preguntaba por qué me encontraba tan rara, así que cogí un test del baño de Natalie y me lo hice esta mañana.

Aun así, seguía mirándome enfurecido y concentrado en mí.

—Es tuyo —añadí, como si hiciera falta aclararlo—. Era virgen cuando tú… cuando nosotros... —Me encogí de hombros. Lo entendió perfectamente—. Y eres el único con el que... —Otra aclaración innecesaria.

—Estás embarazada.

Asentí con la cabeza, odiando la tensión de que me mirara así.

—Una *Giovanni* llevando un *hijo mío*.

La bilis me subió por la garganta y tragué el amargor rápidamente. Me revolvía el estómago la furia atormentada de su voz.

—Yo... sí —aclaré, confirmando verbalmente que pertenecía a una familia rival. Y que habíamos caído tan bajo en el deseo, en la lujuria y mi fantasía de amor que nuestro romance prohibido había dado lugar a una vida nueva.

Un bastardo, a sus ojos.

Una aberración y un error, según él.

Pero para mí, una dulce bendición.

—No. —Negó con la cabeza. Volvió a pasear, se pasó las manos por el pelo y miró al suelo como un loco—. No. Ni de coña.

Puse la otra mano sobre la que ya cubría mi vientre.

Si estaba intentando decirme que no, como si ese bebé no pudiera ser... tendría que matarme antes de pensar siquiera en hacerle daño. Me negaba a la mera idea de rechazar o terminar con esta vida.

Desesperada por sobrevivir y por recuperar aquel terreno común que una vez compartimos, mi determinación creció aún más.

Pruébame.

Prueba suerte, Andre.

Te reto*.*

Me marcharía antes de que pudiera intentar decidir qué debía pasar ahora.

El tío Roberto nunca se molestó en ilustrarme sobre política, pero escuché lo suficiente. Nací y crecí en una familia criminal. Sabía lo importantes que eran los herederos y la sangre. Cómo un bastardo podía hacer tambalearse una fortuna y un legado.

Esta nueva vida dentro de mí era un *bebé*. Y le protegería con mi vida.

No era cuestión de tener el corazón blando. No se trataba de preocuparme por nadie más.

Era la primera chispa de la maternidad que arraigaba en mi alma.

Pruébame, Andre.

La única manera de librarse de este bebé sería matándome primero.

Y aquello parecía inevitable, viendo cómo luchaba por asimilar todas las bombas que le había soltado durante la última hora.

Es todo culpa mía. Frotando mis dedos sobre mi vientre, caí en una depresión aguda y dolorosa mientras le hablaba mentalmente a mi hijo. Cargaba con toda la culpa de este desastre. Era, sin remedio, toda culpa mía.

Por haberme fijado en él. Por haber querido ayudarle cuando estaba herido. Por desear poder salvar a todos y preocuparme demasiado por los demás.

Por querer ayudar, no hacer daño.

Rendirme ante lo que creí que fue magia entre nosotros fue mi único error.

—No. —Lo repitió por última vez, y me puse tensa.

Cualquier segundo levantaría su pistola y me mataría por ser una espía. Le había visto impartir "justicia" así de rápido en otra ocasión, cuando vio a aquel hombre en su despacho.

—No —gruñó.

Me preparé para un golpe, sabiendo que también había fallado a Esmeralda. Ella me había dicho que viviera mi vida al máximo, por las dos, y allí estaría yo, muerta antes que ella.

No había forma de que me dejara vivir. Ni una posibilidad de que me mirase y quisiera perdonarme la vida.

—Joder... —Se cortó en seco mientras se dirigía hacia la puerta.

Sin volver la vista hacia mí, salió apresuradamente y cerró la puerta de un portazo tras de sí.

Di un salto por el estrépito.

Luego, a medida que el silencio colmaba la habitación, luché por mantener a raya el pánico.

Volvería.

Eso no había terminado.

Volvería para dispararme. O para ordenar a un guardia que lo hiciera. ¿Quizá me colgaran? O me torturaran.

Me puse en pie y apreté las manos contra mi estómago. Sin miedo por mí, pero preocupada por fallar a mi bebé y no poder salvarle, busqué una forma de escapar.

Las ventanas estaban demasiado altas. Ninguna otra puerta me daba un atajo a ninguna parte.

Estaba atrapada aquí, esperando con un suspense atroz a que ese hombre peligroso regresara con ese brillo asesino en la mirada para terminar de resolver el error que cometió al desearme.

Lo siento.

Lo siento mucho.

No puedo creer que vaya a acabar así.

Lo siento, pequeño.

Te quiero muchísimo.

Y te querré hasta mi último—

La puerta se abrió y me giré tan rápido que casi perdí el equilibrio y parpadeé sorprendida.

No era Andre que volvía para volarme los sesos.

Renee.

Se plantó en el marco de la puerta, frunciendo el ceño igual que el primer día. Su rostro curtido rebosaba desaprobación. Habíamos terminado siendo más amigas, pero con la orden que le habían dado para abrirme ahora, dejaba claro cómo había vuelto a sus prejuicios iniciales hacia mí.

—Qué lástima. Habríais tenido hijos preciosos con sus ojos azules y tu bonito pelo.

Alcé el mentón. —Mi hijo o hija será precioso pase lo que pase —contesté en ruso.

Ella arqueó una ceja, siempre frunciendo el ceño. —¿Ah, sí? —Inclinando la cabeza hacia un lado, me ordenó que la siguiera.— No te quiere en su cuarto.

¿Pero... quiere que siga con vida?

No protesté, convencida de que quería tenerme tan lejos como fuera posible.

Renee no me juzgó más mientras me llevaba al cuarto de las sirvientas en el que me había alojado al llegar aquí a trabajar. Ya había sacado mis cosas del pequeño espacio, y no aproveché para coger ropa ni nada esencial conmigo.

No creía que fuera a estar aquí mucho. Dudaba que viviera lo suficiente como para preocuparme de dónde me mandaban. La derrota me invadía, luchando contra mi obstinada determinación de salvar a mi bebé con cualquier milagro de último minuto.

Abrió la puerta y me hizo una señal con el pulgar para que entrara. Detrás de ella, esperaba un guardia.

Solté un suspiro tembloroso y crucé al interior de la habitación. El malestar volvió multiplicado por diez. Con todo este estrés. Sin agua

ni comida...

La puerta se cerró detrás de mí.

Me detuve en el centro del cuarto y escuché el inconfundible clic del cerrojo al echarse.

Seguía viva.

Aún atrapada.

¿Por qué?

Bajando la cabeza, sentí cómo mi corazón se partía y agrietaba en más pedazos irreparables, dejando que mi espíritu roto se adueñara de mí.

¿Por qué me perdonaría la vida?

¿Por qué no me está echando?

¿Por qué... tiene que ser así?

Arrastré los pies hasta la cama y me tumbé. Cerrando los ojos con fuerza, intenté respirar entre el temor y la agonía, comprendiendo una nueva realidad con amarga claridad.

El karma era un castigo.

Y estaba a punto de pagar por todos mis pecados, sin una pizca del amor que me engañé pensando que podía alcanzar con el hombre furioso al que traicioné.

29

ANDRE

No podía quedarme allí mirándola. Ver el miedo y la tristeza en su rostro tan expresivo me enfurecía. Esas expresiones no tendrían que estar ahí. Esas emociones no deberían estar desgarrándonos así.

Había parecido demasiado real. Demasiado bueno.

Cada beso que me daba. Cada abrazo que le aceptaba. Todas esas veces que ella cedía y yo la cuidaba. El vaivén de nuestro deseo había ido creciendo y nos conducía hacia algo tan brillante y fuerte, que no quería ni plantearme lo equivocado que estaba respecto a ella.

Pero lo estoy.

He estado tan equivocado en todo.

Parece que aún no sé lo que es el amor. Y puede que nunca llegue a saberlo. No con ella.

Oleg levantó las cejas al verme salir de la habitación. Me moví como si llevara anteojeras, con una oscuridad nublando mi visión periférica mientras mi mente iba a mil y el corazón me retumbaba en el pecho.

—Busca a Renee —ordené—. Podía escuchar lo que había grabado más tarde. A él no le habían engañado. Seguía desconfiando de ella, como debería haber hecho yo. La expresión de mi cara bastaba para indicar que aquella conversación no había salido como yo esperaba —. Haz que lleve a Sofia a su antigua habitación y que la vigile allí.

Asintió con la cabeza una vez. No hizo más preguntas. No necesitaba más detalles. No en ese momento. Haría lo que le pedía, y Renee también.

Podía confiar en que se encargarían de asegurar a la mentirosa y espía a la que yo había querido amar.

Mientras ellos lo hacían, yo debía hablar con el hombre al que le debía una disculpa.

El trayecto hasta el edificio de mi padre fue como un borrón. Nada se registraba. Nada podía. Atrapado en esa bruma mareante de rabia y confusión, apenas podía mantenerme en pie con el peso de la decepción desplomándose sobre mí, hundiendo mi alma aún más y cabreándome. Si me permitía pensar en todas esas veces que había querido defenderla y desear que lo nuestro fuera real y no una mentira, me odiaba aún más, alimentando el fuego de la autoinculpación.

Le encontré en su despacho, sentado en su escritorio y terminando una llamada, justo cuando bajaba el teléfono y lo dejaba sobre la mesa. Alzó la vista y enarcó las cejas, dándome la habitual expectativa silenciosa de que explicara por qué me presentaba sin avisar. Su puerta siempre estaba abierta para mí, pero normalmente yo estaba demasiado ocupado o no paraba quieto con el trabajo. O últimamente, dedicando todo mi tiempo a Sofia.

Ya no más.

A la mierda.

Ni siquiera sabría cómo volver a lo que teníamos.

Me senté sin decir palabra y saqué el móvil. Porque tenía el presentimiento de que Sofia estaba a punto de romperse y confesar sus secretos, lo había grabado.

Pulsé reproducir en la grabación tras dejar el dispositivo sobre su mesa para que lo escuchara.

Todo.

Frunció el ceño y prestó toda su atención. No dijo nada, simplemente escuchó. Lo oímos completo una vez, y lo puse otra vez desde el principio sin que me lo pidiera.

Empecé a grabar en cuanto la oí gritar en italiano, así que capté parte del final de su llamada con Roberto Giovanni. Incluida, su negativa ante la exigencia de que me envenenara. Mantuve el móvil en el bolsillo mientras ella me confesaba sus pecados. Quedó registrado cada palabra entre lágrimas. Escuchar la rabia en mis preguntas y respuestas hizo que todo calase aún más hondo.

Esto no era una pesadilla, sino la realidad.

De verdad lo había hecho. Lo reconoció. No era ninguna invención mía, ni una fantasía.

La grabación se cortó antes de que llegara a confesar que estaba embarazada. Se oían ruidos, y supuse que al andar o al levantar las manos, debí mover el teléfono en el bolsillo y se cortó.

Mientras permanecía ahí, sintiendo la quemazón de la mirada de mi padre sobre mí, lo agradecía, en el fondo. Tener que explicar que estaba esperando un hijo mío era un nivel de caos mental para el que no estaba preparado todavía.

Durante varios momentos largos y tensos, mi padre no dijo nada. Se quedó ahí, solidarizándose conmigo, y parecía estar pensando qué debía aconsejarme.

Y lo haría. No le quedaría otra que hacer algún comentario u orden. Que ella estuviera allí espiando nos afectaba a todos.

—Tenías razón —dije por fin, incómodo con el silencio. Era demasiado asfixiante estar allí sentado en ese silencio. Una necesidad rabiosa de moverme y sacar toda esa energía horrenda que llevaba dentro me consumía por dentro, como una bomba embotellada—. Tenías razón sobre ella.

Soltó un suspiro profundo y asintió. Entrelazando los dedos, apoyó la barbilla sobre las yemas. —¿Qué vas a hacer?

Eso fue todo. No me regañó —¿y por qué iba a hacerlo si yo era un adulto, no un niño?—. Tampoco se regodeó —porque no era un cabrón vengativo conmigo.

Solo quería saber qué haría yo ahora.

Sin embargo, esa pregunta me paralizó, porque de verdad no tenía ningún plan, ninguna reacción más allá de intentar respirar a través del shock y dejar que se asentara con toda la decepción que se acumulaba dentro de mí.

No puedo dejarla marchar.

—Debería dejarla ir.

Me sostuvo la mirada, esperando.

—Es imperativo eliminar la amenaza de cualquier espía que conspirara contra nosotros.

Carraspeó y asintió.

Pero ella no lo hizo. No pudo haberlo hecho.

Puede que quisiera intentarlo, pero no era tan estúpido como para dejar papeles por ahí. Por eso prefería lo digital. Y al final, ella solo le despistaba con pistas falsas, dándole recibos de tonterías.

—Esperas que sea tajante erradicando cualquier peligro para la familia, para mí mismo.

De nuevo, se quedó ahí sentado observándome.

Pero ella no tenía poder para matarme.

Ambos la escuchamos desafiar a Roberto y decirle que me había elegido a mí. Pero su palabra no era dogma. Porque Roberto había pagado para poner ese micro en el ramo que le encargué, y así ella fue, indirectamente, la forma en la que él supo cómo tenderme la trampa con esa reunión con Rossi.

—Debería echarla de aquí.

Alzó las cejas. —¿Y qué, que vuelva con él? —preguntó—. Ahora es un cabo suelto.

Es la madre de mi hijo.

Él aún no lo sabía. Esa parte de su confesión no se había grabado. Guardé ese secreto para mí, porque eso lo cambiaría todo. Él no echaría ni ordenaría matar a su propia sangre, aunque fuera un bastardo con un enemigo. Esperaría que yo me quedase con el niño, con la idea de criarlo como un Orlov.

Y tampoco puedo hacer eso.

Simplemente no podía. No soportaría apartar a mi hijo de ella, igual que no soportaría que nadie la hiciese daño o le castigase.

—Piénsatelo —me aconsejó por fin—. Medítalo esta noche.

Solté un hondo suspiro y asentí. —Eso pretendo. Si no es por otra razón, al menos para darme la oportunidad y un poco de tiempo para superar el shock y procesarlo. Para poder volver a pensar con claridad.

Siguiendo su consejo, me marché a casa con la intención de beber hasta dormir. Mi cabeza iba demasiado rápido como para serenarme y descansar. Estaba alterado y molesto, el pulso demasiado acelerado para que me llegase el sueño.

Antes de poder sentarme en mi bar, dejando todas las luces apagadas para sumergirme en la oscuridad y dejar que el vodka

hiciera su magia, Oleg carraspeó, anunciando su llegada.

—¿Qué? —me encogí, recordando que le debía una disculpa—. Tenías razón—

Alzó una mano, no estaba allí para regodearse ni echarme nada en cara.

—Eso da igual.

Como que da igual. Tú has sabido mantener la cabeza fría. Yo no. No he podido.

—Solo estoy aquí para preguntar cuándo debo ocuparme de ella.

Fruncí el ceño. —¿Ocuparte de ella?

—La van a eliminar, ¿no?

Negué con la cabeza. ¡Nadie iba a matar a la madre de mi hijo!

—¿Va a… quedarse con nosotros?

De nuevo, me costó averiguar si preguntaba si permitiría que viviera entre nosotros, o si quería saber dónde la íbamos a tener retenida.

—Sí.

—¿Quieres que viva aquí? —se burló.

—Por ahora —solté, sirviéndome un trago.

—Pero…

Me detuve, fulminándole con la mirada.

—Desde un punto de vista de seguridad, ¿no sería más sensato eliminarla? Con todos los secretos que tiene—

Dejé la botella sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía. —¿Y qué cojones de secretos son esos? —gruñí.

Me observó, sin mostrar reacción alguna, como buen guardaespaldas y respaldo que era.

—¿Dime qué secretos conoce? —le reté a que me diera un solo ejemplo—. No encontró nada en ese despacho —levanté la copa, señalándole con un dedo—. Lo sabes de sobra. ¿Entonces qué peligro representa? Jamás le conté nada de negocios. Nunca quiso saber, jamás preguntó.

—Roberto Giovanni le ordenó que te envenenara —me recordó, incrédulo.

—¿Y lo hizo?

Apretó los labios en una línea firme. —*Dice* que no lo hará.

Gruñí. —Entonces asegúrate de que no pone las manos en ningún puto veneno, ¿eh?

—¿Se queda aquí?

Asentí. —Hasta que pueda decidir lo contrario. Lo hablaré con Renee. Ella podrá vigilarla. No quería ver a Sofia hasta sentirme insensible ante la traición, ante este abismo de dolor que me atravesaba tan hondo. Pero, al mismo tiempo, no había ni la menor posibilidad de que la dejara marchar. No sería capaz de soltarla sabiendo que lleva a mi hijo, a mi futuro—uno que nunca imaginé que ocurriría así, entre mentiras y engaños.

No por esta absurda y falsa noción de "amor".

Cuando Oleg me dejó solo, apuré mi trago disfrutando del ardor del licor bajando por mi garganta, mientras me servía otro.

30

SOFIA

La mañana después de lo que sentí como el fin de mi vida amaneció igual que cualquier otro día.

Pero nada era igual. Nada volvería a serlo nunca.

Había traicionado al padre de mi hijo, el enemigo de mi tío. Confesar todos mis secretos no fue una experiencia catártica ni liberadora. Me sentía igual de a flor de piel y vulnerable, llena de vergüenza y culpa, que ayer, cuando me derrumbé y lo confesé todo.

Pasé la noche entera reviviendo una y otra vez cómo me había mirado con ese ceño fruncido y esa rabia tan fría.

Por la mañana, encorvada sobre el pequeño váter del baño adjunto, lidiando de nuevo con las náuseas matutinas, oía su voz furiosa resonando en mi cabeza.

En cualquier momento, vendría a dispararme.

La puerta podía abrirse en cualquier segundo, y me ordenaría la muerte.

A los topos no se les concedía una segunda oportunidad.

Los espías no podían suplicar misericordia.

Así de despiadada era la naturaleza de este mundo en el que estábamos atrapadas.

Las traiciones se pagaban con castigos de dolor y muerte.

Pero no la tuya.

Suspiré y me puse en pie, presionando una mano contra mi vientre. Si había algo que podía hacer bien, era salvar esta vida inocente.

Las bandejas de la comida y la cena seguían intactas en la pequeña mesa junto a la cama. Renee las había traído ayer, y casi me reí de la ironía. ¿Andre quería que estuviera *alimentada* cuando diera la orden de matarme? Un chiste de mal gusto.

De todas formas, no tenía nada de apetito. Entre el estrés y las náuseas, ni siquiera podía intentar retener nada en el estómago.

Hasta mis ganas se apagaron. Otro día más encerrada aquí era como una tortura.

Porque sabía perfectamente cómo seguía la vida ahí fuera, mientras yo seguía encerrada en esta habitación, como un animal indefenso en una jaula esperando la ejecución.

Mi tío seguía ahí fuera, furioso y esperando mi lealtad.

Mi prima seguía ahí fuera, débil y muriéndose de dolor.

Mi amante estaba—

No. Basta.

Presioné los nudillos de las manos contra los ojos y solté un quejido suave.

No pienses en él. No vayas por ahí. Revivir el horror de ver su expresión furiosa y herida me perseguiría el resto de mi vida—que ni siquiera parecía que fuera a durar mucho más.

Al oír cómo giraban los cerrojos en la puerta, me giré y me puse a temblar. Tiritaba, las rodillas me fallaban mientras intentaba mantener una postura firme.

Ya estaba. Venía a matarme. O mandaba a alguien para ejecutarme.

Todos esos momentos tan valiosos de sumisión e intimidad no le habían importado lo más mínimo. No podía haber sido así si no estaba dispuesto a ver que le elegí a él por encima de mi apellido, mi familia, mi tío.

Pero no era Andre. Ni Oleg.

Anya estaba de pie en la puerta. Me miró con el ceño fruncido, repasándome de arriba abajo de forma crítica. Después de lamerse los labios, dejó caer los hombros—¿Cómo has podido?—preguntó.

—¿El qué exactamente?—respondí. No tenía ni idea de qué le habrían contado. Solo contaban las verdades más crueles ahora. Nuestra amistad no sobreviviría a esta tormenta.

—¿Cómo has podido ocultarlo todo durante tanto tiempo?—Entró en la habitación, levantando una mano para mantener a raya a los dos guardias Orlov que la seguían.—Pensaba que éramos amigas. Pensaba…—frunció el ceño.—Pensaba que estábamos empezando a ser amigas, y todo ese tiempo, ¿no pudiste confiarme nada? ¿No me veías como una aliada, digna de confianza y de ayudarte?

Bajé la cabeza, emocionada de que le importara. Impresionada de que quisiera estar cerca de mí, incluso ahora.—¿Ayudarme *a mí*? ¿A una Giovanni, la rival de los Orlov?—

Andre me había explicado cómo había estado tan distanciada casi toda su vida y cómo aún seguía aprendiendo y adaptándose a la vida de la Mafia. Todavía no era consciente de todas las intrigas y tejemanejes de nuestra política.

Puso los ojos en blanco.—*Tu tío*. Tu tío es el rival y el enemigo. Tú solo estás atrapada en este lío.—

—Eres un encanto por sugerirlo, pero—

—No estoy *sugiriendo* nada —saltó ella, usando ese tono descarado que apostaría a que todas las adolescentes tienen de serie—. Te estoy diciendo que *tú* eres demasiado buena para ser enemiga de nadie. Te importa demasiado como para ser esa "mala" en esto del espionaje.

—¿Cómo…? —negué levemente con la cabeza—. ¿Cómo sabes siquiera lo que ha pasado? —me asomé por detrás de ella—. ¿Ha hablado Andre contigo? ¿O te ha mandado para… molestarme? Él me odia y, por lógica, tú también deberías. Estoy perdida.

—Claire se coló en el despacho de Mikhail para mandarse una copia de una grabación —susurró—. No lo cuentes.

No pude evitar soltar una risita débil. *No lo cuentes. Qué gracioso.* Estaba harta de "no contar nada".

—Oímos tu confesión. Toda. Y me ha dolido que no se te ocurriese contármelo a *mí*, o a Claire, o incluso a Natalie, sobre lo atascada que está tu prima y cómo te han obligado a estar aquí y… —Tomó aire de golpe y negó con la cabeza, como si así pudiera frenar su verborrea—. Nos tenemos que ir.

Me quedé boquiabierta. —¿Qué?

¿De verdad esta adolescente iba a intentar sacarme de aquí?

—Nos tenemos que ir.

—¿Te refieres a que *tú* tienes que irte? Porque tu hermano se va a poner furioso si se entera de que me hablas y parece que estás de mi parte y—

—No. *Nosotras* nos tenemos que ir. Tenías esa cita en el hospicio para firmar los papeles para tu prima. Para que la trasladen, como habías planeado.

Parpadeé varias veces, atónita. —Anya. No creo que Andre lo apruebe—

—Entonces, me quedaré con la filosofía de Roman: es mejor pedir perdón que permiso. —Me dedicó una pequeña sonrisa.

Negué con la cabeza, sorprendida de que le importara. —Anya, no. Me niego a dejar que te pongas en peligro o algo por el estilo por mí.

Puso los ojos en blanco.

Renee se acercó paseando y examinó a los dos guardias, luego a Anya. No estaba impresionada.

Instintivamente levanté las manos. —No estoy haciendo nada.

Bufó. —Claro que no.

¿Eso es una muestra de confianza? ¿O… qué?

—Me llevo a Sofia al hospicio.

Las cejas de Renee se arquearon muchísimo. —¿Al *hospicio*?

—Por su prima. Para que firme los papeles para su prima, que hay que hacerlo hoy o si no perderá el sitio del traslado —aclaró Anya, sin miedo ante la mujer intimidante.

Me encantaba que se pusiera de mi parte, pero esto no iba a suceder. —Anya. Renee. No. No puedo… —hice una pausa, luchando contra las náuseas—. No voy a ir a ningún sitio. Sé cuál es mi sitio y que todo lo que he hecho no se puede deshacer. He hecho mi cama y me tocará dormir en ella y—

—¿A qué vienen tantos acertijos? —saltó Renee.

—No intento escapar —dije. Debería, pero mi plan era suplicarle a Andre que perdonara la vida de nuestro hijo. Haría lo que fuera para que aceptara.

—No estás escapando —dijo Anya—. Te vienes conmigo y luego volverás aquí a esperar a que mi hermano se saque la cabeza del culo y haga las paces contigo. —Me hizo un gesto para que la siguiera.

—No lo va a hacer. Anya, va a matarme.

Las cejas de Renee se alzaron aún más, de forma casi cómica. —¿Que *qué*?

—Le mentí y venía aquí para—

Renee me cortó con un gesto de la mano. —No te va a *matar*. Solo está enfadado y necesita decidir cómo reaccionar. Es un hombre, Sofia. —Se dio unos toquecitos en la sien—. Todos son así. —Lanzó una mirada burlona a los dos guardias.

—No estoy de acuerdo, pero—

Anya suspiró y me cogió la mano. —Ya discreparás luego. Ahora tienes que moverte para firmar esos papeles.

Me emocionó que incluso recordase que había programado esto para hoy. Yo pensaba *pedírselo* a Andre, alguna forma de llegar allí y firmar los papeles, pero visto lo ocurrido desde que hice la cita, todo me pillaba a contrapié.

—No puedo simplemente… —No quería empeorar el enfado de Andre si me iba.

—Venga *ya* —insistió, ladeando la cabeza para indicar a los guardias que nos acompañasen—. Volveremos en cuanto podamos. Y tú y Andre podréis hablar. Si es que para entonces ya no le dura la resaca —puso los ojos en blanco.

Renee nos observó mientras nos íbamos, con los dos jóvenes guardias siguiéndonos de cerca.

—¿Esto…? —me giré hacia ellos por encima del hombro—. ¿Está bien?

No dijeron nada, al parecer haciendo caso a la orden de Anya. Parecían jóvenes, quizá nuevos en el puesto, y temí que los matasen por desobedecer la orden de retenerme aquí.

Lo que tenía aún menos sentido era que el conductor nos esperaba fuera. Asintió a Anya, sujetando la puerta de atrás para nosotras.

En menos de un minuto, había pasado de ser una rehén a salir en coche del edificio.

Me costaba seguir el ritmo de todo mentalmente, confusa y apenas capaz de asimilar los cambios.

—Anya, esto es peligroso.

—Se le pasará —dijo, frunciendo el ceño mientras me estudiaba—. Y cuando le pase y todo vuelva a la normalidad, tienes que dejar de ocultarme cosas grandes así si vamos a ser amigas. Si necesitas ayuda, *pídela*. Si te enfrentas a algo difícil, *cuéntamelo*.

Lágrimas de alegría se aferraban a mis párpados. —Oh, Anya. —Era el tipo de amiga y confidente que había necesitado durante tanto tiempo. Esmeralda solía ser mi compañera inseparable antes de caer enferma. Siempre estábamos bajo el yugo de nuestro tío, pero al menos nos cubríamos las espaldas cuando podíamos.

Justo como Anya quería hacer conmigo.

—No es tan sencillo.

Ella negó con la cabeza. —Sí lo es. Puede serlo.

—No hay forma de volver a la 'normalidad' después de lo que he hecho.

Resopló. —¿Después de lo que has hecho? Intentaste espiar para ese hombre y no lo conseguiste. —Alzó una ceja—. Aquí paz y después gloria.

—¿Aquí paz y después gloria? —exclamé, tan sorprendida que se me escapó una carcajada nerviosa—. ¿Cómo puedes pensar eso?

—Porque… como dice Roman, es mejor pedir perdón que pedir permiso.

No estaba segura de cómo encajaba eso en este contexto, pero desde luego no tenía el ánimo filosófico. Se lanzó enseguida a hacerme preguntas sobre cómo podría lograr sacar a Esmeralda de casa de mi tío. Aunque no soltó ninguna tontería como sugerir que pidiera ayuda a la fuerza Orlov, sí prestó atención a mis vagas ideas de mentirle a mi tío y hacerle salir de casa. —Me inventaré algo que le saque de allí.

—¿Alguno de los guardias querría ayudar? ¿O lo haría?

Hice una mueca y negué con la cabeza. —Quizás uno de los hijos del chófer. Limpia los coches y suele merodear por atrás. Es majo.

—Bien. —Frunció el ceño mientras aparcábamos en el hospicio—. Sé que Andre te ayudaría si pudieras pedírselo—.

Puse mi mano sobre la suya. —No, Anya. No lo haría. Si se metiera en la propiedad de mi tío para sacar a Esmeralda, estaría provocando una guerra. No puedo—y no voy—a pedirle algo así. —Entrecerré los ojos—. Y viendo lo independiente que eres, será mejor que no maquines alguna idea descabellada para intervenir. —Eché un vistazo a los dos guardias de delante, conectando con sus miradas a través del retrovisor, esperando que me entendieran y se aseguraran de que Anya no hiciera ninguna locura.

Llegamos, y ya no hubo tiempo de discutir más sobre el tema.

Sin embargo, en cuanto salimos del coche y caminamos hacia el edificio, no hubo tiempo para nada más que gritar.

Un coche se acercó a toda velocidad, cortándome el paso hacia el edificio. Anya chilló, echándose hacia atrás. Los jóvenes guardias de Orlov la sujetaron, apartándola y protegiéndola del peligro. Uno desenfundó su pistola, pero ya era demasiado tarde.

—¡No! —lo grité, con la esperanza de que alguien del centro me oyera. Esperaba que alguien de la acera, cualquiera de la ciudad, fuera un inocente transeúnte y se convirtiera en mi héroe.

Tres soldados Giovanni salieron del coche y se abalanzaron sobre mí. Sus trajes se difuminaban como sombras en este gris día lluvioso. Se lanzaron sin dudar. Aprovechando el factor sorpresa, me rodearon.

Daba igual si retrocedía o salía corriendo. Si intentaba golpear, patear o luchar.

Eran demasiados. Me atraparon. Y, mientras intentaba gritar, revolverme y liberarme, me levantaron sin apenas esfuerzo y me lanzaron al maletero.

Todo sucedió en un instante.

Me estaba quedando atrás, otra vez.

Demasiados detalles cambiaron de golpe.

Habían aparecido, me arrancaron del aparcamiento, y desaparecí.

Abrazando mi estómago con los brazos, protegía a mi bebé de posibles golpes. Rodé. Mi espalda chocó contra la pared. Como un trozo de basura tirado al maletero, me zarandearon y acabé magullada por el traqueteo y las curvas bruscas.

Un segundo antes estaba allí con Anya, tratando de urdir mi plan para salvar a mi prima.

Y al siguiente, estaba en el maletero, sin duda camino "a casa" para enfrentar la ira de mi tío.

Apretando los ojos con fuerza, intenté contener las náuseas.

Fruncí el rostro, haciendo una mueca, mientras intentaba calmar mi mente desbocada.

Aunque en el fondo, donde más sufría era en el pecho.

Cuerpo, mente y alma.

Temía haber vuelto a fallar—esta vez, había fallado a Andre al no poder proteger a su bebé, ese al que ni siquiera parecía querer.

Lo siento, pequeño.

Lo siento mucho.

El coche se detuvo de forma brusca, haciéndome resbalar sobre la áspera superficie del suelo. La oscuridad me envolvió mientras aguardaba, conteniendo la respiración, para lo que viniera a continuación.

El infierno.

La miseria.

El sufrimiento.

La muerte.

Esas eran las únicas opciones que veía ante mí, por mucho que me empeñara en luchar por mi libertad. Después de todo lo que había hecho, no habría un *bienvenida* cálida y amistosa ahora que estaba fuera de casa de Andre.

31

ANDRE

Latidos palpitantes me llenaban la cabeza al recuperar la conciencia. Gemí, llevándome las manos con torpeza a las sienes, presionando con la esperanza de frenar el dolor. El golpeteo sordo solo se intensificaba, fastidiándome mientras me desprendía de la confusa máscara del sueño al despertar.

—Joder —murmuré, obligándome a incorporarme la mañana siguiente a haberme bebido hasta caer en el olvido.

—Andre.

Hice una mueca y abrí los ojos al oír la voz de mi primo.

Sergei estaba allí. En la puerta de mi despacho. No había encontrado ni fuerzas ni ganas para ir a mi dormitorio anoche, sabiendo que estar ahí me recordaría demasiado toda la dulce sumisión que me había dado Sofia entre esas paredes.

¿Pero por qué…?

¿Eh?

Me incorporé y traté de contestar a Sergei, que me llamaba.

Ah.

Ese ruido era él, golpeando la puerta cerrada.

Tenía la boca tan seca, la lengua tan pegada al paladar, que tuve que toser y forzarme a tragar con dificultad. —¿Sí? —ronquée.

Él tomó aquello como permiso para entrar. Entró a zancadas y frunció el ceño. —Joder. Mírate…

Volví a gemir, incorporándome más mientras me sujetaba la cabeza.

—Por el amor de Dios —murmuró, dirigiéndose a la barra para llenarme un vaso de agua y traérmelo. Al menos lo dijo con compasión, no con juicio.

Asentí débilmente en señal de agradecimiento y tomé un sorbo.

—¿Dónde está Sofia?

¿Esto es una broma?

Fruncí el ceño mirándole, aún dolido y enfadado y tan triste que podía romperme de un momento a otro. —Ya te habrán contado —respondí, desafiándole a hacerse el tonto.

—Sí. Todos hemos sido informados de su… confesión de ayer. Por eso estoy aquí. Para interrogarla.

—Eso sí que no. —Me incorporé de golpe. A pesar de todo, seguía defendiéndola. Me preguntaba cuándo se me iría esa mancha.

Él soltó un suspiro y me empujó del hombro hasta que volví a sentarme. —Sí que lo haré. Mientras tú te estabas claramente anestesiando aquí dentro toda la noche, Roman y yo hablamos con el tío Mikhail. *Él* quería hablar con ella personalmente.

Abrí los ojos de par en par, alarmado, y el dolor del gesto me hizo hacer una mueca. Joder, tenía una resaca del demonio.

—Roman se ofreció, pero no se le da nada bien interrogar a nadie. Yo me ofrecí a hablar con ella.

—Eso ni pensarlo. *Yo* lo haré—

De nuevo, tuvo que empujarme del hombro para que no me levantara.

—Tú no lo harás. Estás demasiado implicado. Demasiado emocional. Déjame mediar, primo. Si puedo ayudar como parte neutral, lo haré.

Cerré los ojos y me desplomé sobre los cojines. Ya no había nada neutral entre ella y yo. Estaba herido. Pero la echaba de menos. Me enfurecía que me hubiera engañado. Y aun así la deseaba. Sospechaba de ella al mismo tiempo que me preocupaba por su bienestar y seguridad.

Quizá tenía razón. —Vale.

—Pero ¿dónde está? —preguntó.

Fruncí el ceño. —En su habitación de antes. Pregúntale a Renee.

—He mirado. —Negó con la cabeza.— No está allí.

Esta vez me levanté y ni siquiera tambaleé hacia un lado. —¿Qué coño quieres decir?

—No está en la habitación. La puerta está abierta y sin cerrar con llave.

Antes de que terminara de hablar, ya estaba corriendo. Primero trotando y luego esprintando. Me siguió cuando salí disparado de la habitación para comprobar por mí mismo si estaba allí.

Por mi mente cruzaban los peores escenarios posibles, cada uno más horrible que el anterior.

Mi padre. Se habría ocupado él mismo del asunto de la espía y podría haberla matado.

¡Oleg! Había dudado tanto sobre dejarla viva aquí...

Alguien habría tenido que hacerla desaparecer, en contra de mi voluntad. Y el miedo a que *se hubiera ido* destrozaba de nuevo mi maltrecho corazón.

Jadeando, me detuve en seco ante su habitación. Tal y como había dicho Sergei, estaba vacía. Me aferre al marco de la puerta para sostenerme mientras contemplaba el espacio desierto.

Se había ido.

La furia me recorrió la columna vertebral como un latigazo, y apenas era consciente del jadeo que escapaba de mi pecho, respirando como un animal salvaje, fuera de sí.

Se ha ido.

Está—

—Andre.

Me giré en redondo para encarar a Oleg, que se acercaba apresuradamente.

—¿Dónde está? —rugí—. *¿Dónde está?*

Se suponía que debía confiar en él. Había estado a mi servicio, trabajando para la familia, durante años, ¿y aun así se atrevía a actuar a mis espaldas y llevársela?

—La tiene él.

Parpadeé rápido, intentando seguirle el ritmo.

No estaba engreído ni se le veía ufano por sacarla de allí. No me miraba como si estuviera preparado para encajar mi rabia ante su insubordinación.

Con el móvil en la mano y un auricular metido en la oreja, se mostraba serio y grave. Concentrado y preocupado.

—¿Quién?

—Giovanni.

¡Joder!

¿Cómo?

¿¡Pero cómo cojones!?

Me hizo señas para que lo siguiera.—En la sala de seguridad, rápido.

Sergei vino conmigo, tan confuso y perplejo como me sentía yo.

—No se suponía que tuviera que irse —dije—. Debería estar *aquí*, donde Giovanni no pudiera alcanzarla. Obviamente tenía que quedarse aquí. No solo porque me costaba cortar este lazo con ella y convencerme de que ya no era mía, sino porque si salía ahí fuera, donde su tío pudiera alcanzarla, la mataría. La cogería por su rebeldía.

—Entonces habla con tu hermana de eso —aconsejó Oleg con brusquedad.

—¿*Anya*? —Me froté la mejilla, intentando sacudirme la resaca y funcionar, aunque fuera con medio cerebro.

—Vinieron aquí y... —Oleg soltó una maldición—. Habla también con Renee.

—Habla *tú* conmigo —le ordené mientras nos llevaba a mi primo y a mí hacia la sala de seguridad—. ¡Dime qué demonios ha pasado!

—Las cámaras del pasillo muestran a Anya llegando con un par de nuevos reclutas del edificio de tu padre —dijo Oleg—. Llegó, abrió la puerta y le dijo a Sofia que venía a llevarla al hospicio para firmar unos papeles por su prima. Por lo visto, Anya sabía que Sofia intentaba tramitar el traslado de su prima a otro centro. Los huecos son difíciles de conseguir y Anya quería que Sofia no perdiera esa cita para firmar los documentos.

Me froté la cara con ambas manos al llegar a la sala de seguridad.—Mi puta hermana... —gruñí. Sin aliento, resacoso y presa del pánico, me detuve justo cruzando el umbral de la sala. Había monitores por toda la estancia. Un panel mayor de pantallas interconectadas mostraba código de los especialistas en seguridad tecleando comandos. Dos hombres estaban apostados allí, donde se revisaban todas las cámaras de mi edificio y de los de la manzana.

—Enséñaselo —dijo Oleg. Trasteó con el móvil—. Odíame luego —advirtió—, pero le puse un micro durante la noche.

Me giré para fulminarle con la mirada. Avanzando hacia él involuntariamente, levanté el puño dispuesto a darle un golpe.

Sergei me retuvo, sujetándome.

—¿La *tocaste* mientras dormía?

Oleg negó con la cabeza.—Le puse un micrófono pequeño en el bolsillo. De los que parecen un botón de adorno. Como ya he dicho, ódiame más tarde. —Entornó los ojos—. Así es como podremos localizarla.

Pulsó el play y sus voces salieron por los altavoces.

Uno de los hombres tecleó y en pantalla apareció la grabación que Oleg había descrito. Anya, con aire obstinado y decidido. Sofia, negando con la cabeza y mostrando una expresión asustada. Renee también apareció, sospechando, pero les permitió llevarse a Sofia. Fuera. De. Mi. Casa.

—¿Pero qué *puta* mierda es esta? —bramé. Mi hermana iba a escucharme por décadas por esto.

—Tienes que decirle a Roman que deje de mierdas de pedir perdón antes que permiso —murmuró Sergei.

—¡Jamás la perdonaré!

El audio seguía mientras Anya y Sofia hablaban en el coche. En otra pantalla, se las veía salir de la casa y subirse al vehículo. Sofia seguía sin traicionar su lealtad—hacia mí. Avisó a Anya de que nadie podría entrar de repente y salvar a Esmeralda por ella. Si yo lo hacía, sería una guerra. Y tenía razón.

La imagen se cortó y el técnico sentado en la estación principal del ordenador anunció que intentaba localizar las imágenes del hospicio a través de las cámaras de la ciudad.

El audio bastó para ponerme en sobreaviso. Un coche frenando en seco. Los gritos de Anya. Sofia chillando y suplicando que la soltaran. Su voz se apagó, seguramente porque la habían amordazado. Después, los sonidos de un trayecto.

—¿Dónde. Está. Ella? —gruñí.

Oleg estaba equivocado. No le odiaba. No podía. Había puesto ese micro en ella porque desconfiaba. Pero ese gesto era lo que iba a salvarla.—¿Dónde está? —grité—. Rastreádla.

Cada segundo bajo el control de su tío era demasiado tiempo para que sufriera.

—En su residencia —dijo el segundo técnico especializado. Puso un mapa en pantalla donde el punto parpadeante indicaba que estaba en la mansión de Roberto Giovanni, justo a las afueras del centro de la ciudad.

—Vamos.—

No había nada que decidir. Ninguna pregunta que responder. Ni una pizca de vacilación.

—Andre, espera.— Sergei salió corriendo de la habitación conmigo.

Negué con la cabeza.—No puedo esperar. *Ella* no puede esperar.— Con el móvil en la mano, listo para avisar a cualquier equipo que pudiera, me di cuenta de que hoy era el día en que declararía la guerra.

—Espera.—

Esta vez, me detuve. Al oír a mi padre, mi jefe y Pakhan dándome una orden, me quedé inmóvil.

Joder.

Me giré hacia él, frunciendo el ceño y arrepintiéndome de cada gota de alcohol que había bebido.—¿Dónde está Anya? ¿Ha vuelto? ¿Está—?

Él alzó la mano. La sobriedad y la seriedad de su expresión pétrea consiguieron calmarme. Si le hubieran hecho daño, si mi hermana se hubiera perdido, como Sofia se perdió para mí, entonces no estaría así de sereno, tan calculador y al mando. Estaría furioso, incapaz de consolar a nadie.

—Ha vuelto. Claire está con ella. George está intentando calmarla para que salga del pánico.—

—Giovanni la tiene. Se llevó a Sofia.— Humedecí mis labios y aparté la necesidad de beber algo antes de perder la voz.

—Como debe ser.—

Rechiné los dientes.

—Como él cree que debe ser. Es su sobrina.—

—Ella es *mía*.— Cerré los ojos con fuerza.— Es *mía* para protegerla. —

Oleg se interpuso entre nosotros, levantando su móvil e indicándonos que calláramos y escucháramos.—La ha estado haciendo golpear,— relató.

Gruñí, agarrándome del pelo y doblándome.

Sergei puso la mano sobre mi espalda cuando me enderecé.

Más sonidos de dolor se colaron por la transmisión. Mi padre apretó la mandíbula, escuchando con nosotros.

Roberto Giovanni se ensañaba con ella. Furioso y perdiendo los estribos, la humillaba, le decía cosas horribles, asquerosas, y exigía respuestas sobre por qué había intentado desafiarle y escoger a su enemigo. Escuchar a ese desgraciado hablar así a mi mujer era una de las cosas más duras que podía soportar, pero, rodeado de mi familia, aguanté todo lo que pude.

—Nunca saldrás de aquí. Jamás verás la luz del día fuera de estos muros, zorra. Te quedarás aquí, en esta maldita celda, hasta que tengas a ese bastardo. Y ese día…—

Sofia gritó, y me tensé.

—Ese día, te mataré,— gruñó como el monstruo que era.— Cogere a ese bastardo y lo utilizaré contra esos cabrones. Y te mataré para borrar la vergüenza de tu traición.—

Se oyó el golpe de una bofetada.

—No pretendía que fueras útil así, zorra estúpida. ¡Jamás imaginé que abrirías las piernas para engendrar un bastardo como este! Pero escucha bien mi advertencia. Me darás a ese bastardo… y perderás la vida.—

El portazo resonó segundos después. Y los sollozos suaves y débiles de Sofia inundaron la llamada. Cada inspiración temblorosa me partía el corazón. Cada hipo entre lágrimas destrozaba mi alma.

—¿Está embarazada?— preguntó mi padre, exigiendo una respuesta.

Asentí.—Me lo dijo ayer. Al final. Me dijo que acababa de hacerse una prueba.—

Mi padre pasó una mano por su boca. Luego soltó una maldición al llevarse las manos a las caderas y negar con la cabeza.—De ese niño hablaba él. *Mi* nieto.—

—Y de mi mujer, a la que planea matar,— grité, desesperado por recuperarla.

—Por el amor de Dios, Andre. *Por el amor de Dios*,— gruñó.

—Tengo que traerla de vuelta,— dije, odiando todos esos segundos preciosos que desperdiciábamos aquí mientras soportaba su fulminante mirada.

—¿Y provocar una guerra? ¿Incitar a Giovanni para que nos ataque con más furia que nunca?— Exhaló con fuerza.—¿Qué demonios pretendes hacer? ¿Presentarte en su puerta y llamar para pedir su mano? ¿Pedirle su bendición? No nos dejará poner un pie en su propiedad. No escuchará nada de lo que digamos—

—¿Crees que voy allí para *pedirle* que me la dé? ¿Para suplicarle que la libere para mí?— Me señalé el pecho.— Seré un cabrón, pero jamás permitiré que ese enfermo le haga daño a ella o a mi hijo.—

Con toda la autoridad que nunca había cedido, ni siquiera conmigo, me sostuvo la mirada.—¿Estás insinuando que quieres ir a la guerra por ella? ¿Por ellos?—

—No estoy insinuando nada,— gruñí.— Te estoy diciendo que voy a traerla de vuelta. Quemaré este mundo si hace falta, aceptaré cualquier maldito enfrentamiento que él quiera empezar. Ella es *mía*. —

Y fue mi mayor error haber considerado siquiera dejarla marchar.

Ella había mentido.

Había venido a traicionarme y a engañarnos.

Pero no se marchó con las manos vacías. Se la llevaron cuando tenía a mi hijo. Mi corazón.

Mi amor.

Haría lo que fuera necesario para recuperarla y ganarme de nuevo el derecho a su amor.

32

SOFIA

Va a salir bien.

Me acomodé, apoyando la espalda contra la pared en otro ángulo.

No sé cómo, pero sé que todo va a ir bien, pequeñín.

En mi piel ya empezarían a aparecer moratones por la paliza que me habían dado. No había mobiliario alguno para mí en esta celda manchada de sangre, vísceras y excrementos de los cautivos que los hombres habían torturado y matado ahí abajo.

Sin silla. Sin cama. Nada más que el suelo mugriento de hormigón, que mostraba huellas de miseria y sufrimiento.

Apoyarme contra la pared dolía, justo en los lugares donde me habían golpeado. Tenía el brazo entumecido, me palpitaba cada vez que movía los dedos y la mano. Pero el estómago estaba bien. Lo había protegido, decidida a evitar que recibiera ningún golpe.

Voy a arreglarlo todo, pequeñín.

Hablarle mentalmente a mi bebé era un mecanismo de defensa nuevo para mí, y una forma de evasión, pero calmaba mi alma

herida.

Te lo juro por todo lo que soy, bebé, te prometo que todo va a salir bien.

Era para reírse, la verdad. Pero esa determinación ardiente de salir adelante no se apagaba. No importaba lo fuerte que me pegaran, los huesos que quisieran romperme ni cuántas amenazas monstruosas y crueles estuviera dispuesto a soltar mi tío.

Él no lograría salirse con la suya.

Yo no iba a morir, no así, maldita sea.

Y jamás permitiría que mi hijo fuera utilizado ni para nada, ni sería *su* peón como yo lo había sido durante demasiado tiempo.

Así que de esto hablaban.

Solo sabía que estaba embarazada desde hacía menos de cuarenta y ocho horas. Según pude calcular el paso del día por la pequeña ventana en la esquina superior del muro de bloques de hormigón, ya casi era de noche. No podía haber pasado aquí dentro más de medio día, y me había hecho la prueba de embarazo la mañana anterior.

Poco importaba cuánto tiempo hiciera que sabía que iba a tener un bebé. Era un hecho que mi cuerpo no olvidaba.

No solo por las náuseas matutinas y el cansancio, sino por esa necesidad feroz de luchar. De proteger.

Ya era una madre osa, enfrentándome a una batalla cuando la vida de mi pequeño apenas había empezado.

Y esa fuerza era imparable.

Estaba herida y dolorida, pero esa necesidad de escapar era una fuerza brutal que no quería abandonarme.

Tenía la piel cortada y sangrante por los golpes, pero una rabia latente por plantarles cara y demostrarles que no me iban a parar

recorría mis venas.

Así que esto significa tener instinto maternal.

Entrecerré los ojos, perdiéndome en los sonidos de los coches que se movían fuera.

Siempre he tenido el corazón blando, empática y destrozada al ver a alguien sufrir. Así es como me importaba mi prima. También me desvivía de preocupación por Andre. Pero esto, este espíritu combativo y ardiente que me salía al escuchar a mi tío decir cómo pretendía usar a mi hijo…

Atrévete.

Inténtalo, cabrón.

Te reto a intentar arrebatármelo.

Al cambiar de postura, gemí por el latido sordo en la parte alta de la espalda. Da igual cómo me moviera, dolía, pero también eso se pasaría.

Cerré los ojos y me obligué a aferrarme a la esperanza. A creer que este no podía ser mi final. En la oscuridad apacible de mis párpados, recé porque alguien más quisiera venir a ayudarme.

Que Anya hubiera conseguido llegar a casa sana y salva y hubiese avisado a los demás de que me habían secuestrado.

Que Andre supiera que mi tío me había raptado y me tenía como rehén.

Y que él quisiera venir a rescatarme.

Abrí los ojos al escuchar más coches desplazarse en el camino de entrada, entrando y saliendo del garaje con espacio para cuatro vehículos.

No te hagas ilusiones.

Sonreí de medio lado, detestando lo poco que podía confiar en el hombre al que había intentado no someterme. Tenía razón sobre mí cuando dijo que era independiente. Lo soy. Ahora, debo serlo. Nadie más va a salvarme. Demonios, quizás dependa de mí.

Estaba sola en esta celda.

Me enfrentaba a una huida en solitario.

Anya se preocupaba. Claire y Natalie también lo harían.

Pero después de todo lo que había hecho y confesado, los demás no lo harían.

Oleg. Mikhail. Todas las fuerzas Orlov. Nunca confiarían en mí y jamás querrían ayudarme.

¿Pero Andre sí?

¿Sentía algo por mí?

Reprimiendo las lágrimas que amenazaban con salir, inspiré profundamente y escuché los sonidos de los coches fuera.

El sudor se me pegaba, deslizándose por mi cara mientras permanecía quieta en esta celda sofocante.

Antes la lluvia había golpeado la ventana, pero ahora, un claro *rat-a-tat-tat-tat* me llegó.

Entrecerrando los ojos ante el ruido, me di cuenta de que las sombras habían cambiado. Los faros del exterior eran distintos, bloqueados por una silueta.

La esperanza brotó. La alegría me llenó por lo que creía estar viendo.

Nadie en esta casa querría ayudarme. Todos los soldados de Giovanni seguirían siendo leales a mi tío.

Pero fuera de la casa…

Me levanté tan rápido como pude y fui hasta la ventana. Era demasiado pequeña para pasar por ella. Estaba demasiado alta para que pudiera alcanzarla. Aunque no fuera tan baja, no había nada sobre lo que subirme.

Agitando los brazos, poniendo toda mi esperanza en que esa mancha informe fuera mi única posibilidad de tener un aliado, salté y grité.

—¿Thomas? ¡Thomas!—

La figura borrosa no se fue del otro lado del cristal esmerilado. Unos crujidos acompañaron el leve tambaleo y vaivén del marco. Luego, con un golpe más fuerte contra el marco exterior, el cristal se inclinó hacia dentro.

—¿Sofia?—preguntó el adolescente, asustado.

—¡Thomas!—casi solté, aliviada.

—Joder. No me lo creo.—Se agachó, inclinándose para mirar por la ventana. El cristal no se podía abrir del todo. Nunca estuvo pensado como vía de escape. En invierno, lo dejaban abierto para enfriar aún más a los ocupantes. Todo lo que veía era su ojo y el indicio de su pelo negro y rizado que caía como un estropajo sobre la frente.

—Vi a los conductores volver y no quería ser cotilla ni meterme en líos. Pero Jerome y yo pensamos que parecía *tú* cuando sacaron a alguien del maletero y me preocupé y me puse a dar vueltas al asunto. Joder, *joder*, Sofia. ¿Qué está pasando?—Negó con la cabeza y apartó la vista, como si comprobara que nadie lo observaba.—Estoy muy confundido. Y la verdad, acojonado. En cuanto tuve la oportunidad y tu tío se fue al casino, intenté mirar por todas las ventanas del sótano.—

—¿Has visto a Esmeralda?—

Asintió.—Sí. Claro que sí. Ya sabía cuál era su habitación.—

—¿Está… viva?—

Asintió de nuevo.—Sí. O sea, sí. Cada vez tose más. Pero está viva. No veo la hora de decirle que tú también.—

Negué con la cabeza.—No. No le digas que estoy aquí.—

Entrecerró los ojos mirándome.

—No quiero que lo sepa. No quiero preocuparla. Además, va a salir de aquí.—

No era fácil de ver, pero vi cómo una ceja se le arqueaba.—¿Salir de aquí? ¿Pero cómo?—

—Con tu ayuda—dije con seriedad.

—Claro, claro. Yo ayudaré. Pero ¿cómo?—

Era el único en quien podía confiar para no decírselo a mi tío ni a ningún guardia si me portaba mal. Él también estaba atrapado aquí, porque su padre era conductor y no tenía otra vida ni hogar al que pertenecer. Aunque solo era un adolescente y solían aprovecharse de él en el garaje, igual que hacían conmigo en esta casa, estaba más que dispuesto a ser mi amigo y colaborar conmigo siempre que podíamos.

Le expliqué cómo debía sacar a Esmeralda de su habitación. Mi plan era hacer que mi tío fuera a comprobar un incendio en uno de sus almacenes. Ya había arreglado que le avisaran a través de una aplicación de mensajería que no podía rastrearse. Con él fuera de la casa, Thomas tendría que llevar a mi prima hasta el garaje. Allí la recogerían los sanitarios y, con suerte, ella pondría rumbo al centro de cuidados paliativos. Fuera de aquí.

—¿Cuándo, entonces?—preguntó cuando le expliqué todo.

—Mañana por la mañana—respondí.

—¿Y si tu tío no se va? ¿Y si se queda aquí y hay demasiados guardias?—

Negué con la cabeza.—No deberían. Es una distracción, y algo que les va a alertar. Debería funcionar.—

Hizo una mueca.—¿Y si no funciona?—

—Entonces tendré que pensar en otra cosa—contesté simplemente.

Y lo haría. Porque Anya sabía de ese acuerdo con el hospicio, alguien tendría que hacer el seguimiento. No había llegado a entrar en el edificio para firmar los documentos, pero confiaba en que aceptarían igualmente a Esmeralda. Quizá Anya o Claire podrían firmar por ella. Y luego, cuando lograra escapar y encontrar un nuevo comienzo seguro en algún lugar lejano, podría devolverles el favor.

—¿Pero y tú? —preguntó tras mirar de nuevo hacia otro lado para asegurarse de que nadie venía.

—Ya me las apañaré yo también. —Fruncí el ceño mirándole hacia arriba—. ¿Y tú? ¿La ayudarás a salir de aquí?

—Por supuesto. Claro que sí, Sofia.

Tras intercambiar algunas palabras más en las que él expresó su preocupación por mí —algo que agradecí pero resté importancia—, se marchó a toda prisa.

Dejar la ventana abierta era algo que alguien notaría, pero por ahora, con la leve brisa de verano colándose por la rendija, sentí que podía respirar con calma.

Me senté de nuevo. E hice una mueca ante el dolor que rugía enfurecido por todo mi cuerpo.

Después cerré los ojos e inspiré el aire fresco.

Una vez. Y otra.

Quedarme dormida parecía una broma, pero con la promesa de que Thomas ayudaría a mi prima, me encontré más tranquila.

Por la mañana, aquella calma se vio truncada.

Llegó mi falso mensaje de alerta, y supe en el acto que había sido así porque los gritos y órdenes de mi tío me llegaron a través de la pequeña abertura de la ventana. Los guardias corrían y se apresuraban a cumplir sus órdenes. Después, el zumbido incesante de motores llenó el patio y la entrada.

Mientras todos salían corriendo para comprobar ese almacén, el vehículo de emergencias médicas debía de estar en camino.

Por favor, por favor, por favor.

Ve y descansa como mereces, E.

Y vive la vida al máximo también por mí. Hasta que consiga salir.

Escuchando los posibles pasos de Thomas fuera, paseé por la celda, esforzándome por captar cualquier sonido que indicase que estaba transportando a Esmeralda. La chica era alta y desgarbada, pero no tenía mucha fuerza. Esmeralda era bajita, frágil y había perdido muchísimo peso. ¿Podría él cargarla, verdad? ¿Sería capaz de sacarla deprisa de aquí?

Voces masculinas llegaron hasta mí a través de la ventana. No las reconocí, pero capté el tono juvenil, plagado de jerga, de Thomas.

Por favor.

Por favor.

Esmeralda, sal de aquí, por favor…

Unos golpecitos en la ventana me sobresaltaron.

—¿La has sacado? —pregunté, conteniendo la respiración.

—Sí. Ya la he sacado de aquí, Sofia.

Cerré los ojos y sonreí.—Gracias. Gracias, Thomas. De todo corazón, gracias.

—Estaba en los huesos, Sofia —dijo, apesadumbrado.

Abrí los ojos.—Lo sé. —Sorprendentemente, no me brotaron las lágrimas. Porque esto ya lo sabía. Sabía que le quedaba poco. —Lo sé.

—El hombre que vino a por ella parecía confundido. ¿Seguro que tu tío va a pagar para que se quede? —se quedó sin aire—. Espera. Él no lo sabe. ¿A que no?

—No. Soy yo quien está pagando para que esté allí.

—Pero… tú… estás… aquí.

No por mucho tiempo.

—Gracias, Thomas.

—De nada, Sofia. Volveré, me pasaré a ver que sigues bien y por si necesitas algo.

Se marchó y yo deseé que hubiera seguido *todas* mis instrucciones, como acordarse de quitar la tira de cinta oscura de las cámaras que podrían haberle grabado sacando a mi prima.

¿Ves? Me acaricié el vientre. *No está tan mal hacer esto sola. Lo he conseguido. He logrado sacarla.*

Todo saldrá *bien.*

La había salvado. No pude evitar que muriera antes de tiempo, pero al menos ahora se libraría del abuso y el abandono de mi tío. Estaría libre de dolor y tranquila en ese hospicio.

Eso *era* salvarla, o salvar lo poco que le quedaba de vida.

Ahora…

Puse la mano sobre donde crecería mi barriga.

Ahora toca descubrir cómo salvarte a ti.

Tragué saliva a duras penas, con ese nudo de emociones que me obligó a inspirar con un temblor. Girando la vista hacia la ventana,

suspiré aferrándome a la leve pero tenaz esperanza de que no estaría completamente sola para proteger a ese bebé.

¿Vendrás, Andre?

¿Me buscarás y querrás ayudarme?

Bajé la cabeza y traté de no dejarme ganar por el miedo.

¿Alguna vez… querrás de verdad volver a verme?

No tenía forma de saberlo.

En lo más profundo de mi alma, anhelaba la seguridad que él me dio una vez, el apoyo que ni siquiera había sabido que necesitaba con tanta desesperación para sobrevivir.

33

ANDRE

Fruncí el ceño mirando a Oleg. —¿Cómo que hay un incendio?

Él se encogió de hombros, deteniéndose mientras se abrochaba y ajustaba el chaleco de Kevlar a mi lado. —Es lo que han dicho.

—¿Un incendio en el almacén de Giovanni? —pregunté en voz alta, mirando a los otros hombres que habían venido conmigo.

—Parece que pensaban que había un incendio —dijo uno de ellos, con la misma confusión en la voz que lo que transmitían los espías.

Había ordenado a un equipo de hombres de paisano rodear la mansión en ruinas de Giovanni. Colocar a cualquier hombre cerca de su residencia, en su territorio, ya era una intrusión. Pero me daba igual. Había pasado a la ofensiva para poder proteger a Sofia.

Mi padre tenía sentimientos encontrados respecto a mi decisión impulsiva de ir a por Sofia de esta manera. Ser tan despreocupado y arrogante por ir a la guerra por ella. Sobre todo después de sus mentiras para entrar en mi vida.

Sin embargo, gracias a Claire y a Anya, mi padre cambió de opinión. Había cedido en impedirme asaltar la casa de los Giovanni. Aunque

me había dado la orden de actuar con cierta mesura.

Por eso estaba utilizando a los espías para averiguar cuándo no estaría Giovanni. Esa era la razón de este pequeño grupo de hombres y de que fuésemos en plena noche, operando con sigilo para que esos cabrones no pudieran descubrir quién venía a sacar a Sofia de su control.

Sería evidente. Por supuesto, Giovanni supondría que era cosa mía. Pero le costaría mucho demostrarlo. Y, aún más, encontrarme a mí o a ella después de llevarla a un lugar seguro.

—Esto le da pie para atacarnos —dijo Sergei.

Roman asintió, también presente en esa reunión. —Vendrá a fuego y sangre para recuperar a Sofia, y ahí será cuando empiece y termine la guerra más corta del mundo. —Cerró un ojo e hizo el gesto de disparar con la mano, luego se sopló la yema del dedo como si apagara el humo del cañón.

Mi padre frunció el ceño. —A mí tampoco me cae bien, pero maldita sea, no es el mejor momento.

Nunca habría un momento adecuado para un choque tan tenso, pero entre él y yo, compartiendo nuestros sentimientos de esa forma silenciosa que solo pueden padre e hijo, y siendo capaces de leernos tan bien, él entendía que esta era la batalla más importante de mi vida. La guerra para la que estaría preparado y esperando, pasara lo que pasara.

Uno de los especialistas de seguridad irrumpió en la sala. —Se han llevado a la prima.

—¿Quién se la ha llevado? —pregunté, nervioso por otro giro inesperado justo cuando necesitaba contar con que nuestra llegada y rescate fueran algo imposible de anticipar o impedir para Giovanni.

—Un tío del garaje. —Se encogió de hombros, transmitiendo lo que mostraban las cámaras de los espías.—Se fueron a toda prisa—

—¿Cuando llegó el aviso del incendio? —pregunté.

—¿Un incendio que no ha pasado? —preguntó Oleg.

El técnico se encogió de hombros. —Sí. Parece que sí. Ese chaval del garaje entró corriendo y sacó a la mujer, y la entregaron a una ambulancia que estaba aparcada a unas casas de distancia.

Oleg me miró entornando los ojos. —¿Era Sofia?

Negué despacio con la cabeza. No podía haber sido tan fácil... Sabía que era independiente, pero realmente no veía cómo podía salvarse sola sin ayuda ni recursos.

—No. Su localización no se ha movido —dijo el técnico.

Chasqué los dedos. —La prima. Esmeralda.

El técnico se rascó la nuca. —Creo que sí. Porque he rastreado la ruta de esa ambulancia y acabaron en un hospicio. —Me miró alzando las cejas.

—Joder —murmuré en voz baja.

La habían capturado. Estaba embarazada y vulnerable. Golpeada y amenazada. Y *aun así* se preocupaba por su prima. Salvando a otra persona.

Recordando —otra vez— lo *buena* que era, me sentí cien veces más imbécil por haberme permitido siquiera pensar que querría hacerme daño, engañarme o tratarme mal.

Era demasiado pura.

Demasiado buena.

Demasiado buena para mí.

Solo podía rezar para que venir a salvarla reequilibrara la balanza en ese sentido.

Porque eso es lo que haces.

Te preocupas por los demás. Salvas y ayudas a quien puedes.

Pero nunca a ti misma.

Ahí es donde yo entraba en juego. Ese era mi sitio. Como su salvador, su guía, su apoyo, de la forma que ella quisiera.

—Se va a poner furioso cuando descubra que se ha ido —sospechó Oleg.

Deslicé mi pistola en la funda y asentí.—Lo estará. Sobre todo en cuanto se dé cuenta de que Sofía le ha engañado y la ha sacado de su control.

—Se desquitará con ella —predijo.

Apreté las muelas.—Por eso mismo tenemos que acabar con esto cuanto antes —gruñí.

Él asintió una vez y ordenó a la pequeña cuadrilla que se preparara para movilizarse en cuanto pudiéramos.

Lanzar una operación como esta requería tiempo y consideración meticulosa, pero una vez alcanzamos nuestras posiciones y comunicamos por los intercomunicadores que todos llevábamos puestos, supe que esto no podía fallar.

Cortar la electricidad fue el primer paso. Lanzar bombas de humo, el siguiente. Aunque el cielo estaba cubierto de nubes de tormenta que oscurecían aún más el ambiente, estábamos preparados para deslizarnos en la noche y recuperar el mayor tesoro de mi vida.

Oleg y otro soldado—un antiguo combatiente de operaciones especiales que se había unido a la familia tras su deshonrosa expulsión del servicio—lideraban la misión. No tenía ganas de discutir con nadie sobre a dónde debía ir ni qué debía hacer. Estaba demasiado cerca. Estaba comprometido emocionalmente a sacar a Sofía de allí. Aunque tenía la mente lo suficientemente despejada para contribuir al rescate, tampoco era tan soberbio como para no dejar que los "expertos" tomaran la delantera.

Se colaron en la casa en cuanto cortaron la luz. Las bombas de humo despistaron aún más a los guardias. A medida que iban saltando las alarmas, fuimos eliminando a los soldados encargados de defender la fortaleza de Giovanni. Las gafas de visión nocturna nos iban abriendo el camino, y no dejamos a nadie con vida.

Todos estaban muertos. Disparados antes de que pudieran encontrar sus armas. Los pocos que lograron disparar no lograron hacernos daño gracias a lo protegidos y enmascarados que íbamos.

—No está aquí —informó Oleg por el intercomunicador.

Había subido por la destartalada casa en busca de Roberto y cualquier otro líder.

Ignoré su actualización, apresurándome hacia el sótano para encontrar a Sofía.

—Parece que los espías tenían razón. Se había ido de fiesta —bromeó con sequedad.

Pero no habíamos venido aquí por Roberto. Él podía creer que tenía tiempo de sobra para vengarse. Como decía Román, estábamos tendiéndole una trampa para que él mismo quisiera venir a contraatacar. *Él* podría empezar la guerra contra nosotros. De hecho, ya la había iniciado enviando a Sofía como espía.

Yo solo había venido aquí para encontrarla y salvarla.

—Por aquí —dijo otro soldado de los Orlov por el intercomunicador.

Mi corazón dio un vuelco. Todos mis sentidos se intensificaron. Giré y volví sobre mis pasos para correr por el estrecho pasillo junto a él, sin bajar la pistola mientras continuaba eliminando a cualquier Giovanni que custodiara la zona.

El soldado de los Orlov pateaba puertas, entrando para comprobar si las celdas estaban ocupadas. Para una mansión tan antigua y grande, había demasiadas habitaciones por registrar.

Demasiadas.

Todas las equivocadas.

¿Dónde estás?

Estaba frenético por llegar hasta ella, guiado por los sonidos de su llanto.

Los silenciadores amortiguaban los disparos. Arriba, el estrépito de pisadas retumbando en los suelos cesó cuando mis hombres terminaron con los Giovanni que quedaban.

Sollozos.

Llantos.

Gemidos.

Los escuché todos, y cada sonido de desesperación me llenaba de rabia. Que la hubieran herido. Que se la hubieran llevado. Que hubiera tenido que sufrir, siquiera un poco.

Después de golpear la última puerta con el pie y partir la barra transversal que la cerraba por fuera, irrumpí en la habitación.

Sangre y restos cubrían las paredes y el suelo. Pero eran manchas antiguas. El bulto tembloroso en el rincón no reaccionó.

Sus brazos seguían aferrados a su abdomen, cubriéndose el vientre.

Protegiendo a nuestro hijo.

Crucé la estancia y me arrodillé junto a ella.

—Sofía.

Se apartó de mi toque, escondiendo la cabeza aún más contra sus rodillas.

—Cariñ— —Me interrumpí. Aunque susurraba, para que no pudieran rastrear nuestras voces, no quería pronunciar una palabra tan

personal aquí, rodeado de violencia, muerte y dolor.

Atrapando sus brazos por arriba, la saqué con un tirón de su posición defensiva.

Se desplegó, defendiéndose. Sus puños volaron hacia mí mientras gruñía, pero los atrapé. La mantuve quieta.

Con la máscara puesta y cubierta por todo el equipo de protección, no podía saber quién era yo.

—Sofía —dije de nuevo, solo lo suficientemente alto para que ella reconociera mi voz.

La comprensión llegó al instante. Sus labios temblorosos se abrieron. Una brecha le partía una comisura. El principio de un ojo morado hinchaba uno de sus ojos llenos de terror.

La rabia me abrasó por dentro, haciéndome temblar de furia. Verla herida me encendía. Pero su jadeo de incredulidad consiguió anclarme al presente.

—Has venido.

Asentí.

—Y nos vamos de aquí —respondí.

Abrazándola, corrí para salir con mis hombres y llevarla a la seguridad que no supe darle antes. A la protección que merecía.

Era el momento de sacar a Sofía de este infierno de una vez por todas. Y era el momento de empezar a demostrarle a ella—y al resto del mundo—que su sitio no era el de ser el peón de Giovanni, sino a mi lado, como mi mujer, la única a la que amaría.

34

SOFIA

V*ino.*

Lo repetía como un mantra mientras Andre me sacaba de la celda, por el pasillo y subía las escaleras. Sentir sus brazos fuertes a mi alrededor era la prueba física de que no lo estaba imaginando. El balanceo de su cuerpo abriéndose paso por el caos lleno de humo de la casa de mi tío me demostraba que mis ojos no me engañaban.

Vino.

Vino a salvarme.

A pesar de cuánto tenía que odiarme, había venido a sacarme de allí.

¿Porque aún le importaba?

¿Porque sentía que tenía que hacer lo correcto?

¿Porque… realmente me *amaba*?

Demasiadas preguntas azotaban mi mente, pero no podía detener el tiempo para analizar cada una. Los detalles se difuminaban con la rapidez con la que me rescataba. Me apretaba contra él, intentando

protegerme. Y, como seguía dominada por esa necesidad de proteger a nuestro hijo, me aferraba a él y temía que una bala perdida nos alcanzara.

No tenía sentido preocuparme por eso. Los hombres Orlov—todos vestidos de negro y con indumentaria casi militar—nos flanqueaban mientras corría hacia la puerta principal. Había otros fuera, pero no era una invasión a gran escala.

Se movían como uno solo. Ensayados, preparados, entrenados.

Hicimos una huida de la casa y, cuando nadie nos disparó, comprendí que habían entrado y eliminado cualquier oposición para rescatarme. *A mí*, la traidora atrapada entre dos mundos. *A mí*, la fracasada que quería dejarse guiar por el amor y no por la guerra. *A mí*, la pieza que esperaban que ayudase a herir a otros, no a auxiliarlos ni cuidar de ellos.

Mientras me aferraba a Andre y escondía la cara contra el chaleco rígido que llevaba, no sentí ni una pizca de remordimiento porque no hubieran matado también a *él*.

Cuando mi tío volvió a casa y se dio cuenta de que Esmeralda había desaparecido, desató su furia contra mí. Me azotó. Me golpeó con sus puños rechonchos. Me dio patadas. Proteger mi vientre fue mi prioridad, aunque él tampoco apuntó ahí: valoraba ese hijo como moneda de cambio para después.

Había esperado que, a cada golpe y cada puñetazo, se pasara de la raya y cayera fulminado. Por un infarto. Un ictus. Lo que fuera. En vez de eso, se quedó en aquella celda para darme una paliza por desafiarle y por sacar a Esmeralda de su alcance. Se fue diciendo a los guardias que quería ir al club a relajarse y aclarar la mente. Era una auténtica lástima que solo se hubiera marchado y no muerto en esta invasión.

—¿La tienes? —preguntó un conductor mientras Oleg nos apremiaba para subir a un coche que esperaba en marcha al final de la calle.

Me atreví a esperar que esto funcionase y que lograríamos escapar; parpadeé deslumbrada por la luz tenue del interior del asiento trasero.

—Sí. Arranca. *Arranca* —ordenó Oleg.

Al igual que Andre, llevaba máscara y estaba vestido completamente de negro. Aun así, reconocí su voz y, cuando se quitó la protección de la cara, me dedicó una mueca de fastidio—. Joder.

Si tanto le molestaba tener que volver a verme, ¿por qué se arriesgaba a ayudar a Andre a sacarme de allí?

—¿Estás…? —Andre hizo una pausa también para quitarse la máscara mientras el coche aceleraba. Profundas arrugas permanecían grabadas en su frente mientras me observaba.

Me abracé el vientre, nerviosa por el alboroto y los vaivenes de la noche. Podía adaptarme. Vivir con mi tío me había enseñado a encajar los golpes—literalmente—y a adaptarme a los cambios. Pero esta descarga de adrenalina al salir de allí se sentía distorsionada.

¿Me estaban salvando de verdad? ¿O solo me llevaban a otro sitio donde *ellos* pudieran castigarme?

—¿El bebé está bien? —Andre se humedeció los labios y siguió recuperando el aliento mientras me aseguraba junto a él. Su mirada preocupada se posó en mis brazos—. Sofia. ¿El bebé está bien?

Una ola de hielo recorrió mi alma. Me quedé entumecida por dentro. El subidón y la euforia de ser rescatada se desvanecieron al comprender el *por qué*.

No estaban aquí para declarar la guerra a mi tío ni a la familia Giovanni.

No había venido a sacarme de ese infierno porque me quisiera o me echase de menos.

La única razón por la que había sido "salvada" era porque llevaba en mi vientre a su carne y sangre. Su hijo. No era más que un recipiente, algo que aún podía ser utilizado. Mi único valor era el hecho de que llevaba a su bebé no nacido.

Nada más.

Bajé la mirada, demasiado rota y enfadada para contestar.

¿Por qué?

¿Por qué no puedo yo *ser suficiente?*

¿Solo yo?

¿Por qué no puedo ser amada y querida solo por ser yo?

Di y di. Siempre pensaba en los demás y entregaba mi corazón a ayudar y cuidar a otros. Pero nunca nadie supo verme ni devolverme ese favor.

—Sofia —repitió él con firmeza—. El bebé.

Alargó la mano para cogerme del brazo, y yo alcé la mía al instante para atraparle la muñeca. No podía soportar que me tocara ahora, no cuando sabía que no le importaba *yo*, sólo lo que podía conseguir de mí.

—No me ha pegado ahí —dije, con un tono seco y distante. Dejé que mi rabia aflorara y aparté su mano con brusquedad, fulminándole con la mirada, desafiándole a pensar que aceptaba su contacto.

Entrecerró los ojos, mirándome con los labios entreabiertos. Sorprendido. Confuso. Ofendido.

Me negué a pensar que mi reacción le había *herido*.

—Hay que revisarla —dijo él a través de su comunicador, apartando por fin de mí su mirada dolida—. Que Claire esté lista para ayudar.

La voz de Mikhail sonó por el teléfono, el enlace convirtiéndose en llamada con altavoz mientras Andre se quitaba el auricular de un tirón y lo dejaba colgando de la fina cuerda cosida a su uniforme. —¿El bebé...?

—Que Claire esté preparada para evaluarla —respondió Andre con sequedad.

Volví a abrazarme y cerré los ojos. Percibía también la preocupación en la voz de Mikhail. Se inquietaba por el bebé que podía darles. No le importaba yo. A nadie le importaba.

Esa era la única razón por la que habían venido, y no podía reprochárselo.

Cuando llegamos al edificio de Mikhail, ya me había sumido en una frialdad imposible de derretir.

Me habían usado. Desechado. Rechazado. Y nunca amado.

Todo pasó borroso y, tras esa fachada de hielo tras la que me escondía, los detalles no lograban calar en mí.

Aparcamos. Andre me llevó en brazos. Claire nos recibió en la clínica, donde estaba en modo doctora para evaluarme. Era dulce pero firme, estaba *en su papel*. Le agradecí que no fingiera ser mi amiga. Y me alegré de que Andre ordenara a Anya marcharse y mantenerse alejada de momento.

Se mantuvo a mi lado mientras Claire me examinaba. Una ecografía confirmó que todo estaba bien. Me hicieron otras pruebas para comprobar que mis constantes fueran normales, que no hubiera riesgo de conmoción, infección ni hemorragias internas.

Tras lo que parecieron horas, pero no habrían sido más que minutos, Claire me ayudó a incorporarme.

—Una buena ducha te va a sentar de maravilla, ya verás —concluyó.

—¿Pero el bebé está bien? —preguntó Andre. Mikhail estaba detrás de él, con su expresión seria e inmutable.

Claire frunció el ceño y me dirigió una mirada—. Ambos vais a estar bien. Las heridas superficiales no serán agradables, pero no hay lesiones de importancia.

—Bien —Andre intentó acercarse a mí, y yo me encogí.

Se echó atrás, frunciendo el ceño.—Ha dicho que...

Mikhail le puso la mano en el hombro, como insinuando discretamente que debía dejarme levantarme por mí misma.

Lo hice, fulminándole con la mirada—. La he escuchado, gracias. Quiero ducharme ahora, como ella ha sugerido. —Nada limpiaría esta suciedad de mí, esta mancha de ser una Giovanni y *cosa* de usar, no de querer—. Luego estaré lista para que me pongas donde *tú* quieras tenerme de rehén hasta que nazca este bebé.

—¿Pero qué cojones...? —murmuró él, mirándome con el ceño fruncido.

—Quizá podrías descansar aquí —dijo Claire—. No en la clínica, pero sí en una de las habitaciones de invitados y...

Miré el rostro serio de Mikhail. Ni de broma. Sabía perfectamente que no me quería en su edificio.

—¡No! —respondió Andre, como si aquello fuera una estupidez—. Se viene conmigo.

Nadie protestó, y yo tampoco tenía fuerzas para contradecirle. No tenía voz en casa de mi tío y, como enemiga y espía fracasada, tampoco derecho a protestar aquí.

Andre me llevó hacia su edificio. No intercambiamos palabra, y el largo paseo por los pasillos que lo conectaban todo se me hizo eterno. Estaba agotada. Estaba confundida. Me dolía el cuerpo por la paliza. Y tenía que esforzarme para que la rabia no me devorara

mientras Andre y Oleg hablaban de la misión y de todo lo que debían vigilar cuando mi tío volviese y se enterara de mi desaparición.

Debería haber prestado atención. Hablaban de *mí*, pero yo sabía que era inútil. Ellos decidirían mi destino, igual que quería mi tío.

Oleg se desvió por otro pasillo de la casa, y yo aminoré el paso en el vestíbulo, esperando alguna orden de Andre. Me giré hacia mi antigua habitación de doncella, pero él me agarró de la mano y gruñó—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Le solté una mirada desafiante y tiré de mi mano para soltarme. No lo consiguió. Me llevó a empellones hacia su habitación.—Voy a ducharme en mi cuarto.

Maldijo entre dientes, negando con la cabeza mientras me conducía a la suite principal. La misma habitación en la que me había hecho ilusiones de que seríamos pareja. Amantes y algo más.

—Me haré cargo de eso. Yo... —Me miró de reojo mientras me llevaba al baño y me hacía sentar en la silla. La misma silla en la que él se había sentado y yo había intentado ayudarle con sus heridas.

Me levanté enseguida, rebelándome para rechazarle cuando puso en marcha la ducha tras de sí.

Apretó la mandíbula, como si el simple hecho de verme con moratones y marcas le molestara—. Siéntate y déjame...

—No. —Me puse de pie de nuevo, y cuando se acercó, me aparté hacia la ducha.

—Sofia, para. ¿Por qué...?

—No soy nada —grité—. No soy nada para ti, así que no finjas lo contrario.

Se quedó boquiabierto, acorralándome junto a la puerta de la ducha —. Eres *mía*. Eres *mía*, Sofia.

—Sí. Lo entiendo. Has venido a por mí para asegurarte de que tendrás a tu hijo y él no. No soy tonta.

Me agarró la barbilla, con cuidado de no tocar mis heridas donde mi tío me había golpeado, pero con un agarre firme, aun así. El fuego chispeó en sus ojos mientras me guiaba hacia la ducha. —Quizá lo seas. Quizá de verdad seas *tonta* si no eres capaz de darte cuenta de que voy a la guerra por ti. Por nosotros.

—¡No existe ningún nosotros! —entrecerré los ojos bajo el chorro de agua, empapando mi ropa y todo lo demás.

Él no se detuvo, calándose entero al quedarse conmigo, justo frente a mi rostro. —Y una mierda que no. Me da igual lo que te haya dicho él. Me da igual lo que piense nadie. Te quiero.

Sus dedos permanecieron en mi barbilla mientras me traspasaba con esa mirada ardiente e indignada. —Te quiero, Sofia, y eres *mía*. *Tú*.

La garganta se me cerró mientras intentaba respirar ante el shock de sus palabras. Por todo lo que me estaba insinuando.

—Te quiero, Sofia —gruñó de nuevo, como si necesitase grabar el concepto en mí.

Negué con la cabeza, nerviosa por creerlo. Asustada de ilusionarme. —No puedes…

—*Puedo* —protestó con vehemencia.

—Pero te he traicionado y…

Él sonrió de lado, acariciándome la mejilla con el pulgar. —Traición o no. Te quiero. Y eres mía. *Nada* va a cambiar eso. Ni lo que diga mi familia. Ni tu tío ni su inevitable reacción de declararnos la guerra. Te. Quiero.

Todos mis miedos se desvanecieron. Se esfumaron bajo su contacto, con esa mirada tan profunda y suplicante, y su confesión sincera de amor.

El terror y la ira que me invadieron al pensar que solo había venido a salvar a mi bebé, y no a *mí*, se evaporaron.

—Pero—

Su ceño fruncido volvió al inclinarse hacia mí. Acalló mis dudas con un beso brutal, se quedó allí bajo el agua y me lo demostró. Me probó que no iba a recular ni a lamentar su declaración.

—Pero *nada* —insistió, separando su boca ardiente y exigente de la mía con fuerza—. Jadeando y respirando cada vez más deprisa bajo el agua, nos aferramos el uno al otro—. Eres mía —prometió, antes de embriagarme con otro beso posesivo.

—Seré *tuya* —juró mientras me quitaba la ropa empapada.

Solté un sollozo de alegría mientras intentaba despojarle de su equipo y de su ropa.

—¿Me entiendes ya? —preguntó mientras nos desnudábamos y nos besábamos, incapaces de estar separados—. Nadie ni nada se interpondrá entre nosotros. Ni siquiera *yo* y mis peores decisiones.

Desnuda y necesitada, como si su tacto pudiera sellar ese vínculo del que hablaba, gemí de impaciencia.

Me costaría un tiempo deshacerme de ese miedo inmediato y de la suposición de no ser valiosa o digna. De asumir que todo el mundo iba a querer usarme para algo.

Sin embargo, mientras acariciaba mi entrada resbaladiza con los dedos, abrí más las piernas. Me acorraló contra la pared, su brazo musculoso alrededor de mi espalda para amortiguarme y mantenerme cerca.

—Te quiero —gruñó de nuevo antes de besarme salvajemente.

Cerrando los ojos ante la urgencia de este deseo abrumador que nos reunía de nuevo, cedí. Me rendí. Me entregué a esa conexión que, después de todo, no era ninguna ilusión.

Él *me quería*. Y mientras me penetraba con su gruesa polla, estirándome y llenándome hasta el fondo, hundí las uñas en los músculos tensos de su espalda. La mitad de su camisa seguía puesta, un despojo empapado de tela. Las gotas de agua golpeaban el chaleco que había tirado al suelo. Sus pantalones no estaban del todo fuera, los bultos del tejido mojado entre nuestras piernas mientras embestía hacia arriba y se quedaba quieto.

Gemí, un sonido ahogado que él se tragó sin separar sus labios de los míos. Atrapada entre la pared y su cuerpo de piedra, me preparé para recibirlo todo. El dolor latía en los rincones de mi mente, recordándome que me habían pegado. Pero todo eso se desvaneció. Con cada empujón constante mientras me follaba contra la pared, solo podía concentrarme en esto.

En él.

En nosotros.

En la tentación de creerle completamente y saber que podría confiar en su amor.

Dentro y fuera, arrastraba su rígido miembro. La presión crecía y se acumulaba, llevándome cada vez más rápido a correrme sobre él, apretándole y exprimiéndole hasta dejarle vacío.

No podía saber si esto me parecía tan intenso porque acababan de rescatarme, o si la paliza que recibí había distorsionado mis sentidos. Quizá era él diciéndome que me quería después de haberme metido en la cabeza que solo me deseaba por el bebé. Y existía la posibilidad de que todo se sintiera más intenso porque mi cuerpo cambiaba conforme nuestro hijo crecía.

Era distinto. Más poderoso, pero intimidante de aceptar.

Me levantó los muslos, animándome a rodearle la cintura con las piernas. Resbalando contra él, aferrándome mientras me llevaba al borde del abismo, le mordí la lengua y me deleité con la fuerza abrasadora de esa tensión.

Con una embestida más, larga y firme, me corrí con fuerza mientras gritaba, pesado al caer contra él y abrazar la deliciosa fricción de su pecho duro contra mis pechos sensibles.

Separando su boca de la mía, jadeando de forma entrecortada, apoyó su frente en la mía y bombeó dentro de mí tres veces más hasta correrse él también.

Rugiendo de satisfacción, levantó la cabeza y me miró con una intensidad abrasadora que me caló hasta lo más hondo. Yo estaba laxa. Entumecida. Saciada y temblando por la fuerza de ese orgasmo, pero bajo su mirada, me sentía anclada.

Era suya.

Pero una pequeña voz inquieta en lo más profundo de mi mente se preguntaba si todo esto duraría.

35

ANDRE

Un suspiro profundo se me escapó mientras me sentaba a observar a Sofia dormir. Sentado en la silla que había acercado junto a mi cama, aparté esa sensación de déjà vu. Apenas unos días atrás, ya había estado aquí haciendo lo mismo. Viéndola descansar y sabiendo que nos aguardaba una conversación difícil al despertar.

A diferencia de aquella espera miserable, ahora me sentía más seguro.

Pensaba disculparme por cómo reaccioné cuando me contó sus secretos y mentiras.

Me pasaría el resto de mi vida intentando compensar lo desplazada y rechazada que se sintió, creyendo que la odiaba o que quería verla muerta. Si no hubiera sido por ese micro que Oleg le había puesto, no habría sabido lo herida que estaba, lo preocupada que se sentía.

Y de eso era yo el culpable.

Sí, había sido muy duro escucharla confesar sus errores, pero yo me equivoqué al suponer lo peor de la situación. Cometí un error garrafal al no confiar en quién es ella. Es demasiado buena como

para querer hacerme daño, y tendría que haberlo sabido desde el principio.

—¿Cómo se encuentra, aparte de estar descansando? —preguntó Claire mientras se preparaba para salir de la habitación. Había estado viniendo a ver cómo seguía desde que regresamos. El plan inicial era llevar a Sofia a un refugio, lejos de aquí, para despistar aún más a su tío y evitar que la recuperase. Sin embargo, al ver de un vistazo los moratones y heridas de Sofia, me llené de furia y precaución. Parecía más sensato traerla aquí, donde Claire pudiera estar cerca por si surgía cualquier emergencia médica.

—El tiempo lo dirá —respondí.

Habían pasado horas desde que la traje de vuelta. Todavía había espías por ahí, observando e informando sobre cómo Roberto descubría su desaparición. Estábamos en una especie de compás de espera, anticipando que él atacase o declarase la guerra. O que exigiera que se la devolviésemos.

Eso no va a pasar ni de coña.

—Trátala con calma —aconsejó Claire después de observarme un largo rato—. Poco a poco.

Casi se me escapó una risa.

Eso mismo me dijo Sofia cuando me encontró desangrándome en mi despacho.

—Lo haré. Lo que ella quiera, lo que necesite…

Claire sonrió y se apoyó en el marco de la puerta.—Creo que lo único que quiere eres tú. Y sentirse a salvo.

—Hecho. Ya sé qué anillo le daré del cofre familiar.

—Pero creo que necesita tiempo. Espacio. Y saber que su prima está bien. Cuando esté lista y haya descansado un poco más, avísame, por favor.

Alcé la mirada hacia mi "madrastra".

—He estado en contacto con el hospicio. Esmeralda está estable y adaptándose. Sé que Sofia estará deseando tener noticias.

Mi padre entró en la habitación, dispuesto a recoger a su esposa.—Y me he asegurado de que la seguridad que envié allí esté vigilando la situación.

Le asentí, agradecido de que estuviera dispuesto a llegar tan lejos y ceder por esta mujer. Una ex espía—torpe—que podría haber puesto en peligro a nuestra familia.

Claire le besó en la mejilla.—Seguro que Owen ya se está impacientando conmigo. —Me dedicó una sonrisa antes de marcharse, dejando que tuviera un momento con mi padre.

—¿Estás seguro de esto? ¿De ella? —Entró y se sentó en otra silla, lanzando una mirada a Sofia. Frunció el ceño, y supe que verle las heridas y los moratones en la cara le ponía de mala leche.

—Sí. —No había ninguna duda al respecto—. Me casaré con ella —le dije.

—Y arriesgarte a una guerra —añadió, como quien no quiere la cosa.

—Sí. —A riesgo de parecer un disco rayado, asentí—. Que venga y que luche contra nosotros. Será un honor matarle por ella. Será mi deber eliminarle para que no tengamos que enfrentarnos a él nunca más.

—¿Estás tan empeñado en enmendar estos errores porque ella lleva a tu hijo? —Alzó las cejas.

—Estoy decidido a mantenerla a mi lado y protegerla porque es mía. Porque la amo.

Durante un largo y pesado silencio, me sostuvo la mirada.

Luego, con una leve sonrisa en los labios, suspiró y se levantó.—No voy a malgastar palabras diciendo que tienes mi permiso.

Sonreí.

—Porque harías lo que quisieras igualmente.

—Jamás traicionaría a la familia, padre. Siempre cumpliré con mi deber.

Asintió.—Me alivia que comprendas que ambas cosas son importantes. El deber *y* la familia —dijo, señalándola antes de meter las manos en los bolsillos—. Tienes mi permiso para hacer lo que sea necesario para terminar con esto.

Para acabar con *él*. La vida de Roberto Giovanni llegaría a su fin mientras Sofía y yo empezábamos juntos una vida completamente nueva.

—¿No te has dado cuenta de que es mejor pedir perdón que permiso? —bromeó Roman mientras llamaba suavemente y entraba en la habitación.

Mi padre le dedicó una sonrisa irónica.—No siempre.

Me miró.—Oleg y yo estábamos en la sala de control y parece que Giovanni está preparándose para ponerse en contacto con nosotros.

Fruncí el ceño, sabiendo que debía estar allí y liderar esta batalla. Pero no quería dejar sola a Sofía. Quería estar ahí en cuanto se despertara.

—Ve. —Mi padre volvió a sentarse—. Me aseguraré de que no esté sola.

Le sonreí, agradecido de que fuera él a quien podía llamar mi padre, mi jefe. Sofía tendría que acostumbrarse a conocerle, pero no intervendría en cómo ella decidiera entablar amistad con él ni en cómo él lograría aceptarla y darle la bienvenida a la familia como futura nuera.

—Gracias —le dije al marcharme para reunirme con los demás y empezar esta respuesta contra nuestro enemigo.

Lo decía de todo corazón. Si mi padre hacía su parte dejando claro a Sofía que no era una amenaza ni una extraña, ella tendría más motivos para creer que mi intención era un futuro duradero a su lado, basado no solo en el deber, sino también en el amor.

Roman habló con uno de los soldados mientras nos dirigíamos a mi sala de seguridad, pero me costaba dejar atrás a Sofía, en mi habitación, donde podría descansar. El recuerdo de lo callada y reservada que estuvo en el trayecto hasta aquí me incomodaba. La duda brilló demasiado claramente en sus ojos hasta que perdió los nervios y discutió conmigo, dándonos ese fuego y tensión que luego convertimos en pasión bajo la ducha.

No te culpo.

No puedo culparte por estar tan desengañada.

Su tío la había utilizado y tratado como una simple pieza de ajedrez durante demasiado tiempo. Tampoco me costaba entender que malinterpretara mis preguntas, cuando le pregunté por el bebé porque vi la preocupación con la que protegía su vientre.

Pero encontraremos una forma de avanzar juntos.

Tiene que haberla.

Y ese camino empezaría con una guerra. Una última batalla, la conclusión a los problemas que su tío nos había causado durante demasiado tiempo.

No contaremos con nada más que el amor, cariño.

Se lo prometería día y noche, hasta que lograra convencerse de esa ilusión.

¿Ilusión?

No. El futuro que deberíamos abrazar y construir sería *real*.

Porque ahora, mientras necesitaba cambiar de mentalidad y centrarme en cómo matar a su tío, sabía lo que era el amor

verdadero. Y me aferraría a ello con ambas manos y jamás lo soltaría—ni a ella tampoco—mientras formábamos nuestra familia.

36

SOFIA

Me desperté y encontré a Anya sentada en una silla junto a la cama.

Parpadeando rápidamente, me incorporé y solté un gemido.

Las náuseas. Ese asco angustioso de tener que vomitar. Que me capturasen y pegases, y que después me dijeran que me querían, no había cambiado lo caprichoso que era mi estómago.

—¡Toma! —Anya se sobresaltó al ver lo rápido que me incorporaba y gimoteaba mientras me cubría la boca—. Claire dice que esto te ayudará. —Me tendió un pequeño plato de galletitas saladas. Cuando lo cogí, me ofreció un vaso de agua—. Picotea y bebe a sorbitos —ordenó.

Asentí débilmente y traté de hacer lo que decía mientras respiraba algo más tranquila. *Dentro y fuera.* Como si pudiera doblegar el malestar a base de pura fuerza de voluntad.

—Estás bien —dije, observándola mientras acercaba la silla.

—¿*Yo*? —bufó, incrédula—. La que te llevaron, te hicieron daño, y encima tienes que lidiar con las náuseas matutinas eres tú y... —Se

le humedecieron los ojos cuando buscó mi mano libre—. No deberías preocuparte por mí.

—Pero lo hago.

Negó con la cabeza—. Pero tú... —Bajó la mirada un momento y suspiró—. Lo siento muchísimo, Sofia. No pensé que fuera peligroso llevarte a la instalación. No fue un capricho. *Sabía* lo importante que era para ti firmar esos papeles y sacar a Esmeralda de allí. No pensé que fuese tan arriesgado si íbamos con escolta, entrábamos y salíamos. Yo... —

Le apreté los dedos—. Ya está. Ahora todo está bien.

Soltó un largo suspiro.

—Pero tienes mucho que aprender, ¿sabes? —Me recosté, odiando sentirme tan cansada nada más despertar—. No era tan sencillo decidir dónde debía estar mi prima y quién debía encargarse. Estas políticas entre nuestras familias son tan...

—Jodidas —remató con sorna.

Asentí—. No podía permitir que ningún Orlov participara en ninguna decisión sobre el cuidado de Esmeralda por la rivalidad. Y no debería haberme alejado de la protección de los Orlov hasta que mi tío, al menos, estuviera informado.

—Lo siento muchísimo —repitió.

—Te perdono.

Ella esbozó una media sonrisa—. Supongo que la filosofía de Roman sí que funciona, en parte.

—¿Mejor pedir perdón que permiso? —pregunté, con seriedad—. Sí, no te lo recomiendo.

—Probablemente solo piensa así con todas sus mujeres. —Puso los ojos en blanco.

Me senté mejor, aliviada de que estuviera aquí y de que, tras aquel incidente, pudiésemos estar en mejores términos—. ¿No te hicieron daño?

Negó con la cabeza—. No. Los escoltas me metieron en el coche enseguida. Avisaron de que te habían secuestrado y mi padre se... enfadó.

—¿Porque se llevaron a su futuro nieto?

Negó con la cabeza—. Porque te llevaron a *ti*. He escuchado a él y a Claire hablar sobre mi hermano y lo obsesionado que estaba contigo. Sé que sigo aprendiendo sobre la política mafiosa y todo eso. —Puso una cara divertida e infantil—. Pero también he hecho un curso intensivo sobre cómo mi padre no es un monstruo.

Solté una breve carcajada—. Oh, yo también lo sé. No lo es. *Sé* perfectamente cómo es un monstruo de verdad. Y tu padre no tiene nada que ver con mi tío.

Sonrió levemente—. Entonces me alegro de que mi hermano esté descuidando su deber de quedarse aquí y consolarte para poder estar ocupado planeando cómo asegurarse de que tu tío no vuelva a acercarse a ti nunca más. —Me dio una palmadita en la mano—. Ahora puedo quedarme contigo y hacerte compañía.

Le devolví la mejor sonrisa que pude.

Carraspeó—. Y puedo contarte todo lo que vas a querer saber. —Se incorporó un poco, como si estuviese a punto de rendir parte de un informe, y asintió una vez—. Lo primero de todo, fui a firmar esos papeles de autorización. Los escoltas estaban empeñados en llevarme a casa, pero me negué. Insistí en entrar en el hospicio antes de marcharme. Fue necesario negociar y convencer un poco. Tuve que llamar a Roman para que me ayudara. Él vino y literalmente encandiló al personal para que aceptaran *sus* firmas, como apoderado temporal o algo así. No sé. Pero bueno, ya sabes cómo es él. El donjuán. Seguro que también les soltó algo de dinero.

—Se encogió de hombros—. Pero conseguimos sacar a Esmeralda, al menos.

Lloré en silencio, lágrimas grandes, gruesas y felices, y ella se inclinó para abrazarme.

—Mi padre, Claire y yo ni siquiera tuvimos tiempo de discutir cómo llevarla allí. Mientras Andre, Oleg y Sergei planeaban cómo salvarte, Roman recibió la noticia de que Esmeralda ya estaba *allí*.

Solté un suspiro profundo y le conté que yo ya había estado planeando cómo trasladar a mi prima.

—Vas a tener que decirles que ayuden a ese chico que la sacó —dijo mientras tecleaba un mensaje en su móvil en ese momento, probablemente avisando de lo ocurrido.

—¿Pero ella está bien? —pregunté, aprovechando la oportunidad para no pensar en la cuestión económica. Se me escapó una carcajada incrédula—. Vosotros, los Orlov, habéis actuado más como familia que mi propio tío en toda su vida. La habéis ingresado. Seguro que Mikhail ya está pagando todo.

Ella asintió—. Da miedo y es increíble la influencia que tiene. Solo mencionar una donación y se desvivían por complacernos. Claire ha estado en contacto todo el tiempo, recibiendo noticias cada hora.

—¿Y ella estará... cómoda?

—Sí. Estoy segura de que en cuanto sea seguro—

—¿Quieres decir cuando alguien mate a mi tío? —corregí.

Ella hizo una mueca.

Negué con la cabeza—. Anya, entre nosotros no queda *ningún* cariño. Me enfrenté a él en cuanto vine, porque quería ayudar a Andre y serle leal. Y lo merece. Él se merece mi lealtad y mi cariño. Vosotros todos lo merecéis.

Toda esta lucha tenía que terminar. Había durado demasiado. Y ya era hora de explicarle a Andre que mi amor era todo lo que podía esperar de mí. Mi entrega, pero no necesariamente mi obediencia. Mi compasión, pero no ningún derecho a utilizarme.

Anya volvió a abrazarme, apretándome fuerte y respirando hondo.

—Te lo dije, ¿verdad? —bromeó suavemente mientras me soltaba—. Haría las paces contigo y admitiría la necedad de dudar de ti.

—Eh. *Tenía* motivos para dudar de mí. Mi tío me envió aquí para espiarle.

—Entonces menos mal que no eras muy buena en ello —dijo Claire entrando en la habitación y, claramente, habiendo escuchado lo que acababa de decir—. ¿Cómo te encuentras?

Me revisó de arriba abajo, dándome una actualización clínica y minuciosa de todo lo que sabía de mi prima hasta el momento.—Ha estado desesperada por saber dónde estabas. Si estabas bien.

Parpadeé cuando Claire arrastró una silla y se sentó con nosotras.—Madre mía. Ni siquiera sabía que yo estaba allí con ella en su casa cuando él mandó que me llevaran.

—No por mucho tiempo, afortunadamente —sonrió Claire—. Está deseando hablar contigo, y en cuanto podamos organizarlo, podrás llamarla. Ahora mismo, Mikhail quiere controlar estrictamente lo que ocurre. Si tu tío interceptara una llamada, o mandara a alguien allí... —negó con la cabeza y frunció el ceño—. Tenemos seguridad colocada.

—*Mucha* seguridad —añadió Anya—. Al principio los trabajadores del hospicio debieron de asustarse.

—Pero Mikhail no dejará que nadie llegue hasta ella —Claire asintió una vez, como si así lo hiciera real—. Creo que todavía están considerando trasladarte a un piso franco un par de días, por si acaso, pero estás en buenas manos, Sofia.

—Lo que sea necesario para terminar con esto. Para acabar con él —permití que una pequeña sonrisa asomara y puse las manos sobre mi bebé—. Lo que sea necesario para allanar el camino hacia un nuevo comienzo.

Uno basado en el amor y los compromisos, no en mentiras y ocultaciones.

Fue en ese momento, al recibir buenas noticias sobre mi prima, cuando de verdad sentí que por fin estaba viviendo la vida plenamente. Elegir a Andre, elegir el amor y mirar con esperanza la llegada de nuestro hijo. Así podría borrar la mancha de pensar que solo un romance prohibido nos mantenía unidos.

Amor.

Eso era lo que nos mantenía unidos en esta situación tensa, y era la fuerza que seguiría junto a él, sin importar si el camino sería fácil o difícil.

Ya no estaba sola, y no volvería a estarlo nunca más.

37

ANDRE

La mañana se fundió con la tarde. Las horas avanzaron hacia la noche, frenéticas y ajetreadas. Planear y tramar cómo acabar con Roberto Giovanni no era una tarea sencilla que pudiera tachar de mi lista sin más.

Requería reuniones con espías. Conversaciones con los Rossi, que insistían en participar en esta lucha, y después organizar escenarios para prever cómo podría desarrollarse todo.

Aunque estaba impaciente por estar con Sofia, comprobar cómo se encontraba, consolarla y asegurarme de que comprendía lo importante que eran para mí su seguridad y su felicidad, estaba atrapado en la sala de seguridad. O paseando de un lado a otro en mi despacho mientras hablaba con los Rossi. Y después esperando en el despacho de mi padre mientras los espías acudían y nos informaban de lo que decían los representantes de Giovanni.

Se había establecido una comunicación oficial. Roberto había exigido que nos viésemos en su club nocturno en la zona alta de la ciudad para tratar el asunto de nuestra intromisión en su propiedad y el secuestro de su "querida" sobrina.

La mitad de los esfuerzos se centraban en negar o desviar cualquier acusación. Habíamos entrado allí para sacar a Sofia de la situación en la que se encontraba con tanta cautela que nadie podía sospechar que fuéramos nosotros. Claro que él sabía que habíamos sido nosotros. Que yo había ido a por ella. Pero no tenía pruebas. Ni vídeos. Ni huellas. Nada.

Sin embargo, su acusación de nuestra entrada ilegal y el secuestro de un miembro de su familia era una acusación de mucho peso, y ahí estaba el motivo por el cual los Rossi estaban tan alterados.

Ellos aprovecharían cualquier ocasión para aliarse con cualquiera que odiase a los Giovanni. Pero permitirles participar en esta lucha implicaba expectativas futuras y la obligación de devolverles el favor. Mi padre se ocupaba de las conversaciones diplomáticas respecto a eso, y yo sabía que, aunque nunca echaría atrás el hecho de acoger a Sofia en nuestra familia, tampoco iba a dejar de lado su enfoque de "lobo solitario" como jefe. Podíamos ser cordiales con los Rossi, y a menudo lo éramos, pero dejarles combatir a nuestro lado suponía un vínculo mayor de lo que estábamos dispuestos a asumir en ese momento.

Tras saltarme la cena, me rendí. La espera me estaba agotando. La ansiedad de tantos planes y decisiones me consumía. El estómago me rugía. Me moría de hambre. Tenía los nervios destrozados por no poder ir a ver a Sofia yo mismo y comprobar cómo estaba.

Me levanté y miré a Oleg.—Diles a los Rossi que se mantengan al margen.—Me giré hacia Sergei.—Prepara un equipo para reunirse con Giovanni en su club.—Por último, mirando a Roman, asentí una vez.—Y pon en marcha el proceso de rastrear el despacho para evitar cualquier llamada a la policía.—Me froté la mandíbula.—Esto termina esta noche. Si Giovanni quiere vernos esta noche, así será.

Podríamos darle vueltas a esto todo el día y toda la noche. Pero mi paciencia se había agotado. Impulsado por la rabia y el amor, me había propuesto actuar rápido y despejar los obstáculos que me impedían disfrutar de la libertad de consolar a Sofia y hablar de

nuestro futuro. Uno con matrimonio y un bebé en camino. Con ella volviendo a los estudios y siendo enfermera. Una escena de confianza y amor y sin tener que volver a separarnos nunca más.

Mi padre también se levantó, visiblemente molesto por el largo día de negociaciones, análisis y estrategia.—Deberías trasladarla primero. Por si acaso.

—Estoy de acuerdo.—Mantener a Sofia aquí era lo ideal. Estaba rodeada de seguridad. A salvo. Pero los imprevistos ocurren, y dado lo tensos que estaban los ánimos por la amenaza de Giovanni, parecía sensato añadir una capa más de protección.—Ya he pedido que preparen el piso franco.—Había escogido el edificio más próximo a esta manzana. La seguridad ya estaba en marcha, inspeccionando la zona y preparando las medidas de vigilancia.

—Creo que Anya y Claire ya le mencionaron la posibilidad de trasladarla —me dijo mientras salíamos juntos de la sala.

—Bien. Entonces ya está avisada —exhalé un profundo suspiro.

—¿Estás preparado para esto?

—Estoy más que preparado para terminar con esto —me estremecí —. Pero no me gusta nada esa sospecha de que no vaya a aparecer.

Asintió.—Por eso tendremos a otro equipo preparado para eliminarle si se esconde.

Aunque me disgustaría perderme la gloria y el honor de matar yo mismo a Roberto Giovanni, sabía que lo más importante era que estuviera muerto. Le atraparíamos de un modo u otro antes de que amaneciera.

Nos separamos y fui deprisa a ver a Sofia. Claire no le había dicho que guardara reposo en la cama preocupada por su salud, pero parecía que seguía tan agotada que simplemente había querido recostarse y dejar que su cuerpo se recuperara de todo lo que había pasado.

Para mi sorpresa, no estaba en la cama cuando entré en la habitación. Estaba haciendo una pequeña maleta.

—¿A dónde vas?

Se giró hacia mí, arqueando las cejas.—¿A… un piso franco?

Suspiré y fui a abrazarla. Verla hacer la maleta me intimidaba.

—Anya ha escrito un mensaje y decía——

La besé para silenciarla, absorbiendo todo el calor que podía de ella. —Sí. Creemos que es más seguro trasladarte. Por si acaso —esperé, observándola expectante, medio convencido de que protestaría.

—¿Vale? —pregunté, arqueando una ceja.

Soltó una risita leve y esbozó una pequeña sonrisa.—¿Vale? Sí, Andre. Está bien. Más que bien. Lo que tú consideres mejor. Y más seguro.

La mantuve a cierta distancia.—¿Eso es todo?

Se encogió de hombros y sonrió con timidez.—¿Sí?

—¿No vas a ponerme pegas porque decida todo yo?

Soltó un suave suspiro y me enmarcó el rostro. Al acercarme para darme un beso delicado, consiguió que deseara tener todo el tiempo del mundo para ser así de cariñosos e íntimos. Ahora mismo.

—Te quiero, Andre, y confío en ti —tragó saliva y se sonrojó.—Pero no voy a adoptar esa idea absurda de que es mejor pedir perdón que permiso —añadió con un resoplido.

Sonreí, acercándola y besándola de nuevo hasta quedarnos sin aliento.

—Estoy harta de tanta lucha —admitió.—De luchar contra *él*.

Eso, para mí, sonaba a una especie de permiso velado.

—De luchar contra *ti* —me regaló otro beso, tierno.—De luchar contra lo que está destinado a ser.

—Yo también —asentí.—Yo también. —Retrocedí un paso y apreté su mano, esforzándome por mantener la calma y que la euforia no me dominara. Aún no podía celebrar nada. No podía bajar la guardia y dejarme llevar por el optimismo. Escucharla admitir que me quería *era* un premio que atesoraría siempre, pero primero tenía que eliminar las amenazas que la ponían en peligro.—Te quiero, y no veo la hora de volver a demostrarte cuánto.

—Después —dijo mientras seguía cerrando la cremallera de su bolsa. —Después…

—Después de esta noche —terminé por ella.—Le veremos en su club, y ahí terminará todo.

Frunció el gesto.—No quiero saber. No quiero… ningún detalle.

Nunca los quería. Jamás los había querido. Para lo nuestro, realmente era la peor persona para obtener información por razones turbias. Su enfoque era que la ignorancia da la felicidad, y así se lo concedería, salvo que decidiera lo contrario.

Juntos nos fuimos al otro edificio. Con suerte, solo sería por esta noche. Aunque Anya se ofreció a quedarse y hacerle compañía, mi padre y yo lo descartamos. Para que no estuviera preocupada mientras yo no estaba, Sofia llamaría a su prima y se pondría al día con ella. Esmeralda estaba cada vez más fuerte y estable, hasta el punto de que ya no dormía tanto y podían hablar por videollamada.

Ansioso e impaciente por cerrar este capítulo, y para compensar todo lo que Sofia había sufrido a manos de su tío, lo hice sencillo.

—Volveré pronto. —La besé en la puerta, satisfecho de que el lugar estuviera bien vigilado.

—Ten cuidado —me devolvió el beso.

—Siempre —apoyé mis labios en su frente esta vez.—Te quiero.

—Yo también te quiero —me besó de nuevo.

—Esta noche volveré y entonces podremos ver cuándo nos fugamos —me apresuré a besarla esta vez, cortando su chillido de sorpresa.

—¿No es eso un poco precipitado? —preguntó cuando se separó para tomar aire. Una enorme sonrisa adornaba su bello rostro.

—En absoluto —la miré hipnotizado por el calor de sus ojos.—No puedo esperar a que empiece el resto de mi vida contigo.

—Yo—

—O... bueno —Oleg aplaudió dos veces desde donde iba y venía por el pasillo.—No es por interrumpir, pero… —señaló su reloj.—Es hora de moverse.

Sofia agarró la parte delantera de mi camisa y me atrajo hacia ella para darme un último beso. —Mañana.

—¿Mañana?

Asintió y me besó de nuevo. —Nos casaremos mañana si quieres. Solo ve y cuídate.

Con un último *te quiero* y mi promesa de tener cuidado, me fui.

Oleg me lanzó una sonrisa burlona mientras salíamos del edificio. —¿Vas a poder hacer esto? ¿Concentrarte?

Le lancé una mirada irónica. —He nacido para esto. ¿Matar a mis enemigos? Pan comido. ¿Vengarme de todo el sufrimiento que ha pasado mi prometida? Encantado.

No era arrogancia. No estaba hablando por hablar. Al salir de la casa segura y acercarnos a la discoteca, una energía profunda, siniestra y sedienta de sangre se apoderó de mí.

Giovanni estaba a punto de pagar.

Esta enemistad entre nuestras familias acabaría ahora.

Al menos ese era el objetivo.

Lideré a los hombres para entrar en la discoteca, y en vez de ir por la entrada por donde esperaban que llegásemos, lo hicimos por el edificio contiguo. Nuestro cambio de ruta les pilló desprevenidos, pero no cambió su destino.

—¿Dónde está él? —le exigí al imbécil de los Giovanni que me recibió apuntándome a la cabeza con una pistola.

—Vete a la mierda. Antes de que pudiera apretar el gatillo, otro hombre le disparó. Habíamos hecho que nuestros propios espías vestidos de civil se hiciesen pasar por parte de las fuerzas de los Giovanni, y en ese momento desvelaron la artimaña.

En un instante, quedó claro que nunca habían tenido intención de hablar. Ni negociar. Ni tratar nada. Y lo más revelador de todo era el hecho de que Roberto Giovanni no se había presentado.

Maldito cobarde.

Mi padre y yo sospechábamos que haría un movimiento así. Quería tenderme una trampa en su propio territorio para matarme.

Por eso estábamos preparados. Mataron a todos los Giovanni. Éramos demasiados. Ya teníamos a nuestros hombres infiltrados entre ellos. Cuando el humo de la pólvora se disipó y recuperé el aliento tras el disparo que me alcanzó en el hombro, el mismo en el que aún tenía las cicatrices que Sofia me curó hacía casi tres meses, apreté los dientes y examiné los daños.

A esa distancia, era inevitable que alguien resultara herido. Yo estaba herido, pero seguía vivo.

—Todos localizados —anunció Oleg después de que exigiera saber cuántos heridos había.

No había ningún Orlov muerto, pero los gemidos y gestos de dolor en los rostros de mis hombres demostraban que no iban a salir de allí ilesos.

—¿Civiles? —pregunté a continuación, avanzando cojeando hacia la puerta.

—Ninguno —contestó Oleg, apretando con la mano el brazo, del que manaba sangre.

Habíamos hecho bajar a un par de soldados para evacuar a los invitados de la discoteca. No era necesario, pero al pensar en lo enfadadas que se pondrían Claire y Sofia si supieran que habían muerto inocentes en un acto de violencia que nada tenía que ver con ellos, pedí que se desalojara el local cuando llegamos. A Natalie también le agradaría, ya que su primer marido había muerto al quedar atrapado por casualidad en medio de un tiroteo ajeno a él.

Un par de matones de los Giovanni maldijeron y protestaron mientras mis hombres los sacaban a rastras. Un reguero de sangre espeso les seguía por el suelo. Estaban heridos, pero vivos. Débiles, pero muriéndose poco a poco. Imaginé que aguantarían lo justo para que los interrogaran sobre dónde se escondía su líder cobarde. Nos encargaríamos de ello, pero yo no pensaba dejar nada al azar.

—Seguiremos vigilando —dijo mi padre, conectado a la unidad de comunicaciones que todos llevábamos puesta.

Asentí, soltando un soplido brusco mientras Oleg y yo subíamos al coche para marcharnos.

—Eso haremos. Roberto Giovanni podría creer que se saldría con la suya tendiéndonos una trampa así, aceptando una cita para luego echarse atrás. Pero no lo iba a lograr. Firmó su sentencia de muerte en el mismo instante en que se atrevió a hacerle daño a Sofia. —No hay rincón en la tierra donde pueda esconderse para librarse de mí —respondí mientras el conductor se alejaba de la reunión fallida que me ponía de los nervios.

Voy a por ti.

Y vas a pagar con tu vida por lo que has hecho.

Apreté los dientes y respiré hondo, conteniendo la rabia y la decepción al saber que no podía volver a casa con Sofia con buenas noticias, con la tranquilidad de que ya nunca tendría que temer a su tío.

Se lo debía.

La quería demasiado como para fallarle.

Pero esta vez me pregunté si de verdad las cosas buenas les llegan a los que saben esperar. Mi paciencia para ver morir a Roberto Giovanni se iba desgastando con cada segundo que pasaba.

38

SOFIA

Nada más irse Andre, llamé a Esmeralda. Ya había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hablado con ella, desde que la había visto. Echarla de menos era algo que tenía que afrontar en el presente y que aún me esperaba en el futuro. Ella estaba aquí por tiempo limitado, y ahora que ya había aceptado el amor de Andre y sabía que quería apoyarme, tenía la libertad de reunirme con ella.

Una vez que mi tío estuviera muerto.

La preocupación y el miedo me invadieron mientras veía cómo se alejaba el coche. Andre se dirigía hacia el peligro—por mí, por nuestro bebé, por nosotros—y yo estaba en tensión, con el corazón encogido ante la posibilidad de que algo saliera mal.

Sin embargo, era un riesgo que había que asumir, así que traté de distraerme de la ansiedad pensando en cómo le daría las gracias y cómo le demostraría mi gratitud cuando regresara.

Hablar con mi prima también era una distracción, y me alegraba tener la oportunidad de verla con mis propios ojos. De escuchar su voz.

Parecía estar mejor, con un poco más de color en el rostro y un gorro nuevo y limpio en la cabeza para mantenerse bien abrigada, ahora que había perdido el pelo por la quimioterapia y los tratamientos.

Pero lo más bonito de todo era la sonrisa que transformó su rostro al volver a verme.

—Siento que tengo que pellizcarme —admitió—. Como si esto fuera un sueño.

Negué con la cabeza.—No lo es. Pero sé a lo que te refieres. La verdad es que resulta irreal.

Mikhail y Claire habían organizado para que tuviera una habitación privada, algo mucho mejor que lo que yo había planeado para ella por mi cuenta. Decían que una suite privada sería lo más conveniente por temas de seguridad, y supuse que era verdad. Al tener su propia habitación, podíamos hablar con más libertad, pero me llenó de alegría escucharla explicar cómo podía salir y estar cerca de otros pacientes en la zona común. Privarla de socializar había sido una de las cosas más crueles que mi tío le había hecho.

—De una pesadilla a un sueño —dijo ella.

—La pesadilla se acaba esta noche —le respondí.

—Que Dios ayude al futuro papi de tu bebé —dijo, con una sonrisa pícara en los labios.

Sonreí de oreja a oreja, feliz de poder compartir esa noticia con ella.

—Sabes, cuando te dije que vivieras la vida al máximo, no quería decir que él te fuera a *llenar* de una vida nueva.

Me reí de sus ocurrencias subidas de tono, encantada de que volviera a ser más como la de antes. Seguía siendo una sombra de lo que fue, con un pronóstico que no iba a cambiar. Pero su espíritu seguía intacto, pese a todo lo que había pasado.

—Estoy deseando conocerle y poder darle la enhorabuena personalmente —dijo.

—Mañana podrás, en nuestra boda.

Tosió con el sorbo de agua que acababa de tomar.—¿Cómo?

—O quizá no se llama boda si simplemente nos fugamos. Pero vas a estar allí.

Charlamos un rato más, sobre todo de Andre y de cómo quería creer de verdad que la felicidad estaba, por fin, a mi alcance. También le pregunté cómo se encontraba y no se mordió la lengua al decirme la verdad. Me habló, además, de Anya y de Claire, que habían ido al hospicio para asegurarse de que todo marchaba bien.

Se despidió por teléfono, diciendo que estaba cansada y que mejor hacíamos una videollamada más tarde. Cada vez bostezaba más, y aunque me dio mucha pena terminar la llamada, sabía que pronto podría verla.

Justo después de colgar, se abrió la puerta principal.

Me puse de pie de un salto y me giré, viendo entrar a Andre en el piso.

—¡Andre!

Corrí hacia él, consciente de que seguramente la situación no era tan grave como parecía. Había ido a la guerra por mí. Había entrado de lleno en una pelea por nosotros. No podía esperar que llegara descansado ni con buen aspecto.

Entrando tambaleante y con una mueca de dolor, se sujetaba el hombro y parecía buscar dónde sentarse.—Lo siento, cariño —dijo con voz ronca.

—¿Qué? —llegué hasta él, dejándole apoyarse en mí.

Se tensó y apretó la mandíbula mientras le guiaba al sofá.—No estaba. El muy cobarde. Empezaron a disparar y no iban a hacer

otra cosa que intentar matarme.

—No me sorprende —repliqué, esforzándome por mantener la compostura.

Estaba herido, a todas luces le habían disparado, viendo cómo se apretaba el hombro con la mano ensangrentada.—Ay, Andre. Es el mismo lado…

Asintió, dejándose caer en el sofá.—No hemos perdido a nadie. Pero ahora tengo que esperar otra vez para…—Cerró los ojos, haciendo una mueca de dolor y conteniendo la respiración.

—Dios mío.—Corrí a buscar el botiquín—porque soy de esas que siempre se preocupan por todo y quise saber dónde estaba nada más llegar aquí—y volví junto a él para ayudarle con la herida. Todas las suturas que le había hecho meses atrás ya no estaban, pero la cicatriz era un desastre, abierta de nuevo y con una bala dentro.

—¿Cómo pueden dejarte así y…—fruncí el ceño mientras le veía retorcerse y quejarse de dolor.

—Sabía que estarías aquí. Mi enfermerita. Mi amor.—Buscó mi mano y me apretó.—Han llevado a Oleg a la clínica. También le han disparado.

Al enterarme de que Oleg se encontraba fuera del piso franco, en un bloque de apartamentos, no pude evitar sentirme aún más nerviosa. Oleg era su ayudante. Su mano derecha. Sabía que estaría a salvo siempre que Andre estuviera conmigo. Pero él estaba herido. Casi aturdido y lento.

—Creo que la munición llevaba algo en la punta —masculló, arrastrando las palabras.

Joder. Presioné la herida de su hombro y busqué unas pinzas. El brillo metálico de la bala era visible y me alegré de que no hubiera avanzado más. No era cirujana, pero si dejar eso dentro le hacía

más daño, lo sacaría de inmediato y volvería a apretar bien la herida.

Apenas reaccionó, solo se quejaba y gruñía de dolor e incomodidad mientras hurgaba para extraer la bala. Parecía más un dardo que una bala, pero ni de lejos era experta.

Va a estar bien.

Todos lo estarán.

—Tranquilo —le dije con suavidad—. Hazlo despacio y sin prisas —susurré mientras intentaba sujetar el objeto incrustado en su carne.

Pero él sigue ahí fuera.

Dijo que el tío Roberto no estaba allí.

¿Y si…?

Me estremecí ante el miedo de que él aún pudiera ser una amenaza. Para mí. Para Andre. Mi bebé. Cualquiera de los Orlov.

No. Basta ya.

Todo irá bien.

Hay guardias apostados aquí.

Nadie está—

Solté un profundo suspiro de alivio al lograr sacar la bala. O dardo. Fuera lo que fuera, ya estaba fuera. Lo dejé sobre la solapa abierta del botiquín.

En cuanto puse otra gasa sobre la herida de Andre, la puerta se abrió de golpe.

—Necesito—

Me giré en seco, suponiendo que era uno de los guardias Orlov entrando para ayudar.

Pero no lo era.

Un escalofrío de miedo helado recorrió mi espalda al ver el rostro de un guardia Giovanni en la puerta. Llevaba un cuchillo en la mano. Y en su ceño fruncido ardía una rabia asesina.

Joder.

No, por favor.

Se metió en el apartamento, me fulminó con la mirada y después se fijó en Andre.

—No. —Me puse en pie, bajando la mano para coger un bisturí del botiquín, junto al muslo de Andre. Empuñándolo, me aferré a esa energía ardiente a la que aprendí a dar la bienvenida cuando fui secuestrada y golpeada.

Esa necesidad de proteger.

De defender.

De interponerme entre cualquiera a las órdenes de mi tío y la persona que amaba.

—Maldita traidora —gruñó, dando un paso más.

Cerré los dedos en torno al bisturí. Era una hoja pequeña. Un filo diseñado para ayudar a un paciente. No para defenderse, pero era mejor que nada. Reuniendo todo el coraje que quedaba en mí, me coloqué entre Andre y la puerta. Entre mi futuro y un símbolo de mi pasado.

—Fuera. Lárgate de aquí —ordené.

—No. Vas a pagarlo. Vas a morir junto a la escoria maldita de los Orlov. —Mostró los dientes, respirando con dificultad.—Te mataré por el jefe. A ti y a esa cría bastarda. ¡Luego a él!

Di un respingo, nerviosa cuando avanzó de un salto.

Pero no me eché atrás. El corazón me latía tan deprisa que la sangre me hervía por las venas, agudizando el dolor de todas las heridas y moratones que seguían sanando. No lograba llenar los pulmones con el aire que aspiraba en jadeos cortos. El pánico intentaba debilitarme. Un vértigo de terror empezó a nublarme la vista.

Algún guardia tenía que estar viniendo. Aquel hombre debió de seguir a Andre y creyó que podía colarse. Pero no duraría mucho. No podía durar. Mikhail lo controlaba todo y sus hombres estaban entrenados. No cometían errores en sus cálculos.

Mikhail Orlov jamás permitiría que su hijo estuviera en peligro. Pero por si algo había salido mal. Por si la seguridad había sido burlada…

—No vas *a* pasar por encima de mí —advertí, decidida a proteger a mi hombre, obstinada en defender mi futuro.

Aquí no era una marioneta. No permitiría que me vieran como un objeto para usar, descartar o sacrificar en misiones absurdas y condenadas al fracaso.

Hasta que llegara ayuda, yo estaría aquí y sería la igual de Andre al enfrentarme al régimen de mi tío.

Se echó a reír, escupiendo saliva por la boca.—¿Ah, sí? —Negó con la cabeza, burlándose de mí.—Seguro que eso pensaron todos esos soldados Orlov al seguir a ese hijo de puta hasta aquí. —Señaló a Andre en el sofá, la punta de su cuchillo goteando sangre.

Estaba fuera de sí. Drogado por la "gloria" de servir a mi tío. El ansia de sangre brillaba en su mirada amenazadora, pero eso no me iba a hacer retroceder ante el mal que perpetuaban.

—Vas a morir, zorra. Me encargaré de ello aunque sea lo último que haga por el jefe.

Negué con la cabeza, dando pasos laterales para enfrentarlo. Apenas nos separaban un par de metros. Solo una pequeña mesa auxiliar le impedía llegar hasta mí.

—No. Tengo demasiadas razones para seguir viva. Tengo demasiado amor para dar y cuidar. Andre y yo estábamos empezando una familia, y ese instinto de madre protectora no hacía más que crecer.

—Esto es lo que te mereces por traidora —gritó, acercándose otro paso.

Joder.

Mierda.

¿Dónde está mi móvil?

¿Dónde está un guardia?

Aferré el brazo, manteniéndolo extendido mientras miraba a Andre.

Por favor. Por favor, despierta.

—No soy una traidora —repliqué, intentando ganar tiempo con el guardia.

—¡Sí lo eres! Te atreviste a desafiar al jefe. ¡Te aliaste con *él*! —Lanzó una puñalada al aire en dirección a Andre en el sofá.—Y por eso, vas a—

—No volverás a estar solo nunca más —grité, interrumpiendo su amenaza y terminando la frase a mi manera.

Soltó una carcajada, extendiendo la mano libre.—Parece que ahora sí lo estás. ¿Quién va a salvarte esta vez?

Giré la muñeca para colocarme en mejor posición para atacar. Dicen que la mejor defensa es un buen ataque, ¿no?

—Yo misma —gruñí.

Lucharía por mi amor, por la familia que elegí, hasta mi último aliento.

39

ANDRE

—No eres más que una puta inútil —gritó un hombre—. Una mujer patética, una zorra traidora que no sirve para nada.

Parpadeando despacio, dejé que los insultos enfurecidos calaran en mi mente. Me movía lentamente, pero volví de golpe a la realidad y levanté la cabeza.

—Vete a la mierda. Y lárgate de aquí —respondió Sofia.

¿Pero qué demonios está pasando?

En un carrusel vertiginoso de recuerdos, todo me volvió a la cabeza.

Ir al club y acabar en un tiroteo nada más entrar.

La rabia porque Roberto Giovanni no se había presentado.

La decepción de haber regresado junto a Sofia mientras la amenaza de su tío seguía suelta.

Y luego ese dolor raro y cálido en mi hombro.

Me habían disparado, y desde entonces, llevaba atrapado en este hechizo de sueño.

Girando la cabeza lentamente, vi el dardo sobre una bolsa de primeros auxilios. Esperaba junto a mí, con la tela similar a la lona extendida y la superficie cubierta de sangre. No era una bala, sino algún tipo de maldito dardo. Quizás ese era su plan B. Atraerme hasta su edificio para "hablar" y capturarme en su lugar.

—Prepárate para pudrirte en el infierno —gruñó el hombre.

Ni de coña, lo hará.

Parecía que uno de los soldados Giovanni había decidido encargarse de ser el último recurso en la pelea. El hombre, solo, se mantenía cerca de la puerta, blandiendo un cuchillo.

Sofia me daba la espalda mientras me ponía en pie. Con el corazón desbocado en el pecho, acelerado por el miedo a que le hicieran daño, me lancé hacia delante para rodearla con el brazo. La abracé contra mi costado y la empujé para que se pusiera detrás de mí y así poder cubrirla. Ella agitó el brazo, y una hoja fina salió disparada de su mano. Contuvo la respiración, asustada, pero no esperé a que recuperara el equilibrio.

No era *el* momento de andarse con contemplaciones.

Aquí no iba a haber nada bonito ni lento.

Aprovechando el impulso de levantarme y apartarla, alcé el brazo y apunté al hombre con mi pistola.

Una vez.

Dos veces.

Pulsé el gatillo y lancé un par de balas directamente a la cabeza del Giovanni. Atravesaron su cerebro, justo entre los ojos, y acabaron con su vida.

Sofia soltó otro jadeo, agarrándose fuerte a mi costado, y yo me tambaleé intentando mantenerme en pie.

—Andre—

—¡Traidor de mierda!

Dejé de mirar a Sofia y de comprobar que estuviera bien, ya que la visión volvió a nublarse. Ella había sacado ese dardo de mi cuerpo. Su sangre manchaba sus dedos. Pero la droga seguía haciéndome efecto. Tenía que ser eso, porque habría jurado escuchar al mismísimo diablo.

—Andre. —Esta vez, Sofia no lo dijo con temor. Habló con claridad, alarmada, mientras me sostenía para que no me desmoronara hacia un lado. El miedo de que le hicieran daño me había despejado lo suficiente para disparar al soldado Giovanni, pero volvía a sentirme aturdido.

Me agarró la mano. Mis dedos seguían aferrados al arma. Con la frialdad de las yemas sobre mi muñeca, me guió para que volviera a levantar el arma.

Me giré, mirando hacia la puerta, y me di cuenta de que no era imaginación mía. No, no era una trampa de mi mente.

Roberto Giovanni estaba allí, con el pecho enorme subiendo y bajando mientras lanzaba una mirada de desprecio a Sofia.

—Traidora de mierda —repitió—. Me desafías. Te niegas a obedecer mis órdenes. ¿Y cuando el mejor de mis hombres se la juega para traerme hasta aquí, tienes la desfachatez de ver cómo lo matan?

Tú.

Estás muerta.

Vas a morir.

No conseguía articular palabra. Respirar a través de la sequedad de mi boca requería demasiado esfuerzo. Me humedecí los labios, negué con la cabeza y me apoyé en Sofia. Sus dedos seguían aferrando mi muñeca mientras elevaba mi brazo y guiaba mi arma hacia delante.

—Vas a pagar —dijo Roberto—. Vas a pagar por tus pecados.

Sofia se tensó, gruñendo suavemente mientras deslizaba su mano sobre la mía para presionar mi dedo contra el gatillo.

Un disparo sonó. El estruendo agudizó mis sentidos y me sacudió de ese letargo.

Fallamos, los dos. Roberto se apartó a un lado justo cuando un nuevo agujero aparecía en la pared, a su derecha.

Negué con la cabeza, intentando despejar la niebla, y tomé una bocanada de aire profundo para estabilizarme.

Roberto se llevó la mano al costado y cogió su pistola.

Pero ya era demasiado tarde.

Me concentré.

Impulsado por la necesidad de proteger a esta dulce belleza que me había elegido, que había luchado por nuestro amor, entorné los ojos y redirigí nuestras manos. Con sus dedos enlazados con los míos, apunté y disparé.

Le alcancé en el pecho. Sin fiarme de mi torpeza, elegí un objetivo mayor y el centro de masa, en vez del disparo a la cabeza que hubiera preferido.

Nada de esto era limpio.

Roberto dio un traspié hacia atrás, fulminando a Sofía con la mirada.

Avancé un paso, y ella me sostuvo.

De nuevo, le disparé. Directo al corazón. La bala le atravesó la mano para incrustarse en su interior.

Una vez más.

Otro paso adelante.

Volví a disparar.

Otra vez.

Cayó de rodillas y se desplomó de lado mientras la sangre empapaba su camisa blanca.

Moviéndonos como uno, con Sofía sosteniéndome y su mano sobre la mía, vacié el cargador en él.

—Andre… —Sofía apartó la mirada de los restos macabros de su tío. Sus ojos vacíos miraban al techo. Agujeros poblaban su pecho.

—Está muerto.

Sofía asintió, preocupada por mí mientras me ayudaba a sentarme de nuevo. Ansiosa por contener la hemorragia de mi hombro, no apartaba los ojos de mí. —Por favor, Andre. Tómalo—

Sonreí, ladeado y eufórico. —Si me dices que me lo tome con calma…

Frunció el ceño, guiándome hasta quedar en el suelo.

Le sonreí, borracho no sólo por la droga, sino por la alegría de que todo hubiera terminado.

Le había matado. Había hecho mi parte para asegurar su seguridad.

Roberto Giovanni estaba muerto.

Ahora su organización podía venirse abajo.

Sofía estaba conmigo, y nadie volvería a separarnos.

Mientras ella se desvivía por mí, presionando su mano contra mi herida e intentando mantenerme erguido contra la pared, admiré su tenacidad. Su afán de hacer el bien. De ayudar. Incluso si eso significaba plantar cara al mal y enfrentarlo de frente.

Había detenido a ese soldado. Había intentado matar a su propio tío cuando yo no pude reaccionar a tiempo.

Porque me quiere.

Hice una mueca por la presión que ejercía sobre mi herida, sabiendo sin lugar a dudas que así es como se sentía.

Ser amado. Amar. Arropándome en la seguridad de su amor, acepté que ya ningún otro detalle importaba.

No me importaba que fuera Sofía Giovanni de nacimiento. Me había elegido y sería mi esposa.

—Sofía Orlov… —dije somnoliento, alzando la mano para acariciarle la cara. Mis dedos le dejaron una mancha de sangre en la mejilla y me estremecí.

Me miró incrédula. —No mañana.

Fruncí el ceño. —Pero te quiero.

Se rió por lo bajo, murmurando mientras comprobaba el flujo de sangre de mi hombro.

—Dijiste que te casarías conmigo mañana.

Con una sonrisa dulce pero exasperada, me lanzó una mirada. —No me voy a casar contigo mientras sigues drogado y estás en las nubes.

Sonreí de nuevo, dejando que la dulzura de su gran corazón me recompusiera. —Estoy contigo, cielo. Ahora y siempre.

Se oyeron pasos, y ella se puso tensa, buscando mi arma. Se giró para apuntar a la puerta mientras mantenía una mano en mi hombro.

Sergei entró corriendo, bajando su arma en cuanto nos vio.

—Ay, gracias a Dios. —Sofía tragó saliva y se echó atrás, relajándose al ver que había llegado ayuda.

—No, gracias a *ti* —le respondí, volviendo a acariciarle la mejilla. Al mirar en sus ojos y ver el amor cálido que me profesaba, carraspeé —. Gracias por quererme.

Su sonrisa era temblorosa, como si intentase contener las lágrimas. A su lado, mi primo me ayudaba a mantenerme erguido. Ignorando las órdenes que ladraba a su teléfono pidiendo refuerzos, me quedé mirando a Sofía mientras ella suspiraba.

—Y yo te quiero a ti, mi novia. Mi compañera. —Me incliné para besarla, pero estaba demasiado desequilibrado y fallé, dándome con la barbilla en el hombro de Sergei, que estaba agachado.

—Por el amor de Dios… —murmuró con resignación.

La ligera risa de Sofía me calmó el alma.

—Mi esposa —dije, incapaz de dejar de expresar lo profundamente aliviado que estaba porque su tío había muerto. Ya nada podría detenerme.

—Aún no —replicó con suavidad.

—La madre de mis hijos. —Alargué la mano para ponerla sobre su vientre, pero una vez más, fallé.

—Pásame esa manta —le indicó a Sergei.

Él se la dio y Sofía la colocó sobre mi herida abierta.

—Quiero más. —De nuevo intenté poner la mano donde ella llevaba nuestro futuro.

—¿Qué te he dicho, Andre? —dijo, guiando mi mano hasta su vientre aún plano—. Tranquilo.

Entró más gente en la sala para ayudar. Antes de que me movieran y me llevaran a la clínica, le dediqué una sonrisa.

—¿Despacito y buena letra? —aventuré.

Me daba igual cómo quisiera que me comportara como paciente. Podría ser mi enfermera cuando quisiera.

Nunca mi criada.

No mi cautiva.

Solamente la mujer con la que quería pasar el resto de mi vida, cada día un reto para merecer su amor.

40

SOFIA

Cinco meses después…

Con una sonrisa de oreja a oreja, avancé un par de pasos.

Entonces me detuve.

Oleg soltó una carcajada, deteniéndose a mi lado mientras me ofrecía su brazo. Era como si cerráramos un círculo completo al caminar juntos hacia el altar. Al principio fue tan escéptico con mi presencia en la casa de Andre, pero ahora, me aceptaba como amiga, como la pareja de su jefe y como miembro de su familia en quien siempre podría confiar.

Anya detuvo la música. Esperó sentada al piano en el gran salón de la residencia de Mikhail y Claire. Con los dedos en alto sobre las teclas, alzó las cejas.—¿Necesitamos ahora una toma tres?

Oleg negó con la cabeza, aún riéndose entre dientes.

Gruñí en voz baja.—No.

El pequeño Owen balbuceaba desde un lado mientras Mikhail lo sostenía. Agitaba sus bracitos regordetes y trataba de coger el

vestido de Claire. Ella soltó un suspiro al notar cómo él agarraba un puñado de su pelo y tuvo que inclinarse hacia él.

Cogiendo un buen trozo de tela blanca para levantarme el vestido, me mordí el labio para no reírme.

—Creo que esta sería la toma cuatro —dijo Esmeralda, que estaba sentada a un lado en su silla de ruedas.

Detrás de ella, Thomas, el hijo del conductor que me ayudó a ponerla a salvo, negó con la cabeza.—No, sería la toma tres.

—Por el amor de Dios —dijo Andre, mirándome con resignación.—Ven aquí de una vez. —Señaló el espacio abierto delante de él.

Eso fue todo.

No pude aguantar más. Me eché a reír, doblándome sobre mí misma y teniendo que volver a agarrar mi vestido. Mi vestido demasiado largo.

Y esta sería el cuarto intento de que esto saliera adelante.

—No. No te rías —advirtió Anya.—Vas a—

Cerré los ojos con fuerza, riendo aún más.—No voy a hacerme pis en el vestido de novia.

Con lo mucho que se ha hinchado mi barriga con este bebé, mi vejiga está a prueba día sí, día también.

—Sofia… —me advirtió Andre, aunque la risa se le notaba en la voz también.

—Vale. Vale. —Levanté la mano libre, alzando el ramo, me aclaré la garganta e intenté ponerme otra vez seria.

Mikhail suspiró e hizo un gesto a Anya para que reanudara—o reiniciara—la música.

La primera vez que intenté caminar hacia Andre por ese pasillo improvisado con este pequeño grupo de testigos, Rose rompió a llorar cuando se le cayó el chupete. Natalie se puso tan roja mientras intentaba calmar a su hija, y nos tocó empezar de nuevo.

La segunda vez que Oleg y yo cruzamos el espacio entre las sillas que habían colocado, Renee se sonó la nariz tan fuerte que hizo llorar a Owen. La criada gruñona que me juzgaba hace un año cuando llegué era ahora un mar de lágrimas, llorando a moco tendido al verme casarme con Andre.

Esta tercera vez, casi me tropecé con el vestido.

—Te *dije* que este vestido es demasiado largo para mí —le dije a Anya.

—No eres demasiado bajita, es que estás demasiado embarazada —bromeó Claire.

—Ejem.—Andre lanzó a su hermana una mirada.

Ella sonrió y volvió a tocar.

No hicieron falta más intentos. Alcé la cabeza con orgullo y nerviosismo, feliz de ser la única mujer que tendría a ese mafioso atractivo esperando al final de ese pasillo improvisado.

Por fin.

Por fin dejaría atrás la mancha de ser una Giovanni y tendría el privilegio de llamarme Orlov. De saber, de manera oficial y legal, que era *suyo*.

Tras aquella fatídica noche que acabó con la muerte del tío Roberto, un matrimonio, ni siquiera una fuga precipitada, era lo que más nos ocupaba la mente a ninguno.

Andre estaba drogado por la especie de dardo que le alcanzó en la discoteca Giovanni. Otros soldados Orlov también habían caído por ello. Afortunadamente, no quedaron secuelas graves, pero yo no iba

a casarme con el hombre al que amaba sin que estuviera completamente recuperado.

Tuvieron que volver a coserle el hombro. Esta vez, dejé que Claire se encargara en su consulta, en vez de hacer aquel simulacro de operación en su dormitorio. Al final fue una intervención más complicada de lo que yo, como enfermera, podría haber afrontado, así que me pareció lo más sensato dejar que se recuperara antes de casarnos.

Y hubo tantas cosas más que tuvimos que afrontar.

Esmeralda sufrió un revés, luchando contra una infección rebelde y rozando la muerte en varias ocasiones. Seguía con nosotros, lo bastante estable como para verme casarme con el hombre de mis sueños. Aunque era inevitable aceptar que le quedaba poco tiempo, me despertaba cada día con la promesa de hacer lo que ella me pedía y abrazar todo lo que mi vida pudiera ofrecerme. Cuando llegara el momento de decir adiós, sabría que había hecho todo lo posible por aliviar el dolor y el sufrimiento que había soportado antes.

Con mi tío fuera de juego y gran parte de la fuerza Giovanni muerta, se produjo cierta conmoción respecto a lo que sucedería con su imperio en ruinas. Los Rossi negociaron con Mikhail y Andre cómo gestionar a los supervivientes. Nadie quería que algún Giovanni descontrolado ocupara el vacío de poder y generara nuevos problemas, y fueron necesarias muchas reuniones para resolver todos esos detalles. No quise saber nada de ese asunto, y nunca pregunté. No lo haría. Porque, mientras él tenía su trabajo y su deber, yo tenía los míos.

Trabajar en la clínica de Claire era la solución perfecta para mí, y sabía que, algún día, volvería a estudiar y me sacaría el título. O quizá no. Disfrutaba muchísimo picando a Andre por lo atontado que estaba, diciendo que quería tener cinco, no, diez, espera, tres hijos más conmigo. Si quería tenerme embarazada todo el tiempo, a mí me parecía perfecto. No podía esperar a conocer a nuestro hijo.

Me llevé la mano a la barriga, que parecía desproporcionadamente grande para alguien tan bajita como yo.

Andre sonrió al ver mi gesto protector.

Suspiré con felicidad, rebosante de amor, mientras me acercaba a él. Hacia mi futuro.

El llanto escandaloso y desastroso de Renee apenas se percibía mientras miraba a Andre y admiraba sus rasgos marcados.

—Por el amor de Dios —musitó Mikhail, lanzando a Renee una mirada de pura molestia.

Ella sorbió por la nariz y se presionó el pañuelo contra la misma.

Esmeralda soltó una risita.

Giré la cabeza para verla detrás de Andre justo cuando llegaba a su lado al final del pasillo. Thomas me devolvió la sonrisa, radiante. Me alegraba tanto de que le hubieran recogido de casa de mi tío y traído aquí también. Su padre era ahora chófer de los Orlov y Thomas esperaba llegar a ser mecánico.

Todo encajaba. Era un cierre idílico que nunca soñé poder tener.

Libre del control de mi tío. Mi prima cuidada en la medida de lo posible. Una familia nueva y amigos que realmente me valoraban. Un marido al que podría mimar tantísimo como me dejara.

Andre sonrió y me besó mientras George se preparaba para empezar como oficiante.

—No puedo esperar para llamarte mi esposa —dijo Andre.

—Eso es mucho mejor que llamarme tu espía —susurré.

Rodó los ojos. —La peor espía del mundo —bromeó a su vez.

Después de tantos altibajos, habíamos acabado juntos. Con esta complicidad y vínculo que habíamos forjado, representábamos la paz

y la amistad. Ya no había lugar para rivalidades, enemigos ni amores prohibidos en nuestra cabeza.

—Me alegro de haber sido tan mala —coincidí mientras George hojeaba el libro, buscando entre las páginas que alguien había cogido de la abandonada biblioteca de Andre.

La idea de haber podido causar algún daño a Andre me incomodaba cuando recordaba cómo nos conocimos. Pero, en el fondo, dudaba que hubiera podido cambiar quien era. Mi deseo siempre fue ayudarle a curarse y cuidarle, no hacerle daño.

Porque le quería y siempre lo haría.

—Mi esposa —dijo Andre mientras George seguía buscando la página.

—Juro que marqué la hoja donde estaban estos votos… —dijo el guardaespaldas de los Orlov.

—¡Lo he arreglado yo! —exclamó Maisie. La niña había estado callada durante todas las peripecias de la ceremonia. Sergei le había prometido una casa de muñecas lujosa si se portaba como un ángel durante la boda.

Todos la miramos.

—No hay que doblar las esquinas de las páginas de un libro —afirmó, simplemente.

Natalie se mordió los labios para no reír.

Sergei soltó un suspiro.

George frunció el ceño y negó con la cabeza. —Gracias… —murmuró con ironía.

—Bueno, basta ya —intervino Esmeralda—. No necesitáis votos pomposos, ¿verdad, Sof?

Sonreí y negué con la cabeza.

George cerró el libro de golpe. —¿Le aceptas como marido?

Asentí. —Sí, le acepto.

—¿Y tú la aceptas como esposa? —le preguntó a Andre.

—La acepto como mi esposa, mi compañera, la madre de mis hijos. Eres mi mundo entero, Sofia.

Se inclinó para besarme de nuevo, pero me eché hacia atrás y solté una carcajada. —Espera, eso no vale. Me has eclipsado. Te ha quedado de lo más romántico y largo y yo sólo he dicho dos palabras.

Gruñó suavecito. —No puedo *eclipsarte* en nuestra boda.

—Vale, repetimos.

Andre me miró, apretando los labios en una línea severa.

—Te tomo a ti, Andre Orlov, como mi marido, mi protector, mi héroe. Eres la prueba de que el amor verdadero y el deber pueden ir de la mano. —Tomándole de la corbata, le acerqué para depositar un tierno beso en sus labios.

—Ahora y para siempre —susurró contra mi boca, abrazándome mientras frotaba su nariz con la mía.

Ahora y para siempre. Sonreí mientras él me robaba el aliento otra vez, tal y como supe que haría durante el resto de nuestras vidas, unas vidas que viviríamos al máximo, con todo el peligro y la alegría que encontráramos en nuestro camino.

TAMBIÉN POR SCARLETT SHELTON

El Imperio Orlov Serie

Su Salvación Reluctante || La Viuda del Sicario || Su Promesa a la Enemiga

Reclamada para Navidad Serie

Navidad con el diablo irlandés || El Bebé Navideño de la Mafia || La Reclamación Navideña del Mafioso

El Sindicato Ivanov Serie

La Cautiva de la Bratva || El Acuerdo Brutal || El Tránsfuga Enemigo || La herencia disputada

Eruditos Pecadores Serie

Devoción Cruel || Tentación Imprudente || Entrega Malvada

Su Bebé Secreto de San Valentín